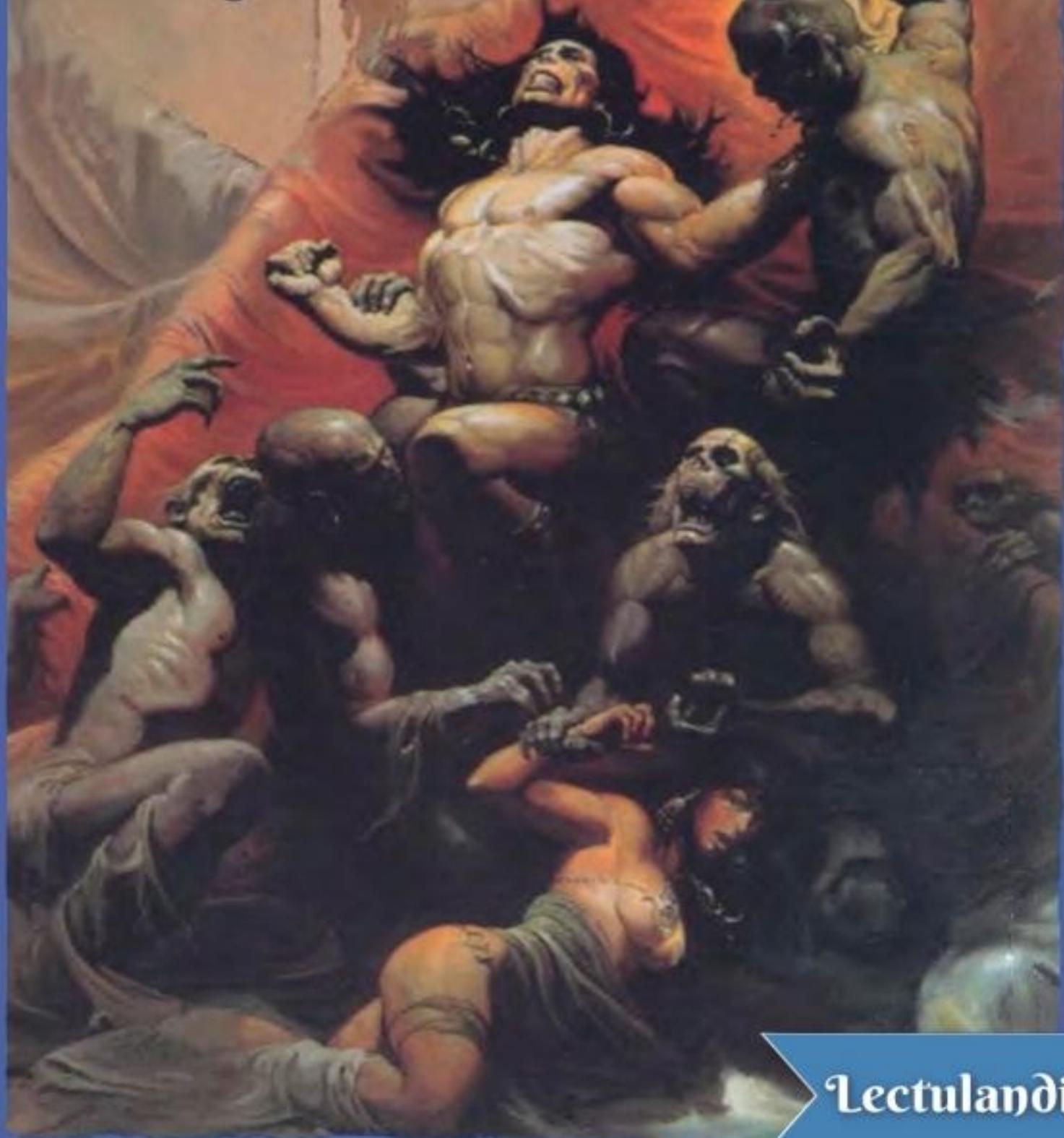


Leonard Carpenter

CONAN

y la Hermandad Roja



Lectulandia

En compañía de Olivia, Conan surca las aguas del mar de Vilayet. La ruda tripulación liderada por el cimmerico aborda un mercante turanio que, entre otras riquezas, transporta a una dama de alta alcurnia. Algo más lejos, a las orillas del mismo mar, el príncipe Yezdigerd, heredero de la corona, realiza su primera aparición en la corte de Aghrapur, orgullosa, corrupta y repleta de intrigas palaciegas. De esta iniciativa surgirá un nuevo intento turanio por acabar con la hermandad de piratas, sirviéndose tanto de métodos convencionales como de la más siniestra nigromancia, y destruir al más carismático de sus capitanes: Conan, nombrado por amigos y enemigos como Amrael León.

Conjugando algunos de los personajes más conocidos de la saga del norteño, la grandiosidad de la Era Hybórea y el espíritu de las grandes novelas de piratas, este título, inédito hasta ahora en castellano, pertenece al ciclo de Conan sistematizado por L. Sprague de Camp a finales de los años sesenta, y se ha incorporado posteriormente a la cronología del personaje.

Lectulandia

Leonard Paul Carpenter

Conan y la Hermandad Roja

Conan. Conan 5

ePub r1.1

Titivillus 13.05.16

Título original: *Conan of the Red Brotherhood*

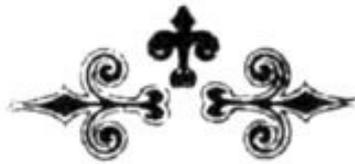
Leonard Paul Carpenter, 1993

Traducción: José Miguel Pallares

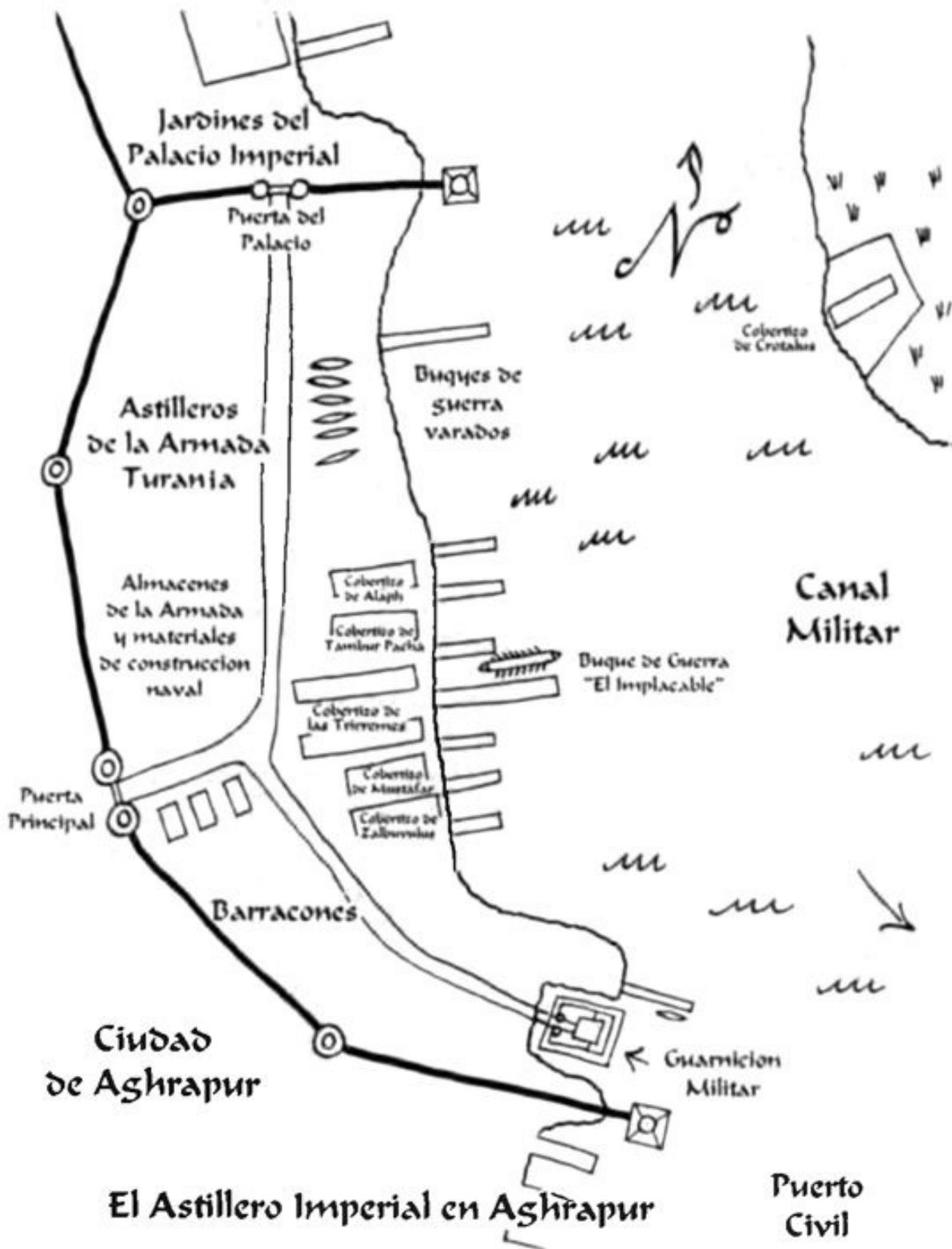
Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com







Presentación

La Hermandad Roja es uno de los pastiches más exitosos y celebrados de la saga del cimmerico. Considerada como la “novela marina” por excelencia del bárbaro norteamericano no escrita por Howard, *La Hermandad Roja* muestra una cuidadosa ambientación y un marcado gusto por los detalles marinos que, cuando menos, puede calificarse como inusual. Tal y como el lector tendrá ocasión de comprobar, la novela se muestra jalonada por múltiples referencias a términos náuticos que refuerzan la verosimilitud de la piratería en el Vilayet. Reúne, además, otra característica: se concitan en ella múltiples e ineludibles referencias que, en aras a la concisión, podremos sintetizar en tres.

En primer lugar, la novela rescata el espíritu de las novelas de piratería, en su mejor tradición. Sin duda, sus mejores páginas se concentran allí donde se desarrolla ese espíritu filibustero, entremezclando picardía y codicia.

En segundo lugar, quizá más próximo y querido a los ojos de todo seguidor del cimmerico, destaca el cuidadoso tratamiento de personajes celeberrimos de los textos de Howard. Yildiz, Yezdigerd y Olivia reciben un tratamiento respetuoso pero, al mismo tiempo, no se limitan a ser referencias que ofician como oportuno, y oportunista, telón de fondo. Adquieren una relevancia llena de repliegues a lo largo de la novela. Alejándose del cartón piedra, estos personajes canónicos son objeto de un desarrollo medido sin renunciar a la pasión, la intriga, los celos y sentimientos extremos.

Por último, la obra adquiere el doble papel de continuar un texto de Howard, *Sombras a la luz de Luna*, e iniciar el “ciclo de Djafur”: un conjunto de novelas, independientes pero entrelazadas, que sorprenden a Conan, a sus treinta y un años, tomando como base de sus actividades como esforzado saqueador el puerto de Djafur, un trasunto de alguno de los nidos más conocidos de los no menos famosos “hermanos de la costa”, para hostigar al todopoderoso Imperio turanio hasta convertir su enseña, la “sota de calaveras”, en un pabellón terrible para todo honesto tratante de esclavos, mercante turanio o buque de guerra que se descuide en las aguas del mar de Vilayet.

Este ciclo da comienzo con *Sombras a la luz de la Luna* (relato publicado originalmente en el número de abril de *Weird Tales* en 1934), continúa con *La Hermandad Roja*, prosigue con *Conan: Scourge Of The Bloody Coast* y *Conan el Campeón* y concluye en *El camino de las águilas* (texto de Howard revisado por

Sprague de Camp), momento en que, forzado por las circunstancias, arrastrará botas y espada en búsqueda de más aventuras, algo que, al poco, encontrará en la conocida historia howardiana *Nacerá una bruja*.

Todo lo anteriormente expuesto no resta un ápice de frescura al texto pues todas estas referencias se hallan perfectamente incardinadas en un argumento coherente que ha sabido acoger múltiples guiños sin renunciar a plasmar la Edad Hybórea en su expresión más pura. Con esta novela, Leonard Paul Carpenter elaboró uno de sus textos más inspirados; lo que le valió el reconocimiento del público y lo convirtió en uno de los continuadores más prolíficos de la saga.

Pero estas disquisiciones de escriba deben concluir en este punto. *La Raposa* está a punto de hacerse a la mar. Y los hombres prudentes se apartan de su singladura.

JOSÉ MIGUEL PALLARÉS

Aceros de la hermandad Roja

La vela era una blanca mota en el horizonte, apenas visible bajo la cegadora luz del Vilayet meridional. Desde la ladera costera, mirando más allá de la desvaída línea de la playa, el mar se extendía como vidrio luminoso, agitado en destellantes partículas por la intermitente brisa del oeste. Sobre ellos, se deslizaba una dispersa flota de nubes algodonosas, aún más blancas que el hermoso cuerpo de Olivia, que descansaba lánguidamente sobre el césped de un prado cercano.

—¿Qué estás mirando tan fijamente, Conan? Vuelve tus ojos hacia mí, amor.

Sus ágiles brazos culebrearon sobre el cuello del cimmerio y lo atrajeron hacia el aplastado césped.

—Querido, te prometo que mis ojos nunca se cansan de ti. Desearía que nos quedásemos aquí para siempre, permaneciendo juntos como en este momento —sus suaves brazos lo envolvieron, atrayendo el rostro del cimmerio hada la adorable curvatura de su cuello y su perfumada melena negra—. Como enamorado, no tienes precio. Eres más de lo que podía haber deseado: mi marido, mi señor, mi capitán.

Los arrebatados susurros y las ardientes caricias de la joven cautivaron sus sentidos cuando ella lo atrajo hacia la hierba.

En ese momento, la respiración de Olivia se tornó menos agitada y apremiante, más lenta incluso que el suave, rítmico y sordo ruido del oleaje en la playa.

—Haríamos bien en regresar —dijo Conan entonces, ajustando su túnica carmesí y ciñendo, a tirones, el talabarte en torno a su cintura.

—¿Es necesario volver junto a esos hombres toscos y brutales, escuchar sus mofas y murmullos obscenos? —La mujer, renuente, se sentó mientras recogía su blusa de seda y la falda.

—Sí. Zarparemos en breve.

—Ellos me observan en todo momento, lo sabes —Olivia se inclinó para atar sobre sus tobillos, exquisitamente proporcionados, unas cuidadas sandalias doradas—. Para mí, es un alivio poco frecuente poder escapar de sus miradas.

Olivia se levantó, colocando el vestido sobre sus hombros para protegerse del rigor del sol.

—No puedo culparlos. ¡Pobres infelices! ¿Acaso podrías hacerlo tú, tentados por tal belleza? —De buen humor, Conan esbozó una amplia sonrisa, y propinó una firme palmada en el trasero, apenas cubierto, de la joven—. Sin embargo, ahora la

tripulación estará sedienta.

Sosteniendo una abrazadera doble de las que se usan para hacer aguada, con las pesadas botellas de loza sujetas a cada extremo de la barra, Conan la levantó a pulso, aguantó el peso sobre sus poderosas piernas y aligeró aquel provisional yugo colocándolo sobre sus hombros.

Esperando un momento a que Olivia recogiese un par de odres repletos, inició el descenso por la antigua senda, apenas perceptible, que recorría el prado. Borearon el arroyo, allí donde éste salpicaba al precipicio rocoso en su camino hacia una fétida ciénaga de salitre, pasado el cual prosiguieron colina abajo. Marcharon en silencio, con un cimmerico secretamente complacido al observar las oscilaciones de los odres contra las contorneadas y empapadas caderas de Olivia. Antes de que abandonasen la pradera, la detuvo y señaló la vela lejana que apenas había progresado a lo largo de la costa en dirección hacia el Norte.

—No reveles nada de esto a la tripulación —la aleccionó.

Exactamente debajo, el sendero atravesaba un bosque de pinares; algo más lejos, resguardado del mar por onduladas dunas, brillaba una angosta ensenada. Sobre la pendiente de esta cala interior, descansaba una esbelta nave, que había sido arrastrada fuera del agua. Bajo la escasa sombra del casco, holgazaneaban algunos marineros harapientos y semidesnudos. Varios de ellos lijaban los tablones de la nave, llenos de hierbajos, con afiladas piedras y trozos grandes de mejillones. Ahí se hallaba toda una caterva de bribones morenos, turbulentos, desafiantes, con la cabeza pelada, tatuados y con pendientes; tipos de las más variopintas razas, harapientos y con ropas chillonas. Unos eran mutilados; otros, tuertos, pero todos se movían con la cautela del guerrero y portaban relucientes y afilados aceros. Eran endurecidos corsarios, piratas de las riberas del mar de Vilayet.

—Maldita travesía, es una farsa propia de pusilánimes.

—Cierto, se ha convertido en un crucero de placer para el lascivo cimmerico.

Las agudas quejas podían provenir de cualquiera de aquella docena de picaros, que murmuraban juntos en un rudimentario remedo de la lengua hyrkania.

Era una mera suposición que esperasen que el capitán del barco los escuchase. Pero cuando el cimmerico y su compañera alcanzaron la cala, todos los ojos se volvieron hacia ambos.

—¡Atentos, despreciables costosos! Aquí regresa nuestro capitán... y su agraciada acompañante.

Bajo la sombra del casco, entremezclando mezquindad y buena disposición a partes iguales, se produjo un movimiento generalizado para parecer afanados en los trabajos de mantenimiento. La galera^[1] era poco más que un espacioso bote. Desde la curva quilla hasta la popa, su eslora apenas alcanzaría la altura de una docena hombres. Salvo el sólido armazón de cuadernas para sostener el mástil, a cuyo derredor se plegaba la vela de una única verga, los costados laterales de la nave se aseguraban básicamente por los asientos de los remeros. Construida sobre un sencillo

alcázar en la popa, una apretujada cabina era el único espacio elevado por encima de la cubierta.

—Por fin, aquí está nuestra agua —proclamó ruidosamente uno de los tripulantes, de barba cerrada, a la sombra del casco—. Y mirad, nos la acerca una celestial sirvienta. Casi una diosa. Capitán, ¿podría sustituirnos en vuestra próxima expedición para hacer aguada? Puedo acarrear ese juego de botellas tan bien como cualquier otro hombre —proclamó con una ronca risotada.

—Tranquilo, Púnicos —demandó una ruda voz desde el otro extremo de la nave—. Apostaría que tal néctar te costaría la vida. Tan seguro como que me llamo Ivanos: ese viaje traería más sangre que agua.

La chanza hizo más estentóreos los gruñidos y risas de la tripulación.

—Vosotros, perros y piratas de baja estofa: ¡Ya basta!

Conan depositó los jarros de agua sobre la arena y aceptó los odres de la badana de la altiva Olivia. Fue entregando los odres a su tripulación, arrojándolos con fuerza contra las barrigas de los ociosos más descarados.

—Aquí tenéis. Jephath, Ogdus, amamantaos con esto, y pasad los odres. Después, volved al trabajo: carenad. Al mediodía, quiero que *La Raposa* esté lista para una incursión rápida —alzó la mirada para verificar la posición del sol.

—¿Por qué debemos raspar y pulir esta vieja barcaza cuando las raciones son escasas y, durante muchos días, no hemos conseguido cazar nada? —censuró un pirata desdentado que llevaba el cabello recogido en una coleta—. ¿Por qué no dejamos que las corrientes del mar nos lleven de vuelta a Djafur?

El cimmerio, con sus desnudos hombros repletos de prominentes músculos, igualaba en estatura al más alto de los bucaneros. Se aproximó al rezongón lo suficiente como para hacerle retroceder hasta el casco y poner su tosca lija sobre las enmarañadas cuadernas.

—Diccolo, deberías ser el más meticuloso a la hora de mantener impolutas las cuadernas del casco, para que así te resulten más lisas y suaves cuando pase por la quilla tu pellejo.

Nadie se sintió tentado a rebatir tal argumento. Tras remojar sus gatzates con las jarras de agua, volvieron al trabajo con Conan tutelando diligentemente su tarea para mantenerlos enfrascados en ella. Mientras tanto, Olivia había hallado una sombra inaccesible a las miradas de la tripulación. Despejó su negra caballera del rostro y se puso a remendar el aparejo de la nave, así como los tejidos y vestidos obtenidos del oficio de la piratería.

Cuando llegó el momento de dar la vuelta a la nave, Conan ayudó a su tripulación moviendo a pulso la quilla. Entonces colocó el cuerpo de Yorkin, el maltrecho sacerdote de los bucaneros, sobre sus hombros. Sostenido de tal guisa, el más anciano de todos aquellos asesinos —ya casi sin dientes—, fue bendiciendo ritualmente cada uno de los ojos pintados sobre los costados de la galera, a la altura de la línea de flotación.

Hallándose casi completada la tarea de raspar las cuadernas, Conan apostó en las dunas un vigía de vista penetrante. El elegido fue Juwala, un kushita de piel caoba, con el rostro y el pecho surcado por desvaídos tatuajes. Al poco, regresó.

—Conan, hay una nave cerca de la costa —anunció presuroso, con voz grave y profunda—. Es una gran nave mercante, una carraca^[2] turania por lo que he podido ver. Ha rodeado el arrecife del Sur y destaca perfectamente sobre la costa.

Ante estas nuevas, un exultante murmullo se extendió entre los piratas.

—¡Un barco! ¡Por los dientes de Dagon! Un rico mercante.

—A los remos, entonces. ¡A los remos y a los aceros!

—¡Ay! —se quejó Diccolo—. Nuestro autoproclamado capitán nos ha mantenido aquí, haciendo un trabajo de esclavos, cuando deberíamos estar ahí fuera, surcando las olas.

—Cierto, arándolas con nuestra afilada quilla —cantó Yorkin, con voz áspera— y fertilizándolas con sangre de mercaderes.

—Justo lo que yo no quería —les gruñó Conan—. Debía conteneros, perros hambrientos, antes de que corrieseis ahí fuera, asustando a nuestra presa, y de que ella nos distanciase con el viento a su favor. Vi la carraca a media mañana, pero no os dije nada. Era mejor permanecer aquí, puliendo nuestra nave, y evitarnos una fatigosa persecución —Anduvo entre los bucaneros, empujándolos y zarandeándolos por los hombros—. Vamos, perros. Ha llegado el momento. Echemos al agua a nuestra pequeña zorra, y cazaremos a ese mercante o remaremos hasta que ambos alcancemos tierra. ¡Empujad fuerte, damiselas! —aulló, mientras arrimaba su hombro contra la quilla—. Ahora, un esfuerzo para mover la nave. ¡Otra vez!, ¡otro empujón!

En unos instantes, botaron a *La Raposa*. Cuando la nave flotó libremente, la quilla arrastró arena del estuario y los bermejos ojos pintados sobre las cuadernas se escoraron hacia la izquierda. Olivia acudió a la carrera, acarreando un fardo de cordajes y galas de seda. Conan la alcanzó y aupó sobre la proa, para subirse él mismo después. Mientras tanto, el resto de los bucaneros habían subido a bordo. El capitán y su compañera se hicieron un hueco entre los veinte desaparejados bancos de los remeros y los tripulantes maldiciendo y porfiando por encajar los remos sobre los escálamos.

—Ahora, atentos.

Conan se aupó hasta el alcázar. Los flexibles tablones oscilaron bajo las suelas de sus sandalias.

—¡Preparaos, remeros!

Aferrando el alargado gobernalle, cuyos pivotes flanqueaban la estrecha cabina, lo hundió en el agua y empezó a maniobrar con pericia, haciendo virar la nave.

—¡Olivia, saca tu flauta y toca algo! Ivanos, entresaca de esos picaros a los más fuertes para que se pongan a los remos.

El corpulento lugarteniente y algunos de los bucaneros más fornidos ya se habían anticipado a la orden de Conan. *La Raposa*, impulsada por los chatos extremos de los

remos contra el fondo arenoso, enderezó su curso sobre las aguas poco profundas de la caleta. A proa, un par de hombres provistos de pértigas se hallaban preparados para mantener la galera lejos de los bancos de arena. Entretanto, Conan manejaba el gobernalle con sobrada fuerza y oficio.

—Aguantad ahora —ordenó el cimmerico—. Mantened la marcha, pero no aumentéis la velocidad hasta que hayamos cruzado la barrera exterior.

A lo largo de la playa de la cala, los densos matorrales dieron paso a cinceladas dunas, que se redujeron a montones de arena formados por el viento, y estriados bancos de arena que culminaban en una estrecha franja cubierta por la maleza crecida en las estrías de las rocas.

Ante el empuje de las pértigas, *La Raposa* se deslizó fácilmente con sus cuarenta resecos remos balanceándose sobre el agua salada que lamía ambos costados. Cuando la quilla raspó la gruesa arena de los coralíferos, Conan sintió cómo el primer oleaje alzaba la nave. Se apoyó sobre el timón, gobernando el alargado extremo con su peso; las crestas de las olas comenzaron a salpicar a la tripulación y bramó sus órdenes:

—Remeros, ¡listos! ¡Bogad! Mantened el ritmo y cortad el oleaje. ¡Remad! ¡Embarcad las pértigas y todos a los remos! ¡Ivanos, al timón de babor!

Conan encorvó su fibroso cuerpo, como un olmo azotado por un ventarrón, y puso el alargado gobernalle en posición vertical; apresuradamente, en el otro timón, su lugarteniente hizo lo propio.

—Mantened firme la proa en esta tarascada y pronto estaremos en mar abierto.

El capitán cesó de marcar la boga de los remeros. En su lugar, un trino agudo y rítmico continuó la indicación de los tiempos. Olivia, a indicación de Conan, había sacado de la cabina una flauta de color plateado. Mientras soplaba por la cuña de los relucientes tubos con sus diestros y fruncidos labios, se arrodilló en un hueco de cubierta, con los tobillos plegados bajo su cuerpo y la capucha de su vestido flameando en la incierta brisa. La melodía palpitó dulce y firmemente, aunando la alegría desenfrenada con ese tono único, más tenue, propio de la música de las colinas occidentales.

La actuación de Olivia como celeuste^[3] en la persecución era un placer insólito, y Conan lo apreció como tal incluso cuando estaba trabajando. Su música y su encanto femenino cautivaron la atención de los remeros más que los encantamientos del viejo Yorkin, que usualmente desempeñaba tal tarea con su flauta de hueso brythunia.

Cuando la última de las encrespadas olas coronó el costado de estribor, salpicando a los remeros, éstos navegaron sintiéndose más seguros. Maldiciendo cuando las hojas de sus remos eran, ora arrastradas, ora expulsadas por las turbulentas aguas, los piratas se afanaron sobre las bajas pero hinchidas olas. Remaron con feroz energía; aquellos pocos que pudieron apartar sus ojos de Olivia, y mirar por encima de sus hombros pudieron contemplar una imagen aún más tentadora que ya estaba a la vista de Conan: un elegante y curvilíneo navío mercante, pintado de rojo, con toques dorados en proa y popa, navegando lentamente en dirección Norte, hacia ellos, con

las cuadradas velas apenas hinchadas.

La carraca, aunque cercana a la costa, ya se estaba preparando para ganar mar abierto. Ante los anhelantes ojos de los bucaneros, mudaron^[4] los tres mástiles. Las velas de color marfil se estremecieron dubitativas antes de recibir la nueva brisa, más firme. Los vigías y oficiales del navío podían albergar pocas dudas acerca de las intenciones de la diestra y pequeña galera, repleta de marinos, que pugnaba por interceptarlos a lo largo de aquella costa salvaje. En un mar tan amplio y traicionero como el Vilayet, se navegaba cerca de la costa o a la vista de unas islas sobradamente conocidas; a resultas de todo esto, todo el litoral del sudeste se había convertido en un terreno buscado por ambos, piratas y turamos. Sin embargo, ahí no tenían a un bien armado navío imperial de cabotaje para atrapar piratas, sino un rico y tentador premio.

Afortunadamente para sus posibilidades, la brisa del mediodía se mantuvo igualmente débil en mar abierto. Y el derrotero de la carraca, habiendo seguido la dirección del viento hasta ese momento, hizo que no se atreviese a navegar aún más cerca de la costa; sólo podía virar oblicuamente hacia alta mar. Con ese rumbo, su velocidad de navegación se hallaba limitada, y Conan calculó que el poder de sus remos sería escaso o nulo.

—¡Ivanos, mueve tu timón! Vosotros, los remeros de estribor, ¡esos remos en posición horizontal! Mantenedlos así, cuatro... cinco bogadas. ¡Basta de haraganear, volved a la faena, perros miserables! Olivia, insúflanos un poco de coraje con tu flauta para este prolongado halar.

El efecto de la orden de Conan, bogando sólo con los remos de babor y maniobrando de costado enérgicamente con el otro timón, cambió el curso de la galera para interceptar al mercante en algún punto de su nueva trayectoria. Ahora, el oleaje se deslizaba suavemente junto al casco, incluso sin ofrecer resistencia al bien erguido casco de *La Raposa*, y rara vez rociaba por encima de la proa. Los piratas, alentados por los *tempos* firmes y resueltos que Olivia iba marcando con su flauta, se aplicaron con destreza. Sólo de vez en cuando, estallaban en gañidos, aullando con la avidez de una manada de lobos en pos de los costados de un ciervo fugitivo.

Por desgracia, el viento continuó y la persecución se prolongó mar adentro. Sobre ellos, se extendió un cielo caliginoso. En lo alto, lucía el sol sobre las chispeantes profundidades del Vilayet, de color azul verdoso. La costa hyrkhaniana se fue desvaneciendo tras una línea de grandes olas blancas: una dispersión de arena, blanquecina y cristalina, y una arrugada capa verde sobre las sinuosas colinas. Los hombres comenzaron a fruncir el ceño y maldecir, jurando venganza a la tripulación de la carraca si alguna vez los capturaban. Habiendo asegurado su timón con un cordaje, Ivanos ocupó el asiento del viejo Yorkin. Éste, provisto de un cubo, se situó entre los remeros para salpicar con agua de mar sobre sus atareadas espaldas y, después, echar el agua fresca de los odres en sus ávidas bocas, abiertas y pobladas de dientes amarillentos.

—Conservad vuestras fuerzas, picaros. Olivia toca un ritmo más suave para que no gasten sus energías.

Manejando el gobernalle con suma atención, Conan trazó la prolongada y definitiva derrota. Izar la vela resultaba inútil ya que la carraca se dirigía hacia mar abierto con viento de costado y la pequeña galera carecía de suficiente quilla para recorrer cualquier distancia con el viento de contra. Contemplando cómo las velas del mercante se dibujaban cada vez más próximas, Conan se preguntó si la disciplina de su tripulación se mantendría o, peor aún, si la brisa, súbitamente, podría tomar nuevos bríos, aumentando la velocidad de su presa y poniéndola más allá de cualquier esperanza de alcanzarla.

Mas los bucaneros, viendo cómo el mercante se perfilaba cada más alto y espléndido, fueron ganando bríos en vez de perderlos. Gradual e imperceptiblemente, Olivia los fue guiando y vivificando el tono, fustigándolos con un festivo abandono. De nuevo, Conan le indicó que aminorase el ritmo. Pero finalmente, él mismo se unió a ella bramando una tradicional saloma pirata para enardecerlos:

*Bogad, perros malnacidos
Bogad, hasta que vuestras espaldas se quiebren
Bogad, hasta que vuestros remos se astillen
Bogad, hasta que vuestras mollejas revienten.
Bogad, hasta que vuestras pieles se agrieten,
Y vuestros tendones se despellejen como cuero podrido,
Bogad, hasta que vuestras costillas chasqueen,
Por vuestros camaradas y la esperanza de un tesoro.*

La saloma tenía más versos, muchos más. Conan apenas había comenzado a entonarlos cuando se escucharon un sonido vibrante y un golpe sordo sobre el encrespado oleaje. Evidentemente, el mercante había montado una torre de proyectiles sobre el elevado castillo de popa; un débil zumbido sonó sobre sus cabezas y se levantó una pequeña gota de agua algo lejana, a estribor de la proa. Ninguno de los corsarios lo advirtió, o al menos así lo pareció, desde que habían vuelto sus ojos a babor, hacia la carraca fugitiva, y se vieron frente a su popa.

*Bogad a través de las hediondas aguas saladas,
Donde flotan vuestros descoloridos hermanos muertos,
El sucio caldo donde ellos se estofan e hinchan,
Y sus bocas abiertas te llaman desde el infierno.*

Con un silbido agudo, el segundo proyectil impactó en la amura^[5] de popa de la galera. Era una recia saeta de madera de las que disparan las balistas: de la altura de

un hombre y con el grosor de una muñeca, terminada en una punta de bronce de cuatro púas. Por fortuna, traspasó uno de los bancos de los remeros junto al casco. De milagro, no pereció ninguno de los piratas, densamente apretujados, aunque Atrox el kothio, llevándose la manaza a su hombro herido, aulló una colérica maldición. La boga de toda la sección delantera se interrumpió, por la pesada asta clavada sobre cubierta y por el remo suelto de Atrox, que había caído al agua bloqueando el vaivén de los restantes remos. Conan cesó de cantar e impartió órdenes para solventar tal desorden, al tiempo que se empleaba con energía sobre el gobernalle para mantenerla nave en su curso.

La Raposa se rehízo con presteza, incluso a mayor velocidad que antes pues los piratas, ofendidos por lo que se les antojaba un ataque cobarde, se esforzaron enormemente por acortar la distancia entre ambas naves. Ante su insistencia, se izó sobre el mástil la “sota de calaveras” (el estandarte de la Hermandad Roja: un cráneo blanco y dos sables rojos entrecruzados sobre un fondo negro). Después de esto, sudaron mucho más a los remos lanzando toda suerte de maldiciones y juramentos de sangre por encima de los suaves acordes de la flauta de Olivia.

Todos mostraron el propósito de ignorar la balista, aunque las saetas aún continuaron vibrando desde el alcázar de la carraca, y, de vez en cuando, les alcanzasen. En cualquier caso, según se iban aproximando, los proyectiles volaron en ángulos más planos y con menor precisión, bien golpeando las bordas de refilón, bien partiéndose contra las hojas de los remos, en el agua. Un tiro de suerte en medio de la cubierta atravesó el pecho de un pendenciero corintio ensartándolo en la barriga de un gunderio, mientras que otro decapitó la cabeza de Zagar el shemita. Mas estos hechos, una vez se hubo arrojado los cuerpos por la borda, sólo sirvieron para acelerar la boga.

—¡Conteneos, diablos enloquecidos! Aplicaos al trabajo en vez de dar gritos y vomitar desgracias. Guardad algunas fuerzas para el abordaje.

Conan vio cómo la victoria podía esfumarse ante la indisciplina de sus piratas o, en verdad, su pavor atávico a las iras de la balista. Se dispuso a caminar entre sus remeros y obligarles a reducir la velocidad a puñetazos.

Pero en ese momento, sin previo aviso, contaron con la ayuda de un aliado invisible. Como si estuviese enojado con los gemidos de la balista y las maldiciones de los piratas, el viento huyó abruptamente o, más bien, cesó. Las velas latinas de la carraca colgaron flácidas y bamboleantes; por ende, los mástiles permanecían en su posición vertical balanceándose de forma incierta, dificultando la puntería de los servidores de la balista.

Apercibiéndose de tal cambio, los hombres de Conan estallaron en vítores de alegría; aunque esto no apagó sus ánimos ni influyó en su destreza y se mantuvieron rumbo al premio flotante, fuera del alcance del tirador de la balista, montada en el centro. Un momento después, apareció un grupo de arqueros sobre la elevada barandilla de la carraca arrojando flechas sobre los piratas y ocasionando algunas

bajas. Pero los remeros se desentendieron con despreocupación de las saetas que caían sobre ellos, algunos incluso apartaron a los compañeros de banco que habían resultado heridos, empujándolos a las sentinas, y bogaron en dos remos, uno en cada mano.

—¡Bogad a babor, perros del averno! Olivia, deja de tocar. ¡Jephat, Juwala, preparad vuestros garfios! ¡Listos para el abordaje!

Arrastrando el gobernalle en ángulo recto con la quilla, Conan fijó éste en posición vertical para acercar la galera al casco del mercante. Entonces lo soltó y se aupó a la barandilla. Aferró un pesado garfio de bronce y lo hizo girar en torno a un cabo trenzado para arrojarlo sobre la borda de popa de la carraca, tirando luego para tensarlo.

—Olivia, atiende a los heridos como mejor puedas —dijo a su compañera, enrollando con firmeza la sogá trenzada en torno a una cornamusa^[6]—. Mantén junto a ti una espada afilada para cortar los garfios y defenderte, si fuera menester.

Después de aferrarla entre sus brazos y darle un beso áspero y salvaje, Conan saltó. Arrastrando los pies, calzados en holgadas y altas botas, sobre el casco para sujetarse y con la pesada cimitarra a su costado, balanceándose en su cinturón, trepó por la cuerda del garfio con facilidad.

Desde el principio, a lo largo de todo el costado de *La Raposa*, los merodeadores procedieron de manera astuta: trepando por sogas, cadenas y garfios terminados en remos por el centro del buque, donde la borda de la carraca se mecía a menor altura. Se trataba de un ascenso peliagudo, como atacar la pared de un fuerte, pero la defensa fue débil y dispersa. Por encima de sus cabezas, comenzaron a escucharse en la cubierta de la carraca gritos de cólera y el tintineo de las armas.

Así, apenas Conan se hubo alzado hasta la barandilla, descargaron sobre él, con una afilada lanza, un golpe a la cara.

Echándose a un lado, agarró la parte delantera justo detrás de la punta y la desvió con una sola mano, para, aferrando el mango, hacer tambalear después al robusto lancero. Entonces, empujando hacia delante con gran presteza, golpeó violentamente al defensor en el plexo con la punta del mango tumbando al hombre, sin aliento, sobre sus rodillas. Esto dio al cimmerico el tiempo preciso para saltar, apoyándose sobre la borda, y desenvainar la cimitarra antes de que los otros se le echasen encima.

2

Saqueadores de la costa

El primero en atacar al cimmerico fue un escolta o un infante de marina, moreno y con mostacho, equipado como un mercenario: casco de bronce y peto de cuero curtido. Su acero, un estoque alargado, tenía mayor alcance que la pesada cimitarra de Conan. De esta suerte, Conan debía batirse alejado de él mientras eludía sus acometidas; la primera fue un envenenado tajo a la altura del hombro que ensangrentó ligeramente su manga de cuero. Entonces, Conan lo alcanzó en la oreja con un tajo que resonó contra el yelmo del turanio que lo acosaba rabiosamente.

Bramando airadamente, el defensor lanzó una cuchillada hacia el rostro del cimmerico. Era un golpe temerario, una estocada que la cimitarra del pirata podía detener con facilidad antes de que el curvado acero golpease los órganos vitales del turanio —protegidos por el peto—, causándole gran daño. Lanzando un agónico chillido, el escolta se derrumbó. Soltó su espada para aferrarse el estómago, del que manaba sangre.

Conan no dispuso de tiempo para asestarle el golpe de gracia antes de enfrentarse al próximo tripulante: un iranistaní o un ilbarsi de rostro cetrino, armado igual que el primero. Con brío, lanzó una estocada al pecho del cimmerico, pero tropezó con el cuerpo resbaladizo de su camarada, que todavía se retorció. Tambaleándose, intentó incorporarse. Pero su cuello había quedado al alcance de la cimitarra del cimmerico que lo decapitó haciendo rodar su cabeza por la cubierta en un molinete sanguinolento.

Conan se revolvió para golpear con su acero la cabeza del turanio destripado, acallando así sus molestos gritos. Pero el gemido persistía todavía. Apartando la mirada de aquella carnicería, el cimmerico contempló el hocico pesado y cuadrado de la balista que, con estrépito, giraba hacia él sobre su eje mientras los brazos —envueltos por cordajes— se tensaban hacia atrás y una saeta descansaba en el cazo.

Al tiempo que el cimmerico se hacía a un lado, la saeta vibró mientras se soltaba. Surcando impetuosamente el aire, rozó los cabellos de su melena negra al pasar. Ogdus, el pirata que acababa de encaramarse a la barandilla de la nave y se hallaba detrás él, fue menos afortunado. El proyectil impactó en su pecho y empujó su cuerpo tatuado al mar, retorciéndose en un remolino de brazos y piernas.

Recobrado el equilibrio, Conan se abalanzó sobre el marinero que había disparado la balista. Lo derribó con el plano de su espada, procurando no matarlo; al

fin y al cabo, más adelante podría necesitar una mano capacitada para manejar la balista.

Se volvió para echar una ojeada a la cubierta de la carraca: excepto los que habían caído durante el abordaje de sus perros del averno, tenía en su poder a toda la tripulación. Los soldados, que en contadas ocasiones se veían a bordo de un mercante, se habían batido a cual más bravo dejando un reguero de cuerpos agonizantes y ensangrentados sobre los blanquecinos tablones de la carraca. En ese instante, su presencia despertó la curiosidad del cimmerico. ¿Qué cargamento podía ser tan valioso para gozar de una protección especial?, se preguntó.

Entregados por completo a su deber, todos aquellos guerreros de cascos puntiagudos habían sucumbido bajo los aceros de sus bucaneros o se les había empujado al mar para que se ahogasen. Los últimos defensores se habían agrupado al fondo de la cubierta, en torno a la barra de popa, cerca de las escaleras de mano y la puerta sellada. Aquellos irreductibles eran un grupo de lo más variopinto: unos pocos marinos armados con picas y ganchos, el panzudo oficial que, torpemente, había intentado atravesar a Conan con una lanza al inicio del abordaje, un grumete, despeinado y descalzo, que no alcanzaría los doce veranos y un par de tipos cuidadosamente acicalados tocados con turbantes de seda. Sin duda, estos últimos debían ser nobles turamos. Sostenían los finos sables con delicadeza, como si es tuviesen más acostumbrados a usarlos en duelos que en la batalla.

Ninguno de ellos albergaba la esperanza de mantener aquella distancia provisional ante los enemigos que los cercaban. Los piratas atestaban el centro de la cubierta amenazándolos y, caminando con paso arrogante de las barandillas a la proa, se mofaban de ellos, seguros como estaban de su victoria. Conan vio que si los abandonaba a suerte, sus bucaneros pronto los desbordarían y los pasarían a cuchillo. Dirigiéndose hacia el centro de la carraca, bramó sus órdenes con potencia suficiente para concitar su atención.

—¡Prisioneros, arrojad vuestras armas! Someteos a la ley y autoridad de la Hermandad Roja.

—¡Eso, eso! Rendíos y morid —coreó servicialmente Diccolo, con su ruda voz de pirata.

—¡Ley! ¿De veras? —uno de los hombres de porte aristocrático replicó en voz alta, con marcado acento hyrkanio—. La ley es lo que vosotros, sinvergüenzas, estáis pisoteando —les acusó, mientras señalaba con su primoroso acero a los asaltantes—. La única y legítima ley del Imperio Turanio procede de Aghrapur, de su Divina Majestad, el Emperador Yildiz, azote de los piratas.

—Khalid Abdal, callad ahora —le reconvino el obeso oficial, al escuchar los murmullos llenos de hostilidad y las amenazadoras imprecaciones que las palabras de su compatriota había levantado entre los piratas que los rodeaban—. Es sobradamente conocido que estos marinos tienen sus propias leyes y tradiciones. Quizá su capitán acceda a tratar abiertamente con nosotros.

Lanzó una mirada cautelosa a Conan que se había abierto camino hacia la barandilla de cubierta de popa.

—¡Tonterías, Tibalck! ¿Dónde se han escrito o grabado esas famosas leyes piratas? Estos gañanes ignorantes no saben escribir y sólo conocen un estilo: una daga furtiva para robar bolsas y rebanar gaznates. Si he de disponer de mi destino —declaró el noble, alzando su titilante acero por encima de la cabeza—, me llevaré unos cuantos por delante antes de morir honorablemente en combate.

—¡De acuerdo! ¡Al combate! —ladraron los piratas, ávidos de sangre—. En ese caso, a las armas.

—Para nada, Khalid Abdal —Tibalck, el corpulento mercader, mostró una determinación apaciguadora refrenando los ímpetus del noble—. No seguirás ese camino, al menos aquí. Como armador y comandante del *Jacinto*, te ordeno que oigas a nuestros adversarios. Escúchalos hasta el final y deja de provocarlos. Por el bien de los aquí presentes, ¡cállate!

Dicho esto, el armador de la carraca dejó caer la espada sobre la cubierta. La mayoría de los supervivientes lo imitó. Khalid obedeció sólo en parte, bajando su sable a la altura de la cintura. El otro aristócrata hizo lo propio.

—Una decisión sensata, mercader —afirmó Conan. Desde su posición en la cubierta de popa, contempló detenidamente a los cautivos y a buena parte de su tripulación—. Tal y como dices, dispondremos de vosotros con justicia, según nuestras leyes. Entregadnos vuestros tesoros y decidiremos vuestro destino con generosidad.

—Matémoslos, tomemos el botín y prendamos fuego a este cascarón podrido —la voz áspera de un pirata, que se asemejaba mucho a la del descarado Púnicos, resonó como si fuera el propio eco de las palabras de Conan.

—¡Sí, saqueo, espada y marca! —se quejó otro, sus palabras fueron acogidas con una ovación generalizada—. ¿Por qué invocar a las leyes? Ellos nos dispararon primero con su balista, ¿recordáis? Esa fue su manera de pelear.

—Cierto, con ella ensartaron a Arkos y Scorpho y dejaron sin cabeza a Zagar —el alborotador Diccolo moduló su voz con gazmoñería, para causar la impresión de ser un hombre justo—. Paguémosles con la misma moneda.

Los aceros centellearon y la chusma pirata se revolvió con desasosiego. Apercibiéndose de cuán cerca estaba el motín, el cimmerico bramó con fiereza:

—Ya basta, ¡dejad de ladrar, perros!

Irguiéndose de forma amenazadora, puso una pierna sobre la barandilla del alcázar.

—El primero que rompa su juramento responderá ante mí, también conocido entre vosotros como Amra, el azote del Mar Occidental —y tocó un tema muy próximo al corazón de todos los cabecillas—. ¿Qué hay de los enrolamientos? ¿Acaso no los necesitamos para reemplazar a los remeros que hemos perdido?

—¡Sí, sí! ¡Que se enrolen! Les obligaremos a realizar un poco de ejercicio.

La chusma pirata, voluble como pocas, siguió dócilmente las indicaciones de su capitán y se encaró con sus víctimas. A gritos, les urgieron:

—¿Quién de vosotros desea unirse a la Hermandad Roja?

—La ley en estos asuntos está bien clara —Juwala, el kushita, se adelantó. Sus compañeros lo respetaban como estudioso y árbitro en sus disputas—: “Si algún miembro de una tripulación capturada desea unirse a la Hermandad Roja como hombre libre y ganar incalculables riquezas, puede hacerlo”.

Juwala mostró una brillante sonrisa al reducido grupo de supervivientes.

—“Para alistarse, tan sólo debe hacer una cosa: derramar la sangre de uno de sus antiguos amos y opresores”.

—¿Qué? —exclamó Tibalck—. Capitán, ¿esto forma parte de vuestro “generoso trato”?

—Sí, mercader —admitió Conan—. Es nuestra costumbre.

Ante estas palabras, los cautivos se convirtieron en la viva imagen de la confusión, una imagen compuesta por retazos de desconfianza, incertidumbre, ultraje y desesperación. El altivo Khalid abrió la boca para protestar pero Púnicos se le adelantó:

—¿Qué dices tú, hyrkanio? —preguntó, acercándose a uno de los marineros descalzos que se sentaba en cuclillas. Era joven, vestía una blusa rugosa y pantalones y tenía la piel amarillenta, como es propio de los jinetes de la estepa oriental. El corsario intentó persuadirlo con voz resonante—. ¿Qué eres? ¿Un prisionero de guerra?, ¿un preso?

Con un rápido tajo le despojó de su blusa, exponiendo las marcas y cicatrices causadas por el látigo a las risotadas de los bucaneros.

—¿Eres un esclavo? Con un poco de suerte, tal vez seas un grumete. ¿Cómo te llamas, chico?

—Tamur, señor. Tamur-Laga, de la tribu Hradyu —replicó el marinero orgullosamente, pero con voz vacilante. Púnicos rio.

—Como suponía, un jinete impresionado. Bueno, Tamur, ¿no preferirías comprar tu vida y tu libertad con la sangre de uno de estos arrogantes petimetres turanios? Aquí y ahora. Te lo pondré fácil.

Dicho esto, realizó una hábil finta de distracción y aferró la mano con la que el noble más joven y menudo sostenía la espada. Tintineando, el acero rebotó sobre la cubierta. Simultáneamente, dos piratas agarraron a Khalid. Una vez desarmado, lo pusieron junto al otro noble, al que también habían arrebatado el arma.

Recogiendo uno de los sables turamos, Púnicos le ofreció la empuñadura al joven marino.

—¡Bien muchacho, aquí lo tienes! Uno o dos tajos comprarán tu puesto en nuestra Hermandad... es una vida fácil y con más botines de los que podrías desear.

Se apartó y aguardó.

—¿Qué dices? Úsala y la espada es tuya. ¿No os parece justo, mi ecuánime

capitán?

Desde su posición en la barandilla, Conan asintió con gesto solemne.

—Lo es. Si han sido buenos señores para su tripulación, no deberían tener miedo.

Dubitativo, el joven hyrkanio sostuvo el curvo y delicado acero mientras miraba ora a Púnicos, ora a la alargada figura de Khalid Abdal. Preparándose para recibir el golpe en una posición tan orgullosa como imponente, el turanio le devolvió la mirada con severidad.

—¿Qué te preocupa, Tamur? ¿No puedes despachar a un noble, es eso? — Sonriendo abiertamente. Púnicos puso el alfanje a la altura de su cintura—. No es difícil. Te lo demostraré ahora mismo.

Con un quejumbroso e inarticulado lamento, el joven Tamur alzó el sable y atacó, pero no al cautivo, sino al barbudo bucanero que se estaba mofando de él, lanzando tajos con frenesí. El alfanje de Púnicos se movió con rapidez para detenerlos. Los aceros entrechocaron una, dos, tres veces. De una diestra estocada, el barbudo pirata apartó el sable y luego, con suma facilidad, le hundió su alfanje entre las costillas.

Resbalándose, Tamur se apartó del ensangrentado alfanje para terminar derrumbándose sobre la cubierta en medio de una estruendosa salva de gritos y burlas de los piratas.

—El cachorro era un pusilánime —se lamentó un observador—: intimidado hasta el final por un turbante orgulloso.

—Nunca hubiese sido un buen miembro de la Hermandad Roja —sentenció otro.

—Volvamos a lo nuestro —dijo Púnicos a los restantes cautivos—. ¿Quién de vosotros sostendrá este delicado sable para asestar un tajo a un perfumado señoritillo?

—Aaaahg.

En vez expresar sus más enérgicas protestas, Tibalck, el armador, emitió un sofocado gemido y cayó de rodillas. Tras él, un grumete pelirrojo le extrajo una faca^[7] de su espalda y alzó el enrojecido acero:

—Yo lo hice —gritó—. Ahora soy un pirata. Pero no necesito una espada, esta faca me basta —Tales eran sus muecas y sus enloquecidas cabriolas, que parecía confuso o atontado—. ¡Muerte al viejo Tibalck! —aulló—. ¡Viva la Hermandad Roja!

—¡Hurra! —celebraron los piratas—. Excelente, muchacho.

—Serás un buen ejemplo para tus compañeros de más edad.

—¡Un pirata en el más estricto sentido de la palabra!

—No me lavaré más para ellos —se regocijaba el muchacho—, ni me plegaré a sus antojos, ni calentaré sus colchones por las noches. Ahora, soy un pirata —alardeó, blandiendo su puñal—. ¡Hurra!

—Muerte a Tibalck, digo yo también —Otro de los harapientos tripulantes, un turanio de mostacho espeso, aceptó la empuñadora del costoso sable que le ofrecía Juwala. Volteándola, la hoja centelleó. Con un movimiento rápido y de corto recorrido, hundió el sable en el inanimado cuerpo del armador. El acero se tiñó de sangre.

—Soy Iliak —y con exuberante júbilo, añadió—. Uiak de la Hermandad Roja.

—¡Ay, Tibalck! —comentó amargamente el noble Khalid Abdal—, ahora conoces el premio por negociar con ladrones.

Pero todas sus palabras se perdieron en el alboroto cuando unos cuantos marineros más se adelantaron para tomar el afilado sable y tajar el cadáver.

—¡Una cuestión sobre nuestra ley! —Púnicos protestó mientras procedían—. ¿Es lícito admitir en la Hermandad Roja a quien derrama la sangre fría de un mercader muerto? Creo que es más acertado que les hagamos degollar a alguno de los otros prisioneros.

Juwala contuvo la respiración antes de emitir su parecer, pero Conan le previno de hacerlo al decir:

—¡Basta! Por esta mañana, ya he escuchado cuanto quería oír sobre leyes de la mar.

Saltó desde la barandilla de popa y se situó entre piratas y cautivos.

—Terminemos con este ejercicio improductivo —gruñen caminando entre ellos, espada en mano y con aire fanfarrón—. ¡Veamos el botín!

Alzó su cimitarra y rompió el sello puesto en la puerta.

—Sí, los despojos —los piratas mostraron su connivencia—. Degollemos a los prisioneros y robemos el tesoro.

Los corsarios más ávidos de sangre se adelantaron con los alfanjes preparados.

—¡No! —les gritó Conan—. No habrá más muertes por ahora... a menos que las cause yo.

Con ademán agresivo, anduvo entre ellos pisando el desbarajustado ovillo de sus pies. Contemplando su cimbreado y musculoso cuerpo, vestido con una simple faldilla y unas holgadas botas, y la espada a la altura de la cintura, ninguno de ellos dudó que vendería su propia vida al coste de, al menos, una docena de ellos. Clavó su mirada en Juwala.

—Vigilad a los cautivos mientras nosotros echamos una ojeada al botín.

—Pero capitán —arguyó el kushita, a punto de perder la paciencia—, ¿no está dando más importancia al palo de mesana que al palo mayor? —concedió una sonrisa tolerante a Conan—. Me consta que no siempre seguís los caminos de la Hermandad, pero nuestra tradición es matarlos primero y evitarlos problemas. Si no deseamos ensuciarnos con su sangre, por lo menos... ahoguémosles.

—No pienso degollar a los nobles —declaró Conan—. Pueden reportarnos un rescate más sustancioso que el cargamento de esta tina flotante. Si estuviese con vida, también hubiese conservado vivo al armador —añadió, reparando en el cuerpo inerte de Tibalck.

Alzó su cimitarra y los demacrados supervivientes lo miraron atreviéndose, de nuevo, a albergar alguna esperanza.

—En cuanto a los otros, los abandonaremos a la deriva.

—¡Dejarlos a la deriva! —Púnicos lideró el coro de asombro generalizado— ¡Por

Bel-Dagoth! ¡Nunca se oyó cosa semejante! Pueden dar pistas sobre nuestro paradero y denunciar nuestros crímenes a los almirantazgos Turanio e Hyrkanio.

—¡Idiota! —dijo Conan, lacónicamente—. No podemos cobrar el rescate sin arriesgarnos a ello. En cualquier caso, somos la Hermandad Roja, orgullosos de nuestra reputación y fama. No me siento obligado a degollar a cada testigo sólo para escabullimos de las autoridades. Permitamos que algunos conserven la vida y extiendan la leyenda de nuestras hazañas a lo largo y ancho de estas aguas.

—Capitán Amra —Juwala se les unió, enojado—, ¿acaso no conocéis los rudimentos de la piratería? Así están las cosas: “sin supervivientes”; este mercante y su tripulación podrían haber desaparecido a causa de un golpe de viento o encallado en un arrecife costero. Nadie conocerá la diferencia. Pero la fama a la que os referís —ladeó la cabeza, con sobriedad—, ese tipo de notoriedad es el enemigo de un pirata: los navíos mercantes no frecuentan las aguas que él navega y en su lugar pululan las naves de guerra imperiales; todas las manos se vuelven contra él, incluyendo las de los falsos hermanos.

—No, Juwala —lo interrumpió Conan, con firmeza—. Tal fama juega a mi favor. De ahora en adelante, cuando dé caza a una nave les faltarán redaños para combatir si saben que es Amra el Corsario quien los persigue. Además, no habrá comerciante que pueda rehuirnos cuando dispongamos al mismo tiempo de una galera de remo y esta carraca para perseguirlos.

—¿Qué? ¿Quiere conservar esta nave en vez de hundirlo? ¿Navegar en ambas naves?

—¡Dos o veinte! Todo cuanto necesito son marinos para tripularlas y oficiales avezados que cumplan mis órdenes. Así fue como lo hice en el Mar Occidental. —Conan sabía que ésta última declaración había sido más un deseo que una realidad, pero albergaba la esperanza de que pocos de aquellos tipos del mar de Vilayet lo supiesen—. Ese es el camino para que humildes piratas como nosotros podamos convertirnos en reyes de los mares.

—¡Capitán Amra!, echad un vistazo aquí, señor.

Algunos piratas no habían seguido el debate, con sus gritos de estímulo o los murmullos de desaprobación. Estos se habían empeñado en forzar la puerta que separaba la popa de la cubierta principal.

Firmemente sujeta por dentro y por fuera, la plancha de roble había resistido hasta entonces la palanca hecha con remos y picas de abordaje. Como jamba y marco estaban a punto de ceder ante sus embestidas, los piratas reclamaban la atención de Conan.

—Capitán, no podría jurarlo pero me ha parecido escuchar voces ahí dentro.

De una zancada, Conan se plantó delante de la puerta destrozada.

—¡Venga, muchachos! Haremos fuerza a la vez. ¿Preparados? ¡Ya!

Libre de sus ataduras, la puerta gimió y cayó hacia fuera. Dando un tranco, Conan se precipitó hacia delante. Eludiendo la puerta astillada y los restos combados de la

gruesa jamba, escudriñó en la penumbra. En el interior reinaba una oscuridad húmeda e impregnada de aromas; en un rincón, relucía un traje de gala. Pero no había ningún titilante tesoro, sólo un cobertor de seda para una mesa abarrotada de espejos, botellas y dijes. Al final de la cabina, sobre la palidez traslúcida de las ventanas del castillo de popa, se abocetaba la figura de dos mujeres que permanecían de pie.

—¡Vaya, vaya! —Conan escuchó a sus espaldas el aturullado parloteo del grumete que se acaba de alistar—. Nuestro valiente capitán pirata ha hallado el tesoro de *El Jacinto*. Como podréis ver, se trata de un extraño y peligroso cargamento.

—¡Lleváoslo! —espetó Conan—. Perros, manteneos lejos de esa puerta. Algunos probad por ahí abajo, en las escotillas, y ved qué sorpresas esconden las más profundas —agregó, para ocuparlos en una distracción provisional.

—Somos pasajeros inocentes —levantando una delicada mano para guarecer sus ojos del brillo del atardecer, una de las mujeres, envuelta en sedas, que calzaba unas lujosas sandalias y lucía una melena rizada, dijo—: Me llamo Philiope. Soy hija del conde Aristarcos de Shahpur. Ella es mi criada Sulula —presentó a la segunda mujer que dudaba en la penumbra de la puerta. Era igualmente hermosa pero vestía de modo más sencillo—. Así pues, ¿sois vos ese al que llaman Amra, el León?

—Bueno, ¿y qué si lo fuera?

Conan halló muy extraño su nombre pirata cuando ella lo murmuró con un acento tan delicado y cortés.

—Si lo sois, me acojo a vuestra protección.

Hincando la rodilla, la muchacha llamada Philiope asió su mano, cubierta de sangre reseca, y la apretó a su rostro mientras le hablaba en tonos fervientes.

—Sé que la carraca ha sido apresada por feroces malhechores, por la terrible Hermandad Roja. Y os busco a vos, el más fuerte y fiero de todos, para protegerme a mi y a los míos del aciago destino que reservan a sus víctimas. Por favor, os lo suplico, proveed para que no suframos daño alguno ni yo ni mi fiel sirvienta, ni tampoco aquellos que intentaron salvarnos siguiendo las órdenes de mi padre. Si os comprometéis en esto, os prometo que sabré mostrarme agradecida.

La joven inclinó su rostro para depositar un beso en los encallecidos nudillos de su mano. Mientras hablaba, lo miraba fijamente. Conan sintió como el deseo recorría su pecho, su vientre, sus entrañas.

La doncella poseía un innegable atractivo. Se trataba de una belleza turania de piel bronceada, senos generosos y firmes muslos, envuelta en su vestido verde marino, que arrastraba una arrugada cola, de mangas abullonadas. Se inclinó hacia delante dejando aún más visible el escote y la rodilla inclinada. Además, pese a sus nobles orígenes, la moza tenía un punto de descarado. A Conan le agradó su modo de tomar la iniciativa.

—¿Así que eras tú lo que protegían esa tropa de soldados y la balista? —contra su voluntad, se descubrió acariciando la aterciopelada mejilla que se apretaba contra él.

—Sí. Fue una disposición de mi padre para protegerme a mí y a mis primos — Abandonando su mano, señaló a la pareja de nobles que estaban en la barandilla con el resto de los prisioneros—. Y claro, a mi dote. Me enviaban a Hyrkania para contraer nupcias, un matrimonio arreglado de antemano —agregó, en una aclaración que nadie le había solicitado— con un dignatario rico, de gran reputación y algo mayor.

—Me solicitáis que os proteja. A cambio de un rescate, espero.

—Sí —la joven Philiope se levantó hasta ponerse delante de él—, un rescate por las dos: por mí y mi querida sirvienta —añadió, haciendo una inclinación hacia su tímida compañera—. A menos que consideréis más adecuado liberarla.

—Entonces, ¿a quién debo solicitar el rescate? ¿A vuestro señorial progenitor o ese adinerado prometido vuestro?

—Eeerrr, a mi padre, el conde Aristarcos. Creo que él se mostrará más receptivo a vuestras peticiones —con un gesto de su cabeza, señaló a los cautivos—. Esos podrían ser liberados en el mar o en la costa turania, con suficiente comida y transporte, por supuesto. Estoy convencida de que llevarían vuestro mensaje a mi hogar. Mis primos siempre me han mostrado gran devoción.

Desde su puesto en la baranda, el engréido Khalid Abdal asintió con una sonrisa torva y arrogante:

—Bien dicho, mi querida Philiope.

—Ya veo.

Con un codazo, Conan reclamó la atención de Ivanos.

—¿Cuál es vuestro informe sobre las bodegas?

Portando una tela damasquinada de color púrpura en torno a sus mejillas sin rasurar y una sopera de plata invertida sobre su rala caballera, el alto y enjuto corintio sonrió triunfalmente a su capitán:

—Es un cargamento rico y surtido, Capitán, con las más finas mercancías: tejidos, especias, objetos de valor... y conservas y condimentos envasados.

Tal noticia fue recibida con júbilo y una giga^[8] marinera por parte de los piratas más próximos.

—¿Ah, sí? —Conan refunfuñó, con recelo. Podía oler un espléndido vino kothio en el aliento en su lugarteniente, y decidió resolver un par de asuntos ineludibles antes de que toda aquella chusma pirata se hubiese convertido en un ingobernable grupo de borrachos.

—Te lo advierto, no trasiegues demasiados de esos envases hasta que dé permiso. Pon guardias en las entradas, tres hombres por escotilla. Si algún furtivo quisiera robar algo, tráemelo.

—Sí, s-sí ca-capitán —tartamudeó Ivanos.

—Deseo conservar la carraca con su carga y una tripulación selecta. El resto de vosotros puede bogar detrás de nosotros hasta Djafur, o dejarse remolcar si no hubiese viento. Aparte de las provisiones, el botín será dividido equitativamente en

Djafur.

Los piratas no ocultaron un punto de decepción ante estas noticias. La mayoría sabía que era mejor evitar pendencias y celebraciones en alta mar.

—Los prisioneros serán abandonados a la deriva cerca de la costa —realizó un gesto señalando un pequeño bote puesto bocabajo en el costado de la nave— con agua y comida. No puedo hacer más —aseguró a Philiope, frunció el ceño al ver sus ojos, abiertos desorbitadamente—. No temas, encontrarán fácilmente una nave que los transporte al sur o al este de Turán. Tu rescate queda fijado en veinte talentos de oro o un valor equivalente en mercancías, provisiones y armas.

Al oír tal suma, los piratas murmuraron asombrados. Sin embargo, Philiope no parecía sorprendida.

—Vuestro padre debe contactar con las tribus ribereñas de Djafur. Ellos realizarán el intercambio. Entre tanto, vos permaneceréis conmigo y bajo mi protección. ¡Vosotros, perros y piratas de baja estofa, tomad nota! —proclamó dirigiendo una mirada de pocos amigos a su tripulación—. ¡Amra de la Costa Negra no comercia con artículos deteriorados!

—¿Y mi leal doncella? —le recordó Philiope con presteza—. Presumo que ella puede irse con ellos.

—Bueeeeno —Conan vaciló. Se sentía torpe manejando todas aquellas complicaciones femeninas. Además, acababa de vislumbrar como Olivia esquivaba los cadáveres en la cubierta para saber del resultado final del abordaje. Cuando contempló a la engalanada mujer, su mirada fue severa. Lo último que podía olvidar era a Olivia. Súbitamente, tuvo un golpe de inspiración.

—No seré yo quien abandone en mar abierta a una mujer. Por otro lado, no podría permitir que una cautiva de la Hermandad Roja tuviese una esclava. Por consiguiente, doy tu sirvienta Sulula a mi señora Olivia por el tiempo que dure tu cautiverio para que satisfaga sus demandas y, si el tiempo se lo permite, las tuyas.

Conan habló en un tono rudo para que Olivia, que acudía con el entrecejo fruncido, lo pudiese escuchar.

—Por supuesto, las tres permaneceréis bajo mi protección.

—¡Una cuestión sobre nuestra ley, Capitán! —Era Púnicos el que hablaba, poniéndose al frente de la asamblea pirata—. Según es costumbre y tradición en nuestra Hermandad, las mujeres capturadas en un barco deben ser compartidas por igual entre todos los hermanos... mientras duren. Muchos de nosotros consideramos injusto que os guardéis una mujer para vos, pero ¡ahora queréis tres! Incluso asumiendo que algunos nobles terratenientes turamos sean lo suficientemente estúpidos como para pagar en oro por esta pequeña picara...

El discurso de Púnicos no llegó a su final. Con un movimiento felino, el cimmerico hizo un vertiginoso molinete. La cimitarra de Conan silbó en el aire y atravesó limpiamente al hombre desde la clavícula hasta la cadera. Desplomándose en dos partes que apenas permanecían ya unidas, el ensangrentado cadáver dio varias

volteretas sobre la cubierta ante las miradas espantadas de sus enmudecidos compañeros.

—¿Algún asunto más? ¿Alguna otra sutileza de leguleyo acerca de nuestra ley? —demandó Conan, salvajemente—. ¡En ese caso, basta! Arrojad esos cadáveres por la borda y traedme una lista con los nombres de los supervivientes. ¡Soltad los garfios! ¡Preparad las velas! Puedo olfatear cómo aumenta el viento.

3

El centro del mundo

Bajo el manto luminoso y azul del cielo turanio, antes del puerto sembrado por innumerables mástiles, se extendía el vasto y ornado Palacio Imperial de Agraphur. Sus frescos vestíbulos y corredores llenos de incrustaciones comprendían una superficie mayor que la de ciudades enteras de tierras menos poderosas. Todos se hallaban bajo techumbre o, más bien, parecía una interminable reunión de tejados, domos, torres, minaretes y arcadas diestramente unidos. A través de sus corredores, un visitante podría caminar un sinnúmero de días sin tener que desandar el camino ni poner el pie bajo la hostil luz del sol.

Con mayor rapidez que las malas noticias, Nepheth Ali cruzó sus vericuetos y lujosos salones. Tras sus años al servicio de Su Esplendor, el emperador Yildiz, gran monarca de todo Turán, el diminuto y veloz visir los conocía, probablemente, mejor que nadie: había decretado la construcción de la mayor parte y participado en su diseño y decoración. Ahora, incluso mientras recorría los foyeres alfombrados de seda y sus pasos poblaban de ecos los pasillos tachonados con valiosas gemas, su mentaba divagaba por otros vericuetos y laberintos más tortuosos: los secretos pasajes de la maquinaria imperial y el sistema de avituallamiento del ejército turanio.

Los caminos de tales tareas no diferían mucho de los corredores de Palacio: eran un verdadero nido de peligrosos espías y acechanzas. Por ejemplo, la convocatoria presente podría significar que algún latrocinio pasado o presente del visir había sido descubierto —él siempre fue un hombre codicioso— y, como consecuencia, perdería tanto el cargo como la vida. De estar así la situación, debía estar alerta para defender su inocencia y desviar la culpa hacia otra parte. Por otro lado, aquella reunión podía ser una nueva oportunidad para descubrir nuevas oportunidades para medrar y usurar a sus anchas. Con esta esperanza en el corazón, Nepheth Ali se recordó a sí mismo que debía inflar de modo exorbitante los costes desde el principio para aumentar al máximo sus beneficios.

Apenas se hubo plantado ante las puertas de ébano —tachonadas de oro— de los aposentos imperiales, se detuvo antes las centinelas con expectación. Eran dos mujeres hyperbóreas, de músculos marcados y talle ajustado. Ambas eran parejas en estatura, altas y con el pelo recogido en espesas trenzas. Sus trajes, idénticos, consistían en ceñidos petos de cuero, borceguíes de piel, yelmos astados y una cadena de oro enjaezando con firmeza las dos piezas metálicas del sostén. El capricho de Su

Resplandor por mantener un cuerpo de guardia femenino era bien conocido, claro. Pero incluso Nepheth Ali tenía que admitir que tal exhibición de esplendor bárbaro en medio de la opulencia oriental cautivaba su atención y agitaba su pulso.

Dócilmente, se sometió al registro de las norteñas que lo cachearon en busca de armas. Una búsqueda exhaustiva como tuvo ocasión de comprobar cuando ellas palparon su bolsa y el tafetán de seda bordado en oro. Una vez hubieron satisfecho su recelo, abrieron el portón de ébano. Una de ellas lo cruzó con él para conducirlo, a lo largo de un largo trayecto de corredores flanqueados por pilares y cámaras abovedadas, hasta la entrada de los aposentos de Su Resplandor.

Allí montaban guardia otro par de guardias: dos esculturales kushitas. Esta pareja vestía livianos turbantes, así como chalecos y turbantes propios del harén. Todo el tejido era una delicada y traslúcida malla de plata que titilaba sobre su piel caoba. No repitieron el registro de sus predecesoras, apartaron sus picas —suavemente entrecruzadas— para permitir que entrase en las fastuosas habitaciones.

El emperador Yildiz no se hallaba en su cama. Ésta era un colchón aterciopelado que flotaba en una sinuosa piscina de piedra recubierta de brillante mercurio. Por el contrario, el cabezal del lecho flotante estaba ocupado por dos obesas concubinas, dormidas o narcotizadas. Yacían semidesnudas sobre sus tapetes como focas que dormitan sobre las rocas de la costa. Recorriendo con la mirada la elegancia cavernosa de los aposentos, localizó a Su Resplandor al fondo de ésta, departiendo con otras mujeres de su serrallo.

Las afamadas apetencias del emperador determinaban que sus concubinas fuesen más carnosas y suaves que las espigadas mujeres de su guardia. Contemplando cómo jugaban dos de sus favoritas, Yildiz —achaparrado, de tez olivácea, pelo lacio y entrado en años— descansaba plácidamente en un diván de tapetes amarillos. En torno a una amplia tina de bermejo vino de uvas aromáticas, las desnudas concubinas hacían cabriolas, chillaban y, con paso firme, caminaban descalzas sobre el vino derramado. Mientras el visir se aventuraba a aproximarse más, una de las doncellas se apoyó sobre la tinaja y abrió una espita dorada de un costado. Llenó una copa adornada con rubíes y se la entregó a Yildiz. A su vez, éste ofreció la copa de vino a uno de los atentos visitantes que se sentaban en sillas a su derecha. El enjuto y calvo invitado, a quien Nepheth Ali identificó como Ninshub, el Ministro de Finanzas, aceptó educadamente pero no se llevó la copa a los labios.

Ignorando el hedor empalagoso del vino y eludiendo los charcos y pisadas violetas del enlosado color lapislázuli, Nepheth Ali hincó la rodilla antes de presentarse:

—Su Resplandor, acudo a vuestra citación con todo respeto.

—¿Nepheth, verdad? —Yildiz agitó su copa de vino y la alzó en señal de saludo—. ¡Mi querido amigo, bienvenido a nuestra fiesta! ¡Aspasi, Isdra, otra jarra para nuestro invitado!

Mientras las dos huríes rivalizaban por abrir la espita, amenazando en su entusiasmo juvenil con volcar todo el contenido de la tinaja sobre el enlosado de

palacio, el emperador hizo señas a su ingeniero jefe para que tomase asiento a su vera.

—Por supuesto, ya conoces a Ninshub y aquí, mi joven hijo, el príncipe Yezdigerd. De hecho, él fue quien propuso este encuentro. Y ahora, amigos míos, ¡bebamos!

Respetuosamente, Nepheth Ali aceptó la copa de la empapada concubina y se la llevó a los labios. Dando pequeños sorbos, bebió todo el perfumado y dulzón brebaje que le fue posible soportar. Entretanto, con los ojos entrecerrados, hizo sus cuentas. Nunca con anterioridad había visto a Yezdigerd, el hijo de Yildiz, de quien sólo conocía lo que decían los rumores: llevaba una existencia discreta y estudiosa en un ala separada de palacio bajo la tutela de su abuela Kushia, la Reina Madre. El príncipe parecía una versión más perfeccionada de su padre: más alto, delgado y pálido. En su ropaje se aproximaba al gusto del oeste, de las tierras hybóreas: vestía unos holgados y cómodos pantalones de algodón, una camisa de estilo khotio abotonada por delante, unas botas de cuero sin adornos y un sencillo turbante de color gris. Ante el retozo de las dos fulanas de su regio padre, aparentaba un educado desinterés. De hecho, incluso en medio de todo aquel alboroto, parecía totalmente determinado y calculador... Un hombre del que cuidarse.

—¡Bien, Nepheth Ali! —bramó el emperador—. ¡Qué dicha tan grata es probar el primer néctar de la nueva cosecha en compañía de unos amigos! Si lo deseas, toma más vino. O monta a las muchachas, si gustas. ¡No existe asunto tan urgente que no pueda esperar para satisfacer el tirón de la carne!

—Gracias, Su Resplendor.

Nepheth Ali se había amoldado bien a aquellas ultrajantes celebraciones de la vendimia. Al principio, se habían concebido como una manera astuta de probar el carácter y sentimientos de sus colaboradores, para sorprenderlos con la guardia baja ante sus iniciativas. En los últimos años, la costumbre había tomado un giro propio: aplacar los más bajos instintos de un gobernante corrupto. En este instante, el propio Yildiz parecía ido o atontado, bajo los efectos del hachís. Y parecía un acto sin fin alguno. De acuerdo con todo ello, el visir renovó sus esperanzas sobre un posible ascenso ministerial o fiscal.

—En este momento —comenzó el calvo Nenshub—, no puedo refrendar otro nuevo desembolso para gastos militares.

Por lo general, el Ministro de Finanzas, de su cráneo anguloso, acudía intranquilo a este tipo de licenciosas reuniones. Obviamente, esperaba entrar en materia y escapar rápidamente con el menor coste posible para el Tesoro Real.

—Sobre todo ahora, tras las recientes levas de tropas y marinería, la fletación de nuevas galeras y la construcción de un costoso fortín en las marcas occidentales. Me inclino a pensar que la aportación regular ya presupuestada sería más que suficiente para sufragar los costes de nuestra ofensiva.

—Precisamente, mi apreciado Ninshub —la voz del joven príncipe era firme y seca, como si hubiese previsto tal gambito de apertura por parte del Ministro de

Finanzas—, comparto tu justa preocupación sobre los gastos innecesarios. Por eso he sugerido esta idea como una medida económica que nos evitará cuantiosos dispendios en el futuro.

—Cierto, pero aun así —Ninshub acudió al quite con prontitud para refutar el argumento, casi mofándose en el rostro del joven—, vos no podéis saber, príncipe, que la mayoría de estos proyectos se nos presentan como un ahorro o, incluso, como una proposición lucrativa. ¡Ay, qué pocos resultan ser algo firme! La mayoría suponen una sangría creciente para el Tesoro Real, especialmente cuando los costes se doblan o triplican y los intermediarios exigen mayores porcentajes.

—¡Ah, sí! ¡Los intermediarios! —el emperador se quejó, con melancolía—. Siempre están repartiéndose mis beneficios, pidiendo favores por lo hecho y, además, una propina. Es lo que siempre digo: si se hace bien un trato, ¿por qué no pueden ceñirse a él? —agitó la mano—. ¿Cuál puede ser el precio de una jovencita shemita en el mercado? ¿Cinco dinares? A menudo, después de que ellos hayan cerrado el trato y cobrado su corretaje, ¡acabo pagando diez veces más! —Se volvió hacia el visir—. Nepheth Ali, ¿eres eunuco?

—No, Su Resplandor —Muy a su pesar, el visir enrojeció—. Tengo siete esposas y veintitrés hijos.

—¿Sí? Parece que nunca logro acordarme. Bueno, entonces no te ofendí con mis palabras. ¿No desearías otra?

—¿Perdón, Su Resplandor?

Habiendo bebido más de media copa, Nepheth Ali estaba demasiado relajado para comportarse con cautela.

—¿No desearías tomar otra esposa? —con gesto distraído, señaló a los dos picaras que estaban junto a la tinaja de vino—. Para compensarte por mi pregunta, cualquiera de ellas es tuya.

—No, señor. ¡Un millón de gracias! —agitando ostentosamente la cabeza para ganar tiempo, el visir masculló una respuesta cortés—. Intento asegurarme que cada nueva esposa es más joven que la última para poder mantener un mínimo de jerarquía y orden en mi hogar.

—Entiendo —asintió Yildiz—. Eres un hombre sabio. Muy diplomático.

Pareció distraerse, permitiendo así que, finalmente, se entrase en materia.

—Estoy de acuerdo con vos, Ninshub —como si no hubiese habido ninguna digresión en el asunto, el joven príncipe continuó hablando—. El coste del mantenimiento de nuestra Armada Imperial y nuestro dominio naval es pesado y debe contenerse. Sobre todo cuando las nuevas conquistas e incursiones de pillaje han sido menos frecuentes.

—En verdad, así es —admitió Nenshub, cabeceando—, pero los costes de nuestras aventuras fronterizas continúan incrementándose.

—¡Mirad aquí! —se quejó Yildiz desde su diván—. ¿Qué motivo puede concebirse para una queja semejante? Las fronteras del Imperio se han ensanchado, ¿no es cierto?

Nuestros estados tributarios y nuestros sátrapas siguen pagando puntualmente sus impuestos y nuestras legiones pueden exprimirlos más, ¿no?

—Lo es, Su Resplandor —Nenshub se inclinó ceremoniosamente desde su asiento—. El Imperio de Su Resplandor sigue siendo floreciente. Pese a ello —persistió en su aire apologético—, los costes siguen subiendo. Y no sólo los de tripular y armar nuestras legiones en las fronteras sino los gastos imprevistos causados por las correrías de bandoleros, las revueltas y la piratería en el Vilayet.

—Cierto, muy cierto —habiéndose recuperado de su interrogatorio conyugal, Nepheth Ali, sintió llegado el momento de incorporarse a la discusión—. Por ejemplo, viene a cuento el caso de ese pirata: Amra —expuso—, ese que apresó hace poco a la hija del conde Aristarcos. El gasto de suprimir una amenaza como esa antes de que socave la primacía naval turania o avive alguna suerte de levantamiento entre los isleños o tribus ribereñas porque... eso podría resultar ruinoso si se difiere mucho tiempo la solución.

—¡Vamos, Visir! —protestó el emperador—. Hasta el imperio mejor gobernado se verá perturbado por pequeños bandidos montañeses y piratas. Ese tipo, Amra, es un incordio, seguro. Pero en gran parte, porque desafía a la nobleza y juega con la fascinación que ejerce sobre la chusma el mito del sanguinario corsario. Pero ¿realmente puedes decir que esa insignificancia puede perjudicar mi reinado y hacer necesaria otra costosa inversión en la Armada?

Conforme el emperador aducía razones, Nepheth Ali observó que ese aire de afabilidad que da el alcohol persistía y que aquel no era el sentido real de sus palabras.

—No, estimado padre —el príncipe Yezdigerd tranquilizó a su padre—. Dudo que nuestro visir quisiera llegar tan lejos —fijó su mirada en ambos súbditos—. Tal como yo lo veo, la única manera en que ese bergante podría convertirse en un problema relevante se produciría si nuestros rivales de Hyrkania se nos anticipan, lo aplastara antes que nosotros y aprovechan este pequeño triunfo para reivindicar la preeminencia naval en el Vilayet y su costa.

—Hm, cierto, podría ser un problema —observó Yildiz—. ¡Bien juzgado, Yezdigerd! Tu real abuela ha hecho bien recomendándote como consejero mío. Entonces, ¿qué propones para eliminar a este molesto corsario y otros como él?

—En el reino naval —comenzó el joven de austero rostro— los costes diarios son un problema molesto. En verdad, una flota requiere un desembolso mayor. Pero naves bien fletadas pueden durar más de una docena de años en activo, y aún más si se varan en cobertizos. Además, las pasadas victorias navales nos han proporcionado naves en buen estado y cascos perfectamente reparables. Al fin y al cabo, la mitad de nuestra flota se ha confeccionado a base de botines de guerra y están gobernadas por piratas, contrabandistas y gente de su cuerda que reclutamos a la fuerza.

»Como dice Nenshub, las partidas más importantes del presupuesto necesario para mantener operativa la Armada son la contratación, las reparaciones, el avituallamiento y el coste de mantener flotillas y guarniciones en puertos lejanos.

Marinos y navegantes son mano de obra experimentada que no se obtiene fácilmente, ni son baratos. También tienen familias a las que hay que mantener aquí, en casa, si su ausencia es prolongada. Incluso los remeros han de ser adiestrados, y no se consigue sin alguna paga o gratificación. Su entrenamiento no es barato: se requieren oficiales experimentados para adiestrarlos, a los que hay alojar y aprovisionar. Y en muchas ocasiones, todo ese trabajo para una única batalla. En suma, un incesante y asfixiante gasto.

—Disponemos de naves en las que bogan convictos y esclavos —repuso suavemente Yildiz—. Algunas naves no precisan más. Y claro, en el caso de una guerra popular y bien publicitada, existe la oportunidad de reclutamientos y levadas fáciles.

Como si fuese demasiado cortés para rebatir las palabras de su padre, Yezdigerd se limitó a encogerse de hombros.

—Está probado y demostrado que los trabajos forzados distan de ser satisfactorios. Los esclavos precisan de una instrucción aún más difícil, su esperanza de vida es corta y su comportamiento en la batalla, malo... siendo generosos. En cuanto a los alistamientos voluntarios o un proyecto civil... —ceñudo, el joven príncipe agitó su cabeza—. Mi opinión es que deberíamos evitar esa clase de disposiciones. Despiertan peligrosos sentimientos de parentesco y autocomplacencia entre los de la misma clase. Tal y como le ha ocurrido a alguno de nuestro rivales hyrkanios que han acudido tales medidas, éstas contribuyen a crear castas, inquietas y arrogantes, y una pequeña nobleza. Armar y entrenar en estrecha camaradería a arrendatarios y pequeños propietarios es un negocio peligroso. Les conducimos a las perniciosas nociones de la libre determinación, incluso a movilizarse contra la autoridad. Una casta de oficiales, con una estricta autoridad sobre soldados de a pie y marinos, resulta mucho más seguro.

—Resulta evidente, Yezdigerd —asintió Yildiz, con gesto seco— que has tenido en cuenta ese punto. ¡Pero mi buen tesorero, tu copa está vacía! ¡Y la tuya, Nepheth! ¡Isdra, Aspasia, estáis siendo muy negligentes con nuestros invitados! ¡Más bebida para todos! —ondeando la copa por encima de su cabeza, Su Resplandor salpicó a las empapadas ninfas, que se debatían en torno a la espita, con los posos rojos— Huríes —proclamó el emperador mientras exigía más vino—, para mí, vuestras destilaciones son tan temerarias y dulces como este divino néctar.

Cuando el bullicio subsiguiente hubo cesado, el príncipe Yezdigerd —quien, siguiendo los preceptos de Tarim, el sagrado profeta, no probaba el jugo fermentado de la uva o el grano— continuó hablando con frialdad. Sus palabras tenían el sonido de un discurso preparado:

—Vivimos en un tiempo de nuevos y poderosos conocimientos, y de un floreciente comercio. El imperio de Turán, y especialmente nuestra espléndida capital, se ha convertido en el destino de las caravanas y del tráfico marítimo. Controlamos todas las vías de comercio entre el Este y el Oeste, entre el Norte y el

Sur. Así, Aghrapur, donde estamos ahora ustedes y yo, es el centro del mundo. El crecimiento de nuestro imperio y la extensión de nuestra influencia sobre tierras extranjeras nos beneficiarán inmensamente tanto en impuestos como en aranceles comerciales.

»Y ahora yo me pregunto, ¿nos hemos aprovechado del más útil de todos esos beneficios? —con gesto serio, el príncipe realizó una pausa retórica—. Por si lo desconocen, en nuestra ciudad moran algunas de las mentes más perspicaces de nuestro tiempo. Se trata de prodigios conseguidos gracias a la riqueza de nuestras bibliotecas y las enseñanzas de nuestros eruditos. Mentes que han abandonado las más remotas regiones, donde sus méritos no eran valorados, y han acudido hasta aquí para saciar su sed de conocimientos. Con ocasión de sus viajes a lo largo del mundo, algunos se demoran aquí por breve tiempo al sentirse engañados por las oportunidades de nuestra capital para la investigación científica y el desarrollo del pensamiento.

»Por todo ello, Aghrapur bien puede alardear de tener los mejores médicos, los astrónomos más perspicaces, los alquimistas más sutiles y los nigromantes más hábiles que el mundo ha conocido. He estudiado a estos hombres. Y también a algunos de sus antiguos compañeros. En la mayoría de los casos he descubierto que sus afanes intelectuales no se especializan lo suficiente. Estos magos pueden solventar fácilmente cualquier problema que se les plantee. Marginando las pesadas telarañas del folklore y la tradición, pueden obtener soluciones nuevas e imaginativas."

—¿Nos propones que acudamos a los discursos de esos filósofos que enseñan en las esquinas para que resuelvan los problemas del imperio? —preguntó el emperador Yildiz. Obviamente, el objetivo de la pregunta era acelerar el moroso discurso del joven príncipe.

—Podría ser —replicó Yezdigerd, mientras aceptaba la pulla y dirigía a su padre una mirada que hizo sentirse a Nepheth Ali bastante incómodo—. Puede que algún día esos perspicaces pensadores solventen el problema de controlar a la ingobernable chusma... incluso a petición nuestra, tuya y mía. Padre, inventemos una consistente ciencia de gobierno imperial. Indudablemente si sus métodos se llevasen a la práctica a rajatabla, éstos serían crueles... pero tan eficaces que asegurarían nuestro poder para siempre.

Mientras liberaba a los oyentes de su mirada fija, sonrió desvaídamente ante ese pensamiento.

—Pero, por el momento, mi objetivo es mucho más modesto. En concreto, solventar el problema del que hemos hablado: cómo tripular o gobernar las galeras sin las costosas e inoportunas zozobras que aquí se han constatado.

Entonces, llegó el turno de que Ninshub solicitase algunas aclaraciones:

—¿Así que crees haber encontrado un sistema para propulsar nuestras naves sin utilizar remeros? ¿Príncipe, tal método ya ha sido inventado: la fuerza del viento sobre las velas! —Esbozó una sonrisa condescendiente—. ¿Realmente necesitamos

investigar más?

—Sí, Ministro de Finanzas... si tienes en cuenta que los vientos del Vilayet son propensos a soplar de modo imprevisible: a veces lo hacen perezosamente; otras, levantan violentas tempestades. Para nuestra propia seguridad y certeza, nos fuerzan a alejarnos de la costa. Y esto ha demostrado ser un inconveniente: las galeras van cargadas de tripulantes y provisiones y disponen de poco espacio para la carga y el armamento.

—¿Pretendes ordenar a esos estudiosos que encuentren un sistema mejor? —Aparentemente, la atención del emperador Yildiz se centraba en su copa de vino—. ¿A cuáles seleccionarías? ¿Y cuál sería el castigo por su fracaso? ¿Quizás condenarlos de por vida al banquillo de los remeros?

—No, padre —Yezdigerd negó con la cabeza, mostrando escasa paciencia ante sus anticuadas ideas—. Lo que te propongo es un concurso, una competición abierta a todas esas reconocidas eminencias para que ofrezcan una solución. El premio debería tener una dotación en oro. Quinientos talentos y una garantía imperial, o un nombramiento, para vigilar y desarrollar el uso de la nueva estrategia en la Armada Turania, deberían bastar.

—¿Asegurarles un porcentaje en los beneficios del proyecto, queréis decir? —el Ministro de Finanzas se acarició la frente—. Hmm... sí, eso podría ser interesante.

—Pero, mi querido niño —protestó el emperador Yildiz—, ¿qué posibles mejoras podrían preparar? ¿Qué los vientos soplasen a nuestra voluntad? ¿Sabes? En el norte, hay un victorioso capitán que se precia de tener ya tal poder. Empapa las velas con sangre de los cautivos de guerra. ¿Acaso esos magos pueden curvar la superficie del mar para que el ímpetu de ese desbordamiento conduzcan a nuestra nave a su destino? ¡Más vino, querida Isdra! Tales pensamientos me aturden.

—No es posible hacer una estimación acerca de lo que pueda suceder —el príncipe Yezdigerd encogió sus hombros febles—. Antes de que los mortales hubiesen capturado a un caballo del desierto y lo hubiesen enjaezado... ¿quién podría haber previsto la invención de un carro de guerra de bronce? —Jugueteó con uno de los marfileños botones de su blusa—. Es una simple invención kothia. Pero pienso que merece la pena.

—Hablando como visir —Barruntando la decisión, Nepheth Ali sintió que debía hablar para conducir el asunto en un resultado provechoso—, pienso que la iniciativa del joven príncipe podría resultar... fructífera. Por supuesto, hay cuestiones cruciales: cómo anunciar ese concurso, cómo seleccionar a los candidatos adecuados y cómo juzgar la eficacia de sus propuestas.

—Me parece —interrumpió Yezdigerd— que nosotros tres... cuatro, contándoos a vos, querido padre, somos los más cualificados para emitir el veredicto final. Por eso sugerí que nos encontrásemos aquí. Por supuesto, debería hallarse involucrado un miembro de la flota. He tratado de esta materia con el Gran Almirante Quub, primero en el mando después de Jamil, el Ministro de la Guerra, y me congratula informaros

que ha mostrado gran interés en participar.

—¡Jamil! —con desagrado, Ninshub torció el rictus—. Es un soldado valiente, por supuesto, pero en el pasado sus peticiones al Tesoro no dejaban de crecer y se han vuelto incesantes. Si él asumiera la autoridad de un proyecto de esta envergadura, el gasto se dispararía.

—¡No temáis! —le aseguró el joven príncipe—. El Gran Almirante Quub me ha prometido que el almirantazgo puede asegurar un férreo control.

—Entonces, de acuerdo —dijo Nepheth Ali—. Aunque mis obligaciones son estrictamente financieras, también estoy en contacto con pensadores jóvenes y despiertos. Podría aportar un par de ellos.

—Serían bienvenidos —le aseguró Yezdigerd—. Y lo mismo reza con vos, Ninshub —dijo al Ministro de Finanzas, que cabeceó satisfecho—. Sea cual sea la fuente, las mejores ideas deberán triunfar por méritos propios. Todo cuanto se requerirá es una exposición y algunas entrevistas. Digamos... unas quince. Me complacería encargarme de ello. Luego, durante unos meses, los postulantes deberían tener acceso al Astillero Imperial, disponer de algunas naves prescindibles y de materiales para sus experimentos. Y, por supuesto, esclavos y levas reclutadas a tal efecto.

—¡Esperad un momento! —dijo Yildiz, buscando su copa—. ¿Qué son todos esos experimentos? ¿Queréis decir que vamos a poner a disposición de esos nigromantes materiales y oro?

—¡Anda! Claro, padre. Os lo aseguro, los postulantes serán objeto de pruebas —por primera vez a lo largo de su intervención, Yezdigerd devolvió a su progenitor una sonrisa, amplia y radiante—. Una idea es poco más que una especulación airosa sino puede plasmarse en una fórmula tangible o llevarse a la práctica, con hombres y materiales de verdad. Difícilmente podremos juzgar el valor y la viabilidad de un plan si no lo hemos probado previamente. Y no cabe esperar que estos eminentes sabios, en su mayoría de escasa pecunia, puedan costear tales pruebas de su propio bolsillo.

Al igual que los otros, Nepheth Ali vaciló. Momentos antes, se había sentido lo suficientemente seguro como para patrocinar a su propio candidato con una pequeña aportación de dinero. Un candidato que, merced a sus influencias, bien podría alzarse con el premio de los quinientos talentos. Este vuelco en el plan, un subsidio imperial, amenazaba con endurecer la competición; pero abría unas vastas posibilidades al ser posible acceder al Astillero Imperial cuyos inmensos recursos estaban al alcance de la mano o, al menos, así lo parecía... y las correspondientes oportunidades de desviar y apropiarse de fondos y materiales sin tener que arriesgar ningún anticipo.

—¡Qué idea tan brillante! —manifestó, al fin—. Mi querido príncipe, resulta evidente que habéis trabajado en vuestro proyecto a conciencia.

—Así es, en verdad —coincidió Ninshub—. Creo que vuestra proposición es extremadamente útil en aras a incrementar la eficacia de nuestra Armada.

—¿Y vos, padre? ¿Tenéis alguna objeción?

Solícitamente, Yezdigerd se volvió hacia el pensativo emperador. Con una inclinación de su cabeza, éste concedió su asentimiento de forma distraída y brusca.

—De acuerdo. Haré que se difundan las proclamas y emitiré la orden al Tesoro Real.

Con gesto metódico, Su Resplendor se levantó. Entonces, Nepheth Ali comentó:

—En cierto modo, es una suerte que el gran Tarim nos envíe molestias menores como esos malditos piratas del Vilayet. Nos obligan a no bajar la guardia, ¿no es verdad, Su Resplendor? —añadió con una exagerada reverencia, inclinándose ante el meditabundo emperador—. Nos motivan a dar lo mejor de nosotros, porque el ensayo perfecto para cualquier nueva fuerza naval ha de ser la destrucción de ese bribón de Amra.

El puerto de los saqueadores

Incluso a media mañana, la posada de la Mano Roja permanecía bulliciosa y atestada. Cerca, descansaban las naves. En su mayoría, se trataba de galeras pequeñas, rápidas y de baja eslora. Carecían de cubierta o de cualquier clase de refugio para los extenuados remeros. Las habían varado sobre la amplia y arenosa playa de Djafur y sus tripulaciones abarrotaban la planta baja y las estancias superiores de la posada.

En la primera reinaba una algarabía de voces belicosas, pífanos^[9] y cítaras desafinadas, ronquidos, gemidos, conversaciones empapadas en alcohol de hombres y mujeres en más de una docena de idiomas, golpeteo de besugueras^[10] y el tenso vocerío de jugadores somnolientos que continuaban cruzando apuestas desde la noche anterior.

Bajo las maderas combadas por el peso de las estancias superiores, el interior de la taberna era apretujado y oscuro. Incluso a plena luz del día, tórrido y calimoso, el lugar se mantenía fresco y húmedo merced a los ventanales que dominaban el puerto. La entrada tenía forma de arco y conducía directamente al muelle, donde los fatigados capitanes buscaban sosiego haraganeando y dormitando en el suelo, entre toneles y fardos. Uno de estos invitados, un cimmerico más conocido como Amra, permanecía sentado en la dársena lanceando ociosamente algún pez.

—Y bien, capitán —dijo, con voz ruda y desafiante—, ¿cuándo os haréis a la mar en busca de nuevos botines?

Knulf el Desguazador, propietario de la Mano Roja, era también el armador de *La Victoriosa*, una galera pirata bien pertrechada que yacía sobre la playa a menos de una docena de pasos del malecón. El vanir lucía una barba roja, era robusto y de pecho poderoso. Cuando amblaba sobre el extremo de la dársena, Conan notaba cómo cedían las maderas sueltas bajo el peso del hombretón.

—No lo sé, capitán.

Conan se volvió ligeramente. No tanto por cortesía sino ante el resquemor de la duda, recelando que un enemigo hereditario pudiera intentar empujarlo fuera del malecón, a unas aguas infestadas de tiburones. Desde siempre, los hombres de Vanaheim y los de Cimmeria habían tenido sus diferencias. Como la experiencia le había enseñado, tampoco los capitanes de la Hermandad Roja que se refugiaban en el cubil de Djafur eran aliados fáciles.

—Había pensado esperar aquí —dijo el vanir— hasta que arribe alguna galera con novedades sobre el tiempo y el comercio.

—Sí, un planteamiento sensato. Además, tu tripulación ya se ha bebido y jugado todo el botín de vuestra última expedición. Así pues, sé bienvenido.

Reclinándose con un gruñido, Knulf tomó asiento en la dársena de madera frente al cimmerico.

—¿Qué hay de nuevo sobre vuestra rehén, la hermosa Philiope? ¿Sigues esperando que su familia cumpla su palabra de entregar los veinte talentos de oro?

—Así es. Espero un pronto pago —musitó Conan—. O la represalia.

Odiaba discutir el tema con un rival tan pagado de sí mismo como Knulf. Por otra parte, era imposible guardar un secreto como aquel en un puerto tan pequeño y lleno de cotilleos como Djafur. El pueblo entero apenas necesitaba estirarse para llegar a la ensenada en la que descansaban un puñado de galeras y un par de toscos botes de pesca arrastrados hasta la arena. El lugar sólo podía alardear de un muelle de madera en ruinas y un quebrado y bajo malecón hecho a base de piedras acarreadas de un antiguo fortín. Su única calle —ni tan siquiera estaba empedrada— era un cenagal jalonado por burdeles y albergues repletos de moscas y gatos; y borrachos que se tambaleaban, incluso a esa hora de la mañana. Cercada por paredes chatas —levantadas a base de escombros del fortín que reinaba en la cima—, serpenteaba la ordenada franja de las chozas de los pescadores y las villas de los mercaderes.

Tras intercambiar varias veces la mirada en los muelles, Knulf retomó el hilo de la conversación:

—Así las cosas... Supongo que debes limitarte a esperar y esperar. A menos que puedas zanjar todo el asunto. Podrías venderme la chica que tienes como rehén. Con un descuento, claro. Pongamos un cuarto de su valor. Cinco talentos. ¿Cómo lo ves, cimmerico? Te sentaría bien cerrar el trato y yo asumiría el riesgo del cobro. Una ganancia ajustada para una oportunidad que requiere tiempo. ¿Qué me dices, Conan?

—No. ¡Y maldita sea tu sucia boca por preguntar!

De forma pausada y calculada, el cimmerico fue mascullando las palabras:

—Prefiero aguardar... o todo el tesoro o nada, según se dé. Después de todo, es mi buen nombre y mi palabra lo que se juega en esto.

—Cierto, capitán. Pero estás un poco verde para estos mares. Eres menos temido y respetado que yo. Podrías proseguir con otras empresas, a menos que prefieras malgastar años acumulando una reputación como la mía.

Alzando un puño mugriento y surcado por mil cicatrices, el pirata se limpió la barba manchada por la bebida, allí donde tenía costumbre de vaciar el barrilete.

—Aún con todo, se me antoja difícil mantener dos mujeres en el mismo barco. Tres, si contamos a la sirvienta de tez oscura... Una jovencita es algo muy raro de ver en un cubil de ladrones como Djafur.

—¡Basta! Sabré manejar mis propios asuntos.

Para reforzar el comentario, Conan arrojó con fuerza su corta y afilada lanza hacia

las aguas. Bajo la superficie, allí donde había impactado se produjo un remolino y se inició un chapoteo frenético. Pero cuando Conan tensó la cuerda trenzada anudada a la lanza, ésta flotó sin la presa, mientras una mancha sanguinolenta se movía en las aguas, grises y verdosas. Cuando hubo recuperado el arma, el remolino había menguado pero no había cesado.

—Un buen lanzamiento —comentó Knulf—. Deben ser tiburones, ¡mira ahí!

Señaló con su grueso dedo las aletas triangulares que giraban rondando la espuma ensangrentada.

—¡Vaya lío están montando esos diablos! —agregó una voz, con rudeza—. Se congregan en mayor número cerca de las guaridas de los hombres.

El que así había hablado era un espectador que se había adelantado para contemplar la agitación. Se trataba de uno de esos mirones decrepitos, de hombros caídos y permanentemente varados a la sombra de los aleros de la posada.

—He atravesado un buen ejemplar —comentó Conan, manteniendo su atención en las aguas de que bañaban el muelle—. Pero por cada uno que mato, parece que surgieran dos o tres.

—¡Ja, ja, ja! Cimmerico —lo reprendió Knulf— ¿Es que no sabes lo que significa esa sangre que burbujea?

—¡Oh, sí! Se comen a los de su propia especie —cacareó el extraño—. Como hacen algunos hombres, según tengo entendido.

El vanir rio de nuevo. Ninguna de las dos veces resultó agradable.

—No es una gran pérdida. Seguro que usted no desearía capturar un tiburón y comérselo si supiese de qué clase de restos se sustentan.

Gesticuló indicando una parte poco profunda de la playa en la que podían verse cráneos humanos y huesos mondados entre los guijarros y cáscaras de bigaros^[11].

Entre tanto, Knulf se incorporó haciendo crujir las planchas de madera.

—Medita mi oferta, Conan. Ambos hemos navegado en el turbulento Océano Occidental. Pero el Vilayet es un mar interior, con menos corrientes, donde un capitán precisa tacto e ingenio para sobrevivir —volvió sobre sus pasos—. ¡Buena caza!

—¡Buena caza! —contestó Conan, recordando las normas de cortesía de la Hermandad Roja.

Cuando el vanir hubo cruzado la puerta de la taberna, el ocioso habló de nuevo.

—Knulf es un buen luchador y un navegante sagaz. Pero, como la mayoría, un cómplice peligroso.

—Sí —gruñó Conan—, eso he oído. Pulió sus habilidades y sus calzones en el banco de remeros de una nave vanir. Realizó excursiones en el lejano sur, en lugares como Argos y cien leguas más allá del río Khorotas.

—Yo también he navegado por esos mares. Y sé de tu fama como Amra de los Corsarios Negros y como el general Conan, el héroe del paso de Shamla, que derrotó a Nathok el Velado^[12] y sus legiones demoníacas.

Conan examinó de nuevo a aquella rata de muelle. Su rostro mal afeitado era redondeado y pálido; los rasgos hinchados y deformes revelaba una existencia disoluta en la playa.

—No te conozco. Tampoco doy limosna.

—Me llamo Ferdinald de Zingaria. En otros tiempos, fui maestro de carpinteros en un astillero y diseñé barcos. Piense en mí como un hombre a la búsqueda de un líder.

Calibrando el semblante gastado, su peso superior a su robusta complexión, la calma de su postura y su mirada fija, Conan evaluó al tipo más allá de su apariencia.

—En tal caso, sígueme. ¿Algo de beber? ¿No? ¿Algo de comida si la olla de la mañana no está vacía?

—Si no está vacía, con un centenar de bocas más que alimentar pronto lo estará.

—¿Qué?

Siguiendo el curso de la mirada del zingario, examinó la luminosa superficie del mar. En el desvaído y blanquecino horizonte navegaba una galera de amuras altas, bien pertrechada, con el casco pintado de negro resaltando por la nivea espuma de la rápida bogada.

—Maniobra con la destreza de una nave pirata, seguro —declaró el cimmerico—. Por su derrota y el ritmo de boga de su tripulación, parece que se trata de *La Tormentosa*.

—Sí —confirmó Ferdinald—, es el bajel de Santhindrissa. Ella y sus piratas animarán pronto este lugar.

—Entonces, vamos adentro —dijo Conan, levantándose de su asiento—. Deseo estar preparado para la fiesta.

Tras lanzar una última mirada para cerciorarse que ninguna nave hostil acechaba a los piratas, Conan se volvió y siguió su camino. Sabía que cualquier tipo de persecución era altamente improbable; y mucho menos una expedición punitiva. Hacía muchos años que la Armada Turania había intentado bloquear Djafur. El lugar estaba demasiado alejado de los puertos turanios y demasiado bien escondido en medio bajíos de difícil localización y corrientes traicioneras. Los propios capitanes piratas contrataban como pilotos a nativos de las tribus ribereñas para guiarlos a través del laberinto de arrecifes.

Al obtener gran parte de sus riquezas de las actividades de la Hermandad Roja, estas mismas tribus parecían interesados en tolerar la presencia de aquella chusma delictiva en el Vilayet. De hecho, incluso se habían incorporado a las incursiones que la Hermandad Roja efectuaba en el continente con sus naves pequeñas, veloces y nutridamente tripuladas. Sintiendo escaso afecto por los imperios Turanio y Hyrkano, los isleños desviaban las naves de estos países hacia los arrecifes o los acosaban con esquifes a los que habían prendido fuego apenas penetraban en los angostos estrechos. En aguas tan peligrosas, el riesgo para las flotas extranjeras era demasiado elevado. De tal suerte, proseguía la impunidad de los piratas para fondear

en Djafur y otros puertos menores de la isla.

Conan sentó al mendigo Ferdinald ante un cuenco con una generosa ración de gachas y pescado. Se volvió a tiempo para contemplar cómo un pequeño séquito de mujeres descendía por la estrecha y angulosa escalera. En primer lugar, acudía Philiope. Parecía tranquila y de porte regio, aunque menos que en otras ocasiones: vestía un largo vestido de seda que le llegaba hasta las rodillas facilitando un desenvolvimiento más airoso. Tras ella, descendía Sulula, la criada. Ésta había descuidado su apariencia de forma penosa: envuelta en una sencilla túnica, caminaba con la cabeza gacha, el pelo enmarañado cubriendo su rostro y el ceño fruncido. Y por último, ciñendo blusa y pantalones, Olivia. Lucía tan hermosa como siempre pero orgullosa, con el rostro insensible a las miradas y silbidos que su presencia levantó entre la chusma.

Cuando las mujeres hicieron acto de presencia, todos aquellos picaros se volvieron y murmuraron. Pero en cuanto sus miradas encontraron a Conan en el último escalón, el silencio se extendió por la habitación con la misma velocidad que la procesionaria^[13] atraviesa, royendo, un fino casco de pino. En todo caso, allí había otras mujeres: camareras descuidadas y ajadas, un par de pescadoras de grandes dientes y ojos apagados que, rápidamente, supieron sacar tajada del interés suscitado entre los parroquianos por beldades inaccesibles.

—¡Buenos días, capitán Amra! —con ademán pausado y recatado, marchó directamente desde su escalón hacia Conan. Depositando una mano sobre su hombro, se puso de puntillas y le dio un beso en su recién rasurada mejilla—. Podría haberme despertado más temprano... aunque reconozco que he disfrutado de mi reposo.

Permaneció pegada a él para hacer notar a la atenta piratería su intimidad con el capitán.

—Dama Philiope —Sonriendo para sus adentros por su descaro, Conan la saludó —, hermosa Sulula —atemorizada, la joven volvió el rostro—, y Olivia, mi compañera de siempre. ¡Buenos días a todas!

El rudo abrazo del cimmerico, seguido de una caricia en la melena negra y una palmada en la cadera, no mejoró el humor de la joven ophirea de ojos oscuros.

—No puede haber un buen día tras una mala noche —retorciéndose, se apartó—. Esteapestoso barrio de salteadores, carcomido por los gusanos, se mueve más que un panzudo e hinchado mercante azotado por un vendaval. Con los piratas de juerga a todas horas, maldiciendo y lanzando juramentos, las habitaciones resultan escandalosas.

Agregó este comentario mientras lanzaba una punzante mirada a sus compañeras.

—Mi amada Olivia —pasando sus brazos por los hombros de las tres, las condujo a una mesa ancha y redonda—, si los hombres se estuvieron jugando sus dineros hasta tarde es culpa mía —explicó, sentándose junto a ellas—. A causa de la mala suerte o la connivencia de unos jugadores conchabados, perdí cien florines en este

agujero. Debía quedarme el resto de la noche para machacar a esos timadores y recuperar mi dinero.

—¡Ah! ¿Y entonces lograste descansar lo suficiente? —Los ojos de Olivia centellearon con demasiada dureza como para que pudieran reflejar una tierna solicitud.

—Sí, en el hueco de la escalera —Conan ladeó la cabeza señalando el rellano superior—, en compañía de otros marineros aún más borrachos que yo.

—Hmm —con gesto pensativo, Olivia asintió—. Para que no acudiese junto a mí, debió ser así.

Lanzó una mirada envenenada a su Philiope y su criada.

—Puedes estar segura, Olivia. —Dirigiendo una mirada hosca a los otros parroquianos, Conan redujo el tono de su voz hasta convertirlo en un murmullo—: Me mantuve en un duermevela y vigilante. Si alguno de esos pillastres hubiese intentado arrastrarse furtivamente hasta tus habitaciones, o las de las otras damas —añadió, aludiendo a las cautivas—, lo hubiera tratado con todo rigor.

—¡Pobre capitán Amra! —dijo Philiope, con una sonrisa triunfal—. Seguramente, pasaréis algunos momentos de apuro para defendernos de esos malandrines. A bordo, ya era bastante malo. Pero, aquí, en tierra...

—Cierto, capitán. No podéis estar en todas partes —recalcó Olivia, con una mirada siniestra.

—Sería más sencillo —resumió Philiope— si pudiésemos compartir un único dormitorio. Facilitaría el trabajo de Sulula, que está obligada a pasar de una a otra habitación para servirnos... Por supuesto, si a la querida Olivia no le importa.

—¡Imposible! —la interrumpió Olivia—. No podría soportarlo. En cuanto a vuestra torpe y apocada criada... es torpe, casi una nulidad. Así que, por favor, manteneos en vuestros propios cuartos. Ya gozamos de poca intimidad aquí.

—Sí —concedió Conan—, podría ser un buen acuerdo. Estaremos más apiñados cuando *La Tormentosa* y su tripulación varen en la playa.

—¿Qué? ¿Esa pirata, esa mujerzuela, Santhindra o como quiera que se llame, y su vil chusma, aquí? —Olivia agitó la cabeza, con disgusto—. Dormiré a bordo de *El Jacinto*, hayan reparado los camarotes o no.

Lanzando una discreta mirada a su derredor, Conan se aproximó a su compañera:

—Te lo ruego, Olivia, cuida lo que dices sobre la capitana Drissa. De todos estos bellacos y asesinos es la única a la que yo podría acudir para protegeros.

—¿Quiere decir que una pirata va acudir a la posada? —La dama Philiope, llevada por la curiosidad, casi se levantó mientras giraba su cuello de cisne hacia la puerta—. Aunque yo había oído relatos sobre vos, Capitán Amra, en mi hogar nadie habló de tal maravilla.

—Puede que sea porque nadie que la ha encontrado en alta mar ha logrado salir con vida y difundir su fama —explicó Conan, ayudándola a levantarse.

Conan y las mujeres se unieron a la muchedumbre que se había formado fuera, en

la dársena, para admirar el soberbio estado y la destreza con que arribaba a puerto la nave sin mástiles. Se trataba de una birreme lisa, con más eslora que *La Raposa* de Conan y de baos^[14] más recios; en cada costado mostraba con orgullo una doble fila de remos intercalados cada poco. Agitando el agua en una estela espumosa alrededor de la galera estaba la proa: un espolón de tres afiladas cabezas rematadas en púas capaces de fijar una nave en un punto concreto... o de enviarla al fondo del mar.

Como evidenciaba la firme cadencia de los remos, sin una bogada descompensada ni un ápice de desorden en las bancadas de remos, *La Tormentosa* estaba bien gobernada. Se desplazaba a toda velocidad y obedecía con docilidad al timón, culminó la maniobra en torno a las rocas sin marcar de la boca del puerto sin una aparente reducción de velocidad.

Una de las dos figuras que se afanaban a popa, sobre los gobernalles, debía ser la capitana. Probablemente, la más alta y envuelta en un arnés de color negro. Si alguien podía ejecutar una maniobra con tanta firmeza, ésa era Santhindrissa. La mitad de su tripulación, las que empuñaban los remos de la fila superior, eran mujeres: luchadoras feroces y armadas que pululaban sobre la cubierta preparadas para defender los botines que había obtenido la birreme. El resto eran prisioneros, hombres capturados en sus razzias por tierra y mar. Dentro o fuera de cualquier puerto, estos esclavos siempre permanecían encadenados en los bancos de remo de la fila inferior para aportar mayor potencia. A no ser, según se rumoreaba, que uno o varios de ellos fuesen desencadenados para a requerimiento de su capitana o alguna pirata para desempeñar algún servicio especial. Día y noche, se afanaban en alguna tarea que hacía que sus cuerpos se fortaleciesen y sus voluntades se quebrasen, trabajando desnudos bajo el hiriente látigo de sus guardianas.

Como cualquier otra birreme, *La Tormentosa* tenía dispuestos los asientos de los remeros en dos alturas. Algunos piratas que habían subido a bordo comentaban, escandalizados, cómo aquellos desdichados, confinados en los bancos del nivel inferior, eran obligados a trabajar todo el día en el caluroso mar de Vilayet con los ojos puestos en las caderas y muslos de las piratas, apenas vestidas, que patrullaban y trabajaban sin descanso en la cubierta. Conan ignoraba si tal destino había hecho enloquecer a algún hombre o lo había convertido en un idiota balbuceante. Mas en sus conversaciones con los piratas del Vilayet nunca había oído mencionar ni de una fuga con éxito ni de motín alguno a bordo de *La Tormentosa*.

Aun así, por motivos de seguridad, Santhindrissa no condujo su nave hacia la playa. Por el contrario, con pericia, echaron anclas en una excelente posición: fuera del malecón de la Mano Roja, cerca de *El Jacinto*. Después de que la nave se hubo alabeado hasta alinearse a uno de uno de los proís^[15] más sólidos, la tripulación colocó una larguísima plancha que comunicaba la cubierta con el malecón. Probablemente, en ausencia de las piratas, éste se retiraría. Los tiburones del puerto custodiarían a los prisioneros con idéntico celo al que observaría cualquier centinela.

Las mujeres fueron recibidas con gritos de entusiasmo por parte de los bergantes

cuando comenzaron a descender por la bamboleante rampa. Éstos trajeron de la taberna las bebidas más fuertes y las entregaron a las recién llegadas. Algunas fueron arrojadas por el aire, de esta suerte, antes de descender de su cubierta, algunas mujeres ya estaban medio ebrias, jugueteaban peligrosamente sobre la plancha o danzaban licenciosamente sobre las barandillas de la galera.

Como era de prever, antes de que floreciese el amor lo hizo la sangre. En el malecón, arremolinándose veloz y airadamente entre la muchedumbre, se desató un duelo a cuchillada limpia. Antes de que los espectadores pudiesen formar el círculo de rigor y cruzar apuestas, el perdedor —uno de los hombres de Knulf— había caído. A juzgar por la profundidad de la cuchillada en su cadera, lo más probable es que tuvieran que hacerle una sangría y permanecería postrado por la fiebre una semana. La ganadora, una joven de negra cabellera, huesuda, pálida que llevaba un parche sobre un ojo y respondía al nombre de Brylith, alzó su daga ensangrentada y se volvió pausadamente hacia el estrecho círculo para recibir las felicitaciones de la multitud. Le ofrecieron la copa de la victoria, la vació de un trago e hizo el honor de vaciar los posos púrpuras sobre la boca abierta del contrincante, jadeante y tendido boca arriba.

—¡Embarcad ese tablón!

La orden, impartida con voz alta y áspera, concitó de nuevo la atención en la birreme. La capitana de la nave, la última en desembarcar, anduvo por la plancha con paso firme. Santhindrissa era una mujer de nariz aguileña, delgada, muy alta, nervuda y de tez morena. A juzgar por sus rasgos aguileños y su pelo negro y liso, parecía estigia. Sus pechos, pequeños, apenas estaban disimulados por un arnés entrecruzado por ataduras negras; su faldilla de cuero repiqueteaba a causa las manillas de la armadura y el golpeteo de las armas; sus pies, envueltos en holgadas sandalias de cuero negro, se detuvieron con determinación en la plancha.

—¡Larga vida a la Hermandad Roja!

—¡Larga vida a las Hermanas! —las piratas corearon el agudo grito, acompañadas con toda naturalidad por varias voces masculinas.

—¡Un barco tripulado sólo por mujeres! —exclamó Philiope maravillada, asiendo firmemente el brazo del cimmerico—. ¿También tienen hijos piratas?

—No —gruñó Conan—. La dura faena de bogar parece prevenir esa contingencia. O a lo mejor es ese matarratas de Knulf —Conan movió la cabeza en dirección a una pirata que, arrodillada en uno de los extremos del malecón, estaba vomitando—. Por regla general, no se casan. Pero parecen apreciar mucho su vida a bordo.

—Si las admiráis tanto, noble señora, podríais uniros a ellas —comentó con desdén Olivia, permaneciendo cerca de Conan pero sin tomar su brazo libre—. Y también vuestra criada —añadió dirigiendo una mirada a Sulula, la criada que se acoquinaba junto a su señora—, bastaría la más leve agresión para que ambas obtuviérais un banco a los remos.

—No —replicó la joven noble, pensativamente—. Creo que no. Después de todo, la vida en el banquillo es bastante menos refinada que a la que estoy acostumbrada.

—¿Por qué? Ahora, vuestro equipaje es pequeño.

Las hostiles palabras de Olivia fueron interrumpidas por el empujón de la gente en el malecón; Conan se movió con el propósito de seguir a la chusma en su regreso a la Mano Roja.

El interior de la taberna había doblado su estridencia y estaba atestada porque, movidos por la curiosidad, los morosos habían acudido desde las calles. Ferdinald, hosco y malhumorado, se las había arreglado para reservar un sitio para Conan en la larga mesa que se había convertido en una especie de refugio para los capitanes. Acucillándose, el cimero se incorporó a la conversación. Allí estaba uno de los jefes de las tribus ribereñas: el capitán Hrandulf, de frente despejada y con bigote, que siempre gustaba de mantenerse al tanto de los hechos de los piratas. Santhindrissa se sentó en un extremo de la mesa. Trayendo una jarra de espesa cerveza para la fiesta, se les unió Knulf, pirata y posadero.

Su conversación se centró primero en la exitosa singladura de *La Tormentosa*, que se había apoderado de los jugosos cargamentos de dos balandras mercantes en el Zaporoska^[16].

Discutieron sobre el clima y las patrullas imperiales. Al sur, no había demasiado que contar. La única noticia que habían conseguido de uno de los comerciantes capturados hablaba de alguna suerte de proclama naval en el distante puerto turanio de Aghrapur, incluyendo un concurso, un cuantioso premio y rumores de nigromancia. Aquella información era de tercera mano, obtenida de marineros, que tendían a ser supersticiosos por naturaleza, incluso bajo tortura. La capitana Drissa no pretendía comprenderla. Sin embargo, preguntó por la carraca mercante anclada en el puerto, lo cual los llevó a hablar de las recientes hazañas de *La Raposa*, y de los rehenes.

—Interesante —le dijo la pirata a Conan, girándose para contemplar a las mujeres que se sentaban al final de la mesa—. Por lo que veo, todavía parecen hermosas y delicadas.

El séquito femenino de Conan ignoró el comentario. Afortunadamente, Olivia no insultó a nadie y se limitó a fruncir el ceño. Philiope esbozó una sonrisa recatada. Únicamente Sulula, la criada, se acurrucaba al lado de su señora; en ese momento, parecía una criaturilla apresada por la mirada fija de la capitana Drissa que la contemplaba como un ave de presa.

—Ésa... si no puedes conseguir rescate alguno por ella, ¡véndemela! —declaró suavemente la capitana con voz ronca.

Si Sulula la escuchó, sólo podía intuirse por el estremecimiento de sus ya temblorosos hombros. Ella nunca había tenido valor para hablar a nadie que no fuese su señora y entonces, sólo en cuchicheos débiles y angustiados.

—Drissa, la chica no sirve como concubina al loco cimero —informó Knulf el Desguazador a los otros capitanes—. Le he ofrecido una pequeña fortuna por el rescate turanio —Miró de soslayo a Philiope, ésta apartó fríamente el rostro—, pero

no me ha querido escuchar. Dice que está en juego su reputación. ¡Prefiere capear los bajíos y las tormentas del temperamento de tres mujeres, como una nave embarrancada en los Estrechos de Aetolia! No debe ser tarea fácil.

—Francamente, no logro entenderos a ninguno de los dos —alejándose de las mujeres, Conan expuso el lado más favorable del asunto ante los capitanes—. ¿Cómo se manejan los orientales en estos temas? No hay un pachá o un pequeño ulema a lo largo de esta costa que no tenga varias esposas, o un harén.

—Claro, un harén —en realidad, Drissa estaba de acuerdo con él—. Habría mucho que decir al respecto.

Conan no se detuvo a preguntar si se refería a un harén femenino o masculino. Y prosiguió:

—Todas las disputas y escaramuzas resultan explosivas por partida triple. Siempre esperé que una casa fuese algo menos belicoso que un alcázar en pleno combate. Desde que una segunda mujer, y una tercera, se hallan bajo mi protección... ya no hay paz.

Tristemente, aceptó las risas compasivas de sus compañeros.

Conforme iba pasando el día y los capitanes conversaban, el ambiente de la posada se iba tornando más y más salvaje, alimentado por las incontrolables travesuras de las mujeres. Las piratas bebieron, jugaron y danzaron; cruzaban apuestas sobre sus habilidades al beber, bailar o bailar mientras bebían. La mayoría terminaron fuera, en las calles, desde donde podían oírse apuestas estridentes y sanguinarias ovaciones; las peleas no tardaron en aparecer. En el malecón, con el ritmo marcado por los tonos monocordes y desafinados de las flautas y silbatos de bronce y el incesante golpeteo de botas marinas, de duros tacones, y patas de palo, de madera estropeada, la giga era continua. En la taberna, el jolgorio consistía principalmente en bramar las salomas más obscenas y lanzar toda clase de insultos y mofas a los rivales. Ebrias y semidesnudas a causa del calor, algunas piratas holgazaneaban sobre los regazos de sus colegas; en el otro extremo de la taberna, podía verse a uno de los hombres de Knulf, con la camisa y los pantalones convertidos en jirones por las dagas, escapando por piernas de un grupo de piratas de *La Tormentosa*. La mesa de los capitanes se mantenía en una relativa calma, aunque las mujeres menos belicosas se sentaban, los miraban de soslayo y hacían comentarios con los bergantes más cercanos:

—¿El capitán pide veinte talentos? Si pudieses enseñarlos, apostaría que tienes más talentos que todo eso. ¡Ven acá chica, que voy a enderezarte el botalón!^[17]

—¡Pero qué me decís de la criadita! ¿Qué puede valer? ¿Medio florín? ¿Por qué no pagamos al capitán tan elevado rescate?

—Venga nena, saca una moneda saca una hermosa moneda si quieres progresar en este mundo.

En el mismo banco que aquellas lenguaraces se hallaba una pirata: no era otra que Brylith, la reciente triunfadora en el duelo a cuchillo que se había producido en la

dársena. Arrastrando las palabras a causa de la bebida, cavilaba en voz alta junto al ilbarsi de largos bigotes que acunaba su cabeza sobre su grasiento regazo:

—He oído que en algunas de las grandes ciudades del continente hay mujeres que obtienen buenas cantidades a diario. Yaciendo con diferentes hombres y dándoles placer, pero no como esclavas o cautivas. Ahora, hay algo que me gustaría intentar.

Con gesto apático, alzó una mano y acarició la mejilla sin rasurar del pirata, moreno y sudoroso.

—Recibir dinero de continuo, simplemente por permitir que los hombres me besen y abracen. Sería algo.

Tirando de su pelo lacio para que se moviese sobre su regazo, el ilbarsi se carcajeó:

—Tartamudeas, ¿estás de guasa, Brylith?

Dio un codazo al keshanio^[18] que bebía cerveza a su lado el cual, por toda respuesta, estalló en grandes carcajadas:

—¿Qué hombre en su sano juicio pagaría una moneda de plata por rodar y revolcarse con alguien como tú? ¿Quién puede creerse eso?

—En verdad —el hombre de Keshan sonrió ampliamente—, sería maravilla que superaría al toro con astas de oro de Luxur^[19]. Yo mismo, jamás lo creería.

—¡Ya basta! —protestó Brylith.

Con sus ansias de pelea saciadas y aturdida por la cerveza, se limitó a abofetear sin fuerza la hirsuta mejilla del ilbarsi. Debatándose en su regazo, se alzó hasta el pecho lleno de vello.

—¡Cerdos! Sois viles y no tenéis corazón: ¡burlaros de los románticos sueños de una joven simplemente porque planeo ascender en este mundo y mejorar mi condición algún día!

Un grito ronco e inarticulado y un lamento tan violento y gutural como para destacar por encima del tumulto de la posada interrumpieron la conversación.

Mientras los piratas buscaban su origen con la mirada, Sulula, la criada, que había saltado desde su lugar junto a Philiope y, corriendo como una flecha a través del arco de la entrada, marchaba hacia el malecón. En un santiamén su señora, seguida de cerca por Conan, salió tras ella; el cimmerico había saltado por encima de la mesa para ganar la salida antes que la joven noble.

Pese a todo, llegó tarde. Fuera, los piratas se apiñaban en el borde del malecón para observar el tumulto de las aguas. Tras la súbita interrupción de la música y los bailes, realizaban comentarios acerca de la figura que se había cruzado como un relámpago entre ellos.

—La chica tenía ganas de saltar, o al menos así lo parecía.

—Quizá haya encontrado una compañía que sea más de su gusto.

Conan, deteniéndose en el borde, desenvainó su pesada cimitarra y la arrojó contra los tablones. Estaba balanceándose para saltar del malecón cuando sintió a Philiope agarrada a su brazo, sollozando. Intentaba quitársela de encima cuando otro par de brazos se aferraron en torno a su cuello. Olivia le recriminó:

—¡Cortan, es demasiado tarde! ¿Es que no lo ves?

Echando una ojeada hacia abajo, contempló el siniestro remolino del puerto dotado de vida propia. Media docena de tiburones estriados, del tamaño de un perro, daban vueltas y se lanzaban sobre una mancha de espuma púrpura. El resto se desperdigaba con sus aletas en forma de cuña y dejando una estela roja en el agua sucia. De la sirvienta Sulula no quedaba ninguna otra señal.

—¿Por qué? ¿Qué le impulsaría a hacerlo? —preguntó Conan, en voz baja, mientras, extrañado, sacudía la cabeza.

—Quizá creyó —replicó Philiope amargamente, limpiando sus húmedas mejillas en la manga de Conan— que ser devorada por los tiburones era un buen destino... mejor que continuar siendo una esclava de asesinas cuya más alta aspiración en la vida es convertirse en prostitutas. ¡Vayámonos, por favor! No puedo seguir mirando.

Ya dentro de la taberna, cerca de las tinas tapadas de cerveza, y una vez que su pesar hubo aminorado, Philiope prosiguió:

—Sulula estaba aún menos acostumbrada que yo a una vida dura y de servidumbre. Era delicada en extremo y nunca fue una sirvienta diestra, como vuestra Olivia había comentado —Hizo un gesto con la cabeza para señalar a su compañera, que permanecía con el entrecejo fruncido al otro extremo de la mesa—. Recelaba de nuestro viaje a la remota Hyrkania y del matrimonio que le habían concertado. Como puedes ver, ella era la verdadera noble y yo, la criada.

—¿Qué? ¿Significa eso que todo era una suplantación? —Conan mantuvo la voz en un tono muy bajo; se trataba de una discusión privada al extremo de la mesa, separado del resto de los capitanes y presentía que aquella conversación iba adquiriendo trascendencia económica—. ¿Por qué lo hicisteis?

—Cuando vuestros piratas asaltaron las cubiertas de *El Jacinto* y nosotras aguardábamos abajo, temerosas, mi señora me rogó que ocupase su lugar. Había oído historias espantosas de Amra el Corsario; temía que la violaras y arruinases su vida para siempre, quizá incluso que la matases. Así me tomé el lugar de la noble Philiope y me interpuse en tu camino para distraer tu atención mientras ella fingía ser la pobre e insignificante sirvienta. Sulula es mi verdadero nombre, es zamorio. Era una esclava apresada en el curso de una de las correrías fronterizas de los turamos.

—¡Lo sabía! —dijo Olivia, con los ojos centelleantes ante el descubrimiento—. Sabía que no eras una aristócrata, pequeña impostora.

—Sí —Conan asintió con la cabeza, admirativamente—. Una treta diestra... y de lo más atrevido, ciertamente —con socarronería, contempló a la muchacha—. ¿Pero por qué lo admites ahora, a riesgo de tu vida?

—Os conozco lo suficiente para confiar en vos, capitán Amra... creo —la zamoria mantuvo los ojos clavados en Conan—. Esta tragedia, muy a destiempo, también afectará a vuestras relaciones comerciales. No querría ocasionar un desastre y hacernos matar a todos. Y la verdad es que no albergo grandes deseos de regresar a Turán como esclava y ser castigada por la muerte de mi señora. La vida pirata es

difícil, pero la prefiero a la cocina o al harén.

—¿De verdad? —inquirió Olivia, con resentimiento—. No será tan dulce de ahora en adelante, aunque quizá demuestres ser una criada más hábil que tu predecesora.

—¡Ya basta, Olivia! No hablemos más de esto —inclinándose hacia delante, Conan fijó la mirada en la sirvienta—. De cara a cuantos nos conocen, tú continuarás siendo Philiope y recibirás el trato propio de una aristócrata. Es lo más seguro. En cualquier caso, un nombre falso no tiene porqué perjudicar este negocio —caviloso, frunció el ceño con prudencia—. Tal como lo veo, el noble Khalid Abdal sabe de tu treta pero ignora que su prima ha muerto, y no se enterará... creo. Ambos intentasteis engañarme, lo cual fue bastante injusto. Así que, si trae el rescate, yo lo obtendré... esté viva o muerta nuestra rehén.

5

La mano de Tarim

—Aspiramos a mejorarlo.

Dirigiéndose hacia el amplio y pesado rastrillo de hierro situado en la pared de granito, Nepheth Ali realizó un gesto. El guarda que estaba sobre la pared transmitió la señal y momentos después, con un crujido de las poleas de la cadena, la verja metálica comenzó a alzarse. Alaph el Alquimista contempló expectante, preguntándose qué magníficas oportunidades aguardaban tras el portón.

—Según el diseño antes expuesto, esta verja defensiva se levanta desde el interior de la torre por la fuerza de los contrapesos.

El pequeño y vivaz ingeniero efectuó una señal en dirección al baluarte más amplio de todas las torres que, a intervalos regulares, jalonaban la pared de piedra de las almenas.

—Por descontado, tales pesos los levantan esclavos. Aunque sería más adecuado apelar a la fuerza de los músculos para elevar los contrapesos hasta el límite en la alborada y al caer la noche en vez de mantenerlos inactivos durante todo el día para ocuparse de la verja cuando arriban navíos de guerra o cargamentos de madera —sonrió a los visitantes—. Para nuestro pequeño grupo una discreta poterna^[20] de entrada será suficiente, por supuesto. Mas deseaba demostrar el principio de eficiencia que es tan importante para nuestras operaciones navales.

Las ranuras resonaron cuando los contrapesos se detuvieron en lo alto; el ingeniero los condujo hacia el piso de abajo.

—Aquí está el astillero —hizo un gesto ampuloso con la mano enfrente suyo—, el corazón del poder de Turán. Estos medios estarán a vuestra disposición durante los próximos meses.

Alejó a los visitantes para que despejasen el espacio sobre el que pendía el enrejado y los invitó a que inspeccionasen las amplias dimensiones de los andenes, cobertizos y amarraderos; a sus espaldas, la verja empezó a descender inmediatamente. Nadie dijo nada, ni Nepheth Ali ni su media docena de invitados: los cualificados finalistas del torneo naval.

Por su parte, los oponentes se miraban unos a otros con desconfianza, con tanta atención como contemplaban las maravillas del astillero. Componían una muestra de las mentes más privilegiadas de Aghrapur: desde reputados astrólogos y nigromantes a humildes arquitectos y alquimistas; pero cada uno de los allí presentes tenía una

perspectiva insólita o algún logro que les permitía someterse al juicio y discernimiento del príncipe Yezdigerd.

Allí se encontraba Tambur Pachá, el renombrado astrónomo y filósofo: elegante, envuelto en una capa color turquesa, tocado con un turbante acorde de interminables pliegues moteados por relucientes estrellas y adornado con una gran luna creciente de oro. A su lado se hallaba Zalbuwulus, el señorial profeta venido del norte, también filósofo, que vestía una larga túnica de estilo corinthio, cuya blancura y longitud quedaban equilibradas por un bigote rizado y sus cespitosas cejas.

Como reputado diseñador de una balista de repetición que ya estaba probándose por la Armada Imperial también estaba presente un hombre de tez morena: el genial Mustafar. Dedicaba al resto del grupo amplias sonrisas e inquisitivas miradas.

También estaba presente un extranjero de carnes magras y piel cetrina conocido simplemente como Crotalus. Era un misterioso viajero de notable estatura que acudía desde tierras remotas. Según había dicho, procedía de Zembabwe. Pese a su cráneo, rugoso y oscuro, y su sonrisa, sardónica y astuta, daba la impresión de ser un hombre joven y enérgico. Había sido bien acogido en la capital, especialmente por su destreza en la lectura de las entrañas de los animales y los consejos confidenciales que había ofrecido a los prósperos turamos. Se decía que su clientela incluía a los más altos miembros de la Corte.

El joven Alaph se sentía fuera de lugar en medio de tan distinguida compañía. Su condición de alquimista y hombre letrado difícilmente podía compararse con tales eminencias. Sus conocimientos sobre las artes arcanas se hallaban muy por encima de la humilde experiencia de Alaph. Pese a todo, se sentía cualificado para contribuir de cerca en el asunto y obtener una parte del succulento premio ofrecido.

Aun cuando continuaba trabajando en la panadería de su padre, Alaph siempre había reservado su entusiasmo a sus propios experimentos como alquimista. El conocimiento de transmutar metales base, como plomo y estaño, en oro puro y sin defecto lo habían cautivado durante años. Por una afortunada coincidencia, la chimenea y el horno utilizados por la panadería en la cocción le habían facilitado sus ensayos metalúrgicos durante el horario en que el establecimiento permanecía cerrado. De hecho, años de tales esfuerzos sostenidos desde la infancia le habían proporcionado un rápido conocimiento sobre los metales y los humos, hedores y residuos de los minerales.

Sin embargo, su descubrimiento más intrigante se había producido más recientemente y no como resultado de sus investigaciones alquímicas. Éste se había producido al observar cómo una caldera de cobre que pendía de un cordón sobre la chimenea giraba y silbaba enloquecidamente, como si estuviese habitada por un genio irritado. La caldera estaba bien sujeta para evitar que, a causa de un accidente, se doblase la espita de salida y se abollase la tapa. Esto no propició que Alaph supusiese que aquella agitación sobrenatural de los recipientes de metal procediese de los espíritus del agua que, molestos ante el ataque de los demonios del fuego, pugnaban

por escapar saliendo por un lateral. Retorciéndola sobre el cordón, el fantasmagórico vapor obligó a la caldera a describir una trayectoria circular... hasta que el último de los espíritus del agua hubo escapado y permitió que la caldera se desenrollase y, suspendida en el aire, se balancease.

Encandilado por este suceso, Alaph puso a trabajar su ingenio de inmediato. Unió varias ollas de dos o tres espitas, las montó sobre pivotes y las liberó de sus fijaciones: giraron vívidamente sobre las brasas ardientes. Diseñó una peonza que, una vez calentada a fuego vivo, giraba sobre su pie de apoyo, moviéndose incansablemente, sin base aparente, en medio de espirales etéreas y vaporosas.

Aprendió de los peligros que conllevaba la huida de los espíritus del agua, y cómo untar y vendar las lacerantes escaldaduras; también ideó una caldera sin espitas y firmemente sellada que, una vez estaba llena de agua y al rojo vivo, se destruía a sí misma y cuanto había alrededor en medio de una detonación ensordecedora.

Su control sobre los “espíritus del agua” le había granjeado una notoriedad menor entre los filósofos y hechiceros de Aghrapur. Aunque ninguno de sus juguetes giratorios había encontrado una función más útil que la de magullar a algunos frívolos entusiastas, fueron muy aplaudidos, pese a todo, como valiosas pruebas de la existencia de genios y demonios. Incluso un Alto Sacerdote de Tarim lo había sondeado acerca de la posibilidad de fabricar la estatua giratoria de un derviche sobre el altar de fuego del principal templo de la ciudad.

Quizá este último honor, junto con la entrega de un fino pergamino a la Biblioteca de Aghrapur en el que detallaba sus experimentos, era lo que había atraído a la atención del príncipe. Un mensajero de Palacio, probablemente el mismo que había visitado a Zalbuulus y Mustafar, le había informado del concurso. A indicación personal de Yezdigerd, estaba seguro.

Pero incluso cuando quedó anonadado ante tan alto reconocimiento, no perdió la cabeza. Empezó a imaginar el modo en que podrían emplearse sus dispositivos por la Armada Real... Por ejemplo, una nave que en vez de remeros contuviese un horno construido con ladrillos ligeros y un gigantesca olla a presión con caños a lo largo del casco, en ambos costados, expulsando los vapores hacia atrás. Una nave de esa clase, impulsada gracias al calor y al agua, podría surcar los mares a velocidades desconocidas hasta entonces merced al poder de los espíritus en fuga. El planteamiento resultaba sugerente y la explicación de Alaph —ofrecida la mañana anterior al propio príncipe Yezdigerd entre balbuceos— había sido suficiente para tener una oportunidad de ganar el premio... como los demás.

—Este lugar es una maravilla, a su manera es mucho más rico que los muelles de la ciudad con sus naves comerciales y mercaderías.

El que así había hablado era Tambur Pachá, el astrónomo; cuando todos se volvieron hacia él, hizo un gesto con su brazo envuelto en ropajes color púrpura hacia el esplendor del puerto militar: los pesados dromones^[21] imperiales de tres mástiles surcando las aguas del canal; las birremes perfectamente aparejadas meciéndose junto

a los malecones de piedra; innumerables navíos varados sobre la playa o, algo más lejos, descansando inadvertidos en galpones^[22] cerrados; los toneles, fardos, pilas de suministros navales y madera que permanecían amontonados en las dársenas o protegidos bajo tejados y doseles; tropas de marinos y grupos de obreros marchando o permaneciendo listos y disponibles; los bosquecillos de picas y una selva de mástiles; el armazón de las naves en construcción y los silbatos, el redoble de tambores y las órdenes impartidas a gritos.

—Pocos hombres de tierra han debido poner los ojos en estas dársenas —declaró solemnemente el profeta Zalbuulus—. Salvo, claro está, que hayan mediado largos y arduos esfuerzos.

Examinando los elevados muros de piedra circundantes, Alaph coincidió en que debía de ser cierto. ¿Eran realmente necesarias aquellas paredes para la defensa, cuando se encontraban amparados por la muralla, más elevada y ancha, que circunvalaba la ciudad de Aghrapur? Examinó detenidamente las defensas, los guardias apostados y los escarpados baluartes interiores que se extendían hasta el puerto; y el edificio más grande del complejo: el de la guarnición naval, protegido por un puente levadizo, un foso y rejas en las ventanas. Contemplando los grupos de esclavos y las tropas recientemente reclutadas que desfilaban desde las naves o se embarcaban o desempeñaban diversas faenas en tierra, el joven alquimista coligió que los muros se habían construido más para mantenerlos en el interior que con propósitos defensivos.

—¡Ahí abajo está el primer modelo de mi balista de repetición! —informó con entusiasmo Mustafar, su inventor, a cuantos le rodeaban.

Asiendo el brazo de Nepheth Ali, condujo al grupo por una rampa sembrada de guijarros hacia la dársena, hacia un pequeño muelle de piedra. Al final de éste se hallaba un objeto elevado, de forma irregular y amortajado por una pulcra lona impermeabilizada. Quitando las fijaciones y arrojando el dosel a un lado, Mustafar mostró su invento al grupo.

La doble ballesta estaba montada sobre dos sólidos arcos de madera y queratina que se curvaban hacia atrás, dispuestos uno sobre el otro. La balista de repetición se apoyaba sobre un poste giratorio, con un eje rotatorio sobre el centro y las ruedas dentadas de cada costado. El conjunto descansaba sobre una plataforma circular que se levantaba a bastante altura del suelo; de la parte posterior de la plataforma sobresalían las cuatro barras del cabrestante, inclinado hacia arriba. Las ruedas dentadas se tensaban en medio de un chirriante giro y se engranaban a través de las varas correderas de ambas balistas, proporcionándole la fuerza precisa para tensar las cuerdas de la balista.

—Aquí podéis verla —anunció Mustafar, encaramándose sobre la plataforma—. El arquero se sitúa más arriba, con libertad para apuntar la ballesta en cualquier dirección. Abajo, cuatro hombres están caminando en círculos sin cesar, empujando las barras para mantener el engranaje de la plataforma en movimiento. El arquero

baja esta palanca para disparar la ballesta —se afanó sobre un gatillo que había junto al pivote— y esta otra para tensarla de nuevo, reiniciando el proceso —Acarició otra palanca—. Mientras el mecanismo está tensando una de las ballestas, el arquero dispone de total libertad para cargar, apuntar y disparar la otra.

Acomodándose sobre la doble balista, la hizo girar con suma facilidad y se puso a apuntar hacia blancos imaginarios.

—Nephet Ali, ¿disponemos de un par de cuerdas de arco y unas pocas flechas? — Señaló con el dedo algunos bancos de arena que flanqueaban la entrada del canal, a una distancia de varios centenares de pasos—. Arrojaría unos cuantas sobre aquella isleta.

—No, Mustafar. Me temo que no. Todavía se están tejiendo esas cuerdas de mayor resistencia, las flechas de gran tamaño están por calibrar y los pesados dardos de hierro aún no se han forjado —Lamentándose, Nephet Ali alzó su manos—. Las pruebas de tiro, a las que, por cierto, tengo intención de asistir, tardarán en anunciarse algún tiempo todavía. —Y volviéndose al grupo, dijo—: ¡Que la inventiva de Mustafar sirva de inspiración a todos vosotros!

—Mustafar es muy inteligente, sin duda —Zalbuulus, el erudito de vestiduras blancas, se acarició la barba con gesto solemne—. Sin embargo, si se me permite formular una objeción... Su invento ocupa a cinco hombres, cinco hombres que emplean todo su esfuerzo para mantener operativas dos balistas. ¿Es realmente operativo? Máxime si lo comparamos con la posibilidad de que esos cinco hombres preparen sus ballestas o arcos de gran tamaño y dispares simultáneamente.

A Alaph la observación le pareció sumamente sensata. Cesó en su detenida y admirativa inspección del artefacto y se volvió, aguardando la contestación.

—Una observación muy interesante —replicó Mustafar, dirigiéndose a su rival de más edad con la serenidad de un académico—, ¿a alguno de los presentes le gustaría responder?

Sonriendo ante las miradas expectantes de los otros candidatos y el gesto magnánimo que realizó Nephet Ali, procedió:

—Muy bien, en ese caso os lo explicaré. Lo que mi arma logra es la más alta eficacia..., a saber: optimizar el poder de un solo hombre. Los cuatro que mueven el cabrestante no son arqueros, no precisan de entrenamiento, ni hablar turanio. A decir verdad, no necesitan ni sus lenguas ni sus oídos. Ellos únicamente aportan energía... en silencio. De hecho, aun cuando mi invento requiriese un sexto hombre, al añadir otra barra más en el cabrestante, continuaría siendo un avance en cuanto a eficiencia se refiere, y sumamente aterradora: permite a un combatiente experimentado, un especialista de elite, escupir muerte con la fuerza y velocidad de cuatro. Ningún vulgar canalla ni un remero mal adiestrado puede desempeñar con tanta eficacia tal tarea. Hacia ahí, amigos míos, se encamina el futuro.

El discurso fue acogido con aplausos por parte de Nepeht Ali y con gritos de aprobación de Tambur Pachá. Zalbuulus no parecía impresionado por la

demostración; simplemente, los surcos de su rostro se hicieron más visibles. Con solemnidad, respondió:

—Concediendo que todos nuestros inventos se han basado en la fuerza de los brazos y la obediencia de esclavos y demás personal, encuentro vuestras palabras, Mustafar, más ilustrativas que la dirección de vuestros esfuerzos. Mis propias ideas persiguen un nivel más alto de implicación por parte de todos los miembros de la tripulación, sean veteranos o novatos. Resultará interesante comprobar nuestros respectivos éxitos.

—Si es eficacia lo que buscáis, he resuelto el problema —proclamó Tambur Pachá. El astrólogo introdujo una mano en la amplia faja de color azul que rodeaba su cintura y estuvo buscando algo durante unos instantes—. ¡Aquí está! Diseñado por mi estilete y probado en los esclavos de mis cocinas. Garantiza la obediencia por quintuplicado.

Su gruesa mano mostró un pequeño palo anudado con correas de cuero.

—¿Qué es eso? ¿Unas riendas? —preguntó Mustafar.

El filósofo Zalbuulus contempló el objeto con una mirada de escéptico desdén.

—¡Mirad esto! —dijo Tambur Pachá, desanudando las correas con sus dedos regordetes—. En lugar de una sola tralla^[23] se convierte en cinco de inmediato. Es más corto y ligero que un látigo normal, menos engorroso de manejar en espacios reducidos. Causa dolor de forma más rápida e intensa, pero dista de ocasionar un daño permanente. Aunque algunos podrían encontrarlo blasfemo, lo llamo la mano de Tarim.

—Cualquiera que sea su nombre, es una idea extraordinaria —el visir Nepheth Ali aceptó el látigo ofrecido de manos de su inventor, dando a diestra y siniestra pequeños latigazos al aire—. ¿Por qué no? Un artículo así podría estar usándose por toda la flota en el lapso de un año. En cuanto hayamos probado esto, debemos calcular algún tipo de comisión para ti si se acepta, como ya se hizo con la prometedor balista de Mustafar. ¡Vamos, amigos míos! —los llamó y moviendo suavemente la Mano de Tarim señaló el muelle—. Ahora, debemos presentarnos al capitán de la guarnición del puerto para que disponga los arreglos pertinentes para nuestras peculiares necesidades.

Alaph permanecía alejado para ayudar a Mustafar a tapar su invento con el dosel y dejarlo bien cubierto. Apresurándose para alcanzar al grupo, pronto se incorporaron con los que marchaban al final del mismo. Tambur Pachá prosiguió hablando como si no se hubiese producido ninguna interrupción.

—Por supuesto, Este látigo mío de cinco puntas es una fruslería. Algo práctico para una casa pequeña... cosas que diseño a diario —El astrólogo toqueteó las lentejuelas en forma de estrella que adornaban su turbante con expresión de autocomplacencia—. Ahora bien, mi idea para este concurso será única. Planeo gobernar el mismísimo viento mediante un ingenio incorporado en la nave. La tripulación se afanará trabajando en un par de gigantescos fuelles, así podrá dirigirse

hacia la vela una brisa constante a voluntad del capitán, sin tener en cuenta el tiempo —Confiadamente, volvió a acicalarse—. Ahora que el concurso ha pasado, imagino que no perjudico a nadie hablando de ello. Al principio, el príncipe Yezdigerd se mostraba dubitativo; no parecía hallar mérito alguno en ello. Afortunadamente, Ninshub, el Ministro de Finanzas, se hallaba presente. Tiene una mente perspicaz para eficiencias y economías de este tipo. Ahora, con la mano de obra adecuada para demostrar mi plan que es digno de consideración, sólo resta ponerlo en práctica a gran escala.

Con aire vacilante, Alaph parpadeó. Aunque tenía fe, por supuesto, en la sabiduría del afamado astrólogo había algo en la idea de Tambur Pachá que lo inquietaba vagamente. Contempló a Mustafar, quien sonreía de modo desconcertante y miraba al cielo.

—Últimamente —replicó Mustafar—, mis investigaciones se han centrado en el hallazgo del mejor medio de arrojar fuego sobre los navíos enemigos.

En silencio, Alaph daba vueltas a su propia invención. Temiendo que sus “espíritus del agua” pudiesen parecer de escasa utilidad, tan insignificantes como juguetes para niños, vacilaba. Pero ya era demasiado tarde: las fauces del edificio de la guarnición naval se abrieron ante ellos cuando el grupo que seguía a Nepheth Ali cruzó el puente levadizo en dirección a la vasta mole. Su trayecto prosiguió a través de un dédalo de patios y callejas que se desplegaba bajo el control de almenas y aspilleras.

Dentro del fortín, una angosta escalera les condujo hasta una cámara abovedada, de forma triangular y llena de planos desde la que se dominaba el puerto. Ante las hileras de ventanas ojivales los guardias permanecían mirando las naves del puerto con los estiletes preparados para grabar sobre tablillas de arcilla sus observaciones. En la pared del fondo había una espaciosa mesa con mapas, la presidía el capitán de la guarnición. Vestía el típico turbante de la Armada y una túnica.

Nepheth Ali departió con el oficial, contestando una por una a sus preguntas y discutiendo las necesidades materiales, trabajos y navíos a emplear para cada uno de los proyectos planeados.

Por sus gestos y la actitud quejumbrosa del capitán del puerto, Alaph podría decir que la mayoría de los participantes en el concurso formulaban peticiones francamente extravagantes. Aun así, en cada caso cedía a las demandas del visir; por el contrario, Nepheth Ali parecía inclinado a apoyar, o ampliar, los planes de los inventores sin tener en cuenta el coste.

Pese a todo, el joven alquimista se sentía tímido e inexperto cuando iba exponiendo sus necesidades: un navío pequeño o mediano, pero con una hilera de remos, una buena cantidad de ladrillos refractarios livianos y otra más importante y costosa de bronce y cobre remachado, las calderas adecuadas, amplias tinajas soldadas, remaches, carbón de leña y, más adelante, los servicios de forjadores, carpinteros experimentados, esclavos, capataces, un piloto y una tripulación para efectuar las pruebas. Conforme hablaba, le parecía imposible en vista de su juventud y baja

extracción.

—No veo problema alguno, chico —le aseguró Nepheth Ali—. Suena bastante razonable. ¿Estás seguro que no necesitas una nave de más tonelaje que pueda soportar todo el peso de esos ladrillos y el metal?

Cuando extendió la lista, cruzó una mirada con el oficial que fruncía el entrecejo.

—No señor. Esto deberá bastar para probar mi diseño —tímidamente, retrocedió—. Ahora bien, si funcionase posiblemente habría que pulirla y aumentarla.

—Entonces, perfecto. ¿Qué hay de ti, Crotalus? —Por encima de Alaph, Nepheth Ali miró al zimbabwano, alto y de carnes enjutas—. Has llegado el último y no has dicho ni media palabra en toda la mañana. ¿Qué necesitas para tu plan?

En ese momento, presumiblemente por curiosidad, los otros concursantes enmudecieron. Incluso Alaph permaneció cerca para escuchar las peticiones del vidente negro.

Ensimismado en su orla amarilla y su túnica bordada de color negro, el profeta de la cabeza afeitada contestó con voz fuerte y profunda:

—Necesito un barco.

—¿Sólo un barco? —interrumpió Nepheth Ali—. ¿Y nada dentro de éste?

Lanzó una rápida mirada hacia el capitán del puerto que iba tomando notas en una tablilla.

—¿Qué dimensiones ha de tener el barco que deseas?

—Un barco para cruzar el mar de Vilayet —añadió con el extraño acento que salía de su adusta y fruncida boca—. Y una tripulación que vaya a donde yo les diga.

—Entonces, deduzco que deseas emprender un viaje —aventuró el capitán de la guarnición—. Eso también requerirá provisiones y soldados. Exactamente, ¿a dónde quieres viajar?

—No puedo discutir tales detalles —La mirada fija y austera del hechicero se clavó sobre el oficial, que se inquietó—. Sé donde quiero marchar. Queda... cruzando el Vilayet.

—Toma dos naves para la misión que me has descrito —ofreció Nepheth Ali—. Una galera ligera y rápida y otra, bien armada, como escolta —Para confirmar la decisión miró al oficial, éste se encogió de hombros—. Eso disuadiría posibles ataques piratas.

—Una travesía marítima —musitó en voz baja el capitán— alrededor de los golfos del sur, imagino. Eso exigirá repostar un par de veces en puertos que nos son amistosos.

—No iremos por el sur —atajó Crotalus— ni a puerto alguno, iremos... —el vidente de nariz aguileña extendió su largo y rugoso dedo hacia las ventanas ojivales de la pared oriental— hacia allí.

—¿Al este? ¿Al este por el Norte? —Nepheth Ali movió la cabeza desconcertado—. ¿Quieres cruzar en línea recta el Vilayet? Mi querido amigo, normalmente, a causa de las tormentas y otros riesgos desconocidos, los barcos navegan siguiendo el litoral.

—Seguiremos ese trayecto —su huesudo dedo permaneció firme—. Ahí se encuentra el objeto que busco.

6

Velas del Oeste

Un cubil de ladrones tan notorio como Djafur también servía como lugar de intercambio de información y mercancías adquiridas con malas artes. Si sus expediciones lo permitían, los capitanes piratas y los jefes de las tribus ribereñas estimaban aconsejable detenerse allí para intercambiar novedades y apagar la sed de sus gargantas irritadas por el salitre en el sombreado interior de la posada de la Mano Roja.

—¿Dos barcos, dices? ¿Dos navíos de guerra turanios? —Conan agitó los posos de su cerveza con gesto pensativo mientras jugueteaba con un pichel^[24] de madera sobre el tablero de la mesa lleno de muescas—. En el extremo norte del Vilayet... ¿qué sentido puede tener?

—En efecto, para ser más exactos: un dromón y una pentera^[25], más ligera, que aflojaba el ritmo de los remos para no perder el contacto con el pesado dromón —el jefe Hrandulf clavó su mirada en Conan y los restantes capitanes sentados a la mesa—. Y lo más extraño es la derrota que estaban siguiendo. Mientras cruzábamos los Estrechos de Aetolia, apenas divisábamos la costa. Pero esas naves navegaban al paio, invisibles para quien no navegase mar adentro, hacia donde no hay ninguna isla, como si hubiesen venido desde Turán remando en línea recta.

—Hmm... En los últimos días, los vientos han sido muy suaves —Conan examinó los posos legamosos de su cosa una última vez y los vertió sobre el suelo—. Pueden haber realizado tal tipo de trayecto perfectamente.

—Quizá demasiado apacibles por estos pagos —rio ásperamente Knulf, el vanir. De forma afectada, sonrió con escepticismo—. ¿Pero ahí, en el seno del Vilayet, donde en pleno verano una gélida borrasca ciega a un capitán, congela los remos sobre los escálamos^[26] y a los remeros sobre los remos? ¿Acaso sabes predecir qué tiempo pueden estar conjurando los dioses del mar más allá el horizonte? —Los piratas que estaban en la taberna movieron sus cabezas llenas de greñas—. Pero todos sabemos que las naves imperiales se aproximan a lugares lejanos y se aventuran en aguas pocas frecuentadas en raras ocasiones, incluso en los tranquilos Estrechos de Shangara, en el sur. Temen volcar en una tormenta o que una ola los embista, como si fuera un yunque, y los parta en dos... como también tú deberías temer si eres un buen capitán.

Frunciendo el ceño, alzó su copa hacia delante para que Philiope, sentada muy

cerca, la llenase.

—En los mares occidentales asumimos riesgos mayores.

—Sí, lo que dice es cierto —comentó Ferdinald, que haraganeaba en una mesa adyacente—. De eso podéis estar seguros, nuestras naves tenían más calado, con toldillas y foques más marineros. Una hilera de remos demasiado baja es una invitación al naufragio. Considerando que había una popa más fuerte y plana, que se fijaba con gubias y ganchos...

—Ya es bastante, compañero —gruñó Conan a su lado—. Lo que me pregunto es en qué misión pueden estar estos navíos turamos para adentrarse tanto en aguas enemigas.

—Bueno —Knulf el Desguazador se encogió de hombros y movió la mano para restar importancia al asunto—, sea lo que sea no nos atañe demasiado. Lo más probable es que se trate de alguna legación diplomática hacia las baronías hyrkanias en la frontera del norte.

—Quizá trasporten armamento o sustanciosos sobornos —ponderó Conan, en voz alta— para apoyar una rebelión a favor de su imperio.

—Lo dudo —dijo Knulf—, si hubiese algo que saquear a bordo estaría demasiado bien custodiado.

—Cierto, puede ser —dijo Conan—. Pero te pregunto: ¿por qué dos naves tan mal emparejadas? —Apuró de un trago su cerveza y puso el jarro bocabajo con ademán contemplativo—. Si realmente es un dromón imperial, con cinco bancos de remeros bogando en tres hileras por costado, es demasiado grande... puede encallar con facilidad. Pero la pentera es una nave de poco calado, idónea para el cabotaje. Si quieren entregar o transportar algún tesoro es bastante probable que se separen. Cuando el barco pequeño navegue cerca de la costa... el dromón no podrá seguirle —se limpió la espuma de los labios—. Una pentera llevará unos cincuenta remeros, no muchos más que una de nuestras galeras.

Con escepticismo, Knulf movió la cabeza.

—¿Entonces, qué? ¿Propones que abordemos y desvalijemos a una escuadra militar turania?

—Con una escuadra propia, ¿por qué no? —Conan echó una ojeada a los capitanes reunidos—. Por lo menos, sigámoslos y sepamos qué se traen entre manos. ¡Ya es hora que nosotros, la Hermandad Roja, comencemos a tener influencia en esas aguas! En cualquier caso, el dromón nunca nos podrá abordar, no en mar abierto.

—Sí, eso es cierto —apuntó Ferdinald—. Y no sería difícil seguirlos de cerca con un par de galeras y pasar inadvertidos. Manteniendo el casco por debajo de la línea del horizonte, una galera sin mástil podría seguir su estela y las restantes galeras podrían seguirla.

—Es un buen plan, parece seguro —asintió Conan—. Cuando lleguen a su destino, tendríamos una oportunidad para hacerlos con un botín o rehenes —El cimmerico se encogió de hombros—. Ha habido tan poco que hacer últimamente que

merece la pena.

—Si lo comparamos con una aventura insensata, sobrevivir siempre merece la pena.

Frunciendo el entrecejo con metódico desdén, el vanir se dio la vuelta sobre su silla.

—Amra, si acometes esa alocada empresa... no esperes que *La Victoriosa* se una a ella.

—Tampoco *La Tormentosa* —Santhindrissa, que había escuchado en silencio, permaneció sentada con sus ademanes masculinos: una pierna, de piel delicada, montada sobre su rodilla desnuda y los pulgares, envueltos en guantes de color negro, enganchados en las correas de su arnés—. Existen maneras más fáciles y seguras de conseguir botines y cautivos.

—Si fuera necesario, iré yo solo con mis dos barcos —Conan se encogió de hombros—. Así no tendré que compartir el botín.

Se volvió hacia el hombre de las tribus y preguntó:

—¿Dices que los turanios se hallaban al sur de los Estrechos de Aetolia al comienzo del anochecer?

—Sí —asintió el jefe—. Los habrán alcanzado ya de noche. Sin conocer bien los arrecifes de la zona, necesitarán el resto para atravesarlos. Si tomas los Estrechos del Norte esta misma mañana, podrías darles alcance... pero te prevengo contra ese camino.

—Muchas gracias. ¡Ivanos, ven aquí! —Conan llamó al corinthio que estaba en el otro extremo de la taberna, jugando cerca de la puerta—. ¡Reúne a la tripulación en la playa sin retraso y preparaos para botar *La Raposa*! Comprueba agua, vituallas y armas. ¡Ferdinald, ven conmigo! —palmeó con fuerza el hombro del zingario.

Tras efectuar un gesto de salutación con la cabeza al resto de los capitanes, puso su brazo en torno a la cintura de Philiope y, cruzando la arqueada salida de la taberna, marchó hacia el malecón.

Sin mediar palabra, anduvieron con paso firme hasta el final del muelle. Los tres descendieron hasta la lancha de *El Jacinto*. Conan y Ferdinald tomaron un remo cada uno y Philiope, con una cuerda en las manos, se sentó a proa. La carraca, anclada, se mecía a escasa distancia. En pocos minutos, Philiope estaba amarrando el bote y ellos se encaramaban sobre la amura.

—¡Espabilad, perros! ¡Olivia, nos hacemos a la mar!

Cruzando resueltamente la cubierta en dirección a la puerta del camarote Conan golpeó la puerta con el puño, de forma excesivamente ruda para la opinión de Ferdinald, y escuchó cómo se descorrían los cerrojos desde dentro. La hermosa ophirea, con el desaliño de quien acaba de levantarse, abrió la descolorida puerta de par en par. Vestía un camisón suelto y holgado y gran parte de su melena estaba sujeta con horquillas aunque unos pocos rizos, negros como el azabache, flotaban a la izquierda hasta la altura de su pecho.

—Conan, acudes a mí muy tarde —murmuró, con aire somnoliento—. ¿Qué acabas de decir?

Sus ojos castaños, suaves en la luz de la mañana, miraron a la espalda del cimmerico, repararon en Philiope y adquirieron un brillo acerado.

—Por lo que veo, esa jovencita y descarada esclava te acompaña. ¿Todavía no la has vendido a sus verdaderos dueños?

—Olivia —Conan ladeó su cabeza entre risas y se acercó—, es demasiado pronto. No puedo dejarla en compañía de piratas borrachos. Es duro para ti, lo sé.

—¡Y me dejas aquí! ¿Por qué la favoreces más que a mí? —alejándose de la puerta, anduvo sobre sus elegantes pies descalzos al tiempo que, con ademán airado, hacía oscilar el camisón de seda con las caderas—. ¡No te preocupes!

—Olivia, estás más segura aquí, a bordo de *El Jacinto*, con una guardia armada y una sólida puerta en el camarote —golpeó la puerta con la mano—. Pero te niegas a compartir este alojamiento con Philiope así que debo vigilarla constantemente.

—Te lo digo: esta vida es deprimente —lo interrumpió—. Tu preciosa guardia armada, atemorizada por tu sanguinaria cimitarra, no me dirige la palabra.

Despectivamente, se quitó de un tirón el camisón deslizándolo por encima de su cabeza. Desdeñando su momentánea desnudez en el claroscuro del camarote, se embutió un vestido de diseño turanio más apropiado.

—¡Entonces ven y, por una vez, bebe conmigo! Pero no, eso ya no importa. Olivia, me retrasé porque hay noticias de que se ha avistado una presa —deslizándose tras ella, Conan acarició su hombro desnudo—. Nos hacemos a la mar de inmediato.

—¿Una presa, dices? —mirándole recelosa, se liberó de su abrazo—. ¿Qué barco tomarás para esa persecución? Sólo iré contigo si abandonas a esa pequeña bruja. ¡Prométemelo!

—¿Que la deje a su suerte, quieres decir? ¿Que rompa mi promesa? No puedo hacer eso. Por su seguridad y por la tuya.

—¡Por el cinto de Ishtar! Entonces, entrégasela a Santhindrissa. Allí encajará bastante bien con esas picaras de baja estofa.

—¿Una mujer como Philiope? ¡Esas arpías la harían trizas en un día! —Conan negó con la cabeza, resueltamente—. No, Olivia, navegaremos en ambos barcos. Y las dos vendréis conmigo. Pero si insistes, la dejaré a bordo de *El Jacinto*. Tú podrás venir conmigo en *La Raposa*, un navío más peligroso como ya lo ha demostrado.

—¿Qué? ¿Y permitir que ella viaje rodeada de lujos mientras yo me revuelco en una sentina ensangrentada que hace aguas por todas partes? Te lo advierto: jamás. —Conan se ladeó para esquivar un frasco de perfume que pasó volando junto a su cabeza para estrellarse contra las cuadernas próximas—. ¿Piensas que disfruto mirando mientras bailas con la muerte? ¿O que me gusta vendar los muñones sanguinolentos de tus piratas o contemplar cómo agonizan? Lo he aguantado todo porque te quiero, pero si ese amor ha de ser compartido con una joven sirvienta...

Más objetos continuaron volando hacia él. Conan emprendió la retirada cerrando

la puerta del camarote para atenuar el sonido de las estridentes quejas.

—¡Crom! —murmuró—. Ahora comprendo por qué en el Mar Occidental se permite en tan pocas ocasiones que haya mujeres a bordo.

Con los ojos muy abiertos, Philiope se divertía sólo en parte. Conan hizo un aparte con Ferdinald, el nuevo contra maestre, y musitó sus últimas instrucciones relativas al viaje. Sólo entonces se volvió hacia la joven.

—He dispuesto que las dos permanezcáis aquí, a salvo. Y separadas tanto cuanto sea posible. Olivia se recuperará de este ataque y espero que te muestres amable con ella.

Hizo una pausa, contemplando el rostro de la muchacha turania.

—Lo intentaré —respondió, con una mirada seria—. Si deseas llevarme contigo en la galera...

—No, permanecerás a bordo en la carraca —Puso la mano sobre su hombro y se demoró un instante para darle un fugaz beso—. Adiós.

Cuando se alejaba por la cubierta, se percató que sus marineros se lanzaban sonrisitas ante sus tribulaciones con las mujeres. Lanzó de refilón una intensa y feroz mirada que borró las risas de sus rostros, súbitamente pálidos y con una respetuosa expresión.

Ya en el bote, se sintió repentinamente libre, con los hombros sueltos y ligeros. Tomó los remos y se dirigió directamente hacia la orilla donde un grupo de piratas se congregaba junto a la galera varada.

—¡Menudo grupo de charlatanes de taberna y cebo para rameras! —proclamó en cuanto hubo arrastrado el bote a tierra—. ¿Dónde está el resto?

Ivanos, con un garrote corto en la mano para meter en cintura a los más piratas más atrevidos, le informó:

—He enviado cinco fornidos bribones para que peinen los burdeles y bajos fondos en busca de nuestros muchachos y... de unos pocos más para llenar los asientos vacíos. Ahí vienen —añadió, señalando a una chusma de desechos humanos que avanzaban hacia la playa desde los confines del poblado dándose patadas.

—¡Buen trabajo! Prometo pagar a cada uno de los nuevos la centésima parte de la mitad del botín.

Sólo unos pocos piratas se movieron para acatar la orden, y éstos, lentamente.

—¡Por la pobre faltriquera de Bel!^[27] ¿Por qué se nos obliga a levantarnos tan pronto? Vuelva a buscarme a mediodía y bogaré y pelearé por vos de buena gana.

—No es mi caso. Considéreme fuera de esta expedición —declaró otro, medio en broma—. Estoy demasiado endeudado con las chicas de la Madre Ulitha como para arriesgar mi pellejo.

—¡Queremos una verdadera presa! —dijo un tercero en voz alta—. He oído qué clase de presa buscan: un par de navíos bien armados, galeras de guerra sin señal alguna de tesoros o carga a bordo. ¿Somos tan necios de levantar los remos en una persecución así?

—¿Qué dices, perro? —rugió finalmente Conan, mientras buscaba su objetivo. De un tranco, se plantó junto al que había hablado en tercer lugar y lo agarró por su sucio cuello. Miró de forma amenazadora el rostro de su cautivo—. ¿Quién alimenta tales paparruchadas?

—Porque tuve noticias de ello del propio Knulf el Desguazador, que me ofreció un puesto en su tripulación —pese a tener la garganta constreñida por la presa de Conan, el pirata farfullaba las palabras con insolencia—. Y lo que es más, me dijo que se trataba de barcos impulsados por la brujería.

—¡Brujería! —murmuraron los otros—. A lo mejor tiene algo que ver con los extraños acontecimientos del puerto de Aghrapur.

—Cierto, si han contratado a brujas y nigromantes... ¡qué mal negocio es entrometerse con ellos para unos pobres y honestos piratas! —La voz que se quejaba era la de Diccolo.

—Puede tratarse de una trampa y esas galeras turanias son el cebo.

—¡Cesad en vuestra cháchara de amotinados! —declaró Conan, derribando al pirata que había desencadenado los problemas—. Soy vuestro capitán, y el que decide cuando nos embarcamos.

—Puede que seas el capitán, pero nosotros somos la Hermandad Roja —gritaron los recalcitrantes en tono desafiante—. No nos inclinamos ante ningún hombre, y menos ante un norteño, ante un gañán de las colinas.

Durante la disputa, Ivannos y sus reclutadores se habían empleado contra las filas de la chusma de forma cada vez más agresiva, propinando codazos y amenazando a la tripulación con sus garrotes. Pese a todo, los piratas parecían dispuestos a dispersarse fulminándolo con la mirada. Conan acomodó la empuñadura de su cimitarra, pero se lo pensó mejor.

Uno de los que más gritaba era Diccolo, que ahora iniciaba un cántico: “Hermandad o muerte”. Dando un par de zancadas, Conan se situó junto a la galera varada y lo golpeó fuerte concitando la atención de los piratas.

—¿Veis esto? ¡Ésta es mi nave! Soy su capitán —con el orgullo propio de un patrón, puso su mano sobre el casco, liso y ensamblado. Con un movimiento felino alcanzó con una mano un remo, lo tomó, lo desenchajó de su escámo y, con una mano, lo arrojó enfrente de la multitud—. Aquí está tu barco, Diccolo. ¡Puedes ser su capitán!

El pesado remo golpeó al desafortunado pirata y a dos o tres de sus simpatizantes que estaban delante. El impacto los derribó sobre la arena, donde quedaron aturridos y jadeando con la boca abierta. El hábil golpe despertó carcajadas y risas entre los piratas que se habían quedado, aliviando momentáneamente la tensión.

—Ahora, perros, ¿os he conducido alguna vez a una expedición infructuosa? ¡No! ¿Alguno de entre vosotros duda que daré caza personalmente a cualquier gandul y castigaré a quien se pase de la raya, pellejos sarnosos?

Lanzó una mirada a su alrededor y durante unos instantes aguardó alguna réplica.

A regañadientes, fue recompensado con murmullos de asentimiento.

—Hace unos meses, cuando abatí a Sergius^[28], vuestro indigno capitán, hicisteis un juramento^[29]. Desde entonces, la mayoría de vosotros habéis vivido y prosperado bajo mis órdenes. Ahora, os prometo incluso que las cosas mejorarán. Ahora bien, habiendo grandes posibilidades en perspectiva, deseo que renovéis ahora aquel juramento.

Desenfundando su cimitarra, la sostuvo por la hoja y la alzó.

—¡Jurad sobre vuestras empuñaduras que Amra es vuestro capitán!

Ivanos y sus secuaces fueron los primeros en alzar las empuñaduras de sus garrotes y renovar el juramento. De la forma exigida, otros se les unieron. Unos prometieron en el nombre de Amra; otros, en el de Conan. Éste escrutó con atención a la muchedumbre hasta asegurarse que cada hombre, por lo menos, había murmurado algún tipo de juramento, ya fuese profano o por sus dioses.

—¡Entonces, perfecto! Empujemos esta tina hasta el mar.

Los piratas formaron filas detrás de Conan y, con poco entusiasmo, comenzaron a empujar para arrastrar a *La Raposa* hasta el oleaje. Tras unos primeros pasos llenos de penalidades, la nave resbaló fácilmente y comenzó a flotar. La quilla arrastró algo de arena en la maniobra y se agitó a causa del oleaje. En ese instante, los hombres corrieron por ambos lados y se auparon a bordo; permaneciendo en las amuradas^[30] y usando sus remos como pértigas para impulsarla fuera del puerto. Apenas lo hubieron conseguido, un nutrido grupo de piratas acudieron desde la dársena de la Mano Roja para despedirse. Igualmente, desde la playa cuatro hombres les deseaban lo mejor desde la playa: los reclutadores, que agitaban sus garrotes sobre la cabeza en señal de despedida.

Muy pronto, la galera se puso a la altura de *El Jacinto*. El velero ya estaba izando las velas, disponiéndose para levar anclas y virar. Desde *La Raposa*, en el bote de *El Jacinto*, Ivanos se sumó a la tripulación de la carraca. Habiendo examinado con detenimiento los conocimientos de navegación de Ferdinald, Conan confiaba en su nuevo contra maestre para que mantuviese la carraca lejos los arrecifes. Del mismo modo, confiaba en su lugarteniente Ivanos para que vigilase de cerca al zingario, mantuviese el orden a bordo y evitase que la tripulación huyese con su barco y sus mujeres.

La balista había sido transportada desde la carraca a la galera. En ésta la habían montado en medio de la nave, sobre la cruceta de apoyo del mástil. Conservando en su poder esta arma y gozando de la amplia superioridad de su tripulación, Conan confiaba en su habilidad para retomar el control de la carraca en caso de un amotinamiento.

Finalmente, con *El Jacinto* desplegando sus velas en la apacible brisa matutina y la tripulación de *La Raposa* recuperada en el puerto de Djafur, Conan tomó rumbo Norte. El archipiélago de las Islas Aetolias se arracimaba en empinados escarpados a babor y estribor. Sus rocosas laderas apenas permitían lujos tales como la agricultura

o los asentamientos humanos. Los penachos y jirones de neblina todavía se aferraban en el lado occidental, donde no calentaba el sol.

El Vilayet, de color azul verdoso bajo un cielo moteado de nubes, se convertía en blanca espuma en torno a las puntiagudas rompientes. Un poco más lejos, la mortífera presencia de los arrecifes ocultos se veía delatada por los remansos silenciosos, ora cristalinos, ora más oscuros, o por las irregularidades en la morosa cadencia del oleaje. En la mayoría de los estrechos que atravesaban aquellas islas un barco sin un piloto experimentado estaba condenado; allí, en ese estrecho más espacioso, un ojo experto podría bastar si se mantenía alerta. Conan envió un isleño a una de las bordas con una sonda y esperó que Ivanos, en la carraca que navegaba tras ellos, tuviese el sentido común de hacer lo mismo.

—Entonces, ¿dónde está nuestra presa? —se quejó uno de los remeros—. ¿Hasta dónde debemos bogar antes de conseguir nuestro botín y regresar para poder dormir?

—Sí, ¿y dónde están el mástil y la vela? Una buena vela nos ayudaría más en nuestro trabajo que la balista.

Manejando el gobernalle, Conan no se molestó en contestar a los remeros. Si deseaban pasar inadvertidos, parecía obvio que no podían izar ninguna clase de vela. En cambio, de un puntapié, instó al viejo Yorkin para que tocase la flauta y marcase un ritmo de boga como alternativa a nuevas conversaciones.

Tras ellos, sin aproximarse demasiado, *El Jacinto* ganaba el estrecho. Aun aminorando su marcha para iniciar su singladura entre las islas, era digno de verse. Afortunadamente, soplabla una suave brisa hacia el Oeste, en ángulo recto con la quilla, que permitía que el velero pudiese navegar sin necesidad de efectuar grandes bordadas ni nuevos foques. Pese a navegar con rápidas bogadas, *La Raposa* continuó hacia delante con determinación: Conan no pensaba aminorar el ritmo. Por el momento, confiaba en ganar mar abierto, pero bien podían dejarse el casco de la carraca sobre el arenoso litoral.

Antes de que eso sucediese, Conan alteró el rumbo bruscamente. Alertado por el grito del isleño apostado en una borda, cerca de la proa, Conan escrutó a otro navío: tras el saliente rocoso de una de las islas situada más al Norte de las Islas Aetolias emergía la sombría silueta de una nave de casco bajo y color negro, con los remos golpeando sobre las aguas.

—A mi señal, levantad los remos de babor. ¿Preparados? ¡Ahora!

El cimmerio empujó con fuerza el pesado gobernalle.

—Los remos de estribor a doble velocidad. ¡Bogad, bogad, bogad! ¡Perfecto! Ahora, bogad todos sin desfallecer. ¡Adelante! Vigía de amurada, dime qué marca la sonda.

Dirigiendo la estilizada nave al abrigo de la isla, Conan se esforzó por permanecer fuera de la vista de la penitencia. Intermitentemente, por encima de las puntiagudas rocas del saliente, podían columbrarse la parte superior de los costados negros y los pendones púrpuras. Consideró improbable que su propia nave, desprovista de mástil,

hubiese sido avistada desde la cubierta del dromón que permanecía a cierta distancia de la costa, en cabo un poco más al Norte. Manteniendo el saliente rocoso entre ambos barcos, fue dirigiéndose hacia la costa evaluando los intermitentes gritos del vigía apoyado sobre la amurada sobre la profundidad del canal.

—¡Aquí, no toco fondo! ¡Sin fondo todavía! ¡Arrecifes a proa! El camino alrededor parece despejado. ¡Diez codos!^[31] ¡Descendiendo! ¡Sin fondo!

Conan se ahorró una mirada más allá de popa. Situado entre los escabrosos precipicios de las islas, lo más probable es que *El Jacinto* resultase visible para su presa. Pero los imperiales no habían aminorado la velocidad o cambiado su curso. Posiblemente, no habían reconocido la carraca o no la consideraban una amenaza. En todo caso, si Conan se salía con la suya, no volverían a verla otra vez. Oteando desde el castillo de popa de la galera, Conan estiró el cuello y, por fin, contempló lo que estaba esperando ver: la enorme silueta de un buque de guerra bien pertrechado y un curso para navegar detrás de la península que se estaba retirando. Su vela púrpura, blanqueada por el sol, lucía un blasón: la dorada Luna creciente de Turán y estaba sujeta de un extremo a otro por cabos para conferirle una mayor maniobrabilidad. El dromón incrementaba el riesgo de que los avistasen, de vez en cuando incluso podía enviar vigías al palo mayor. De tal suerte, continuó dirigiendo la nave cerca de la pared rocosa y ordenó a sus remeros reducir la boga a la mitad.

La próxima vez que tuvo ocasión de espiar a través del saliente había disminuido la silueta de ambas naves sobre el horizonte. Hubiesen detectado o no a sus perseguidores parecían perseguir algún objetivo navegando hacia el norte. Apartando la galera lo justo para no estrellarse contra las rocas, los dejó marchar. Entre tanto, impulsado por la suave brisa del archipiélago, hizo su aparición *El Jacinto*.

En el centro de la galera, los piratas habían comenzado a formular preguntas con aire impaciente:

—Entonces, ¿para qué hemos estado perdiendo el tiempo en estas aguas tan traicioneras?

—¿Y ahora debemos correr detrás de nuestras presas? ¿Vamos a intentar atraerlos hasta las rocas como si fuésemos sirenas o hacerlos naufragar como si fuéramos jóvenes isleñas?

—Había una nave justo enfrente. ¡Os prometo que vi una! ¿Por qué nos apartamos de ella?

Para acallar a sus hombres, Conan comenzó a navegar muy cerca de los arrecifes. Era una tarea delicada, que requería de un riguroso silencio, continuas sondas y ocasionales ciabogas^[32]. Cuando la galera hubo rodeado el saliente, la península se había perdido de vista sobre el agitado mar abierto. Sólo podía verse la gran vela latina del dromón. Conan impuso un ritmo rápido de bogada para seguirlos.

En mar abierto, había una fuerte marejada. Incluso a ese ritmo moderado, la fatiga comenzó a afectar a los remeros. Cuando el archipiélago menguó a popa y no se divisó la silueta de ningún barco a proa, la tripulación retomó sus quejas y protestas.

En consecuencia, Conan ordenó acelerar la bogada aunque no demasiado, para no poner sobre aviso a sus presas.

Además de ocupar a sus hombres, las órdenes consiguieron un segundo propósito: alejar la galera de las islas para que no pudiesen avistarlos desde allí.

A media tarde, su posición en mar abierta se hallaba marcada por dos velas al norte, en el horizonte y los elevados mástiles de *El Jacinto* que, a popa, seguía de lejos su estela. Sin embargo, entre la tripulación, fatigada por su trabajo, no se habían calmado los ánimos. Los hombres estaban malhumorados, enfadados y lo suficientemente crispados para cuestionar a su capitán. Si en algún momento había habido peligro de motín, era entonces.

—Bueno, ¿dónde está nuestra presa?, ¿y dónde está ese pillaje tan fácil que se nos prometió?

—Nuestro capitán pretende que surquemos todo el Vilayet en busca de un barco invisible. En lo que a mí respecta, no podré resistirlo.

—Es tal y como nos dijo Knulf el Vanir; esos barcos a los que nos acercamos tan furtivamente pertenecen a la Armada Turania, son una presa pobre: no llevan cargamentos ni tesoros. Ya es hora de que acabemos con este estúpido viaje.

—¡Bribones, traidores, callaos!

Conan abandonó el gobernalle y, saltando desde popa, caminó a grandes trancos entre los asientos de los remeros. Enganchó a uno de los disidentes por el gaznate, de un solo tirón, lo sacó de su asiento y, por encima de la barandilla, lo arrojó de cabeza al mar.

—¡Granuja! Si lo que deseas es finalizar el viaje aquí, ya puedes regresar a Djafur: nadando o a lomos de un tiburón.

Luego ordenó a los hombres que estaban ayudando a subir al marino, medio ahogado, que intentaba asirse a la pala de un remo:

—¡Poned ese remo a su lado, escoria! Y vosotros, tirad de ese miserable desgraciado. Así que piensas que este trabajo es demasiado duro —dijo, agarrando firmemente al segundo cabecilla de la banda—, aliviaré tu tarea usando tus tripas para engrasar los toletes de nuestros remos.

Echando mano a la cintura, desenvainó la cimitarra.

—¿Qué decís a eso?

Desorientados, al no divisar tierra firme, y fatigados, tras pasar muchas horas bogando, a los remeros les faltaron ánimos para hacer frente a tal ataque. Con la nave deslizándose vertiginosamente y sin dirección sobre las olas, retrocedieron frente al enfurecido cimmerico. Los más atrevidos, ahora balaban débiles lamentos tales como: “Era una queja injusta” o “tenga un poco de consideración, capitán”. Entre tanto, el hombre sobre el que había hecho presa Conan hacía aspavientos y sudaba copiosamente a causa del dolor que aquella mano de hierro le causaba en el hombro. Tras dirigirle una mirada iracunda, Conan habló de nuevo:

—¡Recordad, perros, que hoy mismo, al alba, os tomé juramento como capitán!

¡Era un voto sagrado hecho ante los dioses!

Los miró con aire de reproche y pocos mantuvieron la mirada firme.

—Si deseáis regresar a tierra de nuevo, lo haréis cuando yo lo diga. Y si alguien desea retractarse de su juramento —alzó la cimitarra—, bien... ¡Entonces rebanaré su cuello y ofreceré su cabeza en una bandeja a Dagon!^[33]

Con la punta de la cimitarra señaló hacia abajo, más allá del casco de la nave, hacia el infierno que temía hasta el más encallecido pirata.

—Además, obedeceréis —volteó el acero para envainarlo—. A todos aquellos que me sigan con coraje les prometo grandes riquezas o una muerte gloriosa.

Aunque recelando todavía de las iras de su capitán, la tripulación sintió que las cosas volvían a estar en orden. Algunos se apoyaron sobre sus remos para mantener el equilibrio del casco en medio del embravecido oleaje. Otros ayudaron a tirar del pirata que permanecía medio ahogado para auparlo a bordo. Saltando de un banco a otro, entre remeros huraños y malhumorados, Conan retornó a popa. Ordenando al viejo Yorkin que marcara un ritmo de boga rápido con su flauta, se dispuso a dirigir a *La Raposa* la singladura de las dos velas que estaban a punto de desvanecerse sobre el horizonte.

La persecución se prolongó durante tres días, bastante más de lo Conan había previsto. En cuanto anoecía, el escuadrón imperial arriaba las velas y se ponían al paio. Todavía sin avistar tierra, los piratas dejaban caer el ancla sobre las algas y arenas en el Norte del Vilayet y, exhaustos, se aovillaban sobre sus bancos para dormir. Con las primeras luces del alba, los perseguidores levaban anclas y aguardaban a que sus presas continuasen su singladura. Entonces, reanudaban la caza con *El Jacinto* tras ellos manteniendo la distancia.

Por suerte, el tiempo acompañó: no soplaron fuertes vientos que pudiesen hundirlos o acelerasen la singladura de las naves, poniéndolas fuera de su vista. Al atardecer del tercer día, avistaron tierra al este: un litoral bajo y llano, sin embarcaciones ni señales de población alguna. Conan nunca había viajado tan al norte. Tampoco alguno de sus hombres podía indicarle qué podía aguardarles o dónde qué dirección podían tomar sus presas como no fuese hacia las inmensas tundras de la Hyrkania, al norte. Aceptando el liderazgo de su capitán y el trabajo diario con miradas desconfiadas y murmullos supersticiosos, la tripulación de la galera se había amodorrado en un sopor fruto de la fatiga.

Las naves turanias navegaron siguiendo la línea de las riberas del norte del Vilayet. Aunque se iban acercando a la línea costera, no mostraron demasiado interés en desembarcar para avituallarse. Los piratas contemplaron la pantanosa e irregular costa con nostalgia, no sabiendo todavía si quejarse al capitán de cansancio o de sed. Anoecía cuando la niebla comenzó a aproximarse desde alta mar alcanzando y cubriendo las últimas luces del sol que se iba ocultando con sus zarcillos grises. Poco antes de que la bruma cubriese las naves turanias, éstas prosiguieron su singladura. Por miedo a estrellarse con algún bajío o rebasar, sin saberlo, a su presa, Conan

ralentizó las bogadas. Perdiendo de vista la costa otra vez, la tripulación de *La Raposa* pronto se encontró inmersa en una suerte de corredor tenebroso y poblado de ecos — velado por la niebla— que se quedó en penumbras al caer la noche.

El país de los muertos

El amanecer sorprendió a los piratas apiñados en torno a los bancos de los remos, desperezándose, con los cuerpos empapados y parpadeando en medio de una densa capa blanca. La niebla era tan espesa que Conan, desde su puesto en popa, no podía ver las amuradas de su propia galera ni distinguir mucho más que el siniestro sudario que envolvía la balista en el centro de la nave. Durante la noche anterior, mirando al cielo de vez en cuando, no había podido ver ni la Luna ni las estrellas. En el silencio de la noche no escuchó nada. El oleaje que se deslizaba bajo la quilla era suave y desganoado, alzándose y derrumbándose perezosamente en un clima húmedo y sin viento.

La reserva de agua a bordo era escasa. Mientras masticaban su desayuno, un poco de galleta dura, mitigaban su sed lamiendo las gotas de humedad condensada en los mangos de los remos, aunque tal recurso era salobre y no tenían medio para conservarlo y usarlo más tarde. Permanecer allí anclados era preocupante y terrorífico; y también una pérdida de tiempo. En suma, un conjuro peligroso para hombres ociosos.

Por ello, Conan decidió buscar agua potable. Dando orden de levar anclas, se marchó a proa, con los dos vigías apostados para atisbar entre la niebla y efectuar las sondas de profundidad. Acercándose a la costa y navegando a lo largo de ésta en dirección Norte, esperaba poder reabastecer la nave y reanudar la persecución.

El cimmerio asignó dos robustos piratas para dirigir la nave, instruyéndoles sobre cómo usar la dirección de la marea como guía. A su orden, el viejo Yorkin comenzó a marcar con su flauta de hueso una cadencia baja y áspera. Cuando la tripulación comenzó a bogar, el único acompañamiento a la fúnebre tonada era el ocasional chasquido de los remos; su contrapunto, las olas desperdigadas golpeando el casco. Perdida en un universo que tenía el color de una mortaja, la nave se deslizó lentamente hacia el punto en el que la vaporosa pared se disipaba.

En ese momento, las lecturas de las sondas anunciaron que disminuía la profundidad confirmando su curso. Casi una hora después, monótona y poco prometedora, se acercaron a tierra: primero, una serie de arrecifes recortados y ocultos sobre los que el oleaje silbaba y borboteaba, advirtiéndoles, que les hicieron escorarse ligeramente hacia el Norte; entonces, cuando apenas disponían de una playa pedregosa para desembarcar, surgió un barrizal coronado por una cima de hierba alta

y densa. El margen de arena de la costa era demasiado estrecho para caminar sobre él y mucho menos para varar la galera. En ese punto, los sondeos habían aumentado, pero de forma desigual, aun cuando se hiciesen con pértigas; cuando, en medio de la niebla, la nave se había deslizado hacia la costa lo suficiente como para examinar la ribera, Conan notó cómo la quilla de la nave topaba con el suave y fangoso fondo.

—El mar está en calma chicha —comentó, sin dirigirse a nadie en particular—. Debemos haber remado hasta un estuario. Bueno, en ese caso, debe haber agua fresca por aquí. Y también habitantes. ¡Deja de tocar esa macabra tonada! —ordenó a Yorkin, que permanecía en popa—. ¡Vosotros, los del gobernalle: evitad los cenagales, pero continuad navegando cerca de la orilla a lo largo la costa!

Ante el empuje de su quilla, alta y chorreando la humedad que la niebla había condensando sobre ella, la masa de hierbajos cedió sin mucha dificultad. Éstas, fueron creciendo hasta sobrepasar la cabeza de Conan, incluso cuando él se ponía de pie sobre la barandilla que discurría de proa a popa. En cualquier caso, desde que la neblina se había levantado y podía otearse a cualquier distancia, no importaba. Existía una razón para enviar un grupo de hombres a tierra y arriesgarse a su pérdida o desertión: él mismo no podía alejarse de la galera para no dar a su huraña tripulación la oportunidad de abandonarlo. Así, desde lejos, no se veía ninguna ensenada ni señales de algún riachuelo. Miró fijamente hacia abajo, hacia el agua y que en medio de la niebla le habían parecido opacas y turbias. Súbitamente, se irguió.

—¡Dejad de bogar! —murmuró a su tripulación—. ¡Todos quietos!

Cuando la nave aminoró su marcha para detenerse, reinó el silencio, únicamente roto por los crujidos del gobernalle y el chapaleteo de las olas.

—¿Qué es eso, capitán? —susurró unos de los vigías en la amurada.

—¿Ves esas olas? —Conan señaló hacia abajo, hacia las ondas que se extendían junto a la quilla—. Juraría que algo acaba de cruzar sobre nuestra ruta ahora mismo, justo delante, ahí, en la niebla. Una nave u otra cosa...

Sus palabras llegaron rápidamente hasta popa, enmudeciendo los febriles cuchicheos. Por una vez, ninguno de los piratas se atrevió a moverse o levantar la voz. Cuando sólo permaneció el chapaleteo de las olas sobre los costados de la nave, Conan, en silencio, realizó una señal: la boga se reanudó más silenciosamente que antes. Permaneció en cuclillas junto a la amurada, preparado para dar la orden de detenerse en cuanto notara algo. La costa blanca se desplegaba fantasmagóricamente sobre la barandilla. No había señales de presencia humana, ni siquiera de fauna salvaje. Apenas había vegetación, excepción hecha de brezales y algas esparcidas. No se escuchaban silbos de pájaros ni zumbidos de insectos.

—Si un barco ha pasado por aquí —murmuró—, no ha sido un pesado dromón. Estas aguas son poco profundas.

Conan se bajó de la barandilla pero continuó vigilando el cauce, sintiendo cómo la galera avanzaba bajo sus pies desnudos.

—Aquí hay una corriente —anunció—. Probemos si es agua dulce.

Un vigía bajó un cazo de estaño con una cuerda, lo subió y se lo llevó a los labios; escupió a un lado.

—No es demasiado salada, capitán... pero salobre y hedionda.

—Bueno, probablemente río arriba habrá una fuente de aguas más puras.

—Capitán, la niebla se está levantando. ¡Allí delante! ¡A babor! —señaló el segundo vigía, tocando su brazo—. ¡Tierra!

Era cierto. El níveo velo de las primeras luces vino acompañado por una ampliación del mundo que se podía divisar. Enfrente, más allá del agua, surgía un angosto cauce, un suave brazo de tierra enfangada y la costa rebosante de vegetación.

—¡A estribor! —volvió a ordenar a los timoneles, en voz baja—. ¡Y evitad esa barra de arena! Nos encontramos en medio de las isletas y meandros de un río. ¡Seguid remando, perros de la Hermandad! Usad los remos como pértigas para impulsamos cuando el cauce sea más profundo.

Arrancando un sólido palo de los macarrones^[34], aguardó preparado para apartar los obstáculos de ambos costados de la nave.

La niebla marina que los cubría se retiró gradualmente dando paso a una bóveda, baja y salpicada de nubes, pero todo permanecía demasiado oscuro y denso para permitirles estimar la posición del sol. La tripulación de la galera fue capeando las diferentes alternativas de la ruta, a través de lo que resultó ser un laberinto de estuarios, barras de arena, y lenguas de pastizales. Conan mantenía la nave siempre escorada a estribor del estrecho siempre que pareciese lo suficientemente profundo. En las pocas ocasiones en que el curso escogido menguaba hasta convertirse en un lodazal, él y sus piratas, provistos de pértigas, debían impulsar hacia atrás la galera hasta el cruce anterior y tomar otra dirección. En muchos puntos, la corriente de agua era débil, demasiado como para que la tuviesen en cuenta como guía.

En un lugar donde la tierra sobresalía sobre el cauce, Conan saltó desde la barandilla a tierra e intentó abrirse camino entre la espesa maleza. Los troncos resultaron intratables: tenían la altura de dos hombres y eran demasiado recios para abatirlos con una espada. Como no hubo manera de mirar desde la cima, regresó a la nave. Más tarde, a una orden suya, Diccolo se deslizó hasta el extremo de un remo en alto para inspeccionar el terreno. Aseguró no ver ni colinas ni bosques, sólo una extensión infinita de montículos llenos de hierbajos, mustios y curvados. Conan deseó haber dejado montado el mástil; al menos, desde éste hubiese podido contemplar el avance de otros mástiles a través de los amplios pantanos.

A la luz del día, pálida y grisácea, el agua era de un color negro azabache. Cuando alguien sumergía en ella una mano o recogía un poco en una taza, parecía de un rojo intenso, similar al vino o la sangre. Un tono intenso que, a una profundidad significativa, se oscurecía con la opacidad de una mancha de tinta y hacía imposible ver debajo de la superficie más allá de un dedo de grosor. Uno de los vigías la probó de nuevo. Paladeó un poco y se la tragó, pero comentó que dejaba en el paladar un regusto hediondo.

Hasta donde Conan había podido distinguir, en la mansa corriente de agua no se movía ningún pez. Tampoco había oído los silbos de los pájaros ni el croar de las ranas. Sin embargo, creyó ver en los lodazales rastros débiles y sinuosos, de gusanos o serpientes. Se le erizaron los pelos de la nuca y Conan se puso en guardia. Afortunadamente, quizá esto mismo agobiaba a su tripulación, silenciando el tumulto de quejas que, de otro modo, se hubiese levantado.

—Capitán, ahí delante. ¡Un árbol!

Manteniendo su pértiga en el agua, alzó la vista del banco de arena, donde por primera vez desde su llegada, había detectado huellas y marcas de pértigas, y respondió:

—Cierto. Es un árbol.

La seriedad del aviso del vigía era casi ridícula, motivado, como estaba, por una causa tan trivial. Pero lo cierto es que, a excepción de la maleza, era el primer signo de vida que hallaban: era un arbusto ancho, anguloso, parecido a un sauce, que se inclinaba hacia delante sobre las aguas del cauce. En algunos lugares, sus frondosas ramas se desparramaban hasta el agua. Éstas parecían maleables y flexibles, aunque las ramas superiores parecían sólidas, sobre ellas, sin duda, los piratas podrían improvisar un excelente lugar de observación.

—¿Hay espacio para pasar por debajo? —preguntó el vigía, con aprensión—. Quizá deberíamos tomar otro canal.

—No —gruñó Conan—. Lo podremos despejar.

Cuando la proa de la galera se deslizó bajo las frondosas ramas que colgaban, alzó el brazo para proteger su cara en un intento de vislumbrar la nave turania que debía estar en algún lugar más avanzado.

—Ahora que nos hemos adentrado bastante, podemos enviar por delante un hombre para que echase un vistazo a estas tierras...

—¡Ah del barco! ¡Ahí: el vigía de babor! ¡No nos acerquemos a esa amurada!

Apresurándose, Conan dejó su madero en proa y se abrió paso a empujones entre la tripulación. El vigía de babor se había dejado caer contra la barandilla, rígido y sin vida. Era el mismo hombre que había probado el agua enrojecida del cenagal.

—¡El diabólico mordisco de Set! —se lamentó el cimmerico—. ¡Crom!

Duplicó su juramento cuando el extremo de su pértiga se enganchó en el follaje del árbol. Un instante después, la proa se golpeó con una rama que colgaba a baja altura. La nave giró y perdió el curso. Entonces, se frenó bruscamente en el agua.

El impacto con la parte alta de la proa causó un estremecimiento en esas ramas a baja altura desde las que comenzaron a caer pequeños objetos entre los remeros. Vainas oscuras y retorcidas, pensó Conan en un primer momento. Pero no, esas vainas comenzaron a moverse. Debían ser larvas o alguna clase de insectos. Cuando uno de ellos se hubo adherido a su piel, un pirata lanzó un grito de agonía. Se arrastró para quitárselo de encima, incluso tiró con las dos manos; cuando lo hubo conseguido un reguero de sangre corría a lo largo de su pecho desnudo desde la herida que

aquello le había hecho. Enseguida, cuando los piratas trataron de apartar y aniquilar a tan maligna plaga, se produjeron más gritos airados y rabiosos aspavientos. Eran ciempiés de cuerpos duros, con segmentaciones dotadas de patas para escarbar y mandíbulas punzantes y feroces. Si eran venenosos, no había mucho que pudieran hacer.

—¡Empujad hacia delante, picaros! —tronó Conan, por encima del caos—. Empujad con las pértigas para alejarnos de este follaje antes de que estemos perdidos.

Para dar ejemplo, comenzó a dar fuertes paladas con su remo sobre aquel húmedo cenagal y se empleó con energía. Con los músculos dándole tirones y los tendones chasqueando, sintió bajo sus piernas, aferradas sobre los puntales, cómo la nave se deslizaba adelante. Vio cómo los piratas hacían lo mismo con remos y pértigas. Entonces, sintió un peso retorciéndose sobre su hombro y unas pinzas hundiéndose en su piel con un ardiente picor.

Cuando el agresor doblaba sus mandíbulas para morder más profundamente, Conan se lo sacudió y golpeó frenéticamente. Lo envió a la sentina. Aunque permaneció allí, retorciéndose y resbalándose sobre su sangre, Conan no se podía ocupar más de él. En cambio, se apresuró para recuperar su pértiga y continuar trabajando.

Tras unos momentos interminables e infernales, la proa de la nave pasó a través de las frondosas ramas que se balanceaban en el aire. *La Raposa* se deslizó hacia delante bajo la débil luz del día a través de la espaciosa charca que se extendía más allá del árbol. Cuando flotaron allí, los piratas buscaron a las larvas escondidas bajo los bancos y las pisotearon con cuidado. Si alguna era arrojada con vida por los costados, se limitaba a nadar contorsionándose para trepar de nuevo a los remos o a las ramas más bajas del árbol. Al escasear a bordo el agua limpia, los piratas no podían limpiarse los profundos rasguños. Más parecía que, a diferencia de las aguas sobre las que navegaban, las mordeduras de las larvas del árbol no eran mortales. A causa de su ataque sólo pereció un pirata, desangrado: una de aquellas malignas mandíbulas le había mordido una arteria en el cuello.

Un poco más adelante el cauce del canal se esquinaba y, por primera vez, sopló una suave brisa que agitaba la maleza que había sobre los bancos de lodo a ambos lados de la nave. Aunque alterados y ensangrentados por la reciente escaramuza, los piratas impulsaron la nave hacia delante con premura, lejos del diabólico árbol y, en medio de aquel laberinto de fango, para encontrar una ruta de regreso a mar abierto. Trabajaron en medio de un silencio ominoso. Unos minutos después de la brisa, una sombra amenazadora se cernía sobre ellos de nuevo, avivada por la incertidumbre de hallar una ruta.

Sin embargo, su capitán tenía una noción clara de lo que buscaba. Conan, siempre ojo avizor, buscaba en el barro de las riveras indicios de que una nave hubiese pasado por allí antes. Sus lacónicas órdenes los condujeron a desviarse por otros cauces y desvíos para eludir otros árboles como el anterior que crecían en tierra con las ramas

colgando sobre el río. Sin embargo, y por fortuna, el cauce era ancho y ellos los podían sortear alejándose de las ramas más alargadas de los árboles de larvas como el que habían sobrepasado.

Al poco, su curso tortuoso los condujo hasta una escena misteriosa. Emergió justo delante de unos bancos plagados de hierbajos desplegándose ante ellos en toda su amplitud, como una nave acomodada sobre un promontorio de barro. Allí yacía un gigantesco árbol muerto, recortándose, agreste y sobrecogedor, sobre el cielo nublado. Su base tenía una anchura equivalente a la mitad de la eslora de la galera; sus ramas, desnudas y nudosas, se parecían a los huesos de un esqueleto blanquecino.

La enorme y monstruosa silueta estaba arraigada en una isleta, en el centro de una espaciosa albufera. La isla emergía tan blanca como el árbol, cubierta por lo que, a primera vista, parecían ser ramas caídas. Pero mirándola más de cerca, cuando la galera, impulsada con pértigas, se adentró en el estanque negro —un espejo oscuro que devolvía la visión de la vasta y enloquecedora maraña de blanquecinas bifurcaciones del árbol—, se evidenció su auténtica naturaleza. La isla consistía en huesos, nada más; grandes unos, pequeños otros; huesos humanos, huesos más grandes que los de un hombre, y también algunos más pequeños; se desparramaban en montones y surcos que se adentraban en las negras aguas o que se alzaban en un siniestro panorama de huesos amontonados en torno al inmenso y nudoso tronco y las blancas rugosidades de saurio de sus raíces, profundamente hundidas.

Contemplados a cierta distancia, los huesos representaban una suerte de recreación de pájaro, bestia, pez y reptil. En todo caso, parecía inconcebible que pudiese volar, caminar, nadar o deslizarse desde su sitio, abandonado, mortecino y blanqueado por efecto del diabólico árbol. Era un horror que estaba más allá de cualquier comprensión. La tripulación de la galera todavía se hubiese demorado más bajo la telaraña de ramas de aquel árbol o esqueleto antes de continuar tras su presa. Aun así, los piratas no podían evitar volverse hacia él, con temor y pánico. De esta guisa, flotaban extasiados, con las mentes puestas en aquel laberinto de ramas retorcidas del gran tocón.

Por su parte, Conan sólo tenía ojos para la única choza visible, construida con el único material que había a mano. Era una choza chata o una urna en el margen más próximo de la isla levantada exclusivamente con huesos blancos. No había ningún signo de movimiento a su alrededor. Pero la presencia de una balsa de huesos arrastrada hasta una playa cercana llena de desperdicios y la oscura mancha de cenizas rastrilladas en torno a un hogar inactivo, levantado ante la puerta, sugerían que el lugar podía estar habitado incluso ahora.

—¡Remeros! —la voz del cimmerico era baja, incluso apagada, en la certidumbre de su obediencia—, podéis utilizar los remos aquí, la albufera lo suficientemente amplia y profunda. ¡Bogaremos hacia la playa! Ahora, sentaos al revés, con los rostros frente a las amuradas y listos para remar de nuevo a mi orden.

Como si sus turbulentos espíritus de piratas hubiesen sido capturados por el

señuelo del gran árbol, la tripulación obedeció en silencio. Bajo las arqueadas ramas, la nave se deslizó hacia delante. La nave rozó el invisible fondo de la albufera. Con cierto miedo a quedar aislado, Conan saltó sobre la isleta. Sintiendo cómo los huesos sueltos crujían y cedían bajo sus botas, anduvo hacia el torcido y macabro montón de huesos de la choza. En efecto, unas volutas de humo emergían aún del hogar de huesos que había frente a la entrada. Sin embargo, el interior del extraño tabernáculo de muerte del pasado conservaba una agonía más reciente. El suelo, blanco y polvoriento, estaba profusamente manchado de sangre, sangre que fluía de un anciano que permanecía apoyado contra una pared de hueso. Una espada sinuosa le había atravesado el costado. Todavía vivía, pero no le quedaba mucho tiempo.

—Viejo ermitaño, ¿quién te ha herido? —Arrodillándose al lado de la víctima, Conan abrió la túnica empapada de sangre del anciano para ver la magnitud de la herida. Después cerró el vestido—. No ha podido ser hace mucho.

—No, no hace mucho —jadeó el anciano en un dialecto hyrkanio—. ¡Infieles turamos, un barco repleto de ellos! Se han marchado por la laguna para robar las Lágrimas de Thorus... Algún nigromante los ha puesto sobre la pista, seguro —los viejos y acuosos ojos se fijaron en Conan—. ¿Eres un pirata, verdad? ¿Hyrkanio? Si puedes, mantenlos alejados. ¡Las gemas nos pertenecen!

—¿Qué gemas? —le apremió Conan, agarrando su combado y huesudo hombro—. ¿Qué es este lugar tan extraño?

—Es la desembocadura del Yldrys, el río sagrado, donde se recogen todos los muertos de Hyrkania, hombres o animales, en la... esperanza... del paraíso. Los huesos de nuestros muertos vienen a descansar aquí, bajo el árbol, grande y antiguo. Y con ellos... viene el poder.

—¿Y las gemas? ¿Qué me dices de ellas?

—Son todopoderosas. Y consagradas a esta urna. —El anciano se incorporó, sus delgados y huesudos dedos se aferraron al antebrazo de Conan—. ¡Quitárselos a los turamos! Si es necesario huye con ellas... Pero ten cuidado con los guardianes.

—¿Qué guardianes? Anciano, ¿qué significa eso?

Conan sostuvo la vacilante cabeza del anciano, pero era tarde. Una espuma roja brotó de sus labios y sus ojos amarillentos se tornaron blancos dentro de sus órbitas.

—Así sea.

Alzando el cuerpo, viejo y frágil, lo sacó fuera. Conan anduvo al borde de la laguna negra y lo arrojó a ella. Se hundió rápidamente, desapareciendo de su vista. Presumiblemente, aquello serviría al anciano para obtener su paraíso. Todavía pisando huesos, caminó hacia la galera y saltó sobre la barandilla.

—¡Ah del barco, vosotros, truhanes, cobardes! —les picó—, ¡moveos y bogad! Tenemos turamos a los que combatir y un tesoro que ganar.

Esto supuso un estímulo conveniente y el insulto sirvió para liberar a los hombres de la suave presa del hechizo que el gigantesco árbol parecía haber lanzado sobre ellos. Por otra parte, no deseaba alzar la voz y su muda obediencia era una ventaja

hasta que los enemigos estuviesen presentes. A base de gruñidos y feroces gestos, Conan los obligó a alejarse de la playa de huesos; entonces, regresando a popa, comenzó a marcar el ritmo de la boga con el pie y dirigió la galera hacia la parte de atrás de la isla.

Cuando hubieron rodeado el montículo de huesos, un navío se perfiló ante sus ojos: pudieron ver a la deriva aunque en perfecto estado de conservación a la baja y lisa pentera, de colores negro y dorado. No había remeros alineados en las hileras; a bordo, únicamente se veían imperiales con sus yelmos puntiagudos. Unos pocos parecían absortos, haciendo intentos para aproximarse a la base del gigantesco árbol. Ninguno se volvió para ver cómo se aproximaba la galera. Tal y como se desplegaba ante los perplejos piratas, la escena resultaba extraña: en la orilla, había una partida de turanios fuertemente armados. Un nutrido grupo de infantes de marina turania había descendido a tierra, no se trataba de los remeros sino de tropas imperiales perfectamente pertrechadas, y se aproximaban al árbol gigante formando una falange en cerrada formación de combate. Probablemente, estos hombres no habían bogado en el mar de Vilayet sino que habían sido transportados en el dromón, de más capacidad, y se habían conservado en plenitud de fuerzas. Solamente habían ocupado un lugar en las bancadas de remos cuando la pentera inició su misión tierra adentro. En ese momento, soberbiamente armados y entrenados se acercaban a su destino. Pero se enfrentaban a un enemigo espantoso.

Gigantescos ciempiés negros, parientes gigantescos de aquellas cosas que habían azotado a los hombres de Conan, bloqueaban su camino. Estos monstruos, algo más de una docena, excedían en estatura y anchura al más corpulento de los soldados. Alzándose sobre su juego de patas traseras, sobresalían por encima de los soldados turanios. Giraban sus flexibles cuerpos a izquierda y derecha con suma rapidez. Con sus movimientos de ataque, cada uno de ellos mantenía ocupados a varios turanios. Sus cuerpos, segmentados, estaban provistos de una dura coraza contra la que se estrellaban los fustigantes aceros de sus atacantes.

Los imperiales estaban atrapados en un callejón sin salida. Al haber levantado en parte la escarpadura de huesos y teniendo obstruido el camino por las enormes criaturas no se atrevían a romper la formación ni apretar el paso ante el temor de quedar aislados y ser arrastrados.

Conan contempló cómo uno de los infantes turanios era apresado por una criatura. El infante, pese a la coraza, se retorció y agitaba, era incapaz de esgrimir su espada o infligir cualquier herida con su daga. Una vez que las mandíbulas del ciempiés se hundieron en la parte trasera de su cuello, la víctima se agitó y gritó enérgicamente, sus forcejeos se prolongaron durante bastante tiempo. Con avaricia, como si estuviese comiendo, el ciempiés se estremecía; al final, cuando arrojó el cuerpo del turanio, la armadura resonó y rebotó sobre la escarpadura de huesos suavemente, sólo era un caparazón vacío al que le habían extraído todo sus fluidos vitales.

Entretanto, la tropa que permanecía a bordo de la pentera contemplaba extasiada la escena y la nave de Conan se aproximaba sigilosamente a ésta. Aunque sin la suficiente velocidad, dirigió la galera para embestir. En el último momento, desvió a un lado el curso de la nave; realizaba indicaciones a sus piratas para que levantasen los remos cuando golpearon la nave turania raspando un costado al detenerse. El impacto derribó a los turamos que permanecía de pie en la pentera. Saliendo de su aturdimiento, los piratas supieron qué hacer al instante: abordaron la nave enemiga por la barandilla de menor altura y se abalanzaron sobre su tripulación realizando con sus dagas un trabajo rápido y eficiente en la refriega. Ésta duró tan poco que resultaba improbable que los turamos que habían desembarcado se hubiesen percatado de la victoria de los piratas.

—¡Rápido, perros! ¡Preparad esta nave para escapar! Pero quiero que una docena de hombres, ¡vosotros, los que estáis ahí en mitad de cubierta!, boguéis en *La Raposa* para desembarcar y me ayudéis a coger el tesoro.

En unos momentos, el hocico de la galera miraba hacia la isla dirigiéndose a cierta distancia de la falange de soldados. En cuanto la proa rozó los huesos sumergidos, Conan saltó desde la barandilla y dando brincos se encaminó hacia el árbol espectral. Veía una ventaja en no vestir armadura e ir ligero, sobre todo en contraposición con sus enemigos, ya trabados y distraídos en la batalla. Cargado sólo con las herramientas propias de un pirata —el acero y el saco— podía esquivar a cualquier hombre o ciempiés y el objetivo se hallaba claramente a la vista: colocadas en la base del enorme árbol, en un hueco rugoso parecido a una urna, un racimo de gotas ambarinas, similares a unas gemas, brillaban bajo la mortecina luz del día. Ya fuesen gotas congeladas de vieja savia del árbol muerto o amuletos depositados allí por fieles devotos, aquellas cucharías —colocadas en la hendidura como un racimo de uvas más grandes de lo normal— eran, con toda certeza, los objetos que buscaban los invasores y defendían los guardianes. Si cada uno de los grupos sólo valoraba las vidas del otro, es cuanto tendrían. Conan los rebasaría merced a su mayor velocidad.

La idea no era sencilla ni segura. Los huesos, quebradizos en la parte más alta de la rampa, crujían y se movían bajo sus pies, calzados con sandalias, y las enormes raíces del árbol eran hirientes y se anudaban como serpientes heladas, proporcionando un piso muy desigual. Cuando se hallaba en la mitad de la rampa, un grito de alarma se alzó entre los combatientes turamos; Conan echó una rápida ojeada, parecía que también los ciempiés se habían percatado y empezaban a volverse hacia él.

Pronto se encontró en la base sobre la que se extendía el árbol, brincando sobre la corteza marchita que le pareció una pista áspera como la piel de un rinoceronte. Frente a él se mostraba la carne blanquecina del tronco envolviendo la umbría urna, con un grosor superior a lo que le había parecido desde abajo. Forzando sus músculos para mantener la distancia obtenida, saltó hacia la abertura, se estiró y tiró de las sólidas esferas de ámbar. Alguna clase de sustancia resistente y fibrosa las retenía en su sitio. Desenfundó su cimitarra. El acero describió un amplio arco y golpeó con

fuerza la resistente ligadura; las gemas quedaron sueltas en su mano, adheridas en un racimo suelto y bamboleante. Las introdujo en el saco que tenía preparado. Asegurando el botín en una mano y el acero en la otra, Conan se giró y empezó a saltar y resbalar por el escarpado tronco.

Su camino estaba franco. Pero tanto los turanios como los guardianes descuidaron su pelea y se movilizaron para obstaculizarle el paso. Gracias a sus múltiples patas los ciempiés se deslizaron con mayor rapidez sobre los huesos sueltos. Aún podía alcanzar la nave que lo aguardaba, y con mayor rapidez de la que había ascendido. Deslizándose en ciertos puntos, esparciendo los huesos con sus trancos descuidados en otros, brincó hacia ella hasta que vislumbró un ágil movimiento sobre las ramas muertas en su dirección. Controlando su alocada carrera y trepando cuesta arriba, apenas logró evitar que se le echase encima uno de los enormes guardianes que se le abalanzaba como lo habían hecho sus parientes menores. El impacto hizo añicos un montón de huesos secos. Al instante, se revolvió hacia delante, se alzó ante el cimmerico; con su voluminoso cuerpo levantado sobre sus patas tenía una altura equiparable a la de un árbol.

Alzando su cimitarra, Conan lo golpeó con fuerza y casi pudo sentir cómo el pesado acero se embotaba sobre el resistente blindaje del esqueleto del monstruo. Las enormes mandíbulas, ambas de mayor longitud que el curvo acero del cimmerico y segregando veneno, intentaron segarle la cabeza. Se agachó y se hizo a un lado, al tiempo que huía tanto de la espeluznante mirada de la bestia así como de su mordisco. Lo intentó tal y como había triunfado anteriormente, pero el ciempiés se movía con agilidad e iba deteniendo las estocadas, entre rasguños y golpes, con sus mandíbulas dentadas. Cada intento infructuoso proporcionaba a los otros guardianes y los vengativos turanios tiempo para acercarse más y más a través de la ladera. Dispuesto a no dejarse arrebatar el tesoro, Conan, a la desesperada, intentó, empuñando su cimitarra con una sola mano, un tajo en línea recta entre las dos pinzas de la criatura. Pero en vez de hender la monstruosa cabeza el acero fue detenido al momento por sus garras, veloces como un rayo. Al mantener el puño en alto demasiado tiempo, el cimmerico fue empujado hacia atrás mientras una oleada de pies se le venían encima.

De repente, se sintió salpicado por un baño de gelatina hedionda y pestilente; el guardián se dobló hacia un lado liberándolo de su asfixiante peso. Cuando Conan se puso en pie pudo ver cómo el segmento central del ciempiés estaba despedazado y atravesado por una gruesa asta: una flecha disparada por la balista montada a bordo de *La Raposa*, donde dos piratas brincaban y gritaban jubilosos en medio de cubierta.

Mientras tanto, el resto de la tripulación hacía señales y ovacionaba a su capitán desde los dos navíos fondeados en la albufera. Recobrando su acero y recuperando las gemas robadas, Conan corrió cuesta abajo ligeramente por delante de un nuevo destacamento de ciempiés que, tableteantes, acudían a la carrera.

Sin embargo, los turanios se dirigieron hacia la orilla. Cuando Conan corría raudo

hacia la galera el más veloz se interpuso entre él y la nave.

Los dos combatientes se encontraron en medio del estrépito de los aceros. La velocidad de descenso de Conan aumentaba la fuerza de sus golpes e hizo retroceder al infante turanio, con armadura. El soldado imperial estaba provisto de casco, grebas y cota de mallas tachonada de placas y cadenas ceñidas para proteger sus brazos. De esta guisa, ascendió con lentitud, arrastrando deliberadamente los pies mientras levantaba su escudo con forma de rombo en la certeza de poder detener las furiosas embestidas de la pesada cimitarra. No podía esperar que el largo y curvo acero, con sorprendente celeridad, golpease su escudo con fuerza suficiente como para atravesar tanto éste como la cota de mallas y el pectoral, hundiendo la punta profundamente en su pecho. La salvaje desesperación del pirata y un brazo acostumbrado a combatir contra bestias y feroces hombres del norte desencadenaron un golpe que abatió al infante turanio en medio del estrépito de la armadura al ceder.

Incluso así, lo otros se le estaban echando encima. Conan saltó a bordo de la nave varada —cuya media docena de remeros habían comenzado a empujar, resignados a perder a su capitán y el tesoro— y se revolvió para pelear contra sus perseguidores.

Intentando fijar la galera a la orilla, muchas manos protegidas con guanteletes se aferraron a la barandilla. La balista disparó una segunda flecha que pasó rozando la amurada de proa y a los turanios para acabar perdiéndose inofensivamente en la costa, entre huesos dispersos. Chapoteando en el agua junto a *La Raposa*, una docena de infantes turanios cruzaba la playa. Colgándose de los toletes, comenzaron a arrastrar la popa de la nave hacia de la playa. A pesar de los dedos y cabezas que Conan aplastaba con su cimitarra, era consciente de que su tripulación se hallaba en notoria inferioridad numérica. Entonces, se produjo un sordo ruido a popa: el segundo grupo de piratas que permanecía en la península apresada en la albufera guiaban la nave hacia la isla para ayudar a sus compañeros y rescatar el tesoro. Unos pocos piratas saltaron de la península a la galera para enfrentarse a las hordas de infantes turanios. Por el contrario, la tripulación retrocedió hacia la península para aprestarse a los remos y bogar para escapar. Al retirarse, Conan lanzó un tajo con su cimitarra para cercenar la espesa cuerda de la balista e inutilizar el arma.

Cuando el último de los fugitivos hubo abandonado la galera, un nutrido grupo de soldados imperiales se aupó por el bamboleante costado de la nave, con las armas aprestadas para acometer. Pero los piratas estuvieron listos a los remos alejando la nave capturada de la galera y bogando para ganar velocidad.

—¡Todo a babor! ¡La hilera de babor, con brío! ¡Los valientes de estribor, empujad con más garbo! —Conan bramó sus órdenes antes de subirse al castillo de popa y hacerse cargo de la pértiga que hacía las veces de timón—. ¡Ahora, con cuidado! Hermanos, tomémosle la medida a esta magnífica nave.

Ante la bogada de la tripulación, la nave había descrito un amplio semicírculo en la albufera. En ese momento, remó con la espadilla en un círculo más cerrado.

—¡A babor, a babor! ¡Ambas hileras, más rapidez!

En verdad, la pentera era una nave excelente, construida con mayor destreza que la vieja y gastada galera y más perfeccionada para su especial propósito. Poniendo una mano sobre los sólidos cabos de cáñamo que cruzaban la nave de proa a popa a lo largo de la barandilla, Conan podía sentir su zumbido como las cuerdas de una cítara bien afinada. Como consecuencia de los esfuerzos de la tripulación, la nave ganó rápidamente el canal mientras las aguas negras de albufera formaban jirones de espuma carmesí junto a los remos.

La mayoría de los turanios subieron a bordo de la galera y se aprestaron a los remos. Todos, salvo una docena que mantenían una falange defensiva sobre la playa. Sólo unos pocos se apercibieron; incluso si conseguían evitarlos, tenían poco que hacer. La galera permanecía quieta sobre el agua y la pentera se preparaba para completar la maniobra y hundirlos.

—¡Ahora, perros, avante a toda velocidad! ¡Muerte al Imperio Turanio y gloria para la Hermandad Roja!

Apenas había pronunciado estas palabras cuando se produjo el terrible impacto. El afilado espolón de bronce se hundió en el casco de la galera. El golpe derribó a algunos turanios de sus bancos y arrojó a otros por la borda.

—¡Perros del mar, ciar, ciar^[35]! Con fuerza, os digo, antes de que puedan aferrarse a la nave e intentar el abordaje. ¡Que intenten bogar ahora en las hileras de remos de una nave sumergida! Dejémosles que reparen el casco con hierba y huesos... si pueden. ¡Así no estarán corriendo tras nuestra popa! ¡Y que soporten todo lo que sus patizambos amigos les están dando!

En efecto, los descomunales ciempiés continuaban acosando la retaguardia turania a la que habían obligado a retroceder por la playa hasta el borde del agua. Manteniendo su falange defensiva de tres líneas, las últimas tropas imperiales retrocedían hacia el agua. Algunos arrojaban cascos y armaduras para unirse a sus camaradas que incorporaban o intentaban asirse a la galera medio hundida. Podrían impulsarla con pértigas o incluso remar hasta conducirla a unas de isletas para repararla, juzgó Conan. El cimmerico no tenía deseo alguno de quedarse y averiguar si los infernales guardianes eran capaces de entrar en el agua o de lanzarse sobre la galera desde las ramas más sobresalientes del árbol muerto.

—Bogad con fuerza. ¡Yorkin, marca el ritmo con la flauta! Con una nueva nave y un tesoro en nuestro poder, regresamos a casa. ¡Diccolo, trepa a la cofa^[36] del mástil y otea un camino por el que podamos ganar mar abierto!

8

Ensayos navales

Un sol apacible calentaba el puerto de Aghrapur. Blasonado por las relucientes velas de dhows^[37], barcazas y carracas mercantes que navegaban fuera, en los canales, ofrecía un aspecto de actividad frenética y bulliciosa al astillero. La estampa resultaba extraña: era el día de los ensayos navales y la declaración del vencedor del concurso. Una muchedumbre engalanada con vestidos de seda hervía en los muelles y rompeolas. Había tanto hombres como mujeres. Los primeros tocados por un fez^[38] o un turbante según fuese su posición. Todos estaban ávidos por conocer al ganador del premio imperial. En timbas ilegales, la mayoría había cruzado apuestas, en oro o plata, sobre el resultado.

Alpah el Alquimista compartía la excitación de los preparativos. En momentos puntuales, había albergado la esperanza de ganar una parte del oro. Aunque, por supuesto, los más distinguidos videntes lo precederían a la hora de exhibir sus innovaciones. La perspectiva de probar su ingenio ante un público tan distinguido lo ponía nervioso. El propio emperador Yildiz había anunciado su asistencia, alojándose con algunas esposas de su harén y sus más altos consejeros en un pabellón adornado con doseles que se había erigido a lo largo del muelle principal. Su real hijo, el príncipe Yezdigerd, espíritu y guía del concurso, se había dejado ver paseando por los patios en compañía de Nepheth Ali y otros ministros.

La única circunstancia desafortunada era la ausencia del profeta Crotalus, sobre la que no se habían facilitado explicaciones. Aunque Alaph suponía que podía considerarse como un golpe de suerte por parte de algunos concursantes. Tan inescrutable y arrogante como correspondía a su reputación en la corte de Aghrapur, se había adentrado en el Vilayet apenas hacía quince días, en los prolegómenos de su proyecto. Se había llevado consigo un ligera penitencia y un bien pertrechado dromón de la Armada Imperial, así como un nutrido grupo de remeros y un escuadrón de infantes de elite. Ahora, todos se habían desvanecido entre las brumas del Este.

El trayecto que habían tomado era arriesgado: en línea recta, en mar abierto y sin tener tierra a la vista. Una tormenta que los hubiese desviado, la niebla o un simple error de navegación podían haberlos retrasado muchos días. Aun cuando se desoyesen las advertencias de los supersticiosos marineros de la costa sobre sargazos a la deriva y súbitos vórtices sin fondo, aquello era evidente. Amenazas que, después de

todo, el nigromante Crotalus podía haber superado pues no era un vulgar mortal.

Por otro parte, a juicio de Alaph, la escuadra se había alejado de las rutas marítimas más frecuentadas, en las que se habría podido observar sus dificultades y acudir en su ayuda. Así pues, podían reaparecer en cualquier momento. Pese a la inexperiencia de su comandante, las naves y las tropas imperiales eran duras y avezadas. Por ello no se los consideraba desaparecidos aunque su búsqueda continuaba por parte de toda la flota imperial cualificada para navegar en mar abierto.

En cualquier caso, se rumoreaba que no se había estimado prudente posponer los ensayos marítimos. Al fin y al cabo, ¿por qué llamar la atención pública sobre lo que todavía podía convertirse en la más famosa tragedia marítima? Las pugnas y recriminaciones entre la corte y el Almirantazgo habían sido silenciadas con determinación y todos ofrecían un alegre rostro el día de los ensayos. Si Crotalus había perdido el premio por su retraso... bueno, tanto mejor.

Alaph se hallaba preparando su propia exhibición tan febrilmente que apenas prestó atención cuando Zalbuulus, el sabio corinthio, comenzó la demostración de su proyecto. El alquimista sólo se percató cuando la cháchara de la expectante multitud cesó súbitamente y todas las cabezas se volvieron hacia la verja de la guarnición naval. De pronto, un redoble familiar de tambores resonó en el astillero. El firme golpeteo difundió sus ecos rasgados sobre los muros, los edificios y los cascos de las naves.

Oteando más allá de su propio equipo de obreros, Alaph pudo vislumbrar dos filas de hombres semidesnudos y, sobre todo, una hilera de remeros pudorosamente cubiertos para la exhibición pública, desfilando sobre la dársena principal.

El espabilado panadero conocía algo de las innovadoras ideas del filósofo corinthio. No resultaba excesivamente difícil porque durante toda la quincena anterior el sonido de los tambores de bronce habían sonado día y noche en el sótano de la cercana cárcel. Durante ese tiempo, se les había obligado a asearse, comer, respirar, dormir y realizar cualquier clase de tarea al unísono, siguiendo el implacable ritmo de los tambores. Se decía que también sus corazones seguían ese ritmo de forma que, si éste se demorase o se detuviese, todos ellos se derrumbarían muertos. Sirviéndose de un grupo vendhios de cabeza afeitada como celeustes para marcar los ritmos, el adusto corinthio había pasado largas horas con los remeros, tanto en la prisión como a bordo, entrenando en el puerto.

Alaph no dudaba que sus maneras severas y firmes, su mirada inquisitiva y firme y su poderosa voluntad tenían mucho que ver con el éxito de su aleccionada tripulación.

Se hizo evidente que la disciplina de su tripulación impresionó a la multitud. Marchando a lo largo de la dársena, se embarcaron en la birreme que los aguardaba: *El Autócrata*. Estaba gobernada por un capitán enjuto y de vestiduras blancas. Con perfecta sincronía, los remeros fueron subiendo sin que hubiese discordancia alguna que indicase voluntad propia. Arqueando las cejas grises y moviendo el bigote, el

propio Zalbuulus esbozó un gesto de aprobación. Después, cuando la nave zarpó y se dirigió hacia el mar, Alaph escuchó una significativa ovación. La exhibición de los remeros había sido perfecta. Ante la popularidad de su rival, el alquimista tuvo que reconocer una punzada de consternación.

El despliegue marítimo también fue bien acogido. Libre de obstáculos, la nave parecía limitarse a realizar giros, con la mitad de la tripulación soltando los remos mientras la otra mitad bogaba al ritmo del tambor. Ligeramente por encima del alquimista, un par de cortesanos, tocados con elegantes turbantes, especulaba con la posibilidad de aplicar tal entrenamiento a la infantería de tierra también, incluso a los esclavos imperiales en sus tareas cotidianas. En secreto, Alaph aborreció tal perspectiva a causa del ruido que conllevaría.

Una vez que la birreme se alejó del puerto en un curso de larga duración el redoblar de los tambores se perdieron sobre el oleaje azul turquesa, la atención se centró en otro punto: en Tambur Pachá, más concretamente, y en la gran galera que éste había acondicionado para probar sus mejoras de navegación. Cuando la nave fue impulsada fuera de su posición de salida por los esclavos, vestidos de forma chillona, un nuevo murmullo de aclamación recorrió el gentío que abarrotaba los muelles.

La vela de la galera se había adelantado con respecto a su posición habitual. El nuevo mástil, más corto, casi se alzaba en la proa, cerca de donde se hallaba en ese momento el astrólogo, vestido de seda y sentado cerca de un descomunal fuelle. El artefacto ocupaba toda la popa y gran parte de la cubierta. A babor y estribor, junto a los alargados pasamanos, se habían fijado unos pedales a los que habían atado los cables de cuero del plegado artefacto. Entre éstos y junto a los costados del navío se habían situado unos bancos estrechos en lugar de los habituales asientos de los remeros dispersos a lo largo del casco.

La tripulación permanecía sentada en estos banquillos. Serían unos cincuenta, un número notablemente inferior a la dotación habitual de una galera; la mayoría no llevaba remos. Para mayor divertimento de la bulliciosa muchedumbre, se sentaban de cara al centro de la nave. Asegurando sus espaldas contra las barandillas y poniendo sus pies desnudos sobre los pedales, empujaron estos hacia el centro apenas comenzó a sonar el áspero golpeteo en el tambor de Tambur Pachá. Tras emitir un bramido, recuperaron el equilibrio y retiraron las piernas hacia atrás, para volver a la posición inicial. Pudo escucharse una rápida exhalación. El blanco dosel de la vela se estremeció pero no llegó a hincharse. Su movimiento originó un fuerte gemido en popa, allí por donde el fuelle se llenaba de aire.

Una vez se hubo enterado grosso modo de las características del invento de su rival y no pudiendo perder más tiempo en examinarlo, Alaph retomó a sus propios preparativos. Por consiguiente, no podía asegurar si la alegría con la que reaccionaba la muchedumbre se debía a la singularidad del invento del astrólogo o a su evidente fracaso.

Cualquiera que fuese la razón, la galera permaneció atascada meciéndose sobre las

aguas entre los siseos y resuellos del fuelle, que se mantuvo bufando intermitentemente, como un toro agresivo, sin que se produjese el más mínimo avance mientras la tripulación se retorció patéticamente al ritmo de los frenéticos golpes de tambor y las imprecaciones de Tambur Pachá.

La reacción del público fue un aluvión de risas, de burlas y... de fruta podrida, la mayor parte de la cual llovió sobre el fuelle y la vela para acabar rodando hacia los imbornales^[39].

La hilaridad se incrementó cuando la nave, en vez de avanzar, fue retrocediendo hacia el malecón, probablemente como efecto de la permanente y ávida succión por parte del fuelle.

Profundamente contrito ante el fracaso del diseño del eminente astrólogo, Alaph tenía más problemas a causa de la descortesía de la gente. Invasado por múltiples dudas e interrogantes sobre su propio proyecto, se preguntaba si la recepción que le dispensarían sería igual o incluso peor. Apurando hasta el último instante para pulir y limpiar, sopesó el tema con inquietud.

Afortunadamente, como los buenos charlatanes de carnaval, los funcionarios del puerto estaban preparados para ofrecer un nuevo espectáculo tras otro fallido. La balandra^[40] diseñada por Mustafar salió desde la parte trasera del puerto. Excepción hecha de los dos objetos instalados en las amuradas, era como cualquier otra destinada a la pesca o navegación de cabotaje. El primero era un escorpión^[41], provisto de una palanca a su derecha; el segundo, una espita o algo parecido a un sifón. La balandra remolcaba otra nave más pequeña a través de un cabo. Se trataba de una nave extraña, desprovista de mástiles, toletes y tripulación pero con una ornamentada cabina en el centro. Sin duda, se trataba de un modelo desechado o un navío con fines puramente ceremoniales. Virando ante los ojos del público, la tripulación de la balandra de Mustafar cortó el cabo dejando la nave a la deriva. Entonces, avanzando lo justo para reducir el balanceo y aprovechar la apacible brisa que corría desde tierra, orzaron^[42] para aproximarse a la nave por su proa. Vigilados por Mustafar, que estaba al timón, cuatro tripulantes de la balandra prepararon los ingenios bélicos de las amuradas. Después de que hubiesen tensado el escorpión, uno de ellos, a dos manos y con mucho cuidado, depositó un frasco o un proyectil con forma de esfera en el cazo. El segundo puso en movimiento el dispositivo de rotación haciendo girar una manivela. Entretanto, el tercero tomó una antorcha humeante de un cuenco en el que bailaba el fuego y con ella tocó la esfera. Fuese por esta acción concreta o mediante algún mecanismo oculto, el brazo del escorpión quedó liberado y arrojó el proyectil que comenzó a girar sobre sí mismo. Trazando un arco marcado por un jirón de espeso humo negro, describió un trayectoria que culminó en la popa del pequeño barco. Le siguió una llamarada y una explosión de la que salieron mil lenguas de fuego que devoraron la popa del navío. Éstas prendieron bajo las costras de pintura vieja y quebradiza desatando un gran incendio. Tras el silencio temeroso inicial que suscitó, la muchedumbre irrumpió en una estruendosa salva de aplausos.

Contemplando los restos humeantes, Alaph se preguntó si el navío no habría sido previamente untado con aceite y brea. Entonces comprendió: al romperse el frasco, había rociado la vieja madera con un líquido inflamable. Una picardía diabólicamente eficaz.

Mientras tanto, la tripulación de Mustafar había centrado su atención en el segundo objeto que había en cubierta. Se trataba de otro fuelle, no tan grande como el de Tambur Pachá pero sí de tamaño considerable, con los goznes dispuestos hacia delante. Montado sobre un pivote y manejable gracias a dos palancas que sobresalían a los costados y en la parte trasera, recordaba a las herramientas de los herreros. La tripulación arrastró el fuelle a popa; después lo bajaron hasta encajar el alargado hocico en un sifón —fijado con cabos al mástil—. Entonces, con jadeos entrecortados, los marinos lo giraron hasta que apuntó al navío en llamas. Tres tripulantes, uno a cada lado y otro en la parte de atrás, forcejearon en las palancas con movimientos rápidos y experimentados. El resultado fue un gran columna de líquido que lanzó un chorro de agua sobre las amuras del navío incendiado. Buena parte se esparció sobre el mar.

Toda la sección de proa no ardía todavía y aquel fluido no parecía incrementar de un modo visible su destrucción. Por ello, el populacho no aplaudió. Al menos no hasta que el propio Mustafar tomase una tea ardiendo, la hiciera girar sobre su cabeza y la arrojase en la misma dirección. El espeso líquido negro continuaba flotando sobre las aguas. Cuando la antorcha cayó sobre aquél estalló en llamas. Se prendió una línea de fuego —a lo largo de la misma las llamas crecieron— que alcanzó los costados del buque. En ese momento, el objetivo ardía por dos focos diferentes de llamas. Los hombres de Mustafar trabajaron frenéticamente en el fuelle para lanzar más chorros de vivo fuego sobre el agua y la nave hasta lograr un súbito holocausto sin forma.

La ovación de los espectadores no se hizo esperar. Profundamente intrigado ante semejante despliegue pirotécnico, Alaph se percató de un hecho: los hombres de Mustafar no habían utilizado la antorcha para iniciar el fuego sino el fuelle. Probablemente, sería este el que produciría el surtidor de fuego. Una imagen pavorosa para el enemigo, desde luego. Incluso podía haber puesto en peligro el balandro, su tripulación y al propio público. Afortunadamente, Mustafar sabía controlarlo.

Las meditaciones del alquimista fueron súbitamente interrumpidas por una enérgica señal de Nepheth Ali, próximo al pabellón del emperador. Se le informaba que el emperador aguardaba que probase su invento. Saltó de un brinco las amuras de su barco y soltó las amarras. Ordenó a su tripulación que siguiese su ejemplo para desatracar la nave de la dársena y salir al puerto.

Aunque la nave de Alaph tuviese una dimensiones similares a las de la nave de Tambur Pacha, careciese de mástiles y de velas, tenía una dotación de sólo dos tripulantes, incluyéndolo a él. A los espectadores les resultó sumamente extraño contemplar una galera pequeña y pesada meciéndose en el oleaje con un capitán y un

único tripulante —un corpulento eunuco zamorio al que le habían arrancado la lengua— que trabajaba con diligencia alimentando la caldera para mantener el calor. El joven capitán bajó a la sentina del barco para ajustar las llaves de paso del equipo de vapor, forjadas en bronce.

La mayor parte del espacio habitualmente ocupado por los banquillos de los remeros y la tripulación estaba hábilmente cubierto por una doble capa de livianas baldosas de terracota. Algunas de ellas habían sido dispuestas para amoldarse a los contornos del casco. Las cisternas con el combustible se hallaban ubicadas en popa. Eran de madera noble, jalonada por múltiples espitas para que pudiesen extender el combustible a lo largo de todo el fogón, situado en el fondo de la nave.

Ubicada sobre la quilla y sujeta por abrazaderas metálicas que atravesaban el buque descansaba la caldera de vapor: un recipiente de bronce improvisado. A falta de mejores recursos, aprovecharon un sarcófago expoliado de la tumba de uno de los reyezuelos secularmente enemigos de Turán. Transportado a la capital como parte del botín del emperador tras una exitosa campaña, se había guardado en Palacio como un tesoro escondido. Recientemente, y para tan especial requerimiento, había sido modificado efectuando perforaciones en los costados y sellando la tapa. Evidentemente, los restos mortales habían sido desechados hacía mucho tiempo. Convenientemente calentado, el ataúd hacía las veces de una caldera eficiente, capaz de soportar las altas presiones necesarias para llevar a buen fin el plan de Alaph.

Sellados por firmes remaches, unos tubos pesados salían de los costados del sarcófago y, atravesando el casco a través de unos orificios convenientemente reforzados y calafateados, llegaban al nivel de la línea de flotación. Una vez que estaban fuera del navío los tubos se curvaban en ángulo recto hacia atrás, hacia la popa, con idéntica forma a la de las espitas de aquellas primeras calderas del panadero. Atestadas por los “espíritus del agua” que deseaban escapar, las boquillas debían proporcionar la fuerza para que la nave avanzase. Ciertamente: el bajel era más pesado que el caldero que colgaba sobre el hogar de su padre, pero también la caldera y las cantidades de agua aplicada eran mucho mayores.

El calor ya era considerable. Tanto como el siseo del vapor hirviendo escapando por las juntas imperfectamente selladas del sarcófago, según el propio Alaph podía oír. Con la temperatura en aumento y las llamas ardiendo en su enlosada prisión el vigor de los espíritus atrapados tenía que incrementarse paulatinamente. Recorriendo apresuradamente el costado de la nave y evitando los escapes de vapor que se escapaban, Alaph abrió las llaves hasta la mitad de su recorrido. Después, al asomarse por un costado, se estremeció al contemplar cómo salían burbujas por el extremo de los tubos y la superficie del mar se cubría de espuma ante las ráfagas de vapor.

Pese a todo, no notaba ningún indicio de movimiento. La nave seguía meciéndose sobre las aguas del puerto, flotando a la sombra del malecón y con el público expectante. A su juicio, parecía como si los “espíritus del agua” les faltase la furia que habían mostrado en el hogar de la panadería y, una vez habían vuelto a su elemento,

hubiesen perdido toda ambición. Contempló al zamorio. No podía encontrar ningún fallo en él, el corpulento eunuco alimentaba el fuego con denuedo. Impaciente, Alaph bajó de nuevo a la sentina y abrió las llaves por completo. Aunque el chorro de vapor y burbujas se incrementó considerablemente, la nave permaneció inmóvil sin tomar su curso.

Desde la orilla, llegaron las primeras imprecaciones.

—¡Eh tú, el panadero! ¿Qué haces? ¿Prepararnos el té de la mañana?

—¿No será, por casualidad, un nuevo modo de servir pescado cocido?

La multitud no se contuvo más aunque, no teniendo una idea clara de qué debía esperar que sucediese, las mofas no fueron más crueles. Al menos, no todavía. Afligido y apenado por su fracaso, se encogió deseando fervientemente que tan refinado público hubiese agotado todas las verduras y frutas sobre el desgraciado Tambur Pachá. Flotando su nave sobre el agua, buscaba desesperadamente algo que distrajesse la atención. Afortunadamente, halló una en el mismo momento que lo hizo la muchedumbre.

Fue la botadura de *El Implacable*, uno de los navíos de nuevo diseño de la Armada Imperial. Recién equipado y con la tripulación completada, los augures habían señalado ese día como el más propicio para iniciar su primera travesía. En este momento, ante el pequeño fracaso de Alaph, el Almirantazgo consideró que había llegado el momento. La decirreme, con sus tres filas de remos en cada amura, tipificaba la nueva clase de cruceros imperiales, más poderosos aún que los dromones. En las dos hileras inferiores, los remos estaban manejados por tres remeros; en los superiores, bogaban cuatro. Juntos, sumaban una decena. De ahí provenía el nombre. Fue un gran espectáculo contemplar cómo emergía del malecón occidental y empequeñecía a las restante naves que habían sido utilizadas para los ensayos de aquel día. Deslizándose suavemente, la nave de altas amuras y gran calado cobró velocidad con facilidad entre los ocasionales gritos de las varias centenas de remeros.

Las miradas divertidas del público se posaron sobre otra nave veloz: el birreme de Zalbuulus y su tripulación especialmente adiestrada, que retornaba de su prolongada carrera matutina. Aunque presumiblemente debían estar tan cansados como si hubiesen alcanzado la desembocadura del río Ilbars, todavía mantenían un fuerte ritmo. Su temprano regreso parecía un anuncio muy favorable para las habilidades del hechicero corinthio. Retornaban a gran velocidad: los remos parecían aletear sobre la luminosa espuma del mar y el doble espolón, sumergido, hendía el mar levantado burbujas con elegancia. Cuando *El Autócrata* se hubo aproximado lo suficiente, Zalbuulus, envuelto en sus vestiduras albas, pudo ser visto en la cubierta de popa, entre los hombres. Parecía estar impartiendo instrucciones. Estos las transmitían al corpulento vendhyo que golpeaba el tambor, sentado en el prominente saltillo^[43] de la cubierta.

Obedientemente, el celeuste de piel oscura cesó el golpeteo y entrecruzó los pesados mazos, depositándolos sobre el tambor de bronce. No obstante, aunque el

insistente ritmo se detuvo, la tripulación de *El Autócrata* no cesó de bogar. Los remeros prosiguieron bogando con el ritmo levemente alterado. Pareció que podía existir riesgo de que se produjese una colisión contra *El Implacable*, el nuevo dromón, que avanzaba por los canales de cruce del puerto. Gesticulando con aspavientos airados, le vieron bramar una orden. Gesticuló frenéticamente, sin resultado aparente. Delante de él los remeros prosiguieron bogando en ambas hileras. Siguieron afanándose para mantener un ritmo febril.

Desde su pequeño barco, Alaph comprendió el problema: el fuerte redoble los tambores de *El Implacable* seguía atronando el puerto. Exorcizados, los remeros parecían encandilados en su pesada faena y, en ese momento, les habían privado del yugo del tamborileo bajo el que habían vivido noche y día de modo que ahora trabajaban al ritmo de los golpes de tambor de *El Implacable*, que sonaba cada vez más cerca.

Mientras el alquimista, extasiado, contemplaba la escena, los hechos confirmaron su hipótesis. Con la esperanza de evitar el choque, los oficiales de *El Implacable* aumentaron el ritmo de sus remeros para navegar más deprisa. Aunque debían estar sumamente fatigados, los remeros de Zalbuulus doblaron su velocidad. Sacando fuerzas de flaqueza, siguieron hasta estrellar la proa contra la aleta de popa del barco recién botado. Pese a no resultar totalmente visible desde la dársena, pudo apreciarse la colisión por los crujidos y estrépitos de la madera, la cortina de rocío y remos rotos saltando en añicos y los gritos de los tripulantes, mutilados y atrapados, que pronto se emparejaron con los lamentos y gritos de alarma de los espectadores en el puerto.

Estremecido de horror ante su primera visión de un combate naval, Alaph contempló la escena. Cuando *El Implacable* recuperó su posición, había abierto una vía de agua en la atrapada nave de Zalbuulus cuya tripulación, finalmente, había dejado de bogar.

Se levantó una nueva oleada de alaridos. Tras ver cómo el balandro que le habían asignado comenzaba a arder, Mustafar comenzó a lanzar maldiciones mientras utilizaba un arma como extintor para atajar las llamas del chamuscado casco. Al haberse detenido para contemplar el choque, se debía haber producido alguna equivocación o alguna de las llamas que flotaban en el puerto los habían alcanzado. Así, achicaban el agua y combatían el fuego intentando apagarlo antes de que se extendiese hasta los inflamables toneles de aceite y alquitrán.

Imposibilitado para ofrecer cualquier tipo de ayuda, centró su atención en su propia nave. Tanto él como su tripulante se habían distraído involuntariamente ante los recientes sucesos. Abajo, en la caldera, el fuego seguía ardiendo hasta el punto de que las llamas habían dado un tono sonrosado al carbón. Encaminándose a la amura de estribor, Alaph examinó las boquillas sumergidas. No vio burbuja alguna ni “espíritu de vapor” subiendo. Nada en absoluto, aunque las llaves estuviesen totalmente abiertas. Se apercibió que el vapor siseaba con fuerza por las juntas de la caldera. El sarcófago de bronce se comportaba de un modo extraño: sus sólidas

paredes de metal estaban tomando un color rojizo y se estremecía violentamente hacia arriba y hacia los costados. Las soldaduras de las esquinas rechinaban de un modo extraño y molesto.

En ese momento, se alarmó. Gritando una advertencia, se volvió y saltó por encima de la barandilla. Al zambullirse sintió un impacto en los pies, calzados con botas. El puño abrasador de un dios lo zarandeó violentamente arrojándolo en las sombras del malecón, por encima de las aguas embravecidas.

Dando la espalda a las llamaradas del puerto y los estridentes gritos de alarma en las dársenas, el príncipe Yezdigerd anduvo a lo largo del muelle principal. Su paso era tan ligero e inquieto a través del disperso público boquiabierto que sus dos guardaespaldas tuvieron grandes dificultades para flanquearlo y echar a un lado a los desconocidos. Tras él, en las tibias aguas del estuario, *El Implacable*, el nuevo buque insignia de la Armada Imperial se estaba hundiendo. Mientras los remeros intentaban conducir el buque hacia un varadero, las tropas se despojaban de sus armaduras de gala y nadaban hacia la costa por docenas.

De los navíos del concurso, una birreme se había hundido en el canal y se había perdido toda la tripulación más allá de cualquier posible auxilio. Después, el balandro, en llamas y con el casco devorado por el fuego, había sido abandonado por el capitán y sus tripulantes. Otra nave, desvalida, se bamboleaba junto al andén, resoplando inútilmente. El desesperado intento de Tambur Pachá por invertir la succión y tomar agua por las boquillas para sofocar el fuego, pese a los esfuerzos de los operarios, no habían conseguido ningún resultado todavía. Y eso sin entrar a considerar las dos naves de Crotalus, el nigromante, que se habían perdido en alta mar.

El sarcófago caldera del joven alquimista no había sido visto de nuevo. En medio de una explosión, estruendosa y llena de humo, había estallado en una miríada de fragmentos ocasionando múltiples daños tanto en tierra como en las aguas del puerto. Desde luego era un arma de gran poder destructivo, seguro, si las fuerzas imperiales podían hacerla detonar en medio de las naves enemigas en vez de entre las suyas. Si el pequeño alquimista todavía siguiese con vida... Resultaba altamente improbable. Desde la explosión, nadie lo había vuelto a ver.

Empujando con sus guardaespaldas, rompió el cordón de guardias imperiales y se dirigió hacia el pabellón del Emperador.

—Señor —al momento, se dirigió al Emperador—, no debéis desdeñar toda la empresa por un día aciago. Del mismo modo que los resbalones y tropiezos de un bebé no implican que no caminará cuando sea hombre, unos inexplicables infortunios no marcan las ideas como indignas. ¡Padre, os ruego que no abandonéis el proyecto!

—¿Qué? ¿Cancelar el concurso naval, dices? —El Emperador se reclinó en un asiento que se bamboleaba, con una mujer de su harén a cada lado, se volvió hacia su hijo con rostro bien predispuesto—. ¿Sólo porque hemos perdido unos pocos endebles navíos y algunos han malgastado su tiempo de mala manera? ¿O por unos

turbantes chamuscados entre mis cortesanos? De verdad que no, Yezdigerd. Las naves se construyen para la batalla, para que se las maneje con rudeza, ¿no es cierto? —El monarca lanzó una carcajada, estaba ebrio—. La demostración de esta mañana ha sido... instructiva. No pienso poner fin a algo que suministra tan sustancioso entretenimiento. El próximo espectáculo mejoraría si hubiese combates entre esclavos zamorios. ¡Por Tarim! Hacía años que no me reía tanto que al ver a esos torpes almirantes chocando y pegándose fuego unos a otros, ¿no es cierto, preciosas?

Sus enérgicos abrazos despertaron la risa de las huríes y el Emperador las coreó con una risa ahogada que movía su barriga.

—No, chico. De ningún modo, puedes seguir con tus escarceos navales. Puedes mantener la oferta del premio. Estas muchachitas y yo nos aseguraremos un buen sitio en el puerto para ver los resultados.

Yezdigerd no dijo más. Con un mudo asentimiento se giró y se alejó atravesando el cordón de guardias imperiales. Entonces, anduvo de nuevo con sus habituales zancadas, largas y poderosas. Como sus guardias no podían intuir su destino, se limitaron a seguirlo en silencio. Contemplando su rostro malhumorado supieron que era mejor no importunarlo con preguntas so pena de soportar toda la fuerza de su ira.

El viaje de regreso

—La niebla está levantando —el grito del vigía llegó desde lo alto—. ¡Tierra! ¡Peligro a babor! Parece un cuerno de dragón.

—¡Malditos sean los dioses! —alzando su manaza surcada por mil cicatrices para guarecer sus ojos de color azul claro, el capitán Ivanos examinó los contornos del rocoso cabo—. Eso significa que, buscando a esos picaros, nos hemos desviado demasiado hacia el sur.

—¡Aún mejor! —gruñó Ferdinald desde la caña del timón, donde se hallaba como contra maestre—. Si no sabemos dónde está Amra ni él donde estamos nosotros, le servimos de poco. Disponiendo de tan escasa tripulación, si estuviésemos enredados con esas naves turanias, aún sólo con la pentera, no saldríamos bien parados.

Frunciendo el ceño, Ivanos se encendió. Mientras se mesaba las barbas, agitó su cabeza.

—¿Acaso no era el plan seguir a nuestro capitán a cierta distancia y ayudarlo en el ataque? Ahora, nos has guiado demasiado al sur. ¿Qué ocurrirá si nuestros hermanos entablan combate y necesitan de nuestro concurso? Si eso le cuesta una victoria... ¿querrías ser el primero en explicar a Amra nuestra ausencia?

—El plan no contemplaba esta niebla. Lo admito —se encogió de hombros—. Estará navegando en las tibias aguas del Vilayet. Sin viento y en medio de la niebla, no podíamos hacer nada. Al capitán Amra le hubiera gustado mucho menos que hubiésemos perdido *El jacinto* por su causa... y a sus mujeres de propina.

Movió ostensiblemente la cabeza señalando a Olivia que acababa de hacer acto de presencia sobre el pasamanos del saltillo de popa.

—Nuestro curso más seguro es regresar al resguardo de las islas Aetolias. Ahora estamos navegando solos y somos una presa muy apetitosa para los turamos, los piratas ribereños o cualquier nave mercante bien armada con la que nos podamos cruzar.

—Podemos rehuir a los imperiales. Tú puedes... ¿o has estado alardeando? —Frunció el ceño con obstinación y agitó su cabeza—. Te ordeno que pongas rumbo al norte y encuentres a *La Raposa* tal y como dijiste que podías hacer.

—¡No, Ivanos!

Vistiendo unos pantalones cortos de seda, unas sandalias ligeras y una blusa fina acorde al moderado calor del sol que apenas había surgido sobre el horizonte, Olivia

se opuso a los piratas. Ella no solía mostrarse en cubierta con vestiduras tan escasas. Su figura atrajo la atención de los hombres. También en eso rivalizaba con Philiope, más joven y delgada, que había subido junto a ella, vestida con uno de sus vestidos ceñidos.

—¡Poned rumbo a Djafur! —dijo a los remeros—. El tiempo de ayudar a Conan en su búsqueda del tesoro ha pasado.

Sin embargo, el efecto de las atractivas curvas de Olivia se quebró cuando el seguro de la doble ballesta, acunada bajo su brazo con suavidad, cedió. La cuerda se tensó, dispuesta.

—Con el debido respeto, Olivia —Ivanos contestó sin alterarse, fingiendo ignorar la balista tensada que sostenía la ophirea—, soy el lugarteniente de Conan. Me nombró capitán y seré yo quien decida el curso que siga esta nave.

—Si Conan es tu capitán, también lo soy yo —despreocupándose de ocultar el rencor de su voz, Olivia no se anduvo con miramientos—. Como sabes, soy la consorte de Conan, su esposa... ¡Sí! ¡En ocasiones... incluso su maestra! Si se comete un error puedo rendir cuentas ante él mejor que tú o cualquier otro tunante. Y yo digo que vamos rumbo al sur.

—¿Y qué ocurrirá si Amra nos está buscando? —traicionada por la preocupación, la voz de Philiope sonó suave y aflautada en comparación con la de Olivia—. Pese al peligro, debemos permanecer cerca.

—¿Qué tonterías estás diciendo? —sin alterar la posición de la ballesta, le tiró de la melena—. ¡Tú! ¡Una cautiva cuyo único deseo es escapar y vernos a todos destruidos! ¿Crees que no me lo imagino?

—No lo veo de esa manera —agitada, Philiope se contuvo—. Me encuentro bajo la protección del capitán Amra y velo por su seguridad.

—¿Y por qué deberías hacerlo? —le espetó Olivia—. Eres una invitada, con un rescate tasado si te devolvemos intacta, ¡nada más! ¿O estás diciéndonos que no eres una noble capturada dispuesta a ser canjeada a la primera oportunidad?

Olivia clavó sus ojos, luciendo entre los mechones alborotados por la brisa, sobre la joven de modo amenazador.

—No —respondió Philiope, al fin. Sus ojos castaños lanzaron una mirada agitada, como si hubiesen caído en una trampa.

—¡Bien! Entonces, al sur. Así, nos acabamos de liberar del yugo de Conan, que nos puso en peligro con este viaje, incómodo, peligroso y sin sentido. ¿De acuerdo?

Fijó la mirada en Ivanos hasta que este, asintiendo con la cabeza, aceptó lleno de rencor.

—Recuerda —le dijo ella— que si *El Jacinto* cambia su ruta lo sabré por la inclinación del cubierta, y tan bien como cualquier marinero que tuviese sus pies en ella.

Aferrando a Philiope por la muñeca, anduvo retrocedió hasta la puerta de su camarote.

Apoyándose sobre la caña del timón, Ferdinald comentó despreocupadamente a Ivanos mientras contemplaban cómo ambas mujeres se retiraban:

—Me parece que deberíamos cambiar el nombre de la carraca. *El Jacinto* es muy poco conveniente para un navío de feroces piratas.

—No, amigo —negó el otro pirata, agitando su cabeza—, trae mala suerte cambiar el nombre con que se botó una nave. Al menos, así se rumorea entre los hombres del Vilayet, que no lucharán mejor en una nave de mal agüero —disgustado, Ivanos lanzó un salivazo mientras contemplaba a las mujeres llegar a la escalerilla y desaparecer—. De todos modos, *El Jacinto* es un hermoso nombre. No estoy seguro que nuestra nueva capitana permitiese ningún cambio.

—¡Tú, vigía! Ve diciendo la profundidad. Ya estamos lejos de las aguas del río, poco profundas. Pero permanece ojo avizor en la barandilla de amura. ¡Los arrecifes acechan en esta niebla!

—Sí, capitán —el sordo grito llegó hasta popa.

Dirigía la península apresada. Conan halló inquietante impartir órdenes a una tripulación que no podía ver. Aquella maldita niebla no sólo dificultaba la visibilidad, también la acústica. Su salida del delta del Yldrys, el río hyrkano de la muerte, había sido fácil y triunfal: corrientes oscuras empujándolos hacia el mar, un hombre aupado sobre el mástil para confirmar el curso idóneo y un barrilete con las extrañas gemas atado junto a la barandilla de popa, sobre el que Conan apoyaba el pie en este momento.

Pero en cuanto dejaron atrás la costa y sus peligros, se zambulleron en un espeso banco de niebla que no se podía haber levantado de las gélidas aguas. En cierto modo, la algodonosa pared gris había sido bien recibida porque les permitía ocultarse. En especial, del dromón que presumían estaba aguardando a lo largo de la costa. Aun así, esa niebla húmeda, sin brisa, un sumidero de espíritus... tema sus propios peligros.

—¡Yorkin, toca más alto! No me llegan tus notas —golpeó la cubierta con el talón para atraer la atención del viejo flautista, ya fatigado—. Noto que los remos delanteros se retrasan... Pero mantén el ritmo lento, no sea que nos dirijamos hacia los arrecifes.

—Capitán, ¿qué es ese sonido? ¿Lo escucháis?

—¡Detened esos remos!

La pregunta se había extendido entre algunos piratas que estaban en la amura de estribor. Al dejar de bogar, enmudecer la flauta y su propia voz, Conan pudo ubicar con exactitud el ruido. A estribor. Un suave y rítmico torrente como el oleaje que se desliza por la playa, pero más rápido, casi a la carrera.

—Marineros, ¡listos los remos! ¡Ahora, bogad! ¡Un rápido espolón! No os quedéis quietos. ¡Yorkin, una tonada!

Bajo el azote de la salvaje y orgiástica melodía de la flauta, la península dio una sacudida hacia delante. La nave, bien aparejada y muy marinera, ganó velocidad en una serie de brascas bogadas que bien hubieran podido derribar a Conan de no haberse aferrado con fuerza a la caña del timón. Entretanto, a estribor, más allá de la

fuliginosa neblina, la amenaza fue tomando forma sigilosamente: la proa, curva y alta, de un dromón imperial con sus hileras de remos curvándose como alas de un ave en medio del rocío que rezumaba la niebla y su pico chorreando espuma sobre el oleaje.

Estuvo ahí por un instante. Después, los dejó atrás por popa. Su menguante estela se perdió en la niebla. Si no se hubiese producido la chiripa de que Conan hubiese sentido cómo la parte inferior del timón rozaba el extremo de los remos de la hilera superior de la amura de estribor del navío imperial, el cimmerico podía haber pensado que se trataba de un sueño o un barco fantasma. Algunos de los remeros, delante de Conan, no habían visto pasar al fugaz navío, pero él sí. La imagen permanecía fresca y vivida en su memoria y, en especial, la figura alta y vestida de oscuro, con su rostro esbozando una sonrisa afectada tras la presa en fuga.

—¡Pardiez! ¡Era el dromón embistiéndonos con su espolón!

—Pero no se escuchaban tambores ni melodías... ¿Pueden bogar siempre a semejante velocidad?

—¿Cómo nos encontraron en medio de la niebla? ¿Por la tonada?

—Fue por tu olor, Ruñas. Haznos un favor: ¡lávate!

—¡Ya basta, bribones! Callad sino queréis que nos encuentren de nuevo. ¡Yorkin, marca un ritmo lento y sostenido!

Conan dejó que los remeros continuasen su trabajo mientras usaba la caña del timón para seguir un curso que esperaba dejase atrás la nave enemiga. Avanzando a tientas en medio de la pastosa niebla, no consideraba probable que se volviesen a encontrar. Pesada y sobrecargada de tripulantes como estaba, durante el tiempo que el dromón necesitaba para virar y regresar, la pentera ya se habría alejado y sería difícil que los encontrasen de nuevo, sería como si nunca los hubiesen visto. Su reciente encuentro con la muerte se debería a un golpe de mala suerte, una casualidad, se dijo Conan. Aún así, recordaba la amenazadora figura de la amura aguardando tan pacientemente, mirando con tanta tranquilidad...

Aunque los localizasen, la pentera podría dejar atrás al dromón con suma facilidad. Por motivos de seguridad, la neblina retrasó la marcha de la nave de Conan. Y deberían dificultar aún más a su perseguidor. Aun suponiendo que el timonel del dromón tuviese un conocimiento especial de los arrecifes de aquellas extrañas aguas, no podrían divisarlos. Si no hubiese sido virtualmente imposible, Conan hubiese sopesado la posibilidad de virar y capturar el dromón.

—Capitán, a babor, puedo escuchar cómo se levanta el agua.

Aunque el ritmo era más pausado y menos rítmico que antes, Conan también pudo oírlo. O el dromón seguía su mismo curso —guiado por el ruido— o se trataba del oleaje abatiéndose sobre un arrecife. Conan dejó que los remeros continuasen bogando al ritmo del apagado sonido de la flauta y sostuvo la caña del timón con firmeza, intentando determinar si el sonido se acercaba o se alejaba.

—¡Capitán, a popa!

—¡Crom! ¿Cómo nos ha encontrado?

Volviéndose, los remeros inmediatamente sintieron lo mismo que su capitán. Pero era cierto. En los límites de su visibilidad, había un ruido que creció con rapidez hasta convertirse en un frenético golpear de remos y la parte delantera de una nave: la afilada y voraz proa del dromón. Dado que la pentera se había desplazado en línea recta, en esta ocasión surgió repentinamente. Mas la amenaza era aún mayor si cabe, porque la nave no podía virar hacia un costado: el ímpetu y la velocidad adquirida por el dromón eran suficientes para quebrar la popa de la pentera pero una maniobra para virar la retrasaría aún más, haciendo vulnerables las amuras al ataque del espolón.

—¡Los remeros de estribor, redoblad la bogada! ¡Los de babor, tras cada segunda bogada, remad a toda velocidad!

Cuando giró violentamente la cabeza, entre sus fugitivos y la amenaza, la melena de Conan, empapada por la niebla, despidió una lluvia de gruesas gotas.

—¡Los de babor, otra vez chicos! ¡Estamos ganando los arrecifes!

—¿Qué? ¿Los arrecifes? ¡Nuestro capitán está loco!

—Nos conduciría a la muerte contra las rocas antes que perder su tesoro.

—¡Callad, perros! ¡Obedeced!

Los bramidos de Conan y los exaltados y cautivadores tonos de la flauta de hueso desecharon cualquier necesidad de mantenerse en silencio.

—¡Recordad, este cascarón tiene un calado^[44] poco profundo!

En efecto, la pentera era un navío extraordinario, tan fino y resistente como la cuerda del laúd de cualquier trovador. Respondiendo prestamente al timón y ganando velocidad para virar, voló sobre el oleaje. Sería una pena perder una nave tan buena, pensó Conan al tiempo que ajustaba la derrota para alejar el castillo de popa de la pequeña nave del espolón y contemplaba cómo se aproximaba el colmillo de bronce del dromón.

—¡Arrecifes, capitán! —desde delante llegó el grito—. ¡Un banco de arena frente a la amura de proa!

Alejado de la estridente melodía de Yorkin y del ensordecedor ruido de los remos del dromón, el vigía probablemente escucharía el oleaje contra los bajíos con mayor claridad que la que podía hacerlo Conan. Aún así, alguien más debía haberlo oído, o visto. No se había apagado el eco del grito cuando el deseo del cimmerico se vio cumplido. La nave imperial desvió el rumbo y la línea de su quilla se alejó hacia estribor alejándose, por fin, de su presa.

—¡Abandonan la persecución!

—¡Claro! ¡Para ver cómo nos comemos esas rocas! ¡No son idiotas!

—¡Conan, espuma a estribor! ¡Los mortíferos arrecifes están ahí delante!

—¡Callad! ¡Volved a los remos! Bogaremos despacio, pero no nos dejaremos ir a la deriva. Continuaremos a la velocidad necesaria para mantener la dirección.

Ésta era la parte más delicada: en medio de aquel sudario gris que apenas permitía ver el palo mayor —envuelto por la niebla—, la nave maniobró con la delicadeza de

un delgado estilete. Conan colocó el timón en posición horizontal para calibrar la velocidad de la penca.

—¡Suficiente! ¡A los remos, y preparados para esquivar los obstáculos!

Gracias sean dadas a Crom porque el mar velado por la niebla permanecía suave y aletargado, como un pantano sobre el que chapotear. Por lo menos, no se golpearían con demasiada fuerza contra las rocas. Incluso así, la nave cabeceaba precariamente y el mar, suave y menos picado, se iba haciendo menos profundo.

—Bancos de arena a proa, capitán. Hay arrecifes a popa y también a estribor. Vamos a la deriva hacia babor.

—Dime, vigía, ¿hay algún paso?

Aguardando la respuesta, la tripulación se sumió en el silencio.

—No capitán. Ninguno que yo pueda ver. Estamos en una urna.

Sí, pensó Conan, *y el navío de guerra de imperial aguardándonos fuera por si logramos salir*. No necesitaba preguntarse si sus enemigos podían localizarlos en medio de la niebla. El dromón, o el nigromante que lo gobernaba, no parecía tener muchas dificultades en conseguirlo. En verdad, era algo difícil de refutar. Manióbró la caña del timón para mantener la velocidad.

—Vigía, ¿cómo es el fondo? ¿Es duro?

—Arena, señor... o hierbajos. No sabría decirlo. Aquí está nivelado pero parece menos profundo un poco más adelante. No más de un palmo.

—En ese caso, está bien. ¡Remeros, hacia delante... a un cuarto de boga! Permaneced alerta para levantaros y dar paladas o, si fuera necesario, salir fuera y caminar por el fango. Este barrizal no es espeso y podemos conducir una tina tan ligera como esta sobre el banco de arena sin destrozarla. Es nuestra mejor oportunidad de escapar de esta sucia celada.

Conan se tambaleó sobre sus piernas cuando la quilla contactó con los bancos de arena en una sucesión de estremecedoras sacudidas.

—¡Levantad esos remos! ¡Deprisa, perros! Antes de que los destrocemos contra las piedras.

Y, dicho esto, se lanzó hacia las frías aguas, que apenas le cubrían hasta la cintura.

Tras interminables minutos de trabajo húmedo y gélido, los piratas pusieron a flote la penca de nuevo y se auparon por las amuras. Sólo perdieron un hombre, que había pisado un agujero y se aplastó un pie bajo la quilla. Aunque levemente dañado, el ligero casco se estremeció. Los piratas se quejaban y gemían mientras escurrían los faldones de sus túnicas cuando Conan, chorreando, subió a popa.

—¡Perros de la Hermandad, tomad los remos y bogad! Yorkin, marca un ritmo a doble velocidad. ¿Listos? ¡Remad!

—¿Qué? ¿A doble velocidad entre estos arrecifes? Debe estar loco.

—Bogad os digo. Nuestra mejor oportunidad para escapar de los turamos reside en la velocidad.

—Putita —contemplando su trabajo, Olivia señaló con impaciencia a un equipo

de utensilios marítimos que colgaba de un gancho en la mampara delantera—, sácame las leznas^[45]... de ahí, del cesto.

—No quiero que me llames así.

Al no recibir réplica alguna, Philiope se levantó finalmente de su silla y hurgó en el cesto. Se volvió y maniobró insegura en medio de la cabina que se mecía bajo la cubierta llevó el instrumento hasta la mesa central donde Olivia trabajaba para reparar un amplio cinturón de cuero. La sirvienta le ofreció las leznas por el mango de madera. La mujer sentada no lo tomó así que Philiope las depositó sobre la mesa, espaciosa y desordenada.

—Podrías trabajar con mayor facilidad si no mantuvieses la ballesta en tu regazo en todo momento.

—No, putita —la pirata no se dignó a mirarla. Ayudándose con las rodillas ajustó la ballesta de tres arcos—. De ahora en adelante, pienso conservarla aún más cerca de mí. Por eso estoy haciendo este cinturón, para que cuelgue segura a mi lado.

—¿Pero estás segura? Parece que puede dispararse en cualquier momento, sin previo aviso. Esas afiladas saetas de metal podrían matar a alguien fácilmente.

Olivia rio con aspereza.

—Es lo que me hace sentirme segura. En un barco tripulado por idiotas, libertinos y degolladores es la única seguridad que puede tener una mujer.

Alzó el arma, desafilada y ricamente ornada, y la movió en el aire, sin que pareciese apenarla apuntar con ella a Philiope.

—Es una buena arma, os lo agradezco. Si su anterior ocupante hubiese tenido el coraje para utilizarla cuando esa puerta saltó en mil pedazos no estarías aquí ahora.

—Lo más probable es que estuviese muerta, lo que no te importaría.

Fue el turno para que Philiope lanzase una carcajada. Y lo hizo con amargura.

—Era un regalo para mi señora de su primo Khalid Abdal. Se lo dio para que defendiese su virginidad. Es un combatiente duro e implacable. Ella no. En cambio, me usó para protegerse.

—Parece una pésima elección. Ahora, vuestra señora duerme con los tiburones —Olivia efectuó la observación fríamente, sin dirigirle la mirada.

—Hice lo que pude —replicó la sirvienta—, por ella y por mí. Una mujer pisa senderos ásperos en los dominios del todopoderoso Tarim... Sobre todo si recorre desiertos pedregosos o da vueltas en el oleaje —mientras iba hablando, se aferró al borde de la mesa—. Ay, mi pobre señora era delicada y asustadiza, inadecuada para las tensiones de la casa de un señor del Oriente y mucho menos para los golpes más fuertes que trae el destino.

—Una fortuna no es más amable con las mujeres en los reinos de Occidente —observó Olivia, amargamente—. Yo, una princesa de Ophir, lo sé demasiado bien.

—Pese a todo —repuso Philiope—, aquí entre estos hombres y con un hombre como Amra, un líder... al menos hay una esperanza, una promesa de mejora.

—¿Te refieres a los sueños vanos y ebrios de Conan, mi marido, sobre relucientes

riquezas? ¿A tesoros que nunca se podrán conseguir de las sucias sentinas de navíos mercantes infestados de ratas? —Olivia mantuvo su mirada atenta a su trabajo mientras sacudía la cabeza con determinación—. Si te crees eso eres mucho más tonta de lo que yo fui.

—¿Por qué? No, no sólo meras riquezas —Philiope apoyó sus manos sobre el inseguro tablero en la bamboleante cabina y habló con resolución—. Amra sueña también con hacer grandes cosas en la política, unir a los piratas y las tribus ribereñas y forjar un imperio sobre las islas y alzar un palacio en Djafur.

—¿Un palacio? ¡Ja! —Olivia arremetió contra ella, con voz forzada y llena de resentimiento—. Una espléndida ilusión para un salvaje filibustero que apenas puede liberarse de mujeres y díscolos asustadizos como tú, gente que no tiene donde caerse muerta. También he escuchado esas divagaciones. ¡Basta! No deseo oír ninguna más.

Enfadada, echó hacia atrás su melena de color azabache buscando con la mirada su compañera de cabina. Sus ojos ardían como carbones al rojo.

—Si piensas que Conan te construirá un castillo sobre las arenas que baña el Vilayet, mereces vivir entre piratas.

—Pero yo... nosotras... podríamos ayudarle a alcanzar esos sueños. Necesita nuestra ayuda —Philiope rodeó la mesa para implorar a Olivia—. ¿Qué pasaría si está en peligro, a la deriva o herido, navegando a lo largo de las costas del norte mientras aguarda nuestra ayuda? Deberíamos estar a su lado en vez de navegar de regreso a Djafur sin él.

La ophirea rio con crudeza.

—Si conoces a Conan, sabes que nadie cuida menos su propia seguridad que él. Permanece ciego a los peligros. Probablemente, no le sucederá nada. Sabe cuidar de sí mismo mejor que de sus infortunadas mujeres. Tiene más vidas que una tortuga de mar.

—Olivia, estás equivocada al pensar que él no cuida de ti, de nosotras —Habiendo circunvalado la mesa, Philiope se puso frente a la ophirea, sentada, mirándola intensamente—. Puedo verlo, lo ha hecho en el pasado y lo hará mientras viva. Es veleidoso y salvaje, pero también hay mucho amor y ternura en él. Suficiente para las dos, estoy convencida.

—Si lo compartiera contigo, quieres decir.

Firme, la mirada de Olivia se clavó en ella al amparo de la vacilante luz de la lámpara de aceite que colgaba del techo.

—Sí. ¿Por qué no? Varias esposas, incluso harenes, son habituales en los reinos de Oriente. Acaso no sea costumbre donde te criaste, en Ophir, pero esta clase de hogares pueden estar llenos de amor. En realidad, no es tan malo.

—Permitirle satisfacer sus ansias con una doncella más joven y hermosa, ¿no es eso? —Soltando en parte la ballesta, Olivia palmeó la mano de Philiope, que descansaba sobre su hombro—. ¿Qué lo acepte gentilmente? ¿Compartir a Conan contigo? No. ¡Jamás!

Con puño de hierro, asió la muñeca de Philiope y la retorció con ferocidad mientras la zancadilleaba. Con un alarido de dolor, la criada trastabilló y se estrelló contra la mampara. Más ligera que su asaltante y menos acostumbrada al continuo vaivén de la nave, Philiope fue dominada con facilidad. Entretanto, Olivia, manejando con soltura y celeridad una correa de cuero de la mesa, unió sus muñecas y las ató con fuerza.

Después, sin prestar atención a los sollozos y chillidos, arrastró a la desvalida joven a lo largo de la cabina por el extremo de la correa y fijó el mismo a un poste alto, junto a la esquina de popa, y le levantó las muñecas sobre la cabeza con mayor rapidez aún.

Sonó una voz ronca.

—¡Ah de la cabina! Señora Olivia, ¿va todo bien?

El golpeteo y los ruidos procedían de la puerta de cubierta principal.

—Me ha parecido escuchar gritos ahí dentro —dijo Ivanos—. ¿Algo marcha mal?

Retrocediendo hasta la mesa, Olivia tomó la ballesta y se aproximó a la puerta.

—No, capitán. Todo está en orden.

Con fuertes tirones descorrió los tres cerrojos y entreabrió la puerta lo justo para que su superficie disimulara el espacio de la cabina donde colgaba Philiope, sollozando. Manteniendo su mortífera arma bien visible junto a ella, Olivia se encaró con Ivanos y un segundo pirata a través del escotillón.

—Tengo todo bajo control. Esta descarada jovencita se vuelve rebelde en ocasiones e intenta escapar. Está en mi poder enseñarle disciplina.

—¡Ivanos, por favor, ayúdame! —El grito de Philiope se quebró por atiplados sollozos—. ¡Libérame! ¡Amra te recompensará!

—¡Ja! La habéis escuchado, ¿verdad? —Olivia sonrió con desprecio—. ¡Qué artimañas pueden urdir estas nobles damas! Pronto, ella cantará otra melodía.

—Así están las cosas... —Encendido e intranquilo, Ivanos giró el cuello para intentar asomarse por la puerta pero, al mismo tiempo, tenía que vigilar la ballesta que Olivia mantenía con determinación junto a su cadera—. Conan no quiere a la muchacha herida... o muerta.

Nuevamente, Olivia se carcajeó.

—No, no la mataría innecesariamente por una poderosa razón: deseo librarme pronto de ella a cambio de un buen rescate. Capitán Ivanos, ¿dónde nos hallamos en este momento?

—En los estrechos orientales, Olivia —el pirata parecía haberse tranquilizado un poco—. Nos acercamos a Djafur.

—¡Perfecto! Durante un tiempo —lanzó una mirada significativa—, podéis ignorar cualquier ruido procedente de este lugar. No les prestéis atención. ¡Intentad escuchar a través de la puerta y os encontraréis con un cuchillo en la oreja! Cuando hayamos rebasado los estrechos, navegaremos hacia el puerto y echaremos anclas. Pero venid a mí antes de enviar a nadie a tierra. ¿Comprendido?

—Sí.

El pirata todavía estaba asintiendo con la cabeza cuando Olivia cerró la puerta ante sus narices.

—Bien, pequeña picara, ¿qué te estaba diciendo? ¡Ah, sí!

Se dirigió la mesa de trabajo y depositó la ballesta. Olivia rebuscó entre las herramientas y piezas hasta encontrar dos utensilios. Uno era un cuchillo: una brillante daga alargada, del grosor de un puño. La señaló perversamente con ella. El otro, un tosco mango con correas que finalizaban en un grueso nudo. Un látigo raído y gastado por el uso, pero todavía aprovechable. Asiendo un arma en cada mano, dio la espalda a la mesa y se acercó lentamente hacia su cautiva.

—Así pues, una desvergonzada mujerzuela como tú desea compartir los favores de mi esposo...

Sostuvo la daga junto a la nuca de Philiope y efectuó un corte en el cuello de su vestido; después, con un ruido estridente, arrastró la punta del acero hacia abajo haciéndolo trizas hasta desnudar la espalda de su prisionera. Ignoró los jadeos y chillidos de la sirvienta; sus esfuerzos por desasirse fueron vanos, estando como estaba atada en una esquina baja, en la que apenas se podía permanecer de pie. Nuevamente, el acero rasgó su ropa y, nuevamente, la brillante ropa de la cautiva iba cayendo en jirones sobre sus desnudos tobillos y con las tiras restantes la flexible joven apenas podía cubrir su inmaculada desnudez.

—Ahora, putita... Encontrarías una manera de ganarte los afectos de mi esposo.

Alzando el brazo, Olivia abatió el látigo lacerando la carne, pálida y cremosa.

—Colgándote de él, con tus suspiros y murmullos... Jugando con su cerebro de hombre gracias a tus miradas melosas.

Una y otra vez, el látigo subía y bajaba trazando brillantes surcos sobre su espalda, muslos y nalgas.

—Anhelas su favor. *Este* te mostrará la felicidad que te proporcionará Conan. Y *esto* cuán bien protege sus juguetes favoritos. Desearía que él estuviese aquí, bajo mi látigo, en tu lugar... ¡ramera ignorante! Si valiera la pena, yo lucharía por su amor. Tal vez llegue el día en que te lo entregue libremente. Por ahora, te doy *esto*. Y *esto*. Shah Amurah^[46] me enseñó *esto*. Y peor, mucho peor. Pero *esto* bastará para alguien tan torpe y vulgar como tú.

Con voz ronca y jadeante tras los gritos, Philiope combó sus rodillas permaneciendo semiinconsciente contra la pared. Su cuerpo níveo, sacudido por los sollozos y el bamboleo de la nave, era un mar surcado por las rosadas marcas de los azotes. También Olivia jadeaba. Cuando se produjo una serie de movimientos en cubierta, se sostuvo en la mampara con la mano que empuñaba la daga. Se apartó de Philiope y se movió hacia la derecha justo a tiempo de ver una bota sobre la bisagra de la ventana de popa. Muy pronto pudo contemplar al hombre: un guerrero alto y enjuto, vestido con una túnica oscura y tocado por un turbante de seda, también de color negro, que empuñaba un sable curvo en la mano.

—¿Quién eres? ¡Lárgate o mi tripulación te arrancará el corazón en un suspiro!

Asiento el látigo y la daga, Olivia estaba midiendo la distancia hasta la mesa, donde descansaba la ballesta.

—¿Tu tripulación? ¿De verdad?

Alzando la cabeza hacia la cubierta donde proseguían los gritos y el tumulto, el turanio de tez morena se rio con acritud.

—Pronto les cortaremos la cabeza y, en breve, las clavaremos en picas a las puertas del palacio del emperador Yildiz.

—¡Mientes! No eres un oficial turanio. —Nerviosa, Olivia intentaba ganar tiempo y, poco a poco, iba aproximándose a la mesa—. Tus ademanes son demasiado suaves y refinados. ¿No te he visto antes?

—Sí. En la cubierta de este mismo barco, del mercante llamado *El Jacinto*.

Súbitamente, el intruso se lanzó hacia delante, ejecutando una veloz estocada, y dejó caer su acero sobre la mesa, cercenando los cables de la ballesta. Con un ruido sordo, tres dardos se clavaron en la madera del casco.

—Soy Khalid Abdal —se presentó, volviéndose hacia Olivia—, el noble jerife al que asaltasteis y humillasteis. Vengo a matar a ese bergante de Amra y recuperar lo que me pertenece. Estoy vivamente interesado —añadió, en tanto dirigía una mirada hacia la desnuda cautiva—, en verificar cómo han tratado a los rehenes por los que pedían un rescate.

—¡Khalid, la joven señora Philiope ha muerto! —dijo la exhausta y maltratada muchacha, con torpeza. Y las palabras fueron seguidas un nuevo torrente de lágrimas y ahogados sollozos.

—Eso he oído. ¡Ay! Para mí, no es una gran sorpresa... si tenemos en cuenta su frágil constitución y la notable brutalidad de sus captores... y de los tuyos. En cambio, tú, Sulula, una humilde y pobre sirvienta, acertadamente o no, ocupaste su lugar para proteger a mi prima de la lujuria de su captor, atrayendo la atención del pirata de forma enérgica y verosímil, como te dije.

—Amra no está aquí —interrumpió Olivia, permaneciendo en una posición desafiante con sus inútiles armas—. No es preciso que lo busques, así que también tu puedes largarte. Tiene otros navíos y otras tripulaciones. Sin duda, te atacará para tomarse cumplida venganza sobre ti. Así que te aviso: sería muy imprudente dañarme. Vete mientras puedas... y llévate a la criadita contigo.

—No, Olivia —sonrió al verla palidecer levemente cuando usó su nombre—. Ella no me interesa. Pero tú sí.

Volviendo su rostro hacia ella, Khalid Abdal bajó su acero hasta su cintura.

—He estado intrigado desde la primera vez que te vi pisar esta cubierta —con deliberada lentitud, envainó el acero en el talabarte que colgaba de su cinto—. Olivia, eres una mujer hermosa y fuerte de espíritu. No me creo que tu asociación con estos piratas haya sido algo deliberado ni fácil.

Acercándose, contempló los ojos empapados de la cautiva.

—Realmente, sabes cómo tratar a una sirvienta rebelde, y eso es una virtud propia de las mujeres de alto rango.

—Apártate de mí —lo amenazó Olivia, con determinación, manteniendo la distancia— o te agujerearé con esta daga.

—Ahora, querida —manteniendo las manos desarmadas junto a su cintura, el turanio prosiguió avanzando—, veamos. Tu capitán pirata me robó una mujer. ¿No encaja que yo le haga lo mismo? Creo que te gustaría más mi compañía. No tengo otras esposas, aún no. Y no antepondría a ninguna sobre ti.

Empujado por la suave inclinación de la nave, se pegó a ella. Olivia no lo golpeó. Instantes después, látigo y cuchillo cayeron despreocupadamente de sus manos y rodearon a Khalid Abdal, acariciándolo con apasionamiento.

—Entonces, ¿vendrás conmigo ahora mismo? ¡Excelente!

La ayudó a mantener el equilibrio en la insegura cabina.

—¿Qué hacemos con la falsa Philioppe?

—¿Ella? Es lo último que desearía ver.

Dirigiéndose hacia un armario que había entre las cuaderñas, Olivia lo abrió. Buscó afanosamente en su interior y fue introduciendo ropa y abalorios en un saco. Entonces, regresó junto al turanio y recogió su daga para aproximarse a la joven, que la contemplaba con los ojos desorbitados.

—Supongo que tienes razón —afirmó Khalid Abdal, observándola divertido—. Tras esas experiencias se ha malogrado como sirvienta para siempre. No importa. Si sobrevive, sé de alguien de por aquí que pueda quererla.

Olivia avanzó hacia su cautiva. Amedrentada, ésta contempló cómo el puñal se alzaba sobre su cabeza. Temblando, cerró los ojos. Cuando su torturadora utilizó su acero para cortar sus ataduras, se estremeció aliviada. En un instante, las cuerdas estuvieron cortadas y la muchacha se desplomó sobre el suelo.

—Puedes quedarte, putita —dijo Olivia—. Dado que lo pides con tanto anhelo, te deseo una feliz vida entre los piratas. Toma, cúbrete con esto —añadió, mientras le arrojaba un ligerísimo vestido que había tomado del armario. Agachándose, pasó una mano sobre el hombro de la muchacha, surcado por cardenales—. Sanará con facilidad; si no permites a los piratas lo curen con salmuera y aceite de alquitrán, no quedarán cicatrices.

Entretanto, un rápido golpeteo sonó sobre la puerta de la cabina.

—Khalid Abdal, ¿estáis bien, jerife? Hemos despejado el barco.

—Sí. Me encuentro perfectamente. Pero ¡maldita fortuna!, mi enemigo no está aquí.

Caminando hacia la puerta, descorrió los cerrojos y se presentó ante su secuaz. Olivia los siguió sin lanzar una mirada hacia atrás.

Entonces, se marcharon.

El traidor del puerto

—Eftaz zon laz extrañaz gemaz... Nunca en miz añoz de pirata hafía fífto algo parecido.

Aunque las encías sin dientes del viejo Yorkin podían ayudarle a tocar la flauta, al parecer de Conan, no mejoraban mucho su discurso. Intentado desentrañar el extraño efecto que palpitaba en sus entrañas traslúcidas, el sacerdote de los piratas sostuvo una de ellas en la palma de la mano y la alzó hasta sus ojos legañosos. Consciente de que la destreza con las manos del viejo pirata no había menguado con los años, lo contempló con detenimiento.

—Entonces, ¿cómo podemos saber qué valor tienen las Lágrimas de Thorus?

El comentario, predecible y crítico, procedía de Diccolo.

Desde que la pentera había llegado a una zona de fuertes brisas y la vela mayor de color púrpura se hinchaba bajo su efecto, la mayor parte de la tripulación había quedado liberada para permanecer desocupada a proa o popa, a discreción.

Antes de responder, Conan, con sumo cuidado, tomó la gema de manos del anciano. La devolvió a la entreabierta caja de madera donde su fulgor amarillento se agregó al del racimo de media docena de gemas angulosas.

—Si los turanios se han decidido a cruzar el Vilayet con un par de navíos de guerra, deben tener valor para alguien.

—Zí, baftante —dijo el viejo Yorkin—. Para encantadoref y hechicerof. Todavía puedo zentir el zortilegio aquí —se frotó el pulgar y los dedos—. Pero ¿venderíamoz algo azi al imperio, aumentando aún maz zu maligno poder?

—La piratería es un negocio —declaró Conan—, y el negocio es imparcial. En nada puede perjudicamos ofrecer las gemas al Imperio Turanio, incluso al terrible nigromante del que escapamos. Pero, probablemente, cuando la noticia surque todas las rutas marítimas, recibiremos mejores ofertas de otros que deseen mantenerlas lejos del Imperio, como sus anteriores poseedores: los hyrkanios.

Y dicho esto, cerró el barrilete, situado bajo su bota, que escondía el tesoro y se apoyó sobre la caña del timón.

—Vale, entonces —continuó quejándose Diccolo—, esto se va a convertir en otro juego de espera, como el rescate de la cautiva de nuestro capitán. Si alguna vez vemos un solo florín de todo esto, me gastaré mi parte invitándoos a beber en la Mano Roja.

Con la vela al tercio^[47], la pentera navegó velozmente a través de la parte Norte de

los estrechos, haciendo innecesarios los remos. A su debido tiempo, el centinela que montaba guardia en la cofa del mástil anunció que, tras el cabo, podía verse el puerto de Djafur. Conan oteó sobre la espuma del mar, alegrándose de que ninguna nave hostil merodeara cerca de la boca del puerto. Supersticioso, aún recelaba de la mortífera nave imperial a la que no habían vuelto a ver desde su apresurada fuga en la niebla. Desde entonces, habían navegado muy deprisa; probablemente, habrían dejado atrás al misterioso piloto o bien no había sido capaz de atravesar los Estrechos de Aetolia como cualquier otra nave. El grito de aviso llegó desde lo alto del mástil.

—Ahí delante ha echado anclas *El Jacinto*.

—Entonces, perfecto. Ivanos había tenido la sensatez de regresar a puerto en cuanto nos separamos.

Protegiéndolos ojos, Conan examinó con vivo interés cómo se mecían los desnudos mástiles de la carraca por su parte de popa. Anclada a cierta distancia, lo suficientemente alejada de la dársena de la Mano Roja. Indudablemente, Olivia, temerosa de permanecer demasiado cerca del cubil de los pendencieros piratas que podían asaltar o invadir la nave, había tenido algo que decir al respecto. O, tal vez, había sido Ivanos que mostraba una inesperada iniciativa y sentido común. Con una punzada de temor, esperaba saber cómo habían viajado su compañera y Philiope.

—¡Tripulación, a los remos! La costa bloqueará la brisa. En el puerto, debemos parecer diestros a bordo de nuestra nueva nave. ¡Yorkin, toca algo bien alto, que se pueda oír en el cabo!

Visibles conforme se iba acercando la pentera, a la que podían considerar como enemiga, Conan pudo ver cómo diminutas figuras corrían por la playa y se apiñaban en el muelle. Antes de dirigirse a tierra, manejó el timón para acercarse a *El Jacinto*, con el propósito de recoger a las mujeres y una bandera pirata, que izaría en lo alto el palo mayor. Pero la carraca, probablemente desprevenida, permaneció quieta, sin virar. Poco después, los remos rozaron el bamboleante casco de la nave y Conan saltó a bordo. Con el tesoro envuelto bajo el brazo, caminó desde el elevado castillo de popa hacia las barandillas del centro de la carraca. En cuanto se apoyó sobre las barandillas y se encaminó hacia la cabina, una puerta se abrió de golpe vomitando hombres.

De la compuerta de la sentina brotaron piratas vociferantes; otros se descolgaron por los aparejos desde escondrijos en la cabuyería del palo mayor. En un abrir y cerrar de ojos, rodearon a Conan. Desenvainando la cimitarra, se enfrentó a una delicada decisión: soltar el fardo con las gemas o combatir con una sola mano. Optó por esta última; pero antes de que hubiese podido propinar un mandoble, la carga se abalanzó sobre él. Debatándose y tambaleándose en medio de un feroz torbellino de aceros, garrotes cortos y pasadores^[48], cayó de rodillas.

Entretanto, sus remeros intentaron aproximarse a la carraca y abordarla. Pero las cuerdas de los garfios se trabaron en la pentera y, provistos de picas y ballestas, los piratas amenazaban a cualquiera que se moviera para desengancharlas. Después de

que, en la cubierta de la carraca, hubieran derribado y desarmado a Conan, los dos navíos repletos de degolladores llegaron a una precaria tregua, aguardando a un bote que, desde la dársena de la Mano Roja, navegaba hacia ellos.

Knulf el Desguazador, con ademán enérgico y orgulloso, subió a bordo de la carraca por el costado más alejado. Caminando con paso arrogante por el centro de la carraca, saludó a sus hombres y se irguió junto a Conan, envuelto en una red. El capitán derrotado permanecía alerta. Estaba levemente lisiado y ensangrentado: el grueso cordaje de la red lo había protegido de la peor parte de los golpes y cuchilladas. Vio cómo Knulf abría el fardo que contenía las joyas —que le habían entregado—, examinó su contenido y contó las gemas; entonces, cerró la bolsa y la sostuvo junto a él.

—Así que aquí se sienta el poderoso Amra, dueño de una flota y señor de una multitud, el más infame pirata de los dominios hyrkanios.

La elocuencia estridente del vanir no estaba destinada a Conan sino a la asamblea de piratas.

—Es triste decirlo, ¡Oh Grande!, la fama te ha rehuido y tu reciente reinado se termina. La historia ha pasado por delante de ti, ¡Oh, Almirante!, y ahora sólo serás recordado como el tema de una lección.

—¿Qué endemoniada traición es ésta?

Conan trató de incorporarse pero la bota de unos de los compinches del vanir lo aplastó contra la cubierta.

—¿No te advertí acerca de los peligros de la notoriedad y los riesgos de unos cuantos éxitos fáciles, cimmerico? —inquirió Knulf, en un tono más confidencial—. Y recuerda también que te insté a que me permitieses negociar la suerte de los rehenes turanios. E hice una oferta más que generosa, que ahora retiro —Knulf rio con ganas, coreado por algunos de los suyos que permanecían cerca—. Obstinadamente, la declinaste así que me vi obligado a cerrar un trato por mi cuenta que, a la vista de las magníficas oportunidades que ahora se han abierto, ha resultado más afortunado.

—¡Cerdo! ¿Qué has hecho con mis mujeres? —preguntó Conan, al tiempo que esquivaba un puntapié—. Quiero decir, Olivia y la rehén. Si les has causado algún daño...

—¿Te refieres a la noble Philiope? —replicó Knulf, en medio de un coro de carcajadas—. Como sabes de sobra, ella no era lo que decía ser. Por supuesto, soy demasiado honesto para enjaretar a alguien material falso así que la he invitado para que desempeñe su humilde condición para mí y atienda mis necesidades personales. Hoy se hallaba indispuesta, de modo que la he dejado en mis aposentos. Pero no te preocupes, está bien protegida.

—¡Perro, afilaré mi acero con tus mollejas! ¿Qué hay de Olivia?

—Perdóname si me río, ¡Oh Amra!, pero las cosas han marchado tan bien —dijo el vanir, con un inmenso regocijo— que soy muy optimista de cara al futuro. En particular, he disfrutado de mis relaciones con el emisario turanio, un tal Khalid Abd

al, a quien recordarás de tus expediciones piratas —guiñó un ojo al ceñudo cautivo—. Al parecer tu hermosa compañera Olivia encontró sus argumentos igualmente persuasivos. Tanto que se ha marchado con él a Aghrapur quedando liberada de cualquier lazo con su pirata y abandonándolo para que se enfrente a las culpas de su mala carrera.

—¡Maldito, mientes! —Conan se agitó, en vano, obligando al grupo de piratas a mantener firme la red que lo envolvía—. En cuanto me libere, te cortaré esa lengua viperina.

—Difícilmente puedo creer eso, serás obligado a responder por tus innumerables crímenes. Según he oído, la corte de Aghrapur está enardecida a causa de tus actos, sobradamente conocidos. Has de saberlo, con la captura de Amra, la piratería en el Vilayet Oriental ha sido virtualmente frenada. Por lo menos, así se le dirá al pueblo turanio. Ahora, harán balance en su libro de contabilidad por la destrucción del comercio, la captura de una hermosa nave como *El Jacinto*, el atrevido ataque a un escuadrón imperial —del cual ya he oído los detalles—, y una larga cuenta de hechos escandalosos acaecidos en los últimos doce años...

»Todos los cuales, incluyéndome a mí, pueden ser puestos a su disposición. Perfecto, ahora, mi principal artículo de una ganancia potencial, además de negociar con estas hermosas gemas, lo cual te agradezco —palmoteó la bolsa que estaba bajo su brazo— es vender tu cabeza al Imperio de Turán para tu castigo. O, mejor dicho, todo tu notorio cuerpo.

»A propósito, ¿sabes cómo tratan a los piratas en Aghrapur? —intercambió miradas de satisfacción con los suyos—. Como puedes imaginar, en una ciudad portuaria que saborea las truculentas historias de nuestras hazañas, la gente de nuestra condición goza de gran popularidad —sonrió, con nostalgia—. El castigo habitual del Almirantazgo es un juego de tira y afloja, un evento festivo para la chusma callejera que se completa con comida, bebida y carnavales. Se disponen cuatro cuerdas fuertes, cada una atada a un miembro del ofensor. Se reclutan cuatro equipos de forzudos tiradores, suena el silbato y comienza el juego. Conforme crece el frenesí, los transeúntes pueden unirse, ajustando tantas nuevas cuerdas como resulte necesario —agitó la cabeza, indirectamente complacido ante la perspectiva—. Este concurso puede ser una gran festividad, una alegre procesión que cruza todas las calles importantes de la ciudad aunque, claro está, las que unen el recuadro de juego son las más favorecidas —sonrió beatíficamente—. Urloff “Dientes Negros” duró una tarde entera. Según dicen estuvo bramando todo el tiempo, incluso cuando sólo tiraban de un brazo y una pierna. Por supuesto, el equipo ganador es aquel que finaliza con la cabeza adherida a su parte.

—¡Perro! ¡Sinvergüenza! —gruñó Conan, inútilmente—. Eso va a ser suave en comparación con lo que te haré.

—¡Ya basta, muchachos! —dijo Knulf, sacudiendo su cabeza con pesar—. Temo que a mi camarada capitán le falta imaginación. Conducidlo hasta la barandilla, así

podremos mostrar a su tripulación su angustiosa condición.

—¿Cómo puede ser que un capitán de la Hermandad Roja entregue a otro, traicionándolo, robándole y arrastrándolo para un escarnio público? —preguntó Conan, mientras daba puntapiés y era empujada por la cubierta, todavía apresado por la red—. ¿Forma parte de nuestra tradición?

Conan intuía perfectamente que así era pero deseaba mantener un pulso con Knulf, al menos en oratoria.

—¿La Hermandad? —apoyado sobre la barandilla, Knulf rio; bravuconeando para sacar ventaja en ambas naves—. La Hermandad desaparece contigo. No, más bien queda atrás —se corrigió—. Los miembros de la Hermandad Roja tenemos un poder por derecho propio, como gobernadores de la isla de Djafur, como corsarios y socios del poderoso Imperio de Turán. ¡Mira aquí!

Extrajo un pergamino enrollado, adornado con un lazo púrpura y ladrado de su grasiento chaleco y lo alzó para exhibirlo.

—Este decreto, firmado por un agente del propio emperador, nombra a Djafur como puerto libre, autónomo y aliado y a mí, Knulf de Vanaheim, Alto Comisionado.

Ante esto, se desató una salva de aplausos, todos procedentes de la cubierta de *El Jacinto* y bien orquestados, según podía verse. Conan intentó hablar pero el talón de una bota sobre su garganta le cortaba el resuello.

—Como recompensa por nuestra alianza en estas aguas hostiles, el emperador de Turán nos ha prometido grandes subsidios, mercantes cargados de alimentos y mercancías que no tendremos que buscar porque nos los entregarán.

De nuevo, fuertes aplausos.

—Y también armas, barcos y provisiones si nos enrolamos en la Armada Imperial, pero sin vestir su uniforme ni someternos a la tiranía de oficiales turanios.

Este anuncio despertó fuertes gritos y congratulaciones, incluso en la cubierta de la peneta.

—Os pregunto, ¿y qué debemos hacer a cambio de tal generosidad? Pues lo que más nos gusta: correrías, pillajes y acoso al comercio; pero sólo a los navíos y ciudades de Hyrkania, actuando bajo patente del todo poderoso reino de Turán.

En este momento, la ovación fue casi generalizada.

—De forma adicional, se nos confiarán otras tareas... como la recaudación de cuotas y aranceles a los comerciantes independientes, según la normativa imperial turania, más un recargo razonable —este anuncio fue recibido con un intercambio de sonrisas cómplices y codazos—, así como la eliminación de piratas sin licencia, como el que acabamos de capturar.

En cuanto señaló a Conan, se levantó un furioso murmullo de denuncia y desaprobación.

—Quizá, lo mejor de todo —prosiguió— es que este documento garantiza una total amnistía por posibles crímenes navales cometidos en el pasado y una exención del castigo imperial para todos aquellos ofensores que se unan a mí de buena fe.

Ante eso, se levantó una auténtica tormenta de celebraciones y controversias ante la cual Knulf tuvo que gritar para poderse hacer escuchar.

—Por consiguiente, yo os llamo a las armas —proclamó—. Juntos, podemos dominar a las tribus isleñas rebeldes que no se unan a nuestra alianza. Podemos gobernar estas islas eliminando a cualquier jefe o atraerlo a nuestra causa gracias a nuestros éxitos. ¡Adelante muchachos, por la Hermandad Roja y por el Imperio!

Por encima del frenesí de los aplausos que siguieron a la exhortación del vanir se alzó una voz obstinada —la bendita voz de Diccolo, el sempiterno crítico—:

—¿Desde cuándo la Hermandad estrecha las manos del gordo emperador Yildiz? —inquirió—. ¿Cuándo llegarán hasta nosotros los tesoros imperiales? ¿Dónde nos los entregarán? ¿Y qué será de nosotros, los proscritos, los pisoteados de la Tierra, cuando los buques turamos crucen esos estrechos? ¿Dónde estaremos, sino encadenados a los remos, junto a los imbornales del fondo?

—Sí, eso es cierto —corearon algunos hombres de la tripulación de Conan, con el acento distorsionado el viejo Yorkin alzándose entre ellos—. ¿Cómo sabemos que el Emperador cumplirá? ¿O que lo hará Knulf? ¿Cuál es nuestra garantía?

—Yo garantizo esto —declaró Knulf, con ferocidad—: cualquier hombre que no me jure fidelidad ahora mismo acabará cargado de cadenas y será enviado a Turán con vuestro obstinado capitán.

Sus palabras desataron una reyerta que se había ido cociendo a fuego lento tras tantos discursos. Los remos giraron y golpearon el costado de la carraca, los aceros sisearon al salir de sus vainas y las flechas disparadas hallaron carne y madera. Parte de la tripulación de Conan se unió a la revuelta lanzando tajos contra las cuerdas de los garfios y los hombres de Knulf que, más abajo, se esforzaban por mantenerlas, buena parte, se acurrucaron junto a los bancos de los remeros, otros atacaban a sus compañeros, cubriéndolos de golpes y maldiciones. Inclinado sobre la barandilla y con varias picas clavadas en su espalda, Conan se veía imposibilitado para unírseles.

Empujados contra la amurada de la penetera, a su debido tiempo, los rebeldes dejaron de pelear. Desarmados, acorralados y asustados ante la posibilidad caer por encima de la barandilla y enfrentarse a los tiburones del puerto, fueron pasando, uno por uno, hacia la carraca para ser encerrados en su bodega.

—Esto acabo bien —declaró Knulf, desde su posición en el centro de la nave—. Necesitamos un buen número de prisioneros para hacer un regalo a nuestros aliados y que las chusma de Aghrapur haga un poco de ejercicio. Y ahora, el resto de vosotros, juradme obediencia.

Situándose en el centro, desenvainó su alfanje y lo alzó.

—¡Jurad por la empuñadura de vuestros aceros! ¡A Knulf, Alto Comisionado Imperial, y a Djafur!

El juramento tuvo un regusto agrio, atizado por ánimos encontrados. De hecho, las ovaciones posteriores casi quedaron ahogadas por el ruido de una nave que se acercaba a puerto. Al poco, la atención de todos se centró en ella.

—Es *La Tormentosa* —informó uno de los lugartenientes de Knulf—. Santhindrissa regresa de su expedición.

—Sí, ¡maldita suerte la nuestra! —dijo Knulf—. Afortunadamente, ella no ha escuchado nada de los cambios que se han producido aquí. Debemos atraerla hasta aquí, o a la posada, sujetar esa nave y colocar en ella algunos hombres, pero con sigilo. Podemos tener entre las manos una batalla o una persecución.

—¡Ayuda! ¡El prisionero se está soltando!

Con la atención de la tripulación momentáneamente distraída ante la aproximación de la pirata, Conan se había liberado de sus captores. De los que mantenían la tensa red, había tumbado a un par a base de contundentes patadas y codazos. Otros, demasiado tenaces o demasiado lentos para desembarazarse de la red, se vieron arrastrados junto a él. Debatándose en medio de un puñado de piratas, arremetió en dirección a la amurada y se arrojó por encima.

Enganchados entre las redes de la malla, cuatro hombres cayeron al agua, en el estrecho espacio que separaba a ambas naves. Uno de ellos se debatió enérgicamente en la superficie, echando saliva al gritar y chapoteando. Mas el oleaje de la boca del puerto empujó las cascos de madera uno contra el otro, atrapándolo en medio. Sorprendido por la muerte, con la cabeza deformada en un extraño oblongo e inmóvil, fue deslizándose hacia el fondo de las aguas azules.

Los otros tres se habían sumergido a causa de la zambullida. Uno de ellos, un khauranio de las colinas occidentales, no sabía nadar. No tuvo éxito en desenredarse de la pesada red. Se hundió mientras se retorció y revolvía soltando fugaces burbujas de aire en las profundidades de color azur.

Los dos restantes piratas, ambos excelentes nadadores, anduvieron listos y llenaron sus pulmones de oxígeno. A base de puntapiés, se liberaron de la red y siguieron su camino a través del licor azul gaseoso. Un ilbarsi de cabeza afeitada y cicatriz en la frente extrajo una daga del cinto y reanudó la persecución. El último dio fuertes brazadas a la sombra de las naves bamboleantes con la negra melena despeinada y avanzó raudo gracias al impulso de sus brazos nervudos y poderosas piernas. Entonces, se revolió para enfrentarse a su enemigo.

Ambos contactaron en un aterradora presa, moviéndose despacio, retorciéndose y dando volteretas en las ingravidas profundidades. Las manos asieron sus respectivas muñecas mientras se golpeaban las espinillas. Una rodilla hizo blanco, enviando una nube de burbujas iridiscentes que subieron velozmente a la vítrea superficie del mar.

Cuando su adversario se liberó de un puntapié, sorprendido, el pirata de cabeza rapada lo buscó. La herida era superficial y aunque había perdido el cuchillo en manos de su enemigo pero todavía tenía una reserva de aire en los pulmones. Nada estaba resuelto. Después de todo, ¿qué importaba otra cicatriz? ¿Qué le había faltado a su antagonista: aire o valor?

Entonces, sus ojos recorrieron las sombras que deslizaban velozmente. Una silueta atigrada cruzó como un fantasma mientras se revolvía violenta y agónicamente en

torno al costado por el que sangraba. Describiendo círculos, nuevas sombras convergieron en su derredor. Entonces, raudos, acometieron con sus afiladas y puntiagudas mandíbulas. Golpeado por las siluetas, el pirata se convulsionó y retorció expulsando a borbotones perlas de color carmesí con un último grito ahogado. Como era habitual, los tiburones que acechaban cerca de las naves piratas ancladas acudieron al olor de la sangre.

A poca distancia, Conan asomó la cabeza. Con una profunda inspiración, llenó de aire sus pulmones y buceó de nuevo, esquivando los proyectiles que golpeaban el agua a su lado. El bote que había llevado a Knulf desde la costa permanecía pegado junto a la carraca, sin duda para recogerlo. Buceó hacia la boca del puerto, donde ya se divisaba a *La Tormentosa*.

Esta inspiración había durado menos tiempo pero Conan juzgó que se hallaba fuera del alcance de la balista de la carraca. Apareció y se tomó más tiempo para llenar de aire sus pulmones. A sus espaldas, pudo escuchar gritos triunfales. Se trataba del bote que iba en pos suyo que, con la vela hinchada por un viento de costado, lo estaba alcanzado. La nave de Santhindrissa estaba dentro del rompeolas pero desviándose de su rumbo cautamente. Conan buceó hacia el fondo, buscando el amparo de la espesa maleza del fondo del puerto.

La tripulación del bote consistía en tres pendencieros de tez bronceada por el sol armados respectivamente con una ballesta, un arpón y un hacha de abordaje. Sin pretensión alguna de apresarlos con vida, examinaba atentamente las aguas, protegiendo los ojos del sol y asomándose a las profundidades azul turquesa buscando un rastro del fugitivo. Su capitán, uno de los lugartenientes de Knulf, también participaba en la persecución desde su puesto, junto a la caña del timón. Abstraído como estaba, al principio no pudo sentir qué le dificultaba dirigir la lancha a sotavento. Lo notó con certeza cuando unos poderosos brazos agarraron el timón bajo el agua y lo pusieron fuera de su alcance, obligando al bote a describir un considerable viraje en la dirección del viento. Como resultado, el foque y la botavara de la vela giraron bruscamente de un costado al otro barriendo con toda pulcritud a los cuatro ocupantes del bote.

Los nadadores no podían esperar capturarlo. La penitencia, con una tripulación bisoña, era lenta para seguirlo. *La Tormentosa*, permaneciendo atenta al evidente tumulto, detuvo los remos con paciente curiosidad ante la aproximación del pequeño e inofensivo bote. En un periquete, Conan se hallaba bajo la hilera de remos de popa haciendo señas a la capitana, vestida de cuero, y negociando para subir a bordo.

Intrigas

En los días que siguieron al desastre de los astilleros imperiales, se reanudaron los trabajos más febrilmente que antes. Los competidores en el Trofeo Naval recogieron los restos, desgastados y esparcidos, y los oficiales emprendieron las reparaciones y reconstrucciones.

Poco después de la tragedia, el vidente negro, Crotalus, regresó de su expedición al Vilayet Oriental; con las manos vacías, se rumoreaba, y con sólo uno de los navíos de guerra imperiales que se había llevado. La nave superviviente y su tripulación fueron enviados inmediatamente a una misión en el sur, en Khawarizm. Presumiblemente, para impedir que alguno de los marineros revelase algo acerca de su reciente travesía. Mas, pese a su brevedad, cuando hay una nave en puerto, los rumores son más difíciles de poner en cuarentena que una plaga de ratas correosas. Al poco tiempo, se rumoreaba que el hombre de Zembabwan, por perverso capricho de los dioses, había padecido el peor de los encuentros con Amra, el infame pirata.

El propio Crotalus obtuvo una audiencia inmediata con Yezdigerd. El príncipe, impaciente y pesimista por naturaleza, se había sentido así desde la desafortunada exhibición naval. En algunos círculos, el evento se había interpretado como una humillación personal, especialmente en referencia a su imperial progenitor. Yildiz no había mantenido en secreto que el reclutamiento y el concurso habían sido una idea de Yezdigerd, permitida por él como el proyecto mimado de un padre indulgente. Y lo más irritante de todo, los rumores apuntaban que el emperador Yildiz, trabajando a través del Almirantazgo, había puesto en marcha un proyecto que terminaría de una vez por todas con el problema de la piratería en el Vilayet. Algo más tradicional, por cauces diplomáticos en lugar de la astrología y la hechicería de un príncipe joven e incauto.

Alaph el Alquimista no podía ayudar pero era consciente de todas estas insidias e intrigas. A pesar de su juventud y humilde condición, incluso pese a su aislamiento de la vida de la corte y el pensamiento puesto sólo en su trabajo y las injurias sufridas durante la calamitosa exhibición naval, escuchaba cosas. Como pasaba muchos días en los galpones de las trirremes, que eran su taller, Alaph, el joven panadero, una figura protegida por un fez, siempre atareado, y ahora cojeando ligeramente, terna sobrada oportunidad de reflexionar sobre éstos y otros temas.

De hecho, la venganza de sus desobedientes “espíritus del agua” había sido feroz.

A Alaph todavía le escocía su fuga. Habían hecho trizas sus ropas y llenado de ampollas sus pantorrillas. Las quemaduras y laceraciones en otras partes más privadas de su anatomía le dificultaban sentarse, o incluso agacharse. Pero aún así tenía que admitir que había sido más afortunados que aquellos espectadores de la orilla a los que las dos partes de su sarcófago de vapor había rebanado, o los que se habían quemado o quedado ciegos a causa de la intensidad de la explosión. En justicia, si alguien debería haber muerto, ése era él.

Cuando lo rescataron entre los restos del destrozado malecón, al ver tanta devastación a su alrededor, Alaph creyó que estaba delirando. Durante mucho tiempo, su alma había padecido los remordimientos a causa de la magnitud del estrago que había ocasionado involuntariamente. Evidentemente, los “espíritus del agua”, demonios o fuerzas de la naturaleza, tenían muchas reglas y flaquezas. También era evidente que no todos se sometían con docilidad a la lógica de los mortales ni su justicia. Tendría que estudiarlos cuidadosamente para protegerse. Por ejemplo, nunca debió haber utilizado los demonios del agua del mar. Los residuos de sal que habían dejado habían obstruido las válvulas ocasionado tanta catástrofe y muerte.

Aun con todo, en lo más profundo de su alma, Alaph presentía que si el gran Tarim lo había conservado con vida mientras otros habían perecido era por alguna razón. Concretamente, lo había mantenido vivo para que obtuviese esos nuevos conocimientos. Las muertes de aquellos inocentes habían ocurrido simplemente para mostrarle su poder. En consonancia con todo esto, aunque sin desdeñar el premio Imperial, reduplicó sus cavilaciones y esfuerzos hacia su principal objetivo.

Fascinado y perturbado, al alquimista se le ocurrieron nuevas posibilidades. La explosión del sarcófago que servía de caldera había sido de una potencia feroz y terrible. Un poder que, si pudiera encauzarse de forma adecuada, podría mostrarse muy eficaz en la guerra. ¿Cómo podría conducir todo ese poder destructivo hasta el enemigo? Tal vez, se decía, en una nave ardiendo que contuviese un ataúd a punto de estallar; o quizá mediante una candente botella de vapor, forjada con un metal resistente, encajada con un tapón, afilado o macizo, que se dispararía cerca del enemigo dando rienda suelta a los espíritus del agua. Estas especulaciones eran el tema de estudio de Alaph en este momento. Aún así también ponderaba otros aspectos.

Sin saber exactamente el motivo, el pequeño alquimista se percató de que la furia desatada por los demonios estaba relacionada con la intensidad del calor que habían aplicado, así como con lo angosto de su confinamiento. Siguiendo estas directrices, además de mejorar la metalurgia, centró su atención en los combustibles. Muy impresionado por los líquidos inflamables de Mustafar, efectuó una visita a los barracones de los fabricantes del armamento y se adentró más allá del golpeteo y el escofinar^[49] de la herrería hasta donde se almacenaban los vertidos para el material inflamable.

Aprendió que el alquitrán refinado, la brea y otros ingredientes secretos se mezclaban juntos para fabricar proyectiles inflamables. Algunos de los ingredientes que Mustafar tenía a su disposición parecían capaces de calentar más y ser un combustible más compacto que la madera o el carbón. Aunque su uso a bordo implicaba riesgos evidentes y en cualquier caso las precauciones fueran necesarias, el fuego era una de las armas que la Armada Imperial usaba con más frecuencia en las batallas marítimas.

Ileso y animado pese a su infortunio en los ensayos navales, Mustafar continuaba supervisando un gran número de proyectos. Éstos incluían la ampliación de las catapultas navales y desmontar los remos para utilizarlos como armas en la batalla; también rondaba por su cabeza la posibilidad de utilizar proyectiles que volasen arrastrando sogas en llamas o regueros de líquido inflamable, capaces de prender fuego a las naves que sobrevolasen. Por su parte, el inventor de armas expresó su interés en el trabajo de Alaph. Lo cuestionó, especialmente la posibilidad de hallar un diseño para una bomba de vapor o un proyectil hirviente y pulverizador.

—Después de todo —le dijo a Alaph el sonriente inventor de tez morena—, nuestra empresa es la misma: servir a nuestro emperador y sembrar la muerte y el caos entre sus enemigos.

Mientras hablaba, iba limando con estrépito la lengüeta de un dardo de bronce que, se suponía, si se ensartaba profundamente, agujereaba los cascos de las embarcaciones.

—Tú y yo somos honestos trabajadores, sin gran amor o necesidad de oro. Te respeto —prosiguió, dejando la escofina para palmear el hombro del panadero—, porque eres un pensador, como yo; no uno de esos cortesanos que se pavonean y adoptan poses. No necesitamos recurrir a actitudes distantes o secretismos contra nuestros colegas.

Probablemente, la referencia de Mustafar aludía a Tambur Pachá, que permanecía en el concurso junto con los demás. Aunque el velero propulsado por fuelles no habían mostrado valor práctico alguno, se declaró a sí mismo ganador de los ensayos navales pese a todo; por lo menos, su invento no había causado ningún desastre ni pérdida de vidas. Achacó el patente fracaso de su nave a defectos en la fabricación de los fuelles y una desfavorable conjunción de los planetas el día del evento, contra la que también afirmaba haber advertido.

Aún así, a pesar de negarse a admitir cualquier fallo en su diseño original, Tambur Pachá había cambiado sus investigaciones hacia otros medios de propulsión naval. Esto implicaba un sistema inagotable y perdurable, uno que hiciese innecesario el concurso de los remeros. Por una vez, el astrólogo no comentaba sobre su invento, se negaba a recibir visitas e incluso encerraba a sus trabajadores por la noche dentro del cobertizo para mantener el secreto.

—Realmente, Mustafar, te has aproximado bastante —concedió Alaph a su anfitrión—. Mi auténtica pasión es, simplemente, comprender porqué suceden las

cosas. Soy consciente de que nunca voy a tener la estatura de hombres como Tambur Pachá, ante los que me siento intimidado.

El joven alquimista se apoyó en la mesa de trabajo de su colega en vez de aposentar sus chamuscadas posaderas en el tosco banco que descansaba junto a él.

—Ahora tenemos un formidable compañero: el filósofo Zalbuulus.

—Sí, es una granada agria —se mostró de acuerdo, abundando en esa opinión—; se ha crecido pese a la reciente adversidad.

Continuaron hablando del expatriado corinthio, quien, encolerizado por la mala suerte de su encuentro con la decirreme, proseguía con sus investigaciones con un aire de malhumorada venganza. Había retenido junto a él a la misma tripulación que había usado antes, sosteniendo que cada hombre, de forma individual, tenía su parte de responsabilidad en tal desgracia. Todavía continuaba trabajando en secreto, separado de los restantes concursantes y del personal del astillero.

—Por lo menos, ya no tenemos que soportar el incesante sonar de los tambores —comentó Alaph.

Lanzando un mirada al complejo amurallado de piedra que se alzaba imponente cerca de su cobertizo, Mustafar frunció el entrecejo.

—Prefería los tambores a los sonidos que llegan por la noche desde el complejo del corinthio: gritos, súplicas lastimeras y esas palabras, extrañas y ásperas, formuladas en una lengua que nadie de por aquí parece comprender. Toda esta nigromancia me atormenta los nervios.

—Zalbuulus parecía estar muy interesado en el espíritu humano —comentó Alaph—, perfeccionándolo, haciéndolo más resistente y paciente...

—Cierto. Y más sumiso —disgustado, Mustafar movió la cabeza—. Es un tipo extraño, no como el mago Crotalus. Nadie puede decir qué se trae entre manos.

—Según he oído, no se ha retirado del concurso —cansado de su posición, Alaph miró anhelante el banco sin atreverse a tomar asiento—. Fuera lo que fuera que buscarse en el este, su respuesta es que espera recibirlo pronto, sin tener en cuenta su aciago viaje. Le oyeron decírselo incluso a Yezdigerd, poco antes de que pospusiese la fecha de los nuevos ensayos navales.

—Eso podría ser —Mustafar se detuvo para limpiar su escofina golpeándola en el borde de la mesa—. En cuanto a su participación en el concurso, ya ha comenzado a trabajar. Ha reclutado a un grupo de carpinteros de ribera y conseguido un complejo al otro lado del puerto, en el pantano. Esta misma mañana han comenzado a trabajar poniendo la quilla de una nave, un diseño nuevo y especial.

—Humm —meditó Alaph—, lo ignoraba. Bueno, en ese caso, Crotalus está convencido de conseguir lo que quiere y el príncipe Yezdigerd lo cree así.

—Tal vez peor —dijo el fabricante de armas—. Los favoritos de la corte sólo tienen que pedir, mientras que tú y yo, honrados trabajadores, ¡podemos solicitar tan poco! —dejó caer su instrumental sobre la mesa—. ¿Ensuciaría sus manos Tambur Pachá en un asunto como este? ¡Jamás! Bueno, entonces todo es un tema de

patronazgos e intereses.

—¿Qué piensas? —fatigado de permanecer en pie, Alaph apoyó un codo en la mesa de trabajo para dar descanso a sus tendones fatigados.

—Creo que altos funcionarios los patrocinan. Dime, ¿quién sufraga tus gastos?

—¿Por qué? —replicó Alaph—. Los fondos y materiales me llegan con una orden sellada por el propio príncipe Yezdigerd.

—Lo que pensaba. Eres afortunado. Tú y nuestro místico viajero. Yo mismo dependo del Almirante Quub. En el caso de Tambur Pachá es el Ministro de Finanzas, al menos, eso he oído. Y el patrocinador secreto de Zalbuwulus es nuestro ingeniero imperial, Nepheth Ali.

—Todos los que nos reclutaron forman parte de la corte —Alaph se encogió de hombros—. ¿A dónde quieres llegar? Todos somos iguales en el concurso, ¿no es cierto?

Poniendo una mano sobre el hombro de su colega, Mustafar sonrió.

—¿Crees que el montante que recibes como subsidio es la cantidad total que figura en los fondos del Astillero Imperial?

Echó una ojeada a su alrededor para cerciorarse de que su voz resultaba amortiguada por los trabajos de raspar y martillar el metal.

—El tuyo, y el de Crotalus. Dudo que el príncipe Yezdigerd necesite robar a su propia familia. ¡Al menos no todavía! Pero en mi caso y en los de los otros, una sustanciosa porción de esa ganancia se queda en los bolsillos de nuestros altos patrocinadores —sonrió con amargura—. Esa es la parte que lanzó este concurso, la grasa que permitió la botadura de esta nave, por así decirlo.

Perplejo, el joven panadero agitó la cabeza.

—¿Crees que algunos de nosotros somos favorecidos en detrimento de los otros?

—Sí, seguro —Mustafar recorrió con la mirada el cobertizo—. Seguramente, no se ideó así al principio. No perjudica a nadie, es un desvío paulatino de los presupuestos del Ministerio de Conquistas. Pero como la necesidad, la fuente de suministros creció. Y las potenciales ganancias futuras son enormes, mucho más que los quinientos talentos de oro del premio a la invención ganadora. Una porción ilícita de cada nuevo edificio, de cada reclutamiento se podrían demandar como consecuencia del mismo. Y ahora, con las espaldas en todo lo alto, nuestros patrocinadores están comenzando a presionar a sus candidatos. Una presión peligrosa.

—¿Crees que se pueden producir accidentes? —preguntó Alaph—. ¿O algún intento de estafa?

—Creo que... ¡Panadero, ve con cuidado! Vigila tu retaguardia si deseas sobrevivir a todo esto.

La capitana de «La Tormentosa»

—¿Así que ese miserable tritón^[50] ha cerrado un trato con los turanios?! Se ha declarado gobernador de Djafur o algo parecido. Pero... ¿dispone de tropas imperiales que lo respalden?

La capitana Santhindrissa abandonó la liviana cuaderna de repuesto cruzando a través de los banquillos hasta llegar a la barandilla de la birreme. En un gesto fruto de la costumbre, dejó reposar su brazo sobre la rastra^[51] de estribor, cuyo grueso extremo pendía de lo alto entre los aparejos. Paseó hasta Conan, que permanecía sentado en cuclillas sobre un tonel al que se había subido como asiento improvisado. Ante ellos, en la parte de babor de *La Tormentosa* y en las amuras de estribor, la tripulación de mujeres pirata hacían avanzar la nave contra el viento navegando al ritmo del moroso y firme tañido de la campana de bronce. Algo más alejadas, bajo las hileras de mujeres apenas vestidas, brillaban las caras de los esclavos encadenados a la más profunda hilera de banquillos. Se les podía ver inclinarse adelante y atrás al mismo ritmo lento, mirando inexpresivamente mientras sudaban bajo la cubierta de popa. Desconcertado, Conan se encontró con sus miradas embotadas y estólicas, incluso más aún que las de las despectivas mujeres. Hizo un esfuerzo considerable para concentrarse en sus asuntos.

—No, Drissa. No vi tropas turanias custodiando a Knulf ni naves imperiales en el puerto, salvo la que yo les había arrebatado... ¡Sólo para que la tomase alevosamente ese sinvergüenza! —indignado, Conan agitó su cabeza al tiempo que su empapada melena golpeaba sus hombros carnosos—. Knulf no hizo alarde de ninguna guarnición turania, cosa que hubiera hecho, seguro, si hubiese tenido una.

»Sí. Entonces, me marcó. No ha cerrado todavía un acuerdo total con las tribus ribereñas. Al menos, no lo suficiente para que permitan entrar una nave extranjera entre estas islas.

Santhindrissa acarició con su mano delgada y rugosa la caña del timón pensativamente, sintiendo gracias al mismo la cadencia de la bogada de sus remeros. Conan podía intuirlo.

—A los jefes les gusta mucho pelear —prosiguió ella—, difícilmente se unirán a Knulf sin refriegas y combates.

Incluso siendo consciente de que era el único hombre no encadenado a bordo de

La Tormentosa, el cimmerico contemplaba a su anfitriona con cauto interés. Su provocativos ademanes, moviendo ociosamente sus piernas desnudas tras él, con sus pequeños pantalones bombachos y un dogal del que pendían daga y machetes, en sustitución de los habituales joyeles femeninos, podían interpretarse como una ruda invitación. Y también como una trampa.

—Pero... ¡vaya!, capitán —gritó ella—, ¡hemos sido muy descorteses con usted! Vuestra copa está vacía. ¡Traed vino aquí, rápido!

Con un par de palmadas imperiosas, hizo acudir a un muchachito medio desnudo desde la cubierta inferior; con un cántaro de terracota, el joven llenó la copa de Conan sin apenas mirar el rostro solemne del huésped.

—El jefe Hrandulf nunca confió en nuestro amigo Knulf, no más que yo —prosiguió Santhindrissa—. Nos dirigimos hacia su puerto. Nos ayudará a resistir este golpe turanio. Probablemente, debe estar reuniendo a los clanes vecinos. La gente de la ribera guerrea entre sí con facilidad y muy a menudo. Los mantiene en buena forma para combatir a posibles invasores.

—Debemos movernos pronto contra Djafur —insistió Conan—, antes de que Knulf tenga tiempo de fortificar el lugar o pasar de contrabando armamento pesado... o una guarnición turania.

—¡Qué tontería! —Santhindrissa ridiculizó a su invitado—. ¿Por qué deberían fortalecerlo tanto? Como harías tú, ellos sólo desean sembrar la disensión entre la Hermandad y las tribus de la ribera. Pero Knulf siempre será un pícaro traidor y un mal aliado para ellos como lo fue para nosotros. Ellos deben saber eso. Diría que los turanos tienen planes para Djafur y estas islas... planes que van más lejos de Knulf y nuestra Hermandad de piratas.

Conan se inclinó hacia delante sobre el tonel y derramó de su copa una alargada lluvia de gotas de vino hacia la cubierta inferior que se mecía suavemente.

—Piensa, Drissa. Como sabes, una escuadra turania atravesó el Vilayet hace unos días —esparció las gotas de vino con la punta de su daga—. Ese viaje, aunque dirigido por la brujería, no ha sido la primera travesía de la que hemos oído hablar, ni será la última. Sea por la brujería, leyendo en las estrellas u otros trucos desconocidos, los turanos intentarán ganar mar abierto en el futuro, acortar la duración de sus rutas y evitar a nuestros hermanos piratas, o hermanas si lo prefieres, a lo largo de la costa sur.

—¿De verdad crees eso?

Santhindrissa recelaba de la extravagante suposición de Conan con mirada escéptica y una sonrisa despectiva bien ensayada.

—Sí. Ahora, ¿dónde está Djafur? ¡Aquí! —golpeó un punto en el borde de estribor del charco de vino—. Protegido por las islas Aetolias, el nuestro es el puerto que queda más alejado hacia el oeste, el más próximo a Turan. Una base perfecta para que nuestros hermanos realicen incursiones navegando desde este punto. O aún mejor, un puerto para que los mercantes turanos se aprovisionen o hallen resguardo en caso

de mal tiempo, antes o después de cruzar el mar. Es una ganga, independiente del imperio Hyrkanio y fácil de defender por sus buques de guerra. Ese es el auténtico interés del imperio por Djafur.

—Hm. Una interesante fantasía —Santhindrissa se volvió hacia delante, apretando uno de los aparejos para efectuar un ajuste mínimo en el curso de la nave—. No hay gran diferencia... Recuperaremos el lugar para nosotros; no importa lo que Yildiz planea para él. Mientras tanto —se inclinó de nuevo, su mirada se posó sobre Conan—, es muy raro tener a un hombre libre a bordo de *La Tormentosa*.

—También se me hace extraño poner los pies en un barco de esclavos —replicó Conan, con una mirada de disgusto hacia la hilera de dos remeros—, excepto como su libertador.

Indiferente, se encogió de hombros, mirando a otro lado.

—Considera a esos hombres prisioneros de guerra, no esclavos.

De nuevo, ella se encaró con Conan con firme convicción.

—Créeme —agitó su hombro desnudo, provocativamente—, no hay en esa cubierta nadie que, de una manera u otra, no lo haya pedido.

—¿Y qué hay del muchacho? —indicó con la cabeza en dirección al joven que esperaba sentado y atento en el saltillo de cubierta—. ¿Le has preguntado si desea ser tu lacayo?

Santhindrissa chasqueó los dedos, haciendo que el muchacho acudiese rápidamente a su lado.

—¿Arin? ¡Aquí! Como grumete de *La Tormentosa* —la pirata pasó un brazo sobre su espalda desnuda; entonces, subió hasta su pelo rubio castaño y lo despeinó, permitiéndole mirar fijamente a Conan con huraña desconfianza—, tiene la suerte, buena o mala, de ser el chico con más madres al oeste del Vilayet. Nada más y nada menos que eso, estoy segura.

Golpeándolo suavemente en el trasero, lo envió de vuelta a su sitio. Entonces, prosiguió con un atisbo de sonrisa:

—Sin embargo, sé que no es la primera vez que te has embarcado en una nave capitaneada por una mujer. Bélit... ese era el nombre de tu compañera pirata en el Océano Occidental, ¿verdad? —ella examinó su rostro estrechamente—. ¿Acaso no mantuvo ella una tripulación de remeros?

—¡Eran guerreros, bravos hombres de Kush! —gruñó, protestando e irguiéndose a medias sobre el tonel—. Nunca pusieron una cadena o grillete, ni a ellos mismo ni a otros. Navegaron a bordo de *El Tigresa* por su propia y libre voluntad, como te dije.

—Según dice la leyenda, Bélit tenía su manera de conseguir una adoración ciega de sus hombres... por algo ella es leyenda —la capitana asintió respetuosamente, pero a regañadientes—. Por lo que he oído decir de la auténtica mujer, su comportamiento era lascivo y temerario, derrochando por partes iguales vida y botín... una desafortunada falta de disciplina—. Santhindrissa sonrió remilgadamente cuando sus dedos, quizá sin pensarlo, agitar la fusta de cuero de su cinto—. Desde el momento en

que tú y tu salvaje tripulación no tomabais prisioneros, no necesitabais cadenas. Algunos no matamos tan alegremente.

—¿Consideras que es más noble —inquirió Conan— prolongar una vida de trabajo y humillaciones de las víctimas en vez de matarlos honorablemente?

Apenas podía dirigir su mirada a su costado, a los rostros estólidos y abotargados por el trabajo de el cubierta inferior.

—Al menos, nosotras no los enviamos a la muerte para nuestro lucro particular —se opuso Santhindrissa—. Nosotras tratamos bien a nuestros cautivos. Incluso atendemos personalmente algunas de sus necesidades... afeitándoles en particular, dado que ellos no pueden portar aceros y un hombre con barba es una abominación —extrajo su puñal de la vaina mostrando unos dedos de acero, brillante y afilado—. Los mimamos un poco y ellos encuentran maneras de mostrar su agradecimiento.

—Quizá haya algo de cierto en lo que dices —concedió Conan, arrugando su nariz—. Tu nave huele mejor que la mejor galera de esclavos.

—De acuerdo entonces —Santhindrissa cambió su postura en el banco, cruzando sus piernas de forma varonil—. Dado que esto te gusta tanto, podría encontrar un lugar para ti.

Pese a su apariencia larguirucha y ásperos modales, Conan notó un aumento de su interés y atención, que veía reflejados en los ojos de la pirata.

—Bueno —aventuró—, sin embargo a bordo somos compañeros... por el momento.

Con los codos en las rodillas, se inclinó hacia ella. Ahora, era fácil ignorar el silencioso y firme trabajo de la tripulación.

—Capitana Drissa, ¿mi lugar estaría sobre cubierta o bajo ella? ¿A proa o popa?

La pirata sostuvo su mirada con gravedad.

—A decir verdad, capitán, apenas confío el alcázar a mis propias tripulantes; mucho menos a un hombre. Me gustan más los hombres que se afanan en los remos del fondo, dejándome libre para gobernar.

—No, creo que no —agitando la cabeza, con simulada incertidumbre—. Cuando recorro mares nuevos y peligrosos, me gusta mantener mi puño firme sobre la caña del timón.

Santhindrissa lo sopesó con una sonrisa afectada.

—Cierto, a veces estas aguas pueden resultar tormentosas.

Con impaciencia, cambió nuevamente de postura en su asiento, con los ojos fijos en él cuando ajustó su ceñidor de cuero negro en torno a su pechos pequeños y firmes.

—Aún así, si quieres echar mano a la caña del timón, te rogaría que lo intentases.

Aceptando su ofrecimiento, se levantó de su tonel y cruzó hasta el banco en el que ella se sentaba. Sin sorprenderse, ella lo miraba mientras se movía. Al sentarse a su lado, el muslo de Conan rozó el suyo. Él levantó una mano y acarició su hombro fibroso y moreno. Ella alzó su mano hasta donde le había rozado, aferró su mano y

hundió sus afiladas uñas en el dorso de la mano hasta hacerle sangrar.

—Vaya —sintiendo apenas el dolor, rehuyendo las atentas miradas de los remeros, Conan retiró la mano—. Juega duro, capitana.

—Así es.

Cuando acercó el rostro para besarla, ella giró el puño y lo golpeó con fuerza en la mejilla. Algo aturdido, se aproximó para conseguir su objetivo. Pero después de un breve instante, la pirata lo empujó para soltarse al tiempo que se zafaba propinándole fuertes codazos en el pecho.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Ya no estás humor?

—Lo estoy, lo estoy... —murmuró las palabras de manera incitante, con los labios entreabiertos y las mejillas súbitamente enrojecidas.

Como se había apartado, Conan se deslizó por el banco hasta ella mientras movía los brazos para abrazarla. De repente, con un avezado movimiento de su muñeca hizo que el látigo azotase su costado lacerando su brazo y ciñéndose en torno al mismo hasta morder su hombro como los colmillos de una víbora.

—¡Crom, mujer! —tiró del látigo con la velocidad del relámpago, se lo arrebató de las manos y lo lanzó lejos—. Te estás burlando de mí: me provocas, me tientas pero no me lo pones nada fácil.

—Nunca fue fácil... ¡nunca lo fue para una mujer!

En ese instante, Santhindrissa lo azotaba furiosamente con su vozarrón de capitana como antes lo había hecho con el látigo.

—¿Por qué, te pregunto, un hombre debe sufrir menos las consecuencias de la lujuria que una mujer, rasgándose en el parto y aullando de dolor?

Su voz se endureció cuando de repente, y con estrépito, desenvainó su sable.

—Para una mujer siempre ha supuesto el riesgo de la servidumbre, el riesgo de la muerte. ¡A bordo de esta nave, para un hombre, significa lo mismo!

Alzando el sable sobre su cabeza, lanzó un tajo con el reluciente acero a su cuello. Conan ejecutó una voltereta bajo la relampagueante estocada, inclinándose para recuperar la daga robada del entablado de la cubierta. Agazapado, y sosteniendo el cuchillo a la altura del pecho, se reincorporó; aquél era resistente, pero no lo suficiente para frenar el curvo acero.

Al momento, Santhindrissa lo encimó tirando estocadas a su entrepierna. Él se defendió como pudo: saltando a un lado y propinando puntapiés al brazo de la espada con sus piernas desprotegidas. Erró por poco. Saltó hasta el centro de la cubierta; ella se acercó furtivamente tras él.

—¿Qué pretendes, Drissa? —la desafió—. ¿Besarme o matarme?

La rodeó con cuidado.

—¿Esto forma del juego amoroso de una pirata?

—Sí, así es —le aseguró ella—. Te mataré si me das la oportunidad... más bien te heriría —mientras iba hablando, se aproximaba confiadamente hacia él, obligándolo a retroceder—, una herida pequeña... en una parte no vital de la anatomía masculina...

que no interfiriera en tu tarea a los remos. ¡Acércate a mis encantos femeninos! —su mano descendió y recorrió una pierna sugerentemente—. Te lo juro: no los disfrutarás a menos que demuestres ser mejor que yo en esta pelea.

Para sorpresa de Conan, la tripulación de Santhindrissa se mantuvo bogando cómodamente en los remos al lento y uniforme repiqueteo de la campana. Sabía que sería muy sencillo para las mujeres tomar las armas y acudir a popa si su capitana resultase herida. Desde los bancos superiores, llegaban gritos esporádicos y palabras de ánimo. Evidentemente, las piratas habían visto antes este tipo de peleas. Obviamente, les divertía. Los remeros no dijeron nada, aunque todos los ojos de los bancos inferiores permanecían fijos en el alcázar.

La capitana de *La Tormentosa* acometió con ferocidad, brincando y empujando, tratando de acorralar a su víctima en una esquina de las amuras de popa. Sus cuchilladas y tajos, de abajo hacia arriba, eran particularmente diestras, forzándole a cambiar continuamente su posición y obligándolo a recurrir a toda la experiencia de combatiente que había acumulado peleando contra hombres. Después de dar vueltas unos instantes, Conan vio una brecha y arremetió contra su antagonista para superar sus defensas.

Pero se trataba de una debilidad fingida; con toda la potencia de sus vigorosos hombros, el sable de Santhindrissa fue más rápido y el cimmerico tuvo que saltar para esquivar una cuchillada que pasó rozando su estómago. El acero lo buscó de nuevo con diabólica rapidez, la finta de Conan con el cuchillo buscando el brazo desarmado de la pirata lo dejó con la guardia baja y tuvo que arrojarse al suelo y rodar por cubierta para eludir su estocada de réplica. Cayó sobre el tonel que le había servido de asiento y gruñó al quedar tumbado, incapaz de ponerse en pie.

—Kiiiyeeee.

Con un grito agudo y triunfal, se abalanzó sobre él haciendo oscilar el sable por encima de su cabeza. El acero describió una curva descendente buscando su objetivo en medio de un crujido acuoso que salpicó a ambos duelistas con espesas y brillantes gotas rojas del vino zamorio que contenía el barrilete que Conan había levantado para defenderse. El filo del acero se embotó en las astilladas duelas del barril, otorgando al cimmerico su oportunidad; apartando barrilete, espada y daga, se incorporó de una voltereta y agarró a su adversaria por el ceñidor y el torso medio desnudo.

El combate se recrudeció. Rodillas, puños y codos golpearon al cimmerico buscando su entrepierna. Atrapada, su antagonista se retorció como una pantera rabiosa: con feroz agilidad, deseosa de raer sus desprotegidos brazos con sus dientes y uñas afiladas.

Pese a ser más delgada, ella casi lo igualaba en altura y destreza; se convirtió en un duelo: el poder y la inventiva de la desesperación contra la fuerza bruta. En un momento de enardecimiento, las piratas se le echaron encima y le hicieron varias llaves sobre la cabeza, ahogándolo en un embriagador regusto a vino, sudor y espuma marítima. Entonces, recobró el control; lenta y deliberadamente, ajustó rodilla contra

rodilla, brazo contra brazo y se encaró con el rostro que, apartándose, lo maldecía obscenamente.

Entre tanto, la nave se balanceaba en el oleaje sin que nadie bogase. De los banquillos de los remeros procedían gritos, quejas e insultos; las voces masculinas parecían particularmente saludables y desenfrenadas. Conan esperaba que mujeres armadas acudiesen en cualquier momento para derribarlo o encadenarlo al mástil. Aun así, se concentró en el forcejeo... resuelto a conseguir que la capitana de *La Tormentosa* cumpliera su promesa.

En el agradable y tranquilo anochecer, en vísperas de que la Luna brillase sobre la isla, cuando el puerto de Djafur permanecía en penumbra y tranquilo y sólo los jugadores más resistentes continuaban consumiendo vino y aceite de lámpara en la posada de la Mano Roja, la nave de la capitana Santhindrissa viró hacia el puerto. Su proa con forma de Gorgona se deslizaba silenciosamente sobre las olas. Los remos se hundían en las aguas de la albufera con suavidad. No había viento.

Pese a todo, la nave fue identificada por el oficial de vigilancia nocturna de Knulf antes de que entrase en el puerto. Los piratas de guardia, que estaban divirtiéndose o dormidos, fueron alertados para que se armasen y se congregasen en el exterior, en torno al malecón y las ligeras y veloces lanchas que descansaban sobre la playa, listas y preparadas para una rápida botadura en caso de una escaramuza.

Incluso despertaron al Alto Comisionado de su letargo. Sin embargo, no mostró intención alguna de vestirse y aventurarse fuera de su cámara. Su persecución de la encantadora cautiva turania lo había absorbido, manteniéndolo ocupado en interminables horas de engatusamientos y peleas. Sólo en las dos últimas noches un silencio absoluto en su cámara indicaba que había conseguido su objetivo.

—¿Qué es esto? ¿Un ataque? —refunfuñó a través de un ventanuco en la puerta de entrada, cerrada con barrotes.

—Lo más probable es que no, señor —contestó su lugarteniente—. Se trata de *La Tormentosa*, con unas sesenta mujeres armadas. Son muy pocas para que puedan hacer algo contra nuestra guardia nocturna.

—Entonces, perfecto. Ve a tratar con ellas. Un hombre que no puede ocuparse de un pequeño puñado de mujeres es un pellejo lamentable.

En la dársena, habían encendido una lámpara reflectora y enfocaban el haz de luz hacia la nave que se aproximaba. El navío no mostraba ningún preparativo especial para el combate, incluso se bogaba en ambos costados y la capitana, alta y espigada, dirigía la nave desde popa; el único aspecto que parecía extraño era un bulto que colgaba suspendido del extremo una verga sin vela. Cuando estuvo al alcance de la voz, colocó los remos en posición horizontal deslizándose en un ángulo cauto y oblicuo con respecto al malecón.

—¡Ah de *La Tormentosa*! ¡En nombre del Alto Comisionado Imperial manteneos a esa distancia y hablad! —el acento de Jalaf Shah era tan estirado y malicioso como el de cualquier inspector de aduanas turanio—. ¿Qué negocio os trae por aquí? ¿Y por

qué acudís de noche?

—Nuestro negocio es vuestro negocio —gritó Santhindrissa como respuesta—: el comercio y el salvamento. Acudimos de noche para no atraer la atención de un buque de guerra turanio que pueda estar atravesando vuestras aguas imperiales. Pero esta noche traemos un artículo de comercio que, a un precio adecuado, complacerá a vuestro Comisionado. A saber: Conan, el pirata rebelde.

De hecho, cuando la nave se deslizó más cerca, era patente que el bulto que colgaba del extremo de la verga era un hombre, suspendido y maniatado por los tobillos y muñecas con retazos de una red; parecía harapiento y ensangrentado aunque todavía en buen estado y con aquellos hombros tan voluminosos no podía ser otro que el capitán fugitivo.

—¡No esperes demasiado, Drissa! —en Jalaf Shah, como en cualquier oriental, había más de tratante de camellos que de pirata—. Está muerto o moribundo, el capitán Knulf podría no quererlo. A lo mejor nuestra ganancia al venderlo a Turán sería escasa y debe tener suficiente vida como para soportar ese viaje.

—Bien, en ese caso... no importa. Cortaré el cabo y lo entregaré a los tiburones.

—¡No, aguarda! Incluso su cabeza puede valer algo; pero, después de todo, necesito cerciorarme de que es él. Te puedo ofrecer una docena de florines de mi propio bolsillo. Se trata de una suma ridícula pero debemos agradecerte que nos lo hayas devuelto.

—Puedes estar seguro, es una suma ridícula —replicó Santhindrissa—. Trescientos florines estaría mejor.

—¿Qué? —se atragantó el lugarteniente, pero intentó convertir su consternación en una carcajada más fuerte—. Ya veo, estás de guasa. El tope máximo de nuestro precio serían cincuenta florines. Y para ese importe tendría que consultar a mi capitán, por supuesto.

—Doscientos cincuenta florines, ni una moneda menos.

Conforme se iba alargando el regateo, la birreme se mecía más cerca de la dársena, impulsada por el suave oleaje. A una orden de Santhindrissa, los remeros de la hilera próxima a tierra, describiendo una reluciente circunferencia por efecto de la luz de la lámpara cubierta por láminas de plata, volvieron a ponerlos en posición vertical; visibles entre los proís, ellas adoptaban poses y holgazaneaban coqueteando despreocupadamente con los hombres de la dársena. Los guardias mantuvieron encendidas sus lámparas a lo largo de la amura para iluminar a las mujeres y detectar cualquier acto hostil; unos pocos se ocuparon de arrojar almejas y desperdicios a la figura encorvada que se balanceaba en el aire, intentando reanimarlo.

—¡Escuchad lugarteniente, algo se aproxima! —dijo en voz alta y con aire vacilante uno de los piratas próximos al extremo de la dársena; apenas lo escucharon.

—Si ofrezco más de un centenar de florines por ese triste cadáver desollado —prosiguió diciendo Jalaf Shah—, mi jefe me hará sufrir un destino similar... Eh, ¿qué es esto, compañeros? ¡A las armas! ¡Nos atacan!

Los guardias, bastante distraídos por la birreme de Santhindrissa, se volvieron hacia los gritos de alarma para encontrarse con una docena de naves más pequeñas que orzaban y se arremolinaba sobre una parte del puerto que estaba sin iluminar. Se trataba de los faluchos y dhows de las tribus ribereñas, con las velas tiznadas de hollín; sus tripulantes estaban ennegrecidos del igual modo, salvo el brillo de sus dientes apretados y sus relucientes pupilas cuando lanzaron sus garfios de enganche y pulularon por un lateral para caer sobre los piratas. En breves momentos, el andén se convirtió en un frenesí de aullidos, lamentos y el entrechocar de los aceros hasta que los feroces y ágiles isleños forzaron a los defensores a replegarse hacia la posada.

Entonces sonó un segundo grito de alarma cuando, finalmente, *La Tormentosa* arribó en el malecón impactando junto a los proís. Los remos, alzados hacia el puerto, giraron hasta topar con los piratas y barrerlos del puerto; mientras, las piratas desenvainaron sus aceros y atacaron lanzando un feroz grito de guerra que helaba la sangre.

Sorprendidos y desesperados, los defensores batallaban en ambos flancos cuando irrumpió entre ellos una nueva amenaza. El bamboleante cuerpo de Conan, que pendía sobre sus cabezas colgado del extremo de una verga de *La Tormentosa*, revivió repentinamente y se liberó de sus ataduras. Balanceándose, se inclinó hacia delante; la figura semidesnuda hizo una voltereta en el aire hasta pisar el malecón con un ruido sordo, volteando su machete. Ante él, un par de piratas yacían sobre la madera en medio de un sangriento rocío.

La retirada de los guardias del puerto hacia la playa, con Conan, Santhindrissa y los jefes de las tribus de la ribera pisándoles los talones con frenesí, se convirtió en una carnicería. En la playa, las tripulaciones de barcos más silenciosos habían desembarcado; el fuego y las refriegas se recrudecieron en la playa y en las primeras callejas del poblado.

Sin mucha convicción se habían esforzado en fortificar la posada; pero, en ese momento, tras las rápidas carreras de piratas e invasores, la empalizada estaba rota y pisoteada excepto en el lado más próximo al malecón. Al llegar a la entrada de la cocina de la Mano Roja, Conan pateó uno de los amplios tabloneros derribándolo sobre uno de los encargados de fregar que intentó cerrarle el paso. En el interior, dos hombres se revolvieron para pelear; pero duraron poco. Sus cadáveres ensangrentados cayeron sin vida, uno sobre la mesa de despiezar pescado y el otro sobre el horno encendido. El empuje de los atacantes que acudían implacablemente tras Conan, en medio de un caos de gritos, brillantes cuchillos y ollas resonando al caer, lo impulsó hacia delante. Finalmente, llegó al pie de las escaleras en el interior de la taberna.

—¡Knulf, sinvergüenza! ¡Muéstrate y muere como un hombre! Philiope, si aún vives, voy a por ti.

Despejó los escalones abatiendo a uno de los defensores de un tajo en el hombro y a dos más con una mirada feroz y un gruñido. Subió velozmente hasta el borde de las

escaleras. La planta superior era angosta, los cuartos no se construyeron para permitir duelos. Pese a todo, tendrían que servir. Cuando se adentraba en la planta se abrió la puerta del dueño de la posada. El vanir salió. Llevaba su pesada cimitarra apoyada sobre un hombro al tiempo que se alisaba con la mano libre la túnica amarilla, ceñida con una faja de seda roja. Cerró la puerta tras él y entrecerró los ojos para contemplar a quien lo llamaba.

—¡Amra! ¡Perro pendenciero! —rugió—. Simplemente iba a comprar tu miserable cabeza. Sin embargo, puedo tomarla matándote.

Alzando su cimitarra de dos manos, Knulf avanzó con un paso sorprendentemente ligero.

—¿No te ha dicho nadie —añadió, al tiempo que lanzaba un poderoso tajo— que a un vulgar pirata no le conviene vivir demasiado?

El golpe no encontró la cabeza de Conan pero arrancó de la balaustrada un fragmento corto y ancho de roble, del tamaño de un puño. El cimmerico, agachándose, se giró y acometió. Pero el filo de la cimitarra detuvo su golpe, una parada que mostraba la asombrosa agilidad de Knulf. A continuación, otro tajo pasó zumbando y levantó astillas de la madera. Conan lo esquivó y replicó. La proximidad de los escalones y la balaustrada entorpecían sus movimientos.

—¡Así, así! —gritaba el robusto capitán, moviendo la pesada espada como si estuviese escribiendo en el aire una runa pequeña y mortífera—. ¿Nunca has luchado en cuartos estrechos? Yo he degollado vendhyos en las bodegas de las barcasas del río Zaporoska. ¡Nunca encontrarás ataúdes más pequeños y apestosos que esos!

Arremetiendo velozmente golpeó el machete del cimmerico con una estridente estocada mientras lo obligaba a retroceder hacia las escaleras.

—Deberías haberte quedado en los riscos y glaciares de Cimmeria.

—¡Lucharía mejor si tu viese mi propia espada, ladronzuelo traidor!

Lanzando estocadas hacia la guardia inferior de Knulf, Conan amenazaba sus tobillos, calzados con botas muy finas, y lo contuvo al borde de la escalera.

—Y la tendré —gruñó Conan, atacando para recuperar el peldaño que había perdido—. Junto con mis barcos, mis mujeres y tus entrañas viscosas.

—Primero deberás recuperar la cimitarra.

El robusto capitán se lanzó hacia delante como si escapase de una trampa, amagando con la destreza de una araña en una deslumbrante telaraña de acero, y le lanzó una nueva granizada de golpes a dos manos. Uno de estos, orientado con taimada habilidad, empujó el acero de Conan contra la jamba de una puerta, que se clavó en ella; el machete, más liviano, chasqueó cerca de la empuñadura a causa del impacto de la pesada cimitarra.

Conan, sin rendirse pero desarmado, reaccionó instintivamente: se puso velozmente al alcance de la cimitarra para agarrar a su enemigo y golpearlo de cerca.

El vanir era un oso pendenciero, estaba lo suficientemente gordo para que la grasa protegiese sus músculos. Pese a todo, aunque también él propinó buenos puñetazos

en la dura cabeza del cimmerio, los golpes de Conan, con puños, rodillas y frente, fueron suficientes para hacerle retroceder hasta la puerta de su cámara.

—¡Para! ¡Bribón! ¿Te crees que eres mejor que yo en la pelea? Por algo me llaman Knulf el Desguazador, Knulf el Aplastahombres. ¡Ay, ay, arg, argggggg!

Conan sintió cómo aquel cuerpo macizo se deshacía de su sujeción. En ese momento, el rechoncho Comisionado Imperial anduvo tambaleándose y se derrumbó. Y cuando lo hubo hecho, quedó a la vista un acero puntiagudo de la anchura de un puño goteando sangre, destacando en el ventanuco de la puerta.

—¿Quién está ahí? ¿Philiope?

Apenas se habían combado las piernas del vanir, Conan arrancó la cimitarra de sus flácidas manos.

—¡Apártate de esa puerta, chica!

Golpeando con la pesada cimitarra hizo astillas la madera hasta que un panel salió volando y mostró a la cautiva que voló a sus brazos entre sollozos.

—¡Amra, Amra! Me dijo que te habían capturado, que te habían matado y arrojado a los tiburones. ¡Todo mentira! Sabía que volverías... pero temí por tu vida —se estremeció—. Era un bruto. Cuando vi su túnica de seda apoyada en la puerta, supe que Istar me ofrecía una oportunidad y lo apuñalé.

Apretó su rostro contra el pecho de Conan en medio de un torrente de lágrimas.

—Knulf era un canalla entre ladrones —apretando a Philiope, Conan contempló el cadáver del capitán que yacía inmóvil en el vestíbulo cubierto por una mancha carmesí que se iba extendiendo—. Ahora eres libre, no te preocupes. Encontraré a Olivia y la rescataré también —le dijo.

—¿Realmente vas a intentarlo? —atrajo su cara hacia ella, intentando recobrar la compostura a pesar de sus lágrimas.

—¿Por qué me preguntas? ¿Sabes algo sobre su destino?

—Marchó a Turán —afligida y apesadumbrada, agitó la cabeza, ocultando su rostro—. No creo que quiera regresar.

—¿Qué ocurre, chica? ¿Hubo algún problema entre vosotras? —después de una mirada huidiza, Conan buscó su rostro y, con dos dedos, arrastró su barbilla hacia él—. ¿Te trató con severidad en mi ausencia?

Philiope apartó su rostro un instante; entonces, se encontró su mirada severa. Su rostro manchado de lágrimas lo habían hecho ponerse serio.

—Nada de lo que pudo hacerme una mujer podría igualar lo que me hizo ese cerdo —dijo ella al fin, señalando el cuerpo del vestíbulo—. No guardo rencor a Olivia.

—Bien —afirmó Conan—, porque ella, como tú, se encuentra bajo mi protección. ¡Todos los favoritos de Seth tendrían que acudir en ayuda del hombre que se atreva a dañarla!

Dicho esto, cogió a la joven en sus brazos y la cubrió de besos.

—¡Victoria, una espléndida victoria! —las voces y gritos llegaban desde la

habitación central.

Conan y Philiope se levantaron para ver quién subía por las escaleras.

—¡Djafur es nuestra! —seguida por varias piratas, apareció Santhindrissa—. Los renegados se dispersan y en lugar ha caído en manos de los jefes de las tribus. ¡Entre mi gente ha habido pocas pérdidas y por la mañana la hilera inferior de mi nave estará repleta! —lanzó una mirada encendida a Conan—. Si desea un lugar permanente a bordo de *La Tormentosa*, capitán, esta podría ser su última oportunidad.

Conan rio con sinceridad.

—Entonces... ha sido una gran victoria.

Permanecía en pie, rodeando a Philiope con un brazo cuando la pirata avanzó dando grandes zancadas.

—Bajemos. Hemos de evitar que los hombres saqueen el poblado. Djafur fue nuestro hogar y lo será de nuevo. También pondremos fin a la matanza de piratas desleales. Seguramente, algunos supervivientes se nos unirán.

—No estoy totalmente de acuerdo —replicó Santhindrissa—. Este sitio ya es como cualquier otro puerto libre: severo en vino y rameras, pero amortizable con buenas dosis de sangre.

De hito en hito, miraba a Conan y Philiope y al cuerpo sobre el suelo.

—Esto parece ser una feliz escena doméstica. Has vencido al traidor... y con una hábil estocada.

—Ese trabajo no lo hice yo. Philiope lo mató —explicó Conan, con humildad—. A decir verdad... ella me ahorró mucho tiempo.

—Toda una vida... me parece.

Santhindrissa examinó el machete quebrado que aún colgaba a la altura del pecho profundamente hundido en la madera de la puerta.

—Si deseas un sitio en mi tripulación, jovencita, sólo tienes que decirlo —le dijo a Philiope.

—Gracias, Drissa, pero no —musitó la chica, aferrándose con fuerza a Conan cuando contempló a la mujeres que caminaban con aire arrogante.

—En ese caso, de acuerdo —la pirata dejó atrás el destrozado vestíbulo—. Podrías retomar el negocio de la hostelería, sería una saludable ocupación para una viuda apocada y afligida.

—Sí, es una gran idea —Conan miró a Philiope—. Este sitio tuvo un buen propietario, todo lo que queda en pie se desmontará palo por palo y se utilizará como madera.

—¿Por qué? Yo imaginaba que quizá... —alzó la vista hacia su acompañante— podría seguir en pie para reunimos.

—Sí, cierto —contestó Conan—. Djafur seguirá siendo el puerto donde recale. Tengo planes para este lugar. Por supuesto, Knulf tenía pertenencias, tesoros y naves que Drissa y yo nos repartiremos.

—No necesito más barcos. Puedes quedártelos —replicó Santhindrissa con rapidez—. Una nave nos permite seguir con nuestra manera de vivir, ¿no es cierto, chicas? —preguntó a sus compañeras. Hubo gruñidos de asentimiento.

—Entonces puedes tomar la diferencia en tesoros, en cuanto hayamos descubierto dónde los escondía el bribón —Conan se volvió para buscar algún mueble mal ajustado en la alcoba del difunto Comisionado—. Si me quedo con los barcos, voy a necesitar más hombres para tripularlos. Recuperaré los tripulantes que Knulf me arrebató. Y están las gemas que me traje de Hyrkania. Esas también me pertenecen, fueron honestamente saqueadas según las leyes de la Hermandad Roja.

—Él escondía sus tesoros en un agujero seguro bajo los servicios.

—¡Ajá! Realmente ingenioso.

Conan anduvo por el cuarto inspeccionando la bañera: pesada, cuadrada, de mármol. Indudablemente, había sido robada a algún navío turanio.

—Eso explicaría porqué nunca la usó para bañarse.

Asiendo la llave de paso del agua y doblando las rodillas, la cambió de posición entre gruñidos.

—¡Ajá! ¡Mirad aquí! —señaló hacia los sacos repletos, ornamentos desordenados y vasijas de oro poco comunes brillando— Aquí están las gemas —dijo, agachándose y recogiendo el barrilete de madera. Lo abrió y, tras examinarlo, señaló—. Falta una.

—Sí. Knulf la envió a Aghrapur —Philoipe se arrodilló al lado de Conan y rodeó sus hombros con el brazo mientras examinaba el tesoro escondido.

—¡Ay! —Conan sacudió la cabeza—. Antes de permitir que cualquiera de ellas se perdiese, simplemente, me hubiese gustado saber para qué diablos las quería el nigromante.

—Knulf dijo que, al principio, sólo les vendería una, para abrir su apetito. La envió junto con los prisioneros hace quince días.

—¿Prisioneros? ¿Crees que eran mis hombres?

—Sí —asintió Philoipe—. Las tripulaciones capturadas, los que se hicieron notar o quienes no abjuraron de ti fueron enviados a Aghrapur en tu lugar. Comentó que los necesitaban para alguna clase de ceremonia pública en palacio.

—¡Uno sería Ivannos! Y Ferdinald; también el viejo Yorkin y el tábano de Diccolo.

Conan arrojó el barrilete de las gemas al interior de la valiosa bañera.

—Es demasiado, no podemos llevárnoslo.

Se irguió. Inquieto, anduvo de un lado a otro por la habitación. Entonces, se volvió hacia sus compañeros.

Aferrando la empuñadura de su cimitarra, que pendía de su cinto, declaró:

—Os lo digo. Mis hombres, mi tesoro y cuanto me pertenece.

Santhindrissa permaneció mirándolo con una mano apoyada en los hombros de sus compañeras.

—¿Quieres rescatarlos de Aghrapur, la capital imperial, si todavía no están

mueritos o empalados?

Ante esa idea, torció la boca en una afectada sonrisa.

—¡Cierito! Yo lo haría por mis compañeras, pero sólo si fuese posible.

—Esos hombres son mis amigos. Puede que fuesen unos bribones pero me fueron fieles. Y necesito hombres fieles para lo que tengo pensado.

Fijándose en una que había levantado un puño lleno de cicatrices ante él, Conan se plantó ante ellas.

—Drissa, te dije porqué los turanios querían Djafur, la querían lo suficientemente mal como para aceptar como su gobernador a una víbora como Knulf. Bueno, ahora te lo revelo: yo la quiero por la misma razón.

Se volvió a Philiope, que permanecía apartado del resto.

—Navíos han cruzado el Vilayet, directamente desde Aghrapur a estas islas. Navegarán directamente en vez de utilizar la ruta del sur, lenta y peligrosa. Djafur, este puerto —raspó el suelo bajo sus pies con sus botas claveteadas—, es la base ideal para hacer incursiones contra ese comercio. Más aún, es el único puerto idóneo para que esos barcos se aprovisionen y guarezcan. Algún día podría convertirse en una rica ciudad comercial, una rival para la propia Aghrapur. Manteniéndose independiente, podría llegar a convertirse la piedra angular de un imperio marítimo.

Su mirada saltó de rostro en rostro. Prosiguió levantando castillos en el aire.

—Para controlar las aguas adyacentes a Djafur necesito barcos... pero ahora, ¡tenemos una flotilla! Y contamos con las tribus ribereñas para explorar y enviar mensajes para nosotros —ladeó la cabeza—. Pero también necesito capitanes para esos barcos. Hombres o mujeres —añadió, indicando con un gesto de la cabeza a Santhindrissa— que me sean leales, o, por lo menos, sean honestos, que hagan lo que yo diga cuando me hayan perdido de vista. Esa lealtad es algo muy preciado, tiene que ser alimentada y cuidada. Una lealtad hasta la muerte es extraña, especialmente entre piratas.

»Como puedes ver —finalizó—, Drissa, también te interesa ayudarme a rescatar a mis amigos. Si te unes a mí, más jefes de las tribus me prestarán su apoyo.

—¿Una expedición contra Aghrapur? —agitó la cabeza, con cinismo—. Sí, quizá. Si eres capaz de urdir un plan que no haga que nos maten a todos.

—¿Y tú, Philiope? ¿Estás conmigo en esto?

—¿Yo, capitán Amra? —la joven se puso a su lado, abrazándolo y apoyando la cabeza sobre su hombro—. Lucharé a tu lado, manejaré el timón o capitanearé una de tus naves. Porque me has dado algo que nunca había tenido antes: respeto. Mis días de servidumbre se han terminado. Ahora, te seguiré en tu rebelión y digo: ¡Muerte al Imperio Turanio!

Ensayo y tormento

La luz esmeralda del sol tropical se filtraba entre los árboles y sobre los altos viñedos. Una vista aérea revelaba la maraña de ramas de la selva, las cascadas de lujurioso y brillante follaje y una resplandeciente riada de flores aromáticas; sus olores y colores se acentuaban por el rastro del revoloteo de las espléndidas mariposas y el olor a almizcle de los monos. A ambos lados, se escuchaba corear canciones a los pájaros mientras que desde las cercanías llegaba el susurro de los remansos de agua que serpenteaban entre los estanques pedregosos.

En medio de aquel verdor, en un flexible banco hábilmente tejido con hojas vivas de vid el príncipe Yezdigerd permanecía sentado, esperando. La figura del príncipe, enjuto y tocado por un fez, desentonaba con las sombras de la jungla; permanecía erguido, con las piernas cruzadas y enfundadas en unos pantalones, tabaleando el pantalón con los dedos. Se sentaba inquieto como si esperase el trompeteo de las horas del gran minarete, en el centro de Aghrapur, como así era en efecto.

A sus pies, explorando los exóticos brotes que despuntaban en el banco vegetal y las bases de los árboles, cuidadosamente fijados en sus tiestos, retozaba un pequeño cachorro. La espera había despertado la sed del príncipe. Chasqueó los dedos y apareció un sirviente con turbante. A una orden suya fue a buscar una bebida de lima fría en un vaso cincelado en oro.

Instantes después, haciendo una profunda reverencia, otro sirviente se aproximó:
—Majestad, el mago Crotalus.

Un leve asentimiento por parte del príncipe fue suficiente para que el hombre se diese la vuelta y desapareciese.

Desde esa distancia, su oscuro rostro parecía una ilusión en las parpadeantes sombras de la jungla; anduvo lentamente hacia el asiento de Yezdigerd.

—Un lugar destacable —fue su primer comentario—. Lamento si os he hecho esperar. Últimamente, la tardanza parece ser mi problema.

—No importa —Yezdigerd habló sin levantarse o cambiar su postura, inclinándose sólo para rascar el cuello del perrito que estaba a sus pies—. Pensé que los jardines colgantes de mi padre sería un lugar interesante para nuestra entrevista.

—De hecho, me han recordado a mi país natal. Zembabwei es una tierra de montañas altas y llanuras inmensas, pero en las faldas lluviosas de esas montañas se extienden densas junglas, mucho más que ésta. He tenido ocasión de visitarlas con

frecuencia: contienen especies de plantas y animales que he utilizado en mis investigaciones.

Aproximándose el alto mago de vestimentas negras eligió un lugar junto a un árbol del grosor de un hombre y se sentó fácilmente sobre el borde del tiesto de piedra.

—Me complace escucharlo; estos jardines pueden tener algunos otros usos prácticos, en lugar de ser otro dispendio de extravagancia supina... pero ¡espera!

Alzando un mano, Yezdigerd hizo una pausa en actitud de escuchar contando los toques del cuerno que, flotando sobre los árboles, desde una distancia lejana.

—¡Ahí! Según el reloj de agua del gran minarete son las nueve en punto. No te has retrasado; más bien yo acudí más temprano. Crotalus, no esperaba menos de un hombre que fue capaz de conducir una flotilla a través del Vilayet con audaz indiferencia ante la niebla y las tormentas. Pero continúa, cuéntame más acerca de tus orígenes. Cuando me encuentro con un hombre de tus excepcionales poderes y facultades, quiero saber más sobre su educación.

—Si ése es tu deseo, mi príncipe —Crotalus asintió con solemnidad—. En cuanto a mis “poderes”, creo que usted puede suponer que la clarividencia es la mayor de mis habilidades. La hazaña de navegación a la que os habéis referido se basa en ella. Y, de hecho, hunde sus raíces en mis orígenes.

Al descubrir que los dedos de su pies, calzados con sandalias, se habían convertido en objeto de interés y escrutinio del cachorro, se inclinó para acariciar suavemente la espalda del perrito.

—Mis orígenes son remotos —el mago recobró sus ademanes nobles y equilibrados—, van más allá de mi persona.

Se irguió de nuevo. Entrelazó sus manos delgadas y de piel blanquecina sobre los faldones de su vestidura.

»En mi hogar, en Zembabwei, como en la mayor parte de los lugares, hay muchos magos. Obtienen sus poderes mágicos de la tierra, las plantas, las piedras y huesos de los bosques y llanura. Algunos de ellos introducen sus espíritus en los cuerpos de bestias salvajes para volar o acechar en la jungla como “cambiaformas”. Otros estudian cómo transportar su voluntad a cierta distancia o cómo hechizar mediante la hipnosis. Cosas así formaban parte del entrenamiento de mi propia niñez, en las habilidades comunes de la magia rural.

»Aún así, cuando yo envié mi espíritu para vagar con el viento nocturno puede que llegase más lejos que la mayoría. O tal vez estaba notablemente más alerta a los débiles ecos de los grandes sortilegios, las más poderosas intrigas y auras de poder que emanaban de lugares remotos. Me marché para aprender habilidades y creencias de una jerarquía superior al burdo culto a la naturaleza de mis ancestros. A través del mundo, sobre todo en las grandes ciudades y civilizaciones, un poder místico, como el poder imperial —si mi príncipe permite la comparación, podía alzarse a alturas no soñadas en mi tierra natal.

»Así que di la espalda a los trucos vulgares, al mal de ojo y las curaciones, a vivos y muertos, a las ceremonias tribales y religiosas de hombres rústicos y vulgares. Proyecté mi vista mística mucho más lejos para encontrar la sabiduría plena y las auténticas piezas del poder; con el tiempo, viajé en mi envoltura carnal para recogerlos. Actuando así obtuve poderes que pueden hacerme útil incluso aquí, en la imperial Aghrapur, uno de los lugares del mundo donde se acumulan mas riquezas y civilización y se encuentran los hombres que controlan los destinos de medio mundo.

—Ya veo —Yezdigerd cabeceó en señal de asentimiento, con sus maneras sobrias y secas—. Esa visión mística y tu sensibilidad a las emanaciones mágicas te permitieron atravesar el Vilayet en búsqueda de esos ingredientes perdidos para tu sortilegio... Aunque no me has explicado en qué consiste ese hechizo.

—En verdad, no, mi príncipe —la sonrisa de Crotalus se tornó más amable y segura—. Y será mejor que siga así; deseo mantener bajo secreto la naturaleza exacta de mi encantamiento hasta que pueda llevarlo a cabo. No obstante, os prometo que será un serio aspirante al premio.

—Que continúo admitiendo tu palabra en el asunto muestra mi fe en tus habilidades. Pronto se verán puestas a prueba, ahora que el amuleto que fuiste a buscar va a llegar hasta nosotros por las rutas comerciales del sur —con aire ausente, el príncipe atusaba el pelo de la nuca del cachorro que, jadeando, se había arrastrado hasta su regazo—. Presumo que habías oído hablar de su llegada.

Crotalus mantuvo la calma y la sonrisa imperturbable.

—Lo sabía sin necesidad de que me lo dijesen —replicó.

—Te creo, aunque no te habría resultado difícil averiguarlo, dado el flujo y reflujo de rumores del puerto.

Introduciendo la mano en la bolsa que pendía del cinto de sus pantalones, al estilo occidental, extrajo un objeto envuelto en un pañuelo blanco de seda. Desenrollando el paquete en su mano, sostuvo ante él una piedra extrañamente tallada a la luz del sol.

—Sé que los hechiceros valoráis ciertas gemas aunque nunca he podido comprender con claridad el motivo —observó de cerca la gema, buscando en sus profundidades ambarinas rastros de movimiento—. Resulta extraño que un objeto tan pequeño como este necesite viajes de exploración a través del mar y exija un precio tasado en hombres y naves.

—Bastante cierto. Aunque —señaló Crotalus— es una del grupo de gemas que yo buscaba.

—En ese caso, ¿bastará?

—Con una gema puedo ganar el concurso naval —el mago miró la fruslería reluciente en la mano del príncipe mostrando una admirable circunspección para no levantarse y tomarla—. Con el juego completo puedo hacer más, mucho más.

—En ese caso, parece que la iniciativa adoptada por mi padre para adquirirla a la llamada Hermandad Roja no ha sido inútil después de todo —Yezdigerd envolvió de nuevo la gema con el pañuelo con sumo cuidado—. Probablemente, podremos

obtener las gemas restantes. Pero primero está la cuestión del tiempo que nos queda. Con los notables progresos que se están realizando en el frente diplomático, las nuevas pruebas navales no se pueden posponer mucho tiempo.

—El tiempo no es un problema. Sólo necesito... —Crotalus hizo una pausa, entonces alzó las palmas de sus manos blanquecinas con todos los dedos extendidos— unos pocos días.

—¿Cómo puede ser? Al principio, solicitaste algo más de un mes desde que hubieras regresado de tu expedición marítima —finalmente, Yezdigerd ofreció la gema envuelta y el mago se levantó de su asiento.

—Mi tarea se simplifica por el momento al tener una sola piedra con la que trabajar —Crotalus se inclinó cortésmente cuando aceptó el paquete, desapareció instantáneamente en los pliegues de su oscura túnica—. En todo caso, el tiempo no es necesariamente fijo e invariable. Es mutable, sujeto a cambios. ¿Cómo podría expresarlo? —sus ojos se clavaron en el cachorro que resollaba en el regazo de su amo—. Mi príncipe... ese perro... ¿Os es muy querido?

Frunciendo el entrecejo ante la pregunta, Yezdigerd se encogió de hombros.

—No, simplemente es uno de los animales domésticos de palacio. Tiene pedigrí, pero hay muchos de esa raza. ¿Pretendes realizar un encantamiento con él? —miró largamente el semblante del sombrío hechicero, intentando adivinar sus propósitos—. Puedo hacer un pequeño sacrificio para contemplar lecciones de ciencia.

Sigilosamente, Crotalus se sentó en el banco, junto a Yezdigerd. Tomando el cachorro del regazo del príncipe, lo depositó en el suyo. Con manos ágiles, acarició a la pequeña criatura o, más bien, movió las yemas de los dedos a distancia del perro sin llegar a tocarlo realmente, como si lo estuviese envolviendo en alguna clase de barrera, real pero invisible. El animal se sentaba contento, con la boca abierta y la lengua oscilando fuera de la boca. Ocasionalmente movía la cabeza, cuando sus ojos seguían las misteriosas órbitas que trazaban las manos del mago.

—Podéis ver, mi príncipe, cómo comienza a envejecer.

Yezdigerd miró de cerca. De hecho, un súbito cambio se había empezado a apoderar de la bestia. Su expresión parecía más digna y serena; sus proporciones físicas parecían alteradas, pero no había crecido. De hecho, parecía una réplica en miniatura de un galgo adulto y elegante con los miembros atenuados y alargados. Conforme los cambios se incrementaron, el cachorro permanecía como una singular clase de híbrido: todavía manejable y de cuerpo redondeado, pero con un aire de madurez.

—El tamaño, como el tiempo, está sujeto a la envoltura de mi voluntad —Crotalus prosiguió con sus pases mágicos, ahora más amplios y con mayor facilidad, como un escultor como un escultor efectuando un repaso final sobre la arcilla—. En este caso tan sencillo, la subsiguiente madurez no ha precisado comida o bebida. Los años pueden comprimirse en unos momentos nada más. Como podéis ver, su respiración no se ha acelerado.

Y era cierto. El animal permanecía en calma. Incluso así, había una desazón en la mirada inquisitiva en los ojos del perro cuando miraba fijamente ora a Crotalus ora al príncipe. Sintiendo envejecer, podía percatarse que algo precioso e intangible se le estaba escapando. Su expresión se volvió definitivamente más fatigada y serena; la respiración de la criatura se hizo más pesada y su pelaje crecía más áspero, le faltaba el saludable lustre de antes. Después, matices de color grises crecieron en torno al cuello del perro y los pelos del bigote, como la escarcha del invierno en un tocón agonizante. Con un suspiro de fatiga, la extraña criatura, a medio crecer y embotada, recostó su cabeza de cachorro sobre las rodillas del hechicero.

—El proceso puede avanzar sin parar o detenerse —explicó Crotalus, cesando el movimiento de sus manos—. Y puede no detenerse hasta terminar con la vida del sujeto.

Interesado, el príncipe Yezdigerd se inclinó para acariciar al perro. Dio un respingo cuando, al tocarlo, encontró al animal inerte y frío. Había quedado reducido a un momia sin vida, poniéndose seco y rígido con suma rapidez. La piel del cuello se rasgó ligeramente cuando alejó su mano.

Con una gentil risa, Crotalus sacudió el cadáver desde su regazo al banco de flores.

—Como podéis ver, oh príncipe, para mí el tiempo carece de importancia... o debería decir que no es tal. Diez días serán suficientes para el proceso físico que preciso, suponiendo que la construcción del barco prosiga su ritmo.

—Diez días, ni uno más. Anunciaré la fecha de las pruebas navales este mediodía —el comportamiento del príncipe indicaba un respeto recién descubierto hacia el mago, y también una nueva cautela—. Presumo que las facilidades concedidas por el Almirantazgo son suficientes.

—Sí, pero necesitaré una tripulación completa de esclavos o prisioneros, un centenar de hombres por lo menos. Sus habilidades, incluso su salud, no me importan —en este punto, el circunspecto Crotalus lanzó una mirada furtiva al gobernante— dado que, probablemente, serán sacrificados en la tarea.

—Comprendo... tanto como necesito. Los tendrás —Yezdigerd se levantó de su asiento con brusquedad—. Crotalus, dependo de ti para obtener... logros tangibles. Hasta ahora, esta tarea y la de los otros dos prometedores candidatos a los que he apoyado me han decepcionado. También había comenzado a dudar del mérito de tu planteamiento, pero tu demostración de hoy me tranquiliza.

Extendió su mano y, tras una leve vacilación, la puso sobre el hombro del mago.

—Cualquiera que sea el conjuro arcano que tengas pensado para transformar esa gema en propulsión naval, procede. En este momento eres mi mejor y más brillante esperanza.

El anuncio de la nueva fecha para valorar el concurso se convirtió en el foco de una considerable atención. El segundo espectáculo iba a ser más importante que el primero, con espacio en el malecón del puerto y las marismas puestas a disposición

del público; además, se enviaron invitaciones a cortesanos de alto rango reservándoles posiciones de privilegio en los astilleros.

Se declaró día festivo, con la atracción adicional de auténticos piratas, con vida, traídos del Vilayet Oriental para ser condenados y ejecutados entre tormentos públicos, en los que la participación del populacho sería bienvenida. Se rumoreaba que Amra, el gran criminal, se encontraba entre ellos; en cualquier caso, ningún cabeza de familia debía dejar pasar un evento tan memorable, no sólo por la promesa de grandes festejos y fraternidad si no, también, por su espíritu edificante y de advertencia a esposas, esclavos e hijos.

Se preguntaban, y en algunos círculos con especial énfasis, porqué, tras el completo desastre de los primeros ensayos navales, se realizaba tan seguido un evento público tan magno. Las respuestas eran variadas y no necesariamente coincidentes unas con otras: se rumoreaba que el emperador Yildiz se había convertido en un imbécil a causa del vino o de los malignos humores que emanaban de su cama de mercurio; por consiguiente, sus asesores más allegados no lo molestaban insistiéndole en que un curso desastroso de los acontecimientos podía minar su poder. O, como alternativa, se decía que el ladino Yildiz sabía que el público había unido el nombre de su hijo Yezdigerd al concurso naval. Al viejo y sagaz emperador no le había dolido realizar un gasto tan flagrante de riqueza y prestigio por parte del estado para humillar a un niño presuntuoso; así, publicitaba el evento con la esperanza de que se produjese otro estrepitoso fracaso. Por su parte, Yezdigerd buscaba un triunfo público para mejorar su reputación y devolver el golpe a ambas partes.

Para Alaph el Alquimista, el anuncio de otro concurso encendió de nuevo sus antiguas esperanzas de triunfar en la competición; a la luz de su anterior desastre también se renovaron sus temores. En lo que se refería a la prometida ejecución de piratas, a Alaph siempre le habían aterrado ese tipo de espectáculos —debido, fundamentalmente, a su temperamento impresionable—, aunque, por lo general, le habían obligado a asistir con indiferencia dado que esas congregaciones de público favorecían positivamente la venta de pastelillos. Ahora, había delegado en otros la panadería; de hecho, descargado de esa tarea, había avanzado más en sus trabajos sobre los espíritus del agua. En esos momentos, salvo alguna rápida y ocasional visita de inspección a sus panaderos, había consagrado toda su atención al concurso.

Sus conocimientos sobre el valor de su trabajo habían crecido y se habían clarificado a lo largo de sus recientes trabajos. El dominio de los “espíritus del agua” suponía un gran poder pero, obviamente, también entrañaba grandes riesgos y requería valor y coraje para continuar. Si un adepto estuviese ansioso por enfrentarse a la muerte y horribles quemaduras, podría conseguir grandes premios, como poner a trabajar a los espíritus del agua impulsando los remos de las galeras. Alaph había concebido una manera de conseguirlo: mediante un viga resistente y engrasada, dentro de una caja de bronce, empujada hacia delante por la fuerza del vapor hirviendo y que regresase de nuevo por medio de una polea gracias al impulso de los

“espíritus del agua” en los tubos y válvulas en el interior de otra caja similar. Este movimiento hacia delante y hacia atrás podía usarse fácilmente para impulsar los remos, incluso en los navíos ya existentes reacondicionándolos según sus indicaciones. Esto limitaría la tripulación necesaria a tres o cuatro hombres, suficientes para dirigir el timón, alimentar el fuego, mantener la presión de la caldera y liberar un exceso de presión. También sería necesario modificar el modo de hundir los remos en el agua a babor y estribor por la dirección del timonel.

Una idea embriagadora y más elaborada que su inicial sistema de impulsión desde la parte posterior. Todavía resultaba crucial mantener confinados a los espíritus del agua para conseguir que realizasen un trabajo útil. Alaph había solicitado más metales y artesanos del astillero imperial para el proyecto y los había puesto a trabajar un tiempo suplementario en el proyecto.

En la misma línea, otra idea era el espolón de vapor. Como sabían todos los turamos, las naves de remos cercaban y daban caza para impactar con un exitoso golpe del espolón de proa; a menudo, la victoria se determinaba gracias a un diestro giro de las aletas^[52] o a un último y supremo esfuerzo de los remeros. Por consiguiente, Alaph vislumbró la posibilidad de un dispositivo que pudiese encajarse a proa, a popa, o en ambas, al final de una larga viga de madera encajada, una vez más, en una caja revestida de metal. Cuando, en el momento adecuado, se liberasen los espíritus del agua de la caja, el espolón envainado se dispararía hacia delante a través del agua atravesando o quebrando los navíos enemigos a una distancia inesperada.

Alaph ya había asignado un equipo de artesanos a este diseño. Últimamente, todavía estaba rumiando una idea más ambiciosa. ¿Por qué debía detenerse el espolón de vapor una vez que había alcanzado el blanco? ¿No podía liberarse completamente de la nave y alcanzar al enemigo como una lanza marina o un proyectil de balista? ¿Había algún modo de encerrar a los furiosos espíritus del agua dentro de un proyectil y que actuasen para propulsarlo a través de agua o, incluso, por el aire?

Alaph sondeaba con profusión a Mustafar, su oponente a la par que amigo. En incontables ocasiones, el diseñador de armas le había sugerido los medios adecuados para llevar a cabo alguna de sus ideas más peregrinas. Cuanto menos valor práctico inmediato tenían las sugerencias de Alaph, más parecía apreciarlos Mustafar señalándolos como materia de futuras investigaciones.

—Con nuestra habilidad e inventiva combinadas, no tengo duda —alardeó el armero— de que acapararemos el premio naval entre nosotros. Nada temo de la jerigonza, hechizos y lecturas astrológicas de nuestros adversarios. A la hora de la verdad, no creo que el príncipe Yezdigerd tenga otra alternativa.

El motivo de sus conversaciones suponía un examen previo de sus proyectos para el concurso. Alaph estaba analizando allí su nuevo ataúd de vapor, un rectángulo de bronce pulido que brillaba en la popa de una galera de amuras bajas y bien pertrechada. La rediseñada caldera se calentaba por efecto de la brea líquida de

Mustafar transportada a través de una tubería de abastecimiento desde un tonel asegurado en la amura. Los mecanismos más complejos del diseño de Alaph no se habían instalado todavía, él aguardaba primero a probar la resistencia y los escapes del sarcófago.

Por su parte, Mustafar permanecía de pie junto al alquimista en un muelle de piedra de escasa altura preparando su catapulta y esperando a que despejasen los canales. Era una máquina normal, no uno de sus modelos que arrojaban fuego o disparaban varios proyectiles. Pero pensaba utilizarla de una manera diferente: lanzar un recipiente de fuego que explotase sobre el agua, extendiendo las llamas como una barrera que detuviese a las naves que se aproximasen. Un dispositivo de este tipo, montado sobre un navío ligero, resultaría, posiblemente, una eficaz medida disuasoria contra los piratas. Si no hubiese admirado y simpatizado con el armero, Alaph hubiese envidiado profundamente su destreza.

—Estas condenadas fijaciones y resortes de cola de caballo son problemáticas —se quejó el artesano de bigote negro, mientras soltaba las clavijas en el armazón de la catapulta—. Reaccionan ante la humedad del mar y el calor del sol; deben ponerse a punto a diario. Tampoco pueden dejarse tirantes durante mucho tiempo para que no se deformen. A menudo he pensado utilizar una sustancia más dura, como hueso o metal, para tensar el cable.

—De todos modos, dispones de suficiente tiempo —comentó Alaph—. Será mediodía antes de que el carro acuático de Tambur Pachá haya despejado el puerto.

Se refería al último experimento en automoción del astrólogo: una pequeña galera propulsada por dos ruedas hidráulicas en lugar de remos. Las ruedas, suspendidas sobre el agua en cada amura de la galera, se asemejaban en tamaño a las ruedas de carro, pero con un par de diferencias. Por un lado, las llantas estaban provistas de pestañas de madera sobresalientes. Alaph hallaba interesante la idea; pero cuando pensaba en cómo podría aplicarla a sus propios fines, no tendría tiempo para desarrollar su proyecto para el concurso.

Como segunda peculiaridad, los rayos^[53] de las ruedas eran curvos, se deslizaban hacia fuera desde los cubos^[54] pero formando una intersección con las llantas en ángulo llano. En torno a cada una de las pestañas se había fijado un lastre corredizo de plomo. Esto, como Alaph había oído explicar, producía el siguiente efecto: en la parte ascendente de la rueda los lastres se deslizaban muy cercanos al cubo y había que ejercer poca fuerza; pero en el lado descendente, esos mismos lastres se deslizaban fuera de la llanta de la rueda y empujando hacia abajo las pestañas con más fuerza. Por consiguiente, al caer el peso con más fuerza en la parte descendente que en la ascendente, lo que debería suceder es que la rueda seguiría girando por su propio impulso.

A Alaph la idea le parecía demasiado buena para ser verdad. Aunque se había demostrado en la práctica, fuera del agua, la embarcación no parecía conseguir avance alguno. El astrólogo permanecía en la popa trabajando duro con el timón para

conseguir un avance en la bahía de aguas calmas. Las ruedas chirriaron y giraron perezosamente, pero no estaba claro si esto era causa o consecuencia de que la nave se fuese lentamente a la deriva. Quizá ayudaba el esfuerzo de los dos esclavos en el centro de la nave consagrados a la tarea de mantener los pesos engrasados.

—¿Cuándo se rendirá ese grandísimo idiota? —musitó Mustafar—. ¡Cuántas veces ha fracasado una idea estúpida en tierra! ¿Por qué habrá pensado que funcionaría mejor en el mar? ¡Ah, por fin pide a sus esclavos que utilicen los remos! Por lo menos no ha sido lo bastante necio como para dejarlos en tierra.

—Vas a tener que esperar bastante —observó Alaph— si no se aparta antes de que parta Zalbuventus.

Ambos se volvieron hacia la dársena colindante donde el inventor corinthio, como un pastor, guiaba a su tripulación de remeros hacia la galera que los esperaba. Cuando se apresuraron tenían un aspecto acobardado, eran seres rotos que se arrastraban tan lejos como podían del látigo aun cuando su ceñudo comandante, en popa, no llevase ninguno. Al pasar, emitían un zumbido extraño y ronco o una conversación, aunque ninguno parecía mover los labios. De manera inquietante, todos ellos se habían vuelto jorobados. Cada hombre, bajo una basta túnica que iba del cuello hasta las rodillas, caminaba hundido con los hombros o el espinazo sobresaliendo de forma pronunciada. Sus cuellos colgaban hacia delante, de forma antinatural, enrojecidos y dolorosamente lacerados.

En todos ellos, las deformidades eran peor que anormales; más bien parecían de origen sobrenatural. En algunas ocasiones el alquimista pensó que estaba viendo bultos deformes moviéndose bajo el tejido suelto de las túnicas y allí donde estaban los lagrimales contemplaba unos ojos escrutadores, unos ojos luminiscentes ocupaban sus rostros achaparrados y diabólicos.

—¡Vergonzoso! ¡Que caiga una plaga sobre todos los hechiceros! —juró junto al oído de su amigo, con voz ronca—. De todas las siniestras brujerías hacia las que se inclinan los hombres este vicio occidental de la filosofía debe ser el peor.

—Parece que ha encargado a algún incubo demoníaco —se maravilló Alaph— que los muerda y desgarre.

Contempló cómo el último de los esclavos corría para embarcarse delante del severo rostro su amo.

—Sí. Cada hombre tiene su diablo particular que le habla y chilla al oído para decirle cuándo ha de alzar los remos, cuándo ha de bogar, cuándo ha de vomitar y cuándo morir —el fabricante de armas maldijo de nuevo—. Les haría un favor si liberase ahora mi catapulta y barriese su galera con fuego purificador.

—No, no digas esas cosas —Alaph puso una mano sobre el nudoso hombro de Mustafar, intentando aliviarlo—. Con un poco de suerte, pronto estarán fuera de aquí.

Pero la fortuna no eligió el camino fácil. Una vez se hubieron impartido las órdenes y comenzó el redoble de tambores, la galera zarpó a un ritmo tosco y

titubeante. Las hojas de algunos remos sobrevolaron sobre el oleaje con torpeza y entrechocaron unas con las otras; mientras, otras se hundían profundamente bogando a un ritmo demasiado frenético. El resultado fue un avance errático que parecía todavía peor por las consecuencias del fracaso, que incluían advertencias guturales y roncas en una lengua extranjera así como sonoros alaridos de angustia. Como una y otra hilera de remos vacilaron pero recuperaron el ritmo, la nave serpenteó hacia los canales de forma penosa; los chillidos y súplicas fueron desvaneciéndose gradualmente.

Aunque con las piernas temblorosas desde aquel espectáculo, Alaph consintió en probar su nave.

—De todos modos, el mío es un ensayo sencillo: caldear el ataúd simplemente. No pretendo atravesar el puerto y retrasar aún más tu prueba.

Se aseguró de haber alejado la nave a una distancia prudencial del muelle para evitar víctimas inocentes en el caso de una explosión.

Entonces, pidió a su esclavo, que estaba en proa, que abriese las llaves para que comenzase el goteo de los líquidos inflamables. Dejó caer acero y pedernal en el cebadero, arrostrando una vaharada abrasadora cuando prendieron las llamas. Una vez que hubo prendido, la llama permaneció luminosa y uniforme. Alaph ya había decidido que la cañería no utilizaría los toneles de reserva. Esperó. Al menos, no antes de que el sarcófago de bronce comenzase a tirar y se enrojeciese a causa del calor y la agitación de los espíritus encerrados.

Cuando las paredes planas del ataúd comenzaron a pandearse, Alaph dio salida a algunos de ellos; primero a través de un tubo que había instalado a popa, bajo la línea de flotación; después, a través de otra sobre dicha línea. Él experimentó demostró algo que debía haber supuesto antes: las cañerías gimieron y el vapor salió a chorros furiosamente, enviando un surtidor de vapor que se desvaneció sin que se produjera ningún avance. El alquimista vio que los “espíritus del agua”, una vez liberados, no trabajarían de buena gana para él. Era necesario contenerlos, engañarlos con la promesa de la libertad, siempre que el engaño no los enfureciese ni durase demasiado tiempo.

Para señalar su posición en el agua, él tomaba como referencia el puerto cercano. Allí, Mustafar estaba listo con su catapulta; la embarcación de Zalbuulus, tripulada por demonios, había despejado el puerto. En ese momento, de nuevo, el alquimista notó algo siniestro. Una sustancia aceitosa y negra goteaba desde los trancaniles del muelle, agrupándose sobre la superficie del mar. Su mirada siguió el reguero de la mancha que se dirigía hacia el lugar donde estaban los toneles inflamables de repuesto de Mustafar, detrás de la catapulta. Vislumbró un movimiento furtivo en torno a la carreta. Uno o más toneles debían haberse volcado o roto enviando una corriente de líquido oscuro en dirección al lugar donde el fabricante de armas y sus esclavos se disponían a disparar para probar el arma.

—¡Mustafar! ¡Ten cuidado! —su lamento no fue escuchado, apagado por el ruido

chillón de la tubería de ventilación—. ¡Corta el combustible!

Haciendo señales a su esclavo en proa frenéticamente, Alaph cerró las válvulas de vapor de popa originando un lastimero quejido hasta que se extinguió. Erguido y tomando aire para gritar de nuevo, contempló cómo titilaba una llama en el malecón. El destello creció hasta convertirse en las negras manos de un gigantesco demonio de fuego. La bestia hambrienta devoró el muelle en un instante y su ávida lengua dio buena cuenta de la carreta con el suministro de repuesto, dándose un rico festín.

Aunque se había encabritado en el agua ante la potencia de la explosión y él mismo se había chamuscado ante la respiración ardiente de los “espíritus del agua”, la nave de Alaph salió indemne. De Mustafar, sus ayudante y sus innovadoras ideas no quedaba nada tras el holocausto salvo restos calcinados y reseca cenizas.

No se encontró ninguna pista sobre cómo podía haber sucedido tal desgracia. Algunos aludieron al inevitable precio de jugar con las fuerzas primigenias del fuego. Pero Alaph sabía a ciencia cierta que se trataba de un sabotaje. Incluso pensó en comentar este pensamiento a los oficiales del Almirantazgo. Pero, en ese momento, la tragedia se olvidó ante la excitación producida por la aparición una flotilla pirata.

La trampa perfumada

La flotilla que había bogado hasta el puerto na val de Aghrapur y audazmente anclaba en el mismo era una abigarrada amalgama difícil de ver. Había cuatro birremes alargadas de doble cubierta, del tipo que usaban las bandas de piratas del Vilayet Oriental —todas salvo una mal conservada y escasamente tripulada— algo más de media docena de galeras y navíos impulsados por remos de tamaño similar, una pentera bien pertrechada, todavía con los negros colores imperiales, que se parecía mucho a la nave que había perdido el nigromante Crotalus a manos de los piratas y algo más de una veintena de naves más pequeñas además de veleros, dhows y faluchos, muy comunes entre los isleños del Este del Vilayet y los invasores de las costas.

Aunque los intrusos eran de apariencia dudosa y sospechosa, las baterías de catapultas del puerto no los habían atacado ni los guardacostas imperiales los habían acosado porque, después de todo, una flotilla pirata de proporciones considerables difícilmente podía considerarse como un peligro para el imperio deteniéndose juntos ante el mismísimo corazón del poderío naval imperial.

Además, en lugar de la calavera y los sables entrecruzados de la hermandad pirata, sobre la birreme de mayor calado ondeaba el estandarte azul de un gobernador militar de Turán. En la cubierta de popa del buque insignia se había levantado un dosel que ocultaba a los pasajeros que transportaba el navío. A la vista de las actuales negociaciones con los isleños de la otra ribera del Vilayet, se juzgó conveniente informar del asunto al emperador Yildiz antes de emprender cualquier acción.

Y así sucedió, el emperador no tenía prisa por resolver la misteriosa llegada. Yildiz contempló la flota extranjera como una curiosidad pública y un interesante aderezo fortuito para el inminente espectáculo naval. Había expresado su deseo, que en los altos círculos de la corte equivalía a una orden, que cualquier acuerdo o castigo se difiriesen varios días para que el resultado pudiese exhibirse como una parte del espectáculo náutico.

De esta suerte, resultó que una pequeña lancha, tripulada por pocos hombres, fue la única embarcación que respondió a la invasión pirata. El oficial de la nave se colocó al costado del buque insignia y, cuando se le denegó el permiso para subir a bordo, no insistió. Al contrario, mantuvo en la borda una conversación cortés con una mujer alta, de nariz aguileña y vestida de cuero que afirmaba ser la capitana. Con suma

cortesía, fue invitada a unirse a los festejos de la orilla y encontrarse con oficiales del Almirantazgo después, ese mismo día, durante una cena vespertina en palacio. Ella replicó que el emperador Yildiz y sus cortesanos serían igualmente bienvenidos a bordo de su galera, *La Tormentosa*, para compartir el rancho junto con sus compañeras. Al final, acordaron encontrarse en tierra o, más concretamente, sobre las aguas del puerto. Por consiguiente, una barcaza imperial de recepción los proveería de todo lo necesario, los avituallaría y los guiaría al lugar. Esa tarde, sobre su amplia cubierta algunos de los más notables piratas y jefes de las tribus serían agasajados y cenarían espléndidamente.

Entretanto, Aghrapur era un hervidero de rumores y temores sin tomar del todo en serio a los piratas. El público atestaba las secciones públicas de los muelles desde las que podía verse la abigarrada flota mientras que los barcos particulares cruzaban el puerto para echar un vistazo más de cerca. Algunas de ellas, peligrosamente sobrecargadas de mirones, vendedores ambulantes y prostitutas, ofrecían a los piratas toda clase de productos y servicios a cambio de oro. La mayoría fueron obligados a volver por veloces guardacostas imperiales encargados de prevenir la difusión de la piratería y otras lacras sociales. Por orden del Almirantazgo, se izaron las banderas amarillas de cuarentena en las boyas y los barcos estacionados que rodeaban a los intrusos, indicando que no se permitía ningún tránsito entre la orilla y las naves.

Aún así era bien sabido que, a cambio de un módico soborno, se podían sortear las restricciones de las aduanas. En consecuencia, durante los días subsiguientes se comerció de tapadillo y se vendió información; los piratas descendieron a villas y casas de dudosa reputación y varios proscritos y desgraciados, en discrepancia con los ideales cívicos de la capital, se aventuraron a subir a las embarcaciones piratas, muchos de ellos para quedarse.

En los salones del consejo del palacio imperial, estos y otros temas eran objeto de un encendido debate. Sentado ante el emperador y sus consejeros, el príncipe Yezdigerd declaraba:

—Aunque naveguen bajo el pabellón de Turán, padre, siguen siendo piratas. ¿Cómo podemos estar seguros que tienen las gemas? ¿O al cautivo Amra? Todavía no nos han permitido echarles un vistazo, ni tampoco hay ninguna señal del capitán Knulf, primer líder pirata que se puso a vuestro servicio.

—Si se me permite una observación —Nephet Ali, siempre cauto en este tipo de encuentros, hablaba desde su asiento, justo bajo la tarima del emperador, donde Yildiz holgazaneaba sobre su trono con cuatro ninfas de su harén tendidas junto a él —, parece improbable que hayan navegado atravesando el Vilayet hasta la misma sombra de nuestro poder marítimo sin traer los objetos que les requerimos. Con toda claridad, buscan nuestra tolerancia y han de ofrecernos esos objetos para cimentar sus relaciones con el imperio de Turán.

—De hecho, las han ofrecido —Ninshub, el Ministro de Finanzas, obviamente no sentía ningún escrúpulo en desafiar a su viejo rival, el ingeniero imperial—. Por las

indirectas que han dejado caer, se intuye una negociación difícil. Los precios que nos quieren sacar son casi un acto de piratería.

—Incluso aunque así sea —la apacible voz del emperador hizo que ambos consejeros y sus concubinas se volviesen hacia él con respeto—, ellos mismos, su flota y sus posesiones están ahora en *nuestro* poder. Así que podéis, y os lo sugiero, regatear y hacer trueques con liberalidad, sin excesivo miedo.

—Si eso significa —el príncipe Yezdigerd se dirigió a su padre— que los vamos a apresar a ellos y a las naves y propiedades arrebatadas y los vamos a pasar por la espada, el fuego o la horca sin tener en cuenta cualquier comisión imperial o trato... ¡estoy totalmente de acuerdo! —el joven sonrió con severidad a su alrededor; en su mirada Nepheth Ali halló a un gran estadista—. Mi única pregunta es: ¿por qué posponerlo? ¿Por qué se permite a esos sinvergüenzas permanecer haraganeando en el puerto y perjudicar cada día un poco más nuestro prestigio? ¡Ataquemos ahora y acabemos de una vez con todo esto!

Yildiz sonrió con benevolencia a su hijo mientras palmeaba la rolliza pierna de una hurí que permanecía acostada en su regazo.

—Acepto tus opiniones, Yezdigerd; las acepto como el consejo demasiado ávido e impetuoso de la juventud. En otro sentido, permíteme que te señale la variada gama de naves piratas que tenemos ante nosotros. Ignoramos qué nave o naves contienen el tesoro y nuestro cautivo. En el golpe de fuerza que sugieres es más que posible que perdiésemos ambos. ¡Cuán mejor sería tenerlos en nuestro poder antes de atacar y arriesgarnos a perder sólo oro! —movió a una mano como si demostrase la simplicidad del hecho—. Más importante es la utilización que planeamos hacer de esos piratas en las inminentes festividades. Con tal fin, Ninshub —se volvió hacia su Ministro de Finanzas—, yo obstaculizaría el asunto y llegaría a un punto muerto pero mantendría abiertas las negociaciones hasta el último momento. No te muestres demasiado ansioso en pagar el oro, no sea que alguno de esos bribones sospeche e intente escapar.

—Con vuestro permiso, Majestad —Ninshub cabeceó, aceptando el aviso y hablando con un acento respetuoso—: ¿Hasta qué punto es importante que nos aseguremos que se trata de Amra? ¿No habría algún bribón corpulento al que pudiéramos descuartizar o empalar y también nos sirviese?

—¡Ninshub! ¡Me sorprende que mi tesorero imperial pregunte una cosa así! ¿No es cierto Isdra? ¿Aspasia? —buscó el asentimiento de sus rollizas ninfas con un propósito retórico—. Estás cuestionado la base misma de nuestra honestidad y justicia imperial.

Si la perplejidad del emperador era genuina o fingida era la clase de incertidumbre por la que Nepheth Ali siempre había encontrado arriesgado formular una pregunta en presencia del emperador.

—En primer lugar —el emperador movió la cabeza, frunciendo el ceño—, este Amra es un rebelde descarado y pícaro que ni siquiera se ha preocupado en

escondese u ocultar sus rapacerías. Éste es el tipo de ilegalidad más peligroso, una amenaza política que debe eliminarse.

»Como puedes ver, lo que resulta peligroso es el nombre porque los mitos populares y las leyendas se nutren de tales actos de desafío. El nombre y el hombre deben destruirse públicamente con idéntica certeza. Este es el tipo de verdades a las que un emperador debe someter sus asuntos —Yildiz miró a su hijo—. Afortunadamente, al menos disponemos de un testigo fiable: Khalid Abdal, que ha servido como agente imperial para apresar a Amra. Puede identificar a Amra con seguridad, incluso si intentan enjaretarnos un falso prisionero. Los propios piratas también pueden reconocerlo públicamente si se enfrentan a un castigo. Si dejamos a alguno vivo, será como señal de nuestra misericordia y buena fe... y nuestro deseo de estabilizar el este del Vilayet.

—Pero, Su Resplandor —Nephet Ali se decidió a hablar finalmente, formulando su consejo de un modo servil, como si fuese una pregunta—, ¿debo entender que deseáis arrestar a los piratas y entregarlos a las masas para que los hagan trizas el día de las pruebas náuticas? —El ingeniero ladeó la cabeza, en un gesto de evidente disgusto—. Temo que un acto de fuerza podría no agradar a vuestros súbditos y valerles a los piratas su cooperación en caso de una mutilación pública.

Apenas pestañeó en dirección a Yezdigerd y Ninshub, asumiendo que no apoyarían su punto de vista.

—En el subconsciente colectivo siempre existe algo de simpatía hacia el sometido, un poco de resentimiento hacia las manifestaciones de un poder totalitario...

—Exactamente —Yildiz asintió vivamente, mientras cosquilleaba el suave cuello de su concubina más próxima—, les gusta una lucha justa o, cuando menos, una apariencia de limpieza. Como a mí —complaciente, sonrió a la concurrencia—. Por eso yo no pensaba en una trampa o arresto sumario sino... más bien una batalla naval.

—¿Una batalla? ¿Aquí? ¿En el puerto de Aghrapur? —se trataba de Yezdigerd, picando en el anzuelo. Al fin y al cabo, era el consejero menos experimentado de todos los presentes—. ¿Pero esa escoria pirata podría igualar en una batalla a nuestra flota? No hay ni un atisbo de igualdad en eso.

—De nuevo, estás en lo cierto —Yildiz sonreía felizmente a sus ramerías y consejeros—. Por supuesto, siempre podemos buscar un pretexto que los fuerce a combatir o huir si fuese necesario. Pero sólo será un enfrentamiento justo si se enfrentan a un enemigo limitado... como los navíos de tu concurso, lo que únicos que, después de todo, tienen encomendada la tarea de destruir a los piratas del Vilayet.

Perdido por una vez, Yezdigerd arrugó el ceño a causa de la sorpresa.

—¿Piensas enviar los barcos de las pruebas navales contra la flotilla pirata?

El emperador rio bulliciosamente.

—Sí, exactamente; para que hundan a los invasores y maten o esclavicen a sus

traicioneras tripulaciones. ¿Qué mejor prueba puede haber para un buque de guerra? ¿Qué mejor manera de probar el valor de las ideas de mi joven hijo y demostrar de modo concluyente su valía al pueblo? Las masas aman este tipo de concursos. ¡Concedámoselo!

Abordo de una de las galeras, aunque no en el buque insignia para que no los atrapasen fácilmente en un ataque sorpresa, los capitanes piratas parlamentaban. Santhindrissa, que se había mostrado reluctante a asumir el papel de portavoz ante los oficiales de Yildiz, expresaba un frío desprecio.

—No puede confiarse jamás en esos gusanos imperiales, van cubiertos de seda como los gusanos que son. Se parecen a un bribón tan rastrero como el propio Knulf en el trato y se contonean a través de madejas intrincadas de forma tajante. Ningún pirata honrado puede intentar burlarlos —caminaba sobre los ennegrecidos tablones y giraba inquieta en el limitado espacio; sus sandalias, altas y de suela dura, sonaban casi con resentimiento sobre la cubierta que se balanceaba levemente—. Nos están tomando el pelo y juegan con nosotros aquí, donde saben que nos encontramos en una desigualdad aplastante.

»Cuando les apetezca, atacarán. Entonces, todas sus promesas y tratados tendrán la misma sustancia que la espuma que babea sobre el oleaje.

Conan, sentado sobre la barandilla de estribor, donde el toldillo permitía la entrada del frescor marino, contestó serenamente:

—Nuestra aproximación es todavía mejor que la que habíamos acordado. Hay que demorarlos y obtener el mejor precio. Entonces, véndeme en tierra; además, hay que organizar una incursión hasta la orilla para liberar a nuestros hermanos. Cuando se produzca la evasión, todo el puerto se sumirá en la confusión y, seguramente, podremos escapar.

—Pero ¿por qué dilatarlo? —Santhindrissa se volvió hacia Conan con fiereza, todavía impersonal en sus modales, sin ninguna señal que delatase que habían sido amantes—. ¡Tuya fue la idea de navegar hasta el gznate de Yildiz y tomar a los prisioneros de su buche! ¡Tus pobres hermanos piratas y tu anterior esposa! —enojada, se volvió y caminó hacia la barandilla del alcázar—. En suma, actúa sin retraso y acorta nuestra estancia en estas traicioneras aguas. ¿Por qué permanecemos aquí ociosos cuando ejecutarán a tus amigos dentro de dos días? Y empiezo a creer que a nosotros con ellos si el petulante Yildiz encuentra el modo.

—Capitana, has hablado injustamente a Amra —Philiope, desde su asiento junto a Conan, acudió en auxilio de su protector—. No concedes crédito alguno a su buen juicio. ¿Qué sucede con sus proezas marinas? —se revolvió con aire indignado en su túnica, ligera y suave, acorde con el calor del día—. ¿No es suyo el mérito de traernos hasta aquí, desde Aetolia a Aghrapur atravesando el Vilayet sin necesidad de ninguna recalada en todo el trayecto?

—La mayor velocidad, suerte o habilidad son una falta —replicó la capitana, con acritud— si conducen una nave o una flota a un peligro temerario.

—Ten paciencia, Drissa —imperturbable ante la agitación e ira de tigresa de la capitana, Conan se reclinó sobre poste de popa—. He estado enviando espías a tierra. Esta noche iré yo en persona a reconocer el terreno.

Contempló a los otros contertulios: Hrandulf, uno de los jefes de las tribus ribereñas, y Jalaf Shah, el anterior lugarteniente se había ganado la capitania del buque insignia de Knulf.

—Para ganar tiempo subiremos su oferta; recordad: debéis venderme a mí, pero no las gemas. Mientras las quieran y no sepan dónde tomarlas no se atreverán a atacar —gesticuló, señalando la abigarrada flota que se extendía más allá de la barandilla—. De todos modos, haríamos bien en vender de vuelta esas chucherías a los hyrkanios. Posiblemente, tras oír hablar de nuestro viaje a Turán, nos ofrecerán el rescate de un emperador.

—Tu plan es correcto —Hrandulf comentó en el rudo acento isleño desde su lugar en la barandilla de popa— si en verdad puedes escapar, rescatar a los prisioneros del imperio y reunirte con la flota. Pero si fracasas... no esperes que desembarquemos para liberarte.

—No lo veo difícil —Conan se encogió de hombros—. Nos enviaréis a mí y a media docena de selectos rufianes con las llaves de nuestros grilletos ocultas. Deberíamos poder superar con facilidad a nuestros guardianes.

—¡Magnífico! Inténtalo, pero no fracasas —Santhindrissa lo miró de forma amenazadora—. Hazlo pronto o mi nave, por lo menos, se marchará.

Entre tanto, en el puerto se dispararon los rumores acerca del papel que jugarían los piratas en los inminentes ensayos náuticos. Se rumoreaba que se instalarían a bordo compañías de la infantería imperial durante el concurso; que fuese una batalla simulada o real, contra los piratas o contra otros nadie lo podía decir. Entonces, Nepheth Ali le dio una instrucción inequívoca a Alaph:

—Prepárate para combatir contra los merodeadores del mar.

El panadero consideró la perspectiva con una mezcla de miedo y acongojada resignación. El concurso había ido demasiado lejos, de una oportunidad desenfadada y desbordante de fama y riqueza a un combate arduo y mortal. La persona a la que consultar cómo acondicionar una nave de combate hubiera sido Mustafar... si no estuviese carbonizado a consecuencia del fuego que se propagó de forma tan rápida y sospechosa.

En este momento, habiendo pedido al Almirantazgo guardias que rodeasen el lugar, Alaph salía de su galpón en raras ocasiones. Constantemente buscaba saboteadores y asesinos enviados por sus competidores o sus patrocinadores de la corte en la sombra. Se comentaba que el almirante Quub se sentía ultrajado por el asesinato de su candidato personal. Todavía no se había acusado a nadie del crimen públicamente.

En parte para acallar sus súplicas internas de angustia y remordimiento, Alaph trabajó día y noche para perfeccionar su embarcación experimental. Sus herreros y

carpinteros se esforzaron, también sin dormir. Como resultado, buena parte de ellos sufrió lesiones y quemaduras espantosas al realizar los procedimientos inusuales y altamente especializados que él requería. Pero cuando el brillante metal caldeado salió de la forja y se volcó en el seno de la madera de construcción quedó patente que algo formidable estaba tomando forma. Gradualmente, el trabajo cobró vida propia. Como los intrincados movimientos rituales de una danza del Gran Templo, las dudas y remordimientos de la vida humana se convirtieron en insignificantes e intrascendentes ante la comparación.

En el cobertizo de Tambur Pachá, muelle abajo, se había desatado una euforia similar en los últimos momentos. Del lugar surgía un fragor de martilleos y chirridos que rivalizaba con el de Alaph. Resultaba incierto que su diseño fuese útil pero su actitud era considerablemente superior a la del alquimista.

En contraste con los dos casos anteriores, el galpón^[55] asignado a la trirreme de Zalbuulus estaba sumido en el silencio y la penumbra, y más ahora, cuando el de Mustafar, a su lado, estaba abandonado.

En el bochorno de la noche, cuando la tripulación del filósofo corinthio hubo bogado de regreso en una segunda singladura, trágica y a trompicones, había habido ira y un feroz castigo; como lo evidenciaban los gritos, lamentos y aullidos de terror procedentes de la ergástula^[56]. Desde entonces, todo había permanecido en silencio... aunque se había podido ver a Zalbuulus en la dársena menos severo de lo habitual. Arqueaba sus cejas grises y su bigote con menor ferocidad y, en contra de lo que se había dicho, no había expresado ningún deseo de retirar su nave de las pruebas navales.

El competidor restante, el prudente Crotalus, se alojaba lejos del bullicio de los muelles al otro lado del puerto, en la zona pantanosa, en un complejo rodeado por una empalizada de madera. Según se comentaba, su reciente misión en pos de unas gemas mágicas había tenido éxito, al menos en parte. La naturaleza de su proyecto para la mejora de la propulsión náutica seguía siendo un misterio pero su mecenas, el príncipe Yezdigerd, tenía fe en sus poderes.

En opinión de Alaph, admitida su falta de formación y su inexperiencia en viajes, el uso de las gemas por parte del nigromante le hacía pensar en la más arcana de las brujerías. Hasta donde podía especular, los poderes mágicos de Crotalus podían ocasionar cualquier resultado concebible: un medio de controlar el viento y el clima, o quizá un espejo que le permitiese verlo todo con el que encontrar a todos sus enemigos o una maldición con la que atormentar a sus rivales, ya fuese mala suerte o ampollas en las posaderas. Fuese lo que fuese, se comentaba que era horrible y que sus efectos habían sido probados con mortales, como lo demostraba el destino de los esclavos del zimbabwano.

Según se decía, se trataba de hombres de Zaporoska capturados en alguna expedición punitiva a lo largo del Vilayet. Eran pastores achaparrados, cerrados y sin experiencia para desempeñar cualquier trabajo civilizado, hablaban un parloteo que

nadie en Aghrapur podía entender y sólo podían ser destinados a la pantomima o al castigo. Resulta incierto si Crotalus los tomaba como constructores de barcos, remeros o ambas cosas. Parecía que iban a ser entrenados por artes mágicas o hechizados, como la tripulación de Zalbuulus. Pero, cualquiera que fuese su ocupación, era evidente que no resultaba fácil ni placentera; los centinelas de la dársena hablaban de fugados desesperados —apresados cuando huían por el pantano en un frenesí de miedo, balbuceos y gestos incomprensible— cuando los arrastraban para devolverlos al nigromante, su amo.

Los preparativos de Crotalus parecían siniestros y formidables. Y despiadados, eso también; pero, en ese momento, el alquimista había encontrado lo necesario para endurecerse ante el sufrimiento. Si su propio experimento fracasaba, ocasionaría, sin duda, un estrago considerable y se perderían vidas, la suya incluida. Mientras que, si tenía éxito, destruiría muchas más vidas; en primer lugar, las de los desgraciados piratas del puerto, unos pocos de entre los innumerables enemigos que tenía el Imperio de Turán a lo largo y ancho del mar de Vilayet. Por lo que parecía, la desaparición de la felicidad de los mortales era una pequeña parte del proyecto.

Los cascos marcaban y arañaban los adoquines del oscuro sendero de las afueras. A la luz de las estrellas los olmos, con sus ramas desmochadas para mantener bien visibles las cimas de las paredes de las orillas del camino, se alzaban como centinelas de cabezas bulbosas. Dos corceles de color azabache y sus embozados jinetes, desprovistos de luz, avanzaban a paso lento y cauteloso culebreando entre las estatuas y las villas de los potentados. Los atalajes de las sillas de montar de los jinetes no hacían ruido y la pareja no intercambiaba ni una palabra.

Allí, en las afueras de Aghrapur, los alzamientos de los campesinos y las correrías de los bandoleros habían sido infrecuentes en los últimos siglos. Sus importantes habitantes no consideraban necesario protegerse dentro de un castillo o detrás de las gruesas almenas de una ciudad. La nobleza podía disfrutar de su riqueza al aire libre con seguridad, siempre que pudiesen permitirse el lujo de un valla de mediada altura, una puerta con verja y centinelas o perros guardianes para asegurar sus hogares. Tales medidas eran suficientes para mantener alejados a los hombres hambrientos sin tierras que, ocasionalmente, volvían al robo. Después de todo, generalmente los merodeadores locales actuaban furtivamente y a impulsos, y entonces actuaban solos o en pequeños grupos. Las patrullas de la caballería imperial estacionadas en las aldeas de los alrededores, esmeradamente acicaladas, eran más que suficientes para aprehender y castigar a la mayoría de los malhechores.

Los dos jinetes prosiguieron a lo largo de una valla alta; sus siluetas embozadas se reflejaban en la superficie pulida del mármol a la débil luz de las estrellas. La valla los condujo hasta una verja: un doble enrejado de hierro forjado. Los negros y afilados rejos del enrejado se alzaban sobre la cabeza del jinete más alto apuntando hacia las estrellas apagadas. No había puerta de entrada y la pequeña garita sin puerta que flanqueaba la verja estaba, tras una inspección más cercana, libre. El pasador de la

verga era una larga barra que se extendía más allá de la cabina hasta perderse de vista.

Condujeron por las riendas a sus nerviosas monturas hasta un paso cercano a la verja cuya oscura entrada servía para ocultarse de cualquier mirada a gran distancia. Cuchichearon durante unos instantes con las cabezas muy próximas; entonces, el jinete más alto entregó las riendas de su montura a su compañero. Poniendo un pie en los estribos y otro sobre la silla de montar trepó hasta la parte superior del pasador de la verja.

—Regresaré por este camino —murmuró la voz retumbante, aunque algo apagada—. ¡Espera aquí pero no te quedes después de que haya salido la Luna!

En vez de intentar trepar a través de las rejas, introdujo una pierna entre el enrejado metálico, se afianzó y aferró una de las rejas de dos palmos justo bajo la parte más gruesa. Presionó hasta doblar la vara con un débil gemido de metal pero sin emitir ningún gemido o exhalación. Después de estirar sus hombros bajo la capa, tomó otra y de nuevo, con un esfuerzo lento y tenaz, la dobló de forma similar. Irguiéndose, pasó a través del hueco que había hecho y se dejó caer como un felino sobre la tierra del otro lado de la verja. Allí, como una sombra errabunda, desapareció en dirección a las luces amarillentas de las ventanas de la villa.

El edificio tenía una estructura chata y amplia. Ampliado a lo largo de los años con diferentes estilos arquitectónicos, su muro exterior le había ahorrado la necesidad de tener un patio interior, como el diseño de un fortín de una casa solariega. En cambio, se desplegaban terrazas sobre los patios exteriores. Daban al exterior con timidez, a través de ornamentadas celosías, mamparas de listones de madera y en la parte superior delgadas colgaduras inmóviles en la noche, todavía apacible.

Situada en ese espacio abierto, sentada junto a la intensa luz de las lámparas de aceite que iluminaban su espejo, remachado en plata, una hermosa mujer se peinaba alisando su negra y larga melena.

Sus juicios, si fuesen críticos, hubieran sido irrisorios a la vista de la evidente hermosura de su rostro. Pero cualquier pensamiento se desvaneció cuando sus ojos chispeantes se abrieron desmesuradamente cuando sus dedos tocaron un rostro que aparecía a su espalda en la parte superior del brumoso espejo.

—¡Olivia, no grites! —Conan se deslizó sigilosamente hacia delante para poner una mano sobre su hombro, sólo cubierto en parte con ropajes—. Tengo caballos fuera esperándonos. Ponte algo para taparte y nos iremos.

Olivia se volvió y lo contempló allí donde él sobresalía con su capa larga y suelta por encima de su silla ligeramente reclinada.

—Entonces, capitán... ¿ha venido para llevarme al mar?

—Sí —dando una zancada hacia la única puerta, que permanecía cerrada, pegó su oreja a la madera y contestó con un cuchicheo—. Tenemos una pequeña treta para salir de aquí y rescatar a otros amigos. Entonces volveremos a navegar por el Vilayet. No temas, estarás segura entre los hermanos aunque yo me quede en tierra.

—¿Quieres que reanudemos juntos nuestra vida de piratas?

—Sí, Olivia. Nuestro futuro no conoce límites.

Descorriendo el cerrojo de oro de la puerta, recorrió la pared hasta llegar a un alargado armario empotrado y tallado con ornamentos.

—Knulf, ese traidor, ha muerto. Creo que he ocupado su lugar y dirijo la Hermandad Roja, pero con audacia y un propósito. Se están abriendo nuevas rutas comerciales y con los isleños a nuestro lado aguantaremos contra Turán e Hyrkania, contra ambos porque el poder y la riqueza caerán en nuestras manos como fruta madura.

De un tirón, abrió el armario y rebuscó toscamente en su interior; después extrajo un vestido largo y consistente y un mantón adornado con cuentas.

—Eso haremos —dio unos golpecitos a la empuñadura de su espada, bajo el manto—. Puede que haya que rasgar el vestido para que puedas extender las piernas sobre la silla de montar.

—¿Qué te hace pensar que deseo irme contigo? —Olivia no hizo ademán alguno de moverse; aún permanecía sentada, con poca ropa y ante su mesa de maquillaje.

—¿Qué? ¿Por qué? Ahora es el mejor momento para irnos, evitar a los centinelas del puerto y llegar hasta la flota. Quizá podría rescatarte del muelle en uno o días, pero sería algo más sangriento.

Aferrando una daga de la mesa, situada ante el espejo, Conan comenzó a efectuar una carnicería en el costoso vestido.

—Conan, ¿realmente piensas que deseo irme y vivir en la miseria entre estúpidos libidinosos para compartir tus flirteos con la muerte y otras mujeres?

Evidentemente, su tardanza para comprender la había encolerizado porque se agitaba impaciente sobre su silla con las mejillas encendidas.

—¿Por qué? ¡Es la clase de vida que elegiste compartir conmigo! —musitó Conan, mirándola herido—. He procurado para que nunca te faltase de nada.

—No, nada salvo privacidad, seguridad y dignidad —exasperada, agitaba la cabeza—. Ciertamente, la escogí por encima de una muerte por violación o lenta inanición en un pantano. Pero ¿no se le permite a una mujer buscar algo mejor? —hizo un gesto con la mano, indicando la cámara y sus lujos—. ¿Por qué no puedes verlo? Estaría loca para abandonar todo cuanto aquí tengo: riqueza, comodidades y seguridad.

—¿Comparas la libertad del mar con esta cárcel perfumada? —visiblemente irritado, Conan olfateó el aire pero levantó una mano exigiendo silencio—. Silencio o despertaremos a los de la casa. No puedo esperar aquí mucho tiempo.

Arrojó el cuchillo y el vestido mutilado hacia el desordenado tocador, se volvió hacia ella y anduvo más allá del espacioso lecho de sedas, hacia la ventana de la terraza. Apartó las cortinas con el dorso de la mano. A través del hueco escudriñó fuera con detenimiento durante un instante. Entonces, retrocedió en dirección a la mujer.

—¡Elige, Olivia! ¿Qué tienes aquí que yo no pueda darte?

—Hice mi elección en Djafur —levantándose de su silla, lo encaró sin reparos—.

Y pienso que también tú has elegido ya.

Tras otra veloz ojeada a través de la ventana, abandonó los cortinajes y regresó junto a ella.

—¡Vamos, mi amor! Recuerda tu juramento: navegar conmigo sobre el mar... fuese azul o rojo —alargó los brazos para abrazarla.

—¿Pretendes conseguir que vuelva con palmaditas y besos? —preguntó, impasible; su cara todavía permanecía clavada en los cierres de la habitación.

—¡Ganarte o perderte!

Atrayéndola hacia él, forzó un beso en sus labios. El momento se prolongó. Luego, sus manos de afiladas uñas rojas soltaron su espalda. En ese momento, unos pasos irrumpieron en la terraza exterior y el estrépito sonó en la puerta.

—¡Guardias, aquí! —se escuchó una voz profunda y triunfante—. Sabía que él vendría hasta nosotros. Pirata, por tu bien no la toques. Es mía. Cuido mejor de ella que lo tú cuidaste a mi desgraciada prima muerta.

—¡Khalid Abdal! —Conan se revolvió hacia la pared arrastrando consigo a Olivia mientras desenvainaba su cimitarra, oculta bajo su capa—. Oí decir que habías sido tú pero no lo creí.

—¡Créelo y ríndete, bergante! —el esbelto turanio cruzó la puerta, dejando entrar a dos corpulentos guardia imperiales que estaban tras él. Deteniéndose en el centro de la habitación, asintió a los otros dos que se abrieron paso a empujones desde la terraza. Pelear contra mí es inútil. Sin embargo, el emperador lo tendrá vivo e ileso.

—Así que me has tendido una trampa —contemplando a Olivia, Conan soltó su mano—. Y tú, Olivia, has servido como cebo.

—¿Y qué si lo he hecho? —preguntó la mujer; sus mejillas ardían cuando, orgullosamente, se alejó—. ¿Hacía falta algo de menor calibre para librarme de ti? ¿Supone alguna diferencia?

—Sí, podría haber salvado la vida de tu nuevo novio.

Diciendo esto, Conan se lanzó sobre el noble. Su cimitarra se alzó para estrellarse contra el sable que empuñaba Khalid Abdal.

—¡Retroceded! ¡Teneos os digo!

Las palabras del turanio no iban dirigidas a Conan sino a los guardias que, garrote en mano, se apiñaban para atacar al cimmerico.

—Dejadme luchar, no tendré que mutilarlo para abatirlo.

Batiéndose con el elegante estilo imperial, Khalid respondió a su enemigo golpe por golpe, estocada por estocada. Lentamente, fue cediendo terreno con paradas y estocadas que sonaron estrepitosamente en el angosto espacio.

Al girar la pesada cimitarra como si fuese un acero más ligero, esperaba que su falta de destreza igualase las fuerzas. No mostraba indicios de fatiga y menos cuando levantando su cimitarra para repeler una estocada presionó sobre el acero de su adversario y, sirviéndose astutamente de la afilada punta del sable, lo levantó hasta ensartarlo en la techumbre. Allí, el arma se clavó y quedó colgada, fuera del alcance

del desarmado Khalid Abdal que retrocedió rodando hacia la cama cubierta de seda.

—Ahora, truhán...

Recuperándose de su apuro, Conan recuperó su arma de un tortísimo tirón. Y se lanzó directo hacia Olivia que se había arrojado junto al caído Khalid, escudándolo. Aunque Conan era feroz en el ataque también lo era a la hora de refrenarse, como quedó demostrado cuando detuvo en seco su estocada. La punta de su acero traspasó el tejido de su anterior compañera de a bordo esbozándole un segundo ombligo, muy próximo al verdadero.

Un instante después, los gañanes imperiales se precipitaron sobre él, desarmándolo y empujándolo al suelo. Gruñendo y maldiciendo, lo tumbaron. En ese momento, sacaron sogas y comenzaron la lenta y dificultosa tarea de maniatarlo.

Mientras tanto, Khalid Abdal se soltó de un esposa. Tras un murmullo avergonzado de agradecimiento a Olivia, se dirigió hacia Conan de forma más firme y adusta. Anudando la melena del cimmerio con ambas manos, forzó la cabeza del cautivo y lo sostuvo inmóvil.

—Luchas bien pirata. Mejor que yo, entrenado como un caballero —mover la cabeza, casi con pesar—. Si estuviera en mi mano, te permitiría una muerte de caballero. Pero no puede ser.

Mientras, Olivia se había aproximado a la ventana y había apartado las cortinas.

—Tu guía se ha alarmado —dijo a Conan, rotundamente—. El que te acompañaba... ella se marcha.

Se asomó por la ventana después de que el ruido de cascos de caballo se debilitara.

—¿Qué? ¿Sólo dos caballos? En caso, ¿pensabas que montase con ella? —dejó caer la cortina, sin mostrar emoción alguna—. ¿O ella montaría en tu regazo?

La guarnición naval

Las primeras luces del alba sorprendieron a Conan montado a horcajadas sobre una cabalgadura sin bridas ni estribos y atado con tanta fuerza en torno a brazos y pecho que apenas podía respirar. De esta guisa, intentaba mantener el equilibrio para evitar colgar ladeado en la silla de montar o arrastrarse por el suelo y no tenía oportunidad de intentar liberarse de sus ataduras.

Afortunadamente, era muy temprano. Pocos turanios deambulaban por las calles de Aghrapur y sólo hubo un pequeño tumulto cuando desfiló junto a la señorial veqa en dirección a la costa. Allí había habido más espectadores lo suficientemente atentos como para suponer que se trataba de otro cautivo destinado a la ejecución del día siguiente el que había ocasionado la confusión. En vista de su mísera escolta, media docena de jinetes de la caballería rural, y la ávida expectación despertada en los pueblos de alrededor, nunca hubiera terminado el viaje.

Cuando pasó, no sufrió agresiones ni lo lincharon. La proximidad de soldados atentos evitó que le cayese encima alguna maceta, aunque alguna erró por poco. Sólo unas pocas piedras, melones y desperdicios arrojados alcanzaron su objetivo. Desde ventanales con los cerrojos echados y en las paradas del camino llegaban juntos burlas y mofas así como ocasionales gritos de apoyo y saludo. Estos vinieron a demostrarle que los felones y piratas no eran unánimemente despreciados o desconocidos; no, incluso allí, en la cuna del imperio.

Los jinetes penetraron en la zona más imponente de Aghrapur cuando se iniciaba el comercio de la mañana. Avanzando a un trote forzado pasaron junto a los mercados, los grandes templos y los altos y sólidos baluartes de los palacios llegaron finalmente a la fortaleza naval que extendía la ciudadela hacia el este, a lo largo de la ribera. En cuanto alcanzaron el alargado y chirriante puente levadizo de la muralla el clamor del gentío quedó atrás.

Conan, atado como un cerdo y penosamente montado, no podía esperar ayuda pero sí maravillarse ante la inmensidad de los astilleros. Allí, entre montones de madera y bobinas de cordajes, latían los huesos y nervios del poderoso Turán, lo bastante poderoso para cruzar el mar y obtener riquezas y esclavos de más de una docena de extensas tierras. Todo aquel bosque de remos y mástiles, la multitud de esforzados reclutas y los centenares de almacenes navales equivalían a poder puro, una temible y peligrosa concentración de poder. No por primera vez, Conan se

preguntó si él, un rebelde, no había sido un idiota por aventurarse tan cerca de las fuentes de la tiranía.

Las tropas de caballería, que se detenían esporádicamente a entregar órdenes escritas y justificar su presencia ante oficiales navales que caminaban con paso arrogante, marcharon a medio de galope hasta una hilera de galpones cubiertos, que estaban acordonados por la guardia del Almirantazgo. Borearon el muelle principal, donde un grupo de trabajadores amueblaba diligentemente un espacioso pabellón con mesas, bancos y una tarima con cojines. Conan sintió una punzada al contemplar cómo se balanceaba fuera, en el puerto, en medio de barcazas, veleros y galeras, su heterogénea colección de navíos piratas anclada. Desde aquella ventajosa perspectiva, parecían febles y diminutos; flanqueados por los hocicos de las catapultas y los picos de las birremes en las dársenas parecían estar perdiendo el tiempo en las mismas fauces del imperio.

Enfrente se alzaba el tosco edificio de piedra de la guarnición naval. De todos las fortificaciones de los alrededores, aquélla era la que Conan había estudiado con más detenimiento, recopilando informes de los piratas que habían escapados de los imperiales y por sus propios recuerdos de los lejanos tiempos en que había servido en el ejército turanio. Había examinado el edificio desde el puerto y la visión desde tierra completaba la imagen del lugar: una fortaleza amplia y de forma cuadrada, flanqueada por torres de vigilancia, catapultas sobre sus tejados, protegidos por almenas, y terrazas orientadas hacia el mar. Los oficiales del puerto ocupaban la planta superior, divisando el puerto a través de ventanales de amplias ojivas, bajo los acuartelamientos de los soldados. Los niveles inferiores, circunvalados por muros defensivos y un foso cenagoso, se usaban como prisión para alojar a los enemigos y cautivos traídos desde puertos lejanos.

Habiendo cruzado los embarcaderos de piedra, atravesaron la puerta de entrada gracias una rampa de madera bamboleante; finalmente, el grupo de jinetes echó pie a tierra. Un par de ellos arrastraron a Conan fuera de su montura; su cabeza se arrastró por los guijarros antes de que pudiese hacerlo con los pies, atados por una soga. La pareja y su capitán lo obligaron caminar entre estrechas medidas de precaución, más de una docena de guardias armados, hasta un patio interior. Entonces, le dieron la vuelta en dirección a los oficiales del Almirantazgo.

—¡Cortad esas ridículas cuerdas! —ordenó un lugarteniente oficioso, con bigote y vistiendo un turbante de plumas rojas—. Aquí no las necesitamos, y los guardias del Almirantazgo no maltratan a sus prisioneros.

—Éste es el sanguinario Amra, el pirata, el terror del Vilayet —advirtió el capitán de caballería—. Os rebanaría el cuello con tanta facilidad como se cenan unos higos confitados.

—Si lo arrojo a los calabozos maniatado de esa manera, los prisioneros, compañeros suyos, muy probablemente quieran darle puntapiés hasta matarlo o ahogarlo —el lugarteniente contempló cómo su subordinado desenvainaba un

cuchillo y se ponía a cortar las ataduras de Conan—. Lo necesitamos sano para la ejecución de mañana.

—Un cabecilla como este reavivará los problemas con sus anteriores camaradas —dijo el capitán, preparándose para marcharse—. Te aconsejo que lo coloques una celda separada.

—No hay muchas posibilidades para ello —el lugarteniente murmuró al jinete en su aparte—. Con todas las piras y tormentos planeados para la exhibición naval nuestra cárcel está colapsada por los hechiceros de todas partes del imperio.

Con profundas aspiraciones, Conan respiró el aire rancio del patio y flexionó sus hombros, con calambres y doloridos. En silencio, agradeció a Crom su buena suerte. Sabiéndose manipulado, había pensado en romper algunas cabezas y buscar su libertad al momento. Pero sabía que eso sería temerario y haría peligrar todo.

»Todo permanece igual; lo que se ha perdido con mi captura es el precio que ofrecía la corona de Turán por mi cabeza", se dijo. A menos que continuase la mala racha, Philiope debía haber regresado a la flota al alba. Drissa y los otros podrían decir que había escapado la noche anterior y proseguir las negociaciones exclusivamente en lo concerniente a las gemas. Podía intentar escaparse y volver con los piratas para que, a su vez, éstos pudiesen venderlo de nuevo a Yildiz... Pero no, nunca se lo creería. Sería mejor que aceptase su suerte y buscase una manera de escapar.

Los guardias del Almirantazgo lo condujeron por una rampa a la planta inferior, hasta una puerta de barrotes oxidados que crujió en cuanto se acercaron. Lo introdujeron en el interior y, para su sorpresa, la puerta rechinó al cerrarse; sus captores quedaron fuera. Mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, un garrote lo golpeó con fuerza en la cabeza haciéndole ver las estrellas. Una bota dura le pateó la región dorsal de la espalda enviándolo, tambaleante, hasta un corredor saturado por un hedor atroz.

—¡Vamos a llevarnos bien, compañero! Sigue moviéndote... y no te pases de listo a menos quieras más de esto.

El garrote lo golpeó de nuevo impactando sobre una oreja; en la oscura y rancia oscuridad sus ojos, llorosos a causa de la pestilencia, no pudieron determinar desde qué dirección le venían los golpes. Conan tuvo la impresión de que dos figuras, por lo menos, lo acosaban por detrás propinándole puntapiés y empujándolo implacable para evitar que se levantase. Mareado, empezó a volverse para resistir; entonces, se le aclararon las ideas y recordó que *deseaba* que lo arrojasen a los calabozos. Aunque renuente, cayó de bruces; otro golpe lo ayudó.

—Ahora... ahí, puedes entrar y unirte al resto.

Escuchó el chirrido irritante y áspero de otro portón junto a él, vio la entrada, una gatera con forma de arco y agachándose avanzó hacia él como pudo. Tambaleándose, entró. No esperaba encontrarse con que, bajo la humedad, no hubiese suelo; no había dónde hacer pie. Tras un chapuzón, se encontró boqueando y ahogándose en un cisterna ancha y profunda de aguas frías y putrefactas.

—¿Quién va esta vez? —refunfuñó una voz cercana, en medio de risas ahogadas
—. ¿Otro contrabandista de té de la remota Akif?

Tosiendo en medio de sus gritos y carcajadas, Conan recuperó la voz:

—Soy Conan de la Hermandad Roja. ¿Quién quiere saberlo?

—¿Qué? ¿Amra, el pirata del Vilayet? ¿Amra, el azote del mar occidental?

Las carcajadas exultantes y los gritos, aunque se mantuvieron por el eco del lugar, parecieron, no obstante, débiles y tuberculosas. Otras, más joviales y estruendosas, le llegaron desde el portón que había cruzado. Mirando detenidamente hacia arriba, vislumbró una rejilla de hierro cerrada y una cara que lo miraba de soslayo —redonda como la Luna llena—, autoritaria y satisfecha, sonriendo abiertamente a su cautivo.

—¡Bienvenido, gran Amra! ¡Qué afortunados somos al tener tan honorable invitado!

—¡Largo, mofeta!

Cuando Conan recogió un poco de agua pestilente y la arrojó hacia la rejilla, el rostro se retiró.

—Mi flota pirata me espera anclada en el puerto y no tengo planes de quedarme aquí mañana.

—¡Ja, ja! —aquellos tipos, unos shemitas zafios, morenos y con barba, rieron implacablemente—. Ninguno de nosotros lo espera, eso es cierto. Pero vamos. Si realmente eres Amra, hay hombres de tu tripulación entre nosotros. Te reconocerán.

Llamando al recién llegado con un gesto cauteloso de convicto, lo condujo más lejos a través de las aguas profundas.

—Me llamo Vulpus. A propósito, soy un pirata de río.

Según explicó Vulpus, la fortaleza naval se estaba hundiendo en el barro del río Ilbars a causa del peso las piedras de las bóvedas y contrafuertes. Por ello, los calabozos permanecían inundados a diferente profundidad, dependiendo de la estación. Por lo general, el nivel del agua no estaba tan alto como en ese momento; sólo en raras ocasiones, durante las inundaciones de primavera o los torrentes invernales, subía hasta el techo y ahogaba a los ocupantes.

Con el curso de los años, el corredor central se había rellenado con piedras para proporcionar un acceso más fácil a las celdas. Los calabozos mismos no se habían reconstruido desde que la única luz y ventilación procedía de las verjas que había en la piedra y se habían sumergido, del todo o en parte. A lo largo de aquel lugar había unas pocas repisas y redes colgantes donde los presos podían mantenerse secos. Estaban reservados para los criminales más feroces y respetados. Las privaciones eran intensas pero temporales dado que, pronto, la muerte paliaría la masificación. Por el momento, los presos sufrían de modo abominable a causa de las fiebres palúdicas, el frío y los enconados mordiscos.

—¿Te refieres a las ratas? —preguntó Conan mientras vadeaba hacia el oscuro final de la cámara.

—No. Cangrejos —Vulpus indicó un corte profundo y supurante en su brazo

peludo—. Por las noches, se arrastran desde el puerto e intentan comernos. Con toda esta humedad, las heridas de sus pinzas se inflaman y no sanan. Afortunadamente para nosotros, ellos mismos son bocados más apetitosos.

Entre heces y cascotes de la propia cárcel estaban Yorkin, Ivanos, Ferdinald y el resto de los miembros de la Hermandad que habían sido apresados. También se hallaban presentes piratas del sur del Vilayet, bandoleros de otras provincias, amotinados, asesinos locales y contrabandistas. Los hombres de Conan habían oído hablar de la llegada de la flotilla pirata y se alegraron de su presencia. Pero ellos esperaban ser comprados o rescatados, no que su líder se uniese a ellos. Tras varias semanas pudriéndose en aquel agujero apenas podían compartir la despreocupada expectativa de una fuga. Otros depositaron su esperanza en la idea de una ayuda externa, como, por ejemplo, un rescate por parte de la flota de Conan. Se cuidó en no desengañarles de esa falta perspectiva.

—La mayoría de nosotros moriremos mañana —declaró Vulpus en nombre de los presos comunes—. Si piensas salir de aquí, llévanos contigo. Pelearemos por ti. No tenemos nada que perder.

Es lo que Conan había estado esperando; todavía no había hecho promesas.

—¿Qué hay de esos guardas del Almirantazgo? Son unos monos muy duros. ¿Cuántos son?

—¿Guardias? ¿Qué guardias? —replicó Vulpus, desconcertado—. Ningún guardia del Almirantazgo que se respete baja hasta aquí. ¡Ah, te refieres a Rondo y sus hombres! No forman parte de la guarnición, son presos como nosotros... ¡confidentes! —se carcajeó, resopló y escupió sobre las aguas estancadas que, en aquella zona, sólo llegaban hasta la rodilla—. Hay seis en total, incluyendo al cabecilla.

—¡Auténtica escoria! —confesó Conan—. ¿Cuál fue su delito?

—Es más fácil preguntar qué crimen no lo es —voceó de nuevo; pero en esta ocasión se lo pensó mejor a la hora de escupir—. Los carceleros le permiten tener la llave y el gobierno de este sitio. Rondo sólo escoge como ayudantes a sus anteriores compañeros.

La prisión tenía forma de tres galerías diseminadas en torno a tres lados del fuerte y conectadas por un corredor central con forma de u en la planta superior. Algunos de los hombres de Conan se hallaban en otras celdas y él, en su papel de Amra, el líder pirata, insistió en que se les debía informar de su llegada.

La comunicación entre las celdas sólo era posible dando golpes en la parte menos gruesa del muro de piedra. Dado que Conan no estaba en la galería central, hubo un considerable retraso desde que se enviaron los mensajes y llegaron desde las celdas más lejanas, también mediante el tamborileo. En consecuencia, la tarea de planear y debatir les llevó el resto de la mañana.

Empujada a través de la puerta enrejada, llegó la comida del día en una gran escudilla, profunda y hueca, que flotaba a lo largo de la galería. Por suerte, la comida habitual era repelente y poco apetitosa, unas gachas pastosas de grano amargo

aliñadas con trozos amorfos de pez y calabaza, y los presos más fuertes no se comían todo; una buena parte permanecía intacta para los débiles y desesperados.

Los convictos completaron y exageraron la repugnante estampa que Knulf había pintado sobre los tormentos que les aguardaban al día siguiente. Se había preparado un prolongado y variado espectáculo de ejecuciones para después de los ensayos náuticos: empalamientos, piras en cascos flotantes y, más adelante, como culminación, el desmembramiento del aterrador Amra y otros pocos más. Ante todos estos rumores, la ciudad aguardaba enfervorizada.

—¿Y qué se dice del concurso? —preguntó Conan—. Oí que la primera prueba fue un fracaso a pesar de todos los hechizos y diabólicas invenciones de los magos que congregó Yildiz.

Sus compañeros de celda lo informaron de todas las habladurías sobre los eventos de los astilleros, obtenidas sobre todo cuando los sacaban para enterrar a los muertos y limpiar los calabozos. Incluyeron en sus explicaciones la reputación de los concursantes, el misterio desvelado con que planeaban sus esfuerzos y el juego de rivalidades de la corte.

Al haber sido perseguido por el hechicero Crotalus y haber igualado sus proezas náuticas, Conan pudo comprender bien que estaba en la estacada.

—Por supuesto, habrás oído hablar —le dijo Vulpus— que el día de las pruebas todos los hechiceros se lanzarán contra la flota pirata para acabar con ella. De todas formas, este es el rumor más extendido. Presumo que te has preparado para ello.

—¡Oh, sí, sí! —totalmente sorprendido por estas noticias, juzgó prudente ocultar su ignorancia—. Con un poco de suerte ya estaremos en el mar para ese momento.

—En lo que a mí respecta —prosiguió Vulpus—, no me gusta desperdiciar mi vida a bordo de una nave. La piratería fluvial es un negocio para hombres libres, con viajes cortos y, a lo sumo, unos pocos hombres en una lancha. Nuestros camorristas van y vienen libremente. Repartimos el botín a partes iguales y lo gastamos cuando nos place. Pero todos los marineros con los que me he topado cuentan historias de grandes trabajos y penalidades... y castigos feroces. Vosotros, los capitanes piratas, parecéis tiranos iguales o peores que los capitanes de la armada turania o los mercantes, o que el viejo Yildiz en persona. Y te pregunto: ¿por qué debe seguir ese negocio un ladrón libre?

—Nunca fui un hombre que agachase la cabeza ante la tiranía —Conan, con un vivo deseo de sobrevivir a la prisión y acuciado por la necesidad de un capitán marino: reclutar hombres, escogió sus palabras con mucho cuidado—. Sí, incluso así, hay mucho que decir sobre la rutina de un barco, el credo de la Hermandad Roja y por qué seguir a un líder fuerte. Porque, yo mismo, fui un humilde soldado de caballería en el ejército del emperador Yildiz hace años. Estuve bajo su disciplina y aprendí de él, hasta el punto de rivalizar con él ahora —al prolongar gradualmente su discurso, los presos se congregaron a su alrededor—. Cediendo a este dominio y aguantando bajo él, también puedes convertirte en un señor de hombres. Es cuanto

pregunto a cualquier marinero a mis órdenes.

Los convictos más cercanos cabecearon en señal de asentimiento, parecían inspirados por las palabras de Conan. Poco después, ayudó a Vulpus a devolver la escudilla vacía a los colaboracionistas. Sin previo aviso, mientras Vulpus aporreaba la puerta enrejada, un grupo de presos de largas barbas se arrojó sobre Conan y lo empujaron hacia las aguas, haciendo todo lo posible por ahogarlo.

—¡Sinvergüenza! ¡Demonio! —gritaron mientras le daban puñetazos y le propinaban una paliza, forcejeando con él bajo salpicaduras de aguas oscura—. ¡Vosotros, la escoria pirata sois la perdición de los honestos contrabandistas! Patanes ignorantes, quemasteis nuestro cargamento de té de Vendhya, suficiente para que hubiésemos podido negociar nuestra salida de este agujero. ¡Muérete, ladrón del mar! ¡Perece en este húmedo estercolero!

—¡Carceleros, carceleros! —Vulpus sacudió la verja, pidiendo ayuda a gritos—. ¡Hay un motín! ¡Acudid prestos! Los ladrones de los ríos están asesinando al pirata Amra.

La cara de Luna llena de Riondo apareció tras la verja, torciendo el gesto con una sonrisa cínica. En ese momento, cuando Conan, peleando por ganar la superficie, arrojó a dos de los asaltantes contra la pared para ser arrastrado nuevamente hacia abajo por los restantes, la nube de la duda borró la certeza de su frente. Volviéndose, llamó ásperamente a sus ayudantes.

—¡Aquí, muchachos! Los guardias quieren a ese villano de Amra con vida. Se nos llevarán los infiernos si muere. ¡Entremos y rompamos algunos cráneos!

Introduciendo de golpe su llave en la cerradura mohosa, el carcelero abrió la verja y permitió entrar a tres hombres, provistos de garrotes.

En un instante, los alborotadores se abalanzaron sobre los guardias. De igual modo, Conan y los contrabandistas saltaron del agua y arremetieron para pelear contra ellos. Entre tanto, Vulpus se colocó en mitad del quicio de la puerta abierta y se mantuvo allí, soportando una furibunda lluvia de puntapiés y golpes por parte de Rondo. Más presos, como se había concertado de antemano, irrumpieron fuera a través de la puerta. En un instante, los confidentes fueron abatidos chapoteando y solicitando ayuda sofocadamente. Sus cachiporras cayeron en unas manos vengativas. Conan se apresuró hacia la puerta y se coló en el corredor, con Vulpus actuando como escudo involuntario.

—Ahora, cerdo —pasando junto al costado del shemita, Conan aferró el garrote de Rondo, a medio voltear, y lo envió lejos, como si fuera un palito. Cuando el carcelero se volvió para echar el cerrojo, Conan lo atrapó por el cuello y lo arrastró contra el muro—. ¿Dónde está la llave?

—¿Dónde está? ¡Está ahí, capi... señor!

Rondo llevó la mano hasta un cordón de su cinto y ofreció a su captor una mohosa llave de hierro.

—¿Una sola llave?

Conan la aferró tirando de su ropa hasta quedarse con ella. Estaban rodeados por una turba empapada: los prófugos del calabozo.

—¿También abre esa puerta? —con la cabeza indicó la rampa superior, donde la puerta sólo era un pequeño haz de luz con forma de cruz barrada al final del pasillo.

—Pues no, capitán. No tengo la llave de esa puerta —negó Rondo con la cabeza; en la penumbra, el sudor corría visiblemente por su cara redondeada.

—¡Vulpus! ¿Miente este desgraciado? —exigió Conan, volviéndose—. Pensé que habías dicho que él tenía la llave.

—Sí, la de las celdas... seguro —respondió el shemita, masajeándose su maltrecha espalda—. Pero, en verdad, dudo que el Almirantazgo diese la llave exterior a Rondo.

—No, capitán. Nunca me confiarían la llave de la puerta exterior. Yo y mis muchachos nos hubiéramos largado.

—En ese caso —Conan puso una mano sobre el cuello del carcelero y comenzó a apretar—, de acuerdo; vive... si puedes aguantar —se volvió hacia los otros—. ¿Qué sucederá si comenzamos a matarlo lentamente? ¿Intentarán intervenir?

Los convictos reconocieron que la esperanza de que eso ocurriese era muy pequeña. Cuando echó una ojeada a través del enrejado divisó la silueta de dos guardias del almirantazgo recortándose contra la intensa luz, permanecían cerca de la arqueada entrada en la cúspide de la rampa.

—Suenan como si hubiese algún problema ahí abajo —dijo uno de los que abajo llamaban de buen carácter—. No se preocupen, no nos molestan.

—Desean escapar, no hay duda —observó el otro—. ¿Es que se apresuran, después de todo? ¿Mañana les permitirán salir!

Era improbable que las tropas navales cayesen en el mismo truco que había engañado a Rondo. Y los presos, tras haber saqueado sin fruto los catres de los dormitorios de los carceleros, todavía no tenían nada, ningún instrumento o arma de acero. Chorreando agua, con los prisioneros de las otras celdas gritando, se encontraban atrapados en el húmedo sótano, careciendo de materiales con los que hacer un simple fuego. No podían agenciarse una porción del metal de la puerta, sólidamente fijada en su jamba de piedra. Tampoco tenían que usar como ariete.

—Aún así, disponemos de unos doscientos hombres —señaló Conan—. Y de los puntales de este fortín con los que jugar. ¡Por Bel-Dagoth! Vamos a tirar de las orejas a este lugar.

Y, de esta suerte, los convictos se dispusieron a minar el edificio de la guarnición naval. Tomaron las escasas cadenas que tenían y las enlazaron en torno a un pilar de la sala de oficiales. Usando como lazos mantas y las correas de los catres, Conan habilitó espacio para tantos hombres como pudo. Extendieron un doble gancho de remolque a lo largo del arqueado pasillo que, esperaban, protegería a casi todos cuando se derrumbase el techo.

Aún así, los sillares no cedieron; fijos en su posición por el ciclópeo peso de la fortaleza se negaban a moverse. Por el contrario, los eslabones de hierro, toscamente

forjados, se estiraron y se partieron enviando al suelo a los reclusos en un montón, dolorido y maldiciente. Encolerizados, se embarcaron en el proyecto aún más peligroso de enlazar y rodear los dos pilares adyacentes con cadenas, correas y mantas. Enroscando estas ligaduras provisionales con garrotes y las barras de los catres, intentaron por todos los medios mover ambos pilares y volcar uno de ellos. Entre frenéticas ovaciones, su esfuerzo inicial movió una sección de piedra sobre la que se asentaba el enrejado. Pero el pilar apenas se desplazó. Pronto, la tarea de los presos se vio obstaculizada a causa de un instrumental frágil y la imposibilidad de realizar un buen apalancamiento. Sus trabajos se prolongaron a lo largo de la tarde sin mejor resultado.

Al crepúsculo, una delegación de tres oficiales del almirantazgo descendió hasta la puerta principal para parlamentar a través del enrejado. Convocaron a Conan como portavoz de los presos y a Vulpus como su segundo; una muchedumbre de reclusos se mantuvieron a la escucha. A juzgar por su capote de armiño, estaba presente el señor del puerto y, posiblemente, también el jefe de los calabozos. Pero el portavoz de la partida fue el vivaracho y emplumado teniente que había recibido a Conan en la fortaleza por la mañana.

—Venga, capitán Amra —dijo el hombre, sin preocuparse por las presentaciones—. Su intento de remover la cárcel durante toda la noche es inútil. Deseamos a sus hombres frescos y bien descansados para los festejos de mañana. ¿No es posible alcanzar algún tipo de acuerdo?

—Eso depende —a través del enrejado, Conan frunció el ceño—. ¿Estás en condiciones de ofrecer algo que suponga alguna diferencia?

—Pues —dijo después de mirar a sus superiores, el teniente junto sus manos delante suyo—, lo más atractivo posible para un hombre en vuestra posición: una muerte dulce. Si persuade a sus secuaces se mantengan callados durante la noche, sin desgastar los fundamentos ni levantar más tumultos, mis superiores me han autorizado a prometerle que mañana se le ejecutará limpiamente... en la horca, en lugar del castigo más elaborado que se había planeado.

—Hmm —Conan mantuvo inmóvil el ceño, como convenía a un regateador avezado—, pero si mantengo a mis hombre quietos durante la noche, no tengo ninguna garantía de que se vaya a cumplir vuestra promesa. No puedo creer meras palabras. ¿Qué me podéis ofrecer al respecto? Además —añadió, como respuesta a las instigaciones y murmullos desatados a sus espaldas—, ¿qué hay de ellos? Ofrece algo a mis hombres.

El teniente de la marina se volvió y conferenció con sus superiores a cierta distancia. A la luz del crepúsculo, tras numerosos asentimientos de cabeza, regresó junto a la puerta.

—Si tú haces eso, el almirantazgo hace una oferta más generosa: si todos volvéis a vuestras celdas, entregáis la llave y nos permitís cerrar la cárcel, moderaremos el castigo a los veinte prisioneros que especifiques; les garantizamos una muerte rápida y

misericordiosa. Además, permitiremos que tú, Amra el pirata, te marches y ejecutaremos a otro convicto en tu lugar —ante esto, Conan apenas podía dar crédito a lo que estaba escuchando, pero el oficial no había terminado—. Por supuesto, para ocultar esta impostura a la chusma, a la que hemos hecho promesas, Amra tendríamos que exigir de ti ciertas garantías. En primer, te cortaremos la lengua... sí, la lengua y una mano. Eso impediría que se revelase nuestro secreto y retomar tus correrías como pirata. Se podría hacer inmediatamente, como nos pides.

—Nunca —respondió Conan, sin vacilar—. No aceptaré la libertad si mi tripulación y mis compañeros de prisión no la comparten conmigo —dijo al oficial, para júbilo y ruidoso entusiasmo—. Sin embargo, os ofrezco esta ganga: liberad a todos estos hombres ahora y mañana haced conmigo lo que queráis. Pero se les ha liberar ilesos y permitirles unirse a la flota de la Hermandad Roja en el puerto, si lo desean.

Conan habló con confianza. Consideraba que le resultaría más fácil escapar de los turamos por sí mismo que arrastrar todos aquellos presos, ingobernables, con él.

—Y se debe permitir a la flota zarpar en cuanto desee y sin interferencias.

En medio de los gritos de apoyo procedentes del interior de la prisión, el teniente dirigió una breve y fugaz mirada a sus superiores y se volvió hacia Conan:

—Me temo que hemos llegado a un callejón sin salida —declaró el hombre del bigote—. Nuestras propuestas están demasiado alejadas para alcanzar un acuerdo en el tiempo restante. No hay más puntos sobre los que seguir hablando.

—Sí —Conan se mostró de acuerdo—, volved a vuestros asuntos que nosotros seguiremos con los nuestros.

Tras este comentario, el parlamento finalizó. Conan se volvió hacia las felicitaciones y manifestaciones de buena voluntad de sus compañeros reclusos. Ante la creciente escasez de lámparas y aceite, los calabozos se habían vuelto más oscuros que antes. La mayoría de los convictos estaban en los calabozos mal iluminados, turnándose en su temerario ataque a los pilares. Las cadenas y las mantas se estaban gastando rápidamente y la piedra apenas se había movido dos dedos. Todavía se planeaba una fuga a primera hora de la mañana pero, cuando las esperanzas se desvanecieron, los presos cayeron en la apatía.

Dos puertas conducían a los calabozos; cada una al extremo del pasillo con forma de u. A lo largo de las últimas e interminables horas Conan, discretamente, había marchado hacia la segunda, y menos utilizada. Urgido por el pirata que había apostado allí para que vigilase, no tuvo ninguna dificultad en alejarse de la desanimada y durmiente tripulación. El centinela que, evidentemente, había divisado a las dos figuras debía haber sido sobornado. Más allá del enrejado, perfiladas por la luz de la Luna que descendía sobre el patio, dos figuras embozadas aguardaban en la rampa de acceso.

—¿Sí? —gruñó, con recelo—. ¿Qué sucede?

—Tú eres Amra... Conan, ¿me equivoco?

De la voz suave y amanerada, el cráneo rapado y la ráfaga de fragancias que cruzaba la reja, Conan dedujo que el portavoz debía ser un eunuco de la corte.

—Mejor te pregunto yo: ¿Quién eres tú, que conoces y utilizas esos nombres? — Conan permanecía ligeramente alejado de la puerta, atento a un posible sortilegio u otra clase de ataque a traición—. ¿Quién eres?

—En este momento, mi nombre es irrelevante —sin duda, él mismo temía alguna amenaza invisible pues el visitante también permanecía lejos de la puerta—. Soy un funcionario de palacio. Mi posición es oír y atender demandas de ayuda, oficiales y extraoficiales.

—¿Y? —Conan confiaba en que se tratase de alguno de los tres acicalados oficiales—. ¿Quién permanece detrás tuyo? —exigió, al contemplar a la segunda e inaccesible figura.

—Me pidieron que le entregase algo —ignorando la pregunta de Conan, el eunuco introdujo su mano en la parte delantera de su túnica con capucha—. La petición vino a mí a través de antiguos cauces personales. Como usted comprenderá, un servidor del palacio imperial mantiene vínculos con otros cargos y otras casas. A veces buscan favores; otras los devuelven.

El hombre hizo una pausa significativa, mirando con fijeza a la oscuridad de la verja.

—Como puede imaginar, los sirvientes buscan su bienestar... como los hombres libres y los nobles —el visitante había extraído de sus vestidos un objeto pequeño que aferraba en su puño—. Mi presencia aquí puede tener o no la aprobación de algún alto personaje. Existen limitaciones sobre qué pueden hacer los sirvientes, incluso eunucos de la corte imperial.

—¡Corta con eso, hombre! —atajó Conan, impaciente—. ¿Quién te envía?

—Tampoco eso es relevante —el visitante extendió sus dedos en un cuidadoso y delicado movimiento, pasando lo que sostenía en las manos a través de los intersticios de la verja—. Sin duda, sabrás que hacer con esto.

Recelando alguna trampa, Conan tomó el objeto con las yemas de sus dedos. Parecía una llave. Cuando lo atrajo hacia sí, halló lo que se hallaba enlazado en el cordón: un larga correa cuyo final no podía atravesar el enrejado a causa de un pequeño fragmento de madera o hueso atado al mismo.

—¡Adiós, Amra!

Girando sobre sus talones, el eunuco comenzó a ascender por la rampa, y su desconocido acompañante junto a él.

—¡Espera! ¿Qué significa esto?

Temiendo una trampa, Conan no se atrevió a atravesar el enrejado con los dedos para buscar a tientas el obstáculo. En lugar de eso, plantó un pie sobre la puerta y dio un tirón, sintió que la correa se estiraba hasta romperse.

—¿Quién eres? —llamó en un urgente susurro, inclinándose junto a las rejas. Había algo que le resultaba familiar en los andares rápidos e insinuantes de la figura

encapotada más pequeña—. ¿Olivia?

Pero ambos se habían alejado por la rampa, marchándose.

Puesto a contraluz, el instrumento que tenía en su mano era el estuche metálico de una llave, con un corte trasversal tosco. La introdujo en el ojo de la cerradura y giró; sintió cómo entraba y escuchó el débil y mohoso chirrido, como el de un pasador que empieza a girar. Entonces, entre el ruido de las pisadas y el lóbrego intercambio de saludos entre los centinelas del patio, se detuvo y extrajo la llave de la cerradura. Atrayendo la atención del guardia que estaba a sus espaldas, gruñó y condujo al hombre hacia abajo, hacia la sala de oficiales para una reunión.

Bajo la sota de calaveras

Los prisioneros irrumpieron en el patio con las primeras luces del alba, desparramándose a través de las puertas y subiendo las rampas pegados a los talones de Conan y Vulpus. Los guardias del almirantazgo que se encontraron los primeros con ellos fueron los más afortunados; fueron abatidos con simples puñetazos y porrazos; golpes que cayeron sobre sus turbantes y cotas de malla ligeras sin llegar a matarlos. Pero después, los fugados ya tenían armas, arrebatadas a los defensores según estos caían, y la mayoría no estaban por la labor de respetar la vida de cualquier indefenso soldado imperial que les suplicase merced.

Pese a las advertencias de Conan para se hiciese el menor ruido posible, el estruendo de la lucha en el patio interior no pudo por menos que desatar la alarma en la guarnición. Afortunadamente, el lugar estaba construido más para impedir un asalto interior que para mantener dentro a los prisioneros. Una escalinata abierta conducía hasta los bastiones defensivos del fuerte; y los líderes ya habían decidido previamente llevar su fuerza a las alturas, doradas por el alba, y no intentar abrirse paso a través de los pasillos estrechos y tortuosos, hacia las puertas estrechamente vigiladas.

Cuando los presos irrumpieron en los amplios parapetos, comenzaron a sonar trompetas y campanas para alertar a la fortaleza; simultáneamente, guardias equipados, procedentes de la guardia nocturna, convergían sobre la escalera del patio. Conan, blandiendo un hacha de la que se había apoderado se arrojó contra los primeros dos y fintó, derribándoles con su golpe. No se detuvo a acuchillarlos o decapitarlos; los piratas y rufianes que le seguían podían encargarse de detalles así. En vez de eso, arremetió contra la mal formada línea de los guardias, pasando incluso por la puerta de las torres y el puente levadizo, hacia el lado costero de la fortaleza, donde estaban las banderas y las catapultas. Con sólo dos fornidos piratas siguiéndole, subió por las escaleras hacia las almenas del puerto.

Tras ordenar a sus secuaces que cortasen los cables de las catapultas con los sables de los que se habían apropiado, echó a correr. A lo largo de la almenada había tres altos mástiles destinados a colgar banderas de señales, avisos del tiempo y propósitos similares. Conan se acercó al más alto, agarró el cabo y lo soltó. Buscando bajo su camisa, sacó la bandera que sus piratas habían pintado en una sábana de tosca tela; una calavera de un blanco sucio en un campo ennegrecido mediante hollín, sonriendo

sobre sables cruzados pintados de rojo con sangre húmeda. El estandarte de la media luna creciente del imperio turanio aún no se había izado; en su lugar, Conan colocó la “sota de calaveras” y la hizo subir por el mástil gracias a la fuerza de sus brazos. Durante la operación, se detuvo y cortó el extremo de una driza con su hacha, dejando un chicote suelto. Luego, izando la enseña a lo más alto, golpeó por encima de su cabeza con el filo y cortó el largo cabo, de forma que ambas cuerdas pendieran fuera del alcance de cualquiera para que no se pudiera arriar del parapeto.

Esperaba que alguien se despertase en la flota pirata y viera la señal convenida. En esos instantes, los buques eran una simple masa gris de cascos y mástiles recortados contra la acuosa alba amarilla del cielo oriental.

—¡Amra, vienen los guardias! —uno de sus secuaces señaló a un grupo de soldados que surgían en desorden desde una lejana escalera. Tropas de la fortaleza, sin turbantes, armaduras o camisas, a excepción de las camisolas con las que se habían despertado, blandiendo espadas desenvainadas y aullando débiles desafíos.

En vez de esperar y combatir, Conan echó a correr, guiando a su par de convictos hacia el grupo principal. Al llegar a la escalera de bajada, un guardia solitario trató de cerrarle el paso, surgiendo del angosto pasillo y alzando una pica corta ante su rostro. Blandiendo su hacha, Conan paró el golpe, zancadilleó al hombre y lo golpeó en la ingle con el mango del arma. Luego, corrió hacia delante, estampando la cabeza cubierta de turbante contra la balaustrada de piedra, según pasaba. A sus espaldas sonaron más sonidos metálicos, golpes y gruñidos, según sus acompañantes se apoderaban de las armas del guardia caído y se volvían a enfrentarse con los perseguidores.

Delante, según habían acordado, los fugados habían despejado el parapeto e irrumpido en la puerta de la espaciosa torre doble, que se asomaba a lo largo de la fortificación exterior. Las sólidas puertas de roble estaban abiertas, y los presos bullían a su alrededor y las cruzaban; desde el interior se escuchaban golpes, entrechocar de armas y maldiciones sofocadas. Irrumpiendo a través de la puerta más cercana para observar el interior, alumbrado por antorchas, Conan se abrió paso.

La torre contenía la maquinaria del puente levadizo, aspilleras defensivas y troneras orientadas hacia los accesos a la puerta. El puente estaba subido, y la mayoría del estruendo interior procedía de los presos que trataban de bajarlo. Golpeaban las gruesas cadenas que mantenían la pesada plataforma vertical, tratando de soltarlas y cruzar el foso fangoso y poco profundo de debajo. Sólo se luchaba en lo alto de las escaleras en cada lado de la torre doble, donde los piratas detenían a los soldados imperiales que trataban de recuperar el lugar.

Cortan agarró el mecanismo y unió sus esfuerzos a los de los fugitivos. El mando que liberaba la rampa estaba abajo, en la arcada, muy probablemente; y allí arriba, en la torre, se hallaban los grandes equipos de madera, los contrapesos de piedra y los mecanismos de hierro. Tomando cuidadosa medida del pivote dentado y guarnido de hierro, del tamaño de la mitad de una mano humana, Conan golpeó con la hoja de su

hacha. El recio roble apenas se resintió; pero, al segundo golpe, la barra metálica cedió, deformándose bajo la presión de los pesados engranajes que sujetaba. Con un chirrido y un estremecimiento, las ruedas comenzaron a girar y las vueltas de cadena comenzaron a desenrollarse. Un rayo de luz lívida despuntó sobre el borde superior de la rampa de madera, situada directamente delante suyo.

—¡Ahí está nuestra salida, hermanos! ¡Seguidme si tenéis valor! —el preso Vulpus, ciñéndose la espada robada en su rasgada faja, corrió ágilmente sobre una de las anchas ruedas y se colgó de una de las pesadas cadenas, allí donde se enganchaban a las maderas. Mientras el puente levadizo caía, cada vez con mayor velocidad, aulló y ululó, levantando un clamor de los que le observaban en la torre. Luego, cuando la rampa pasó los cuarenta y cinco grados, se soltó y se dejó deslizar entre las maderas para saltar. Cuando el puente cayó del todo, él se encontraba en el umbral, blandiendo la espada y desafiando a los guardias.

En respuesta a sus gritos, otros convictos saltaron sobre las cadenas y rejillas que colgaban a cada lado de la arcada. Entretanto, la lucha en las escaleras aumentaba y los fugitivos peleaban para abrirse paso hacia la libertad. Conan se unió a ellos, tomando uno de los pesados y musgosos pedruscos que servían para bombardear a los jinetes o vehículos que tratasen de penetrar por la puerta. Alzándola en alto, la arrojó sobre las cabezas de los defensores de la escalera de caracol. Gracias a los estragos causados, tanto él como los piratas pudieron llegar abajo, estorbados solo por los aturridos y quebrados cuerpos que alfombraban su camino.

La puerta quedó pronto despejada de guardias y llena de fugitivos. Vulpus, después de aventajar y amenazar a los guardias, se ocupó de intimidar a sus compañeros de fuga aún más fieramente, protegiendo a los primeros que llegaron dispersos desde el puente a los astilleros. Esa clase de saltos al azar, dentro del recinto amurallado, tal y como había explicado Conan, habrían hecho que los fugitivos disfrutasen de una vida muy breve. Pero al llegar en masa y como un grupo organizado, podrían ser capaces de vencer cualquier objetivo u obstáculo, con la única condición de que sus jefes los mantuvieran unidos. Una vez que Conan se abrió paso hasta la cabecera del grupo, todos se lanzaron adelante.

El puerto, situado más allá del puente levadizo, mostraba ya actividad a la pálida luz del alba. Mientras las planchas que resonaban bajo los pies de Conan daban paso a la dura tablazón de los muelles, éste se vio sorprendido por la presencia de filas de trabajadores, civiles y agentes del puerto, e incluso bandas de afeminados y emperifollados ciudadanos a punto de embarcarse. Estos últimos en particular, horrorizados ante la visión de los sucios trogloditas que salían de la guarnición, quedaron boquiabiertos. De hecho, además de las enmarañadas barbas y pelambreras de los convictos, sus harapos sucios y mojados, y su hedor infernal, hacían que esa masa no pudiera pasar desapercibida entre las gentes de la ciudad. Los nobles —que Conan sabía que debían ser los primeros en llegar para encontrar un buen sitio de cara al espectáculo naval— se dispersaron llenos de espanto ante aquella horda. Otros,

gente más recia que cedió terreno mucho más a desgana, lanzaron gritos de alarma y amenaza.

—¡Avisad a la guardia! ¡Los prisioneros se han escapado de sus celdas!

—¡Ese grandote debe ser el pirata Amra! ¡Una soga, una soga!

—¡No, cuatro sogas! ¡No nos van a quitar tan fácilmente nuestra diversión!

Pero nadie, ni siquiera los vociferantes oficiales con sus espadas ceremoniales, se apresuró a cerrar el paso a los fugitivos; y aquellos que no fueron rápidos en apartarse fueron dispersados rápidamente a golpes y sablazos. Con Vulpus, Ivanos y los otros lugartenientes que había designado para cubrir la zaga o detenerse para azuzar a los fugitivos por el camino adecuado, Conan pudo guiar en grupo a unos doce hombres hacia los amarraderos.

—¡Vamos, perros prisioneros! —aulló mientras la masa comenzaba a rezagarse y dispersarse—. ¡Seguidme... a la fuga y a la gloria!

—Pero, Amra —objetó uno de los convictos—. ¡La puerta de la ciudad está al otro lado! Esto lleva al río, ¡y pocos de nosotros sabemos nadar!

—¡Olvidaos de esa ciudad maldecida por Mitra! —exhortó Conan al recluso, empujándole en la espalda—. Ahora que han tocado alarma, no podremos abrirnos paso por otra puerta tan fácilmente. Además, Aghrapur es una vil trampa, llena de canallas que nos desmembrarían poco a poco. ¡Ahí delante ésta nuestra mejor esperanza: conseguir un barco!

Justo delante, en efecto, estaban los muelles. El día anterior Conan había avistado algunas galeras adecuadas, esperando sin tripulación. Pero desde entonces las cosas podían haber cambiado; y él lo sabía. Los buques más pequeños y menos atractivos habían sido movidos, en su mayor parte para la seguridad del espectáculo. En su lugar flotaba un solo buque; una trirreme alta, larga, estable y recién pintada, con sus inmediaciones acordonadas por una docena de soldados imperiales que lucían impolutos uniformes. Se trataba un barco de guerra de elite, una decirreme; el nombre que lucía en la amurada de popa, sobre el reluciente timón, era *El Implacable*.

—Ahí está. ¡Nuestro buque aguarda! —no queriendo dar un momento de respiro a la banda de proscritos, Conan ignoró sus temores y lanzó a sus hombres con redoblada energía—. ¡Vamos, perros, y se lo quitaremos a esos pocos soldaditos!

El grito que los convictos lanzaron como réplica, al tiempo que se abalanzaban hacia delante, fue en parte un graznido de entusiasmo y en parte un rugido de rabia. Afortunadamente, pocos de ellos sabían algo de buques; por su parte, Conan se sentía entusiasmado ante la idea de apoderarse de un buque tan magnífico, pudieran o no manejarlo después sus hombres, escasamente entrenados.

Los guardias resistieron valerosamente en la boca del muelle. Empuñaban espadas, esperando con tensa disposición... hasta que la masa de convictos que aullaban y agitaban armas se les echó encima. Fueron barridos, abatidos y sujetos, y unos pocos de ellos cayeron por los lados del muelle para debatirse o hundirse sin remedio en las aguas del puerto. Los atacantes apenas se retrasaron. Hubo pocos

heridos. En unos instantes, corrieron por las resonantes tablas hacia el majestuoso barco, cuyos remos vacíos formaban un ángulo en alto con sus banquillos, como alas pálidas y gentiles.

—¡Mirad, la flota pirata está zarpando! —Ivanos, llegando a un punto del amarradero desde el que había una buena vista del puerto, apuntó exultante a la confusión de buques que izaban velas y comenzaban a bogar en la distancia.

—Sí, vienen a tierra, como habíamos quedado —sintiéndose seguro de tal cosas, Conan miró atrás, hacia la masa cuadrada de la fortaleza para ver si su enseña permanecía izada todavía. Aleteando lánguidamente, estaba allí, con sus cabos ondeando sobre los parapetos en la brisa de la mañana. En las defensas inmediatamente inferiores, había una actividad confusa e imposible de distinguir; supuso que los guardias debían estar talando el mástil ya que era la forma más rápida de arriar la bandera de calaveras.

La visión más cercana resultaba menos alentadora. A lo largo del puerto acudían cientos de soldados en su persecución, algunos de ellos marchando en filas disciplinadas bajo la bandera púrpura de la Guardia Imperial; otros corriendo y agolpándose, vestidos con las túnicas grises de las tropas de la fortaleza. Llegarían en unos instantes al espigón; por descontado, antes de que pudieran subir a bordo y desamarrar. Para empeorar las cosas, los muelles estaban infestados de catapultas. Deteniéndose en mitad de esa marea de fugitivos, Conan buscó a Vulpus, sin saber si el pirata de río acataría sus órdenes.

—Vulpus, toma algunos hombres bien armados y protege la entrada del amarradero.

El forzudo convicto gruñó, con rostro impasible. Luego agitó la cabeza y se volvió, llamando a unos cuantos luchadores.

Aliviado, Conan se volvió al buque.

—Contenedlos tanto como podáis —dijo por encima del hombro—. Volveremos a ayudaros.

Ignorando a los que se apiñaban en las planchas, Conan corrió por el muelle hacia la pasarela; se encontró con que Ivanos ya había designado a una harapienta tripulación. La disposición del buque, un decirreme, era propicia; dos de sus tres niveles de bancadas de remo, colocados en tomo a un pasillo central, admitían a tres hombres por banco, mientras que el superior se ampliaba para acomodar a cuatro. En consecuencia, cada remo necesitaba sólo un remero experto para bogar, mientras que los otros dos o tres hombres se limitaban a sumar su fuerza. Con la tripulación disponible, que podía ascender a doscientos, Conan podía llenar dos bancadas de remos, o incluso más. No se obtendría toda la eficacia con el buque, ni mucho menos, y la tripulación estaba debilitada y era inexperta, como poco. Aún así, con uno de los piratas de Conan en cada remo, podrían al menos ganar la boca del puerto con aquella tina.

—¡Buen trabajo, Ivanos! —dijo, mientras se abría paso—. ¡Zarpamos en cuanto se

pueda! Ferdinald y tú al timón. Voy a soltar amarras.

Marchando a la proa del buque, palmeó al viejo sordo Yorkin, que estaba izando su réplica de la bandera pirata a lo alto del bauprés. Luego se lanzó a la pasarela, bajando al amarradero y librando las amarras de los norays.

Cerca, se encontraba una pesada catapulta del tipo de cazoleta, con sus contrapesos de piedra ya dispuestos y un racimo de bolas de hierro listas para ser cargadas. Era un arma de tierra, empero, montada sobre un pivote de metal en lugar de una cureña^[57]. Conan había visto otras iguales antes, e incluso había manejado una durante su época en las guerras provinciales turanias.

No obstante, ésta requería del concurso de varios hombres para funcionar. Además, un soporte metálico limitaba su desplazamiento para evitar que pudiera volverse hacia el muelle, por lo que no podía girarse contra los turanios. En consecuencia, lo que hizo Conan fue pasar la cabeza de su hacha bajo el cajón de las municiones; haciendo palanca con el pesado mango, volcó la caja sobre uno de sus lados e hizo que las bolas, pesadas y esféricas, rodasen por el muelle.

Luego, se volvió hacia la orilla para ocuparse del último flujo de refugiados que corrían por las planchas del muelle. Delante suyo, los hombres de Vulpus habían salido al encuentro del enemigo. Ahora retrocedían, sin duda debido a que los arqueros imperiales de la orilla estaban afinando la puntería, haciendo el extremo de tierra del embarcadero indefendible. Unas pocas flechas volaban por el aire, en pos de los fugitivos, y se oían órdenes perentorias mientras estos huían por el muelle.

—¡Ciad, ya! —exhortó Conan a sus compañeros—. ¡Todos a bordo, coged los remos y zarpemos! No esperéis. ¡Ya me reuniré con vosotros!

Se detuvo para reunirse con Vulpus y sus hombres, palmeando en el hombro del gigante shemita según corrían hacia *El Implacable*. Los remos comenzaban a bogar al compás y a golpear el muelle mientras la tripulación se afanaba, vociferando y maldiciendo. Entonces, girándose con un grito sanguinario, enarboló en alto su hacha y cargó por el muelle contra los atacantes.

Era una táctica de locos, la que menos esperarían sus enemigos. El muelle era lo bastante ancho como para permitir pasar a los hombres de a tres, o para que uno lo defendiera con un arma de asta larga. En ese momento, cuando Conan cayó entre ellos, los imperiales quedaron demasiado sorprendidos, y estaban demasiado agrupados, como para reaccionar. Los hombres se apartaron a izquierda y derecha, cayendo sin remedio a las aguas, o lucharon agarrotados, sin espacio para alinearse mientras el hacha de Conan los hería y golpeaba. Las líneas del medio, chocando con las espaldas de aquellos que se habían detenido en seco, se vieron empujadas por otros que llegaban detrás, y muchos cayeron por los lados. En esos momentos Conan, avanzando incansable, estaba en medio de sus enemigos, de forma que no podía ser alcanzado por las flechas que lanzaban desde la orilla.

Sin embargo, algunos soldados imperiales cayeron heridos por flechas mal dirigidas contra el pirata que tajaba y golpeaba. Y los guardias de palacio, ataviados de

púrpura, sufrieron más, ya que su armadura, aunque demasiado ligera para resistir los golpes del hacha rabiosa de Conan, era lo bastante pesada como para arrastrarles al fondo. Muchos acabaron ese día en el appestoso fango del fondo del puerto.

Los espectadores que asistían impotentes a la lucha desde la orilla dudaban de que nadie menos rápido y fuerte que Amra el León hubiera podido defender así el embarcadero. Mientras luchaba, su feroz animal totémico parecía asomar por encima de su hombro, protegiéndolo de la muerte, sembrando el temor entre sus enemigos con su rugido y su aliento de carroñero. Vestido sólo con harapos, amenazado y herido por hojas desde tres lados, bailaba la peligrosa y rápida danza de una lengua entre colmillos afilados... salvando por la mínima los aguzados filos de las espadas, arreglándose por lo justo para defenderse con su hacha, y sacando de esta una mortífera eficacia, mientras las tablazonas aumentaban su cosecha de cuerpos caídos y se volvían viscosas con la sangre.

Llegó un momento en que la lucha ya no se pudo mantener... y los hombres, aterrorizados y desconcertados por la salvaje destrucción que veían, comenzaron a recular y a retroceder. Eso lo vieron todos, aunque más tarde lo negarían casi todos... lo que no importa, ya que fue el momento en que Conan se giró y salió a escape. Con su arma en la mano, corrió de vuelta a largo del muelle, mientras resonaban gritos furiosos desde la orilla y las flechas golpeaban y rebotaban en las planchas, a sus talones.

Era un guerrero poderoso, aunque su destino estaba, sin duda, sellado cuando los guardias imperiales volvieron a su persecución. Posiblemente, su ansia de victoria y su desmesurado éxito habían sido ardites del destino, ya que mientras luchaba con tanta furia, su barco robado se alejaba del muelle. Con las bancadas más bajas de remos chapoteando y entrechocando desmañadamente, y la fila superior aún no operativa, *El Implacable* había entrado en el canal.

En ese momento, con los gritos de los dieciséis jefes de remo resonando por encima del redoble del tambor del celeuste, el buque se había apartado del muelle y ganaba velocidad por momentos, y pronto sobrepasaría la de cualquier nadador bogando, según Conan podía ver, hacia la mal alineada flota pirata que maniobraba para unírseles.

Existían pocas esperanzas si se ponía a nadar, especialmente habiéndose botado botes de remo y con arqueros detrás suyo. Y aquí tendría escasas posibilidades de usar la argucia empleada en la bahía de Djafur. En vez de eso, Conan corrió hacia la catapulta que esperaba dispuesta al final del muelle. Balanceándose con sumo cuidado, trepó por el largo y grueso brazo, hasta llegar a la cazoleta. Entonces, acurrucándose y metiendo la barbilla entre las rodillas, hasta formar una bola, dio un hachazo sobre el gatillo.

Se produjo un impacto estremecedor, un crujido desgarrador y un silbido de aire torturado. El arma de Conan salió despedida de su mano; el brazo con el que había golpeado se vio proyectado atrás y le hizo dar volteretas, con la tierra y el mar

pasando vertiginosamente ante sus ojos. Se sintió agitar, girar, volar invertido. Golpeó las aguas, que le laceraron como lija y que rechinaron como grava en su boca, nariz y ojos. Todo se agitó y desvaneció... escuchó sonidos grotescos, sintió náuseas y, escupiendo y boqueando, subió a la superficie. Llegó en busca de vida, pataleando, tratando de aspirar aire. Entonces vio el ariete de un poderoso buque, que levantaba espuma cerca, y viraba hacia él.

Los pilotos se esforzaban briosamente en el viraje; la mitad de los remos estaban desacompañados, lo que hacía que *El Implacable* perdiera su curso... y Cortan se las arregló para nadar unas pocas brazadas y aferrarse a la pala de un remo; en seguida tiraron del mismo y lo subieron a bordo.

En el palacio imperial, se habían suspendido muchas actividades rutinarias y de despacho, con motivo del día festivo del concurso. Otros funcionarios, particularmente guardias y criados, se encontraban ya sumidos en una actividad febril, por lo que sólo muy lentamente se percataron de la conmoción alarmante que procedía de la zona naval.

—Un millar de excusas por perturbar a Su Iluminada Majestad tan temprano —Nephet Ali suplicó, ansioso, al príncipe Yezdigerd—, pero tenemos un problema que obliga a interrumpir el sueño matutino de vuestro imperial padre. Creo que debe oír las noticias que le traigo sin demora —se apresuró tras el príncipe de largas piernas, que se lanzó por el ornado y perfumado pasillo de las estancias de Yildiz.

—Claro que debe —convino Yezdigerd—. No temas molestarme, Nephet. Me levanto temprano todas las mañanas. Ya me han llegado las nuevas por otros conductos aparte del tuyo, y yo mismo ya me dirigía a levantarle.

—Me temo que habrá peores interrupciones en la agenda de hoy —se azaró el ingeniero imperial. Pero, según llegaban a la puerta de la estancia del sueño del emperador Yildiz, se sumió en el mutismo.

—Hemos de ver al emperador de inmediato —anunció el príncipe, dirigiéndose sin vacilar al par de guerreras altas y con coleta que guardaban el lecho real—. Se trata de un negocio de la mayor importancia, que no admite demora... ¡tengo que entrar al punto!

Ante las insolentes miradas del par gigantescas rubias, Yezdigerd enderezó los hombros y miró ansioso a los paneles de la puerta dorada. Por su parte, Nephet Ali no podía apartar la mirada de los rostros cejudos y norteños de las guardianas, así como de sus pechos revestidos de bronce. Tras un momento de vacilación, el par de pesadas hachas de batalla se descruzaron y, sin palabras, una de ellas abrió la puerta, permitiéndoles entrar en la abigarrada estancia.

Dentro, medio arropado en su lecho de sábanas púrpuras, flotando en el estanque de mercurio, roncaba el emperador Yildiz. Se le veía viejo, de piel floja y drogado; una de sus manos desnudas colgaba en el borde de cabezal, flotando por su dorso en el metal plateado. Toda aquella escena, con el panzudo emperador en su centro, aparecía iluminada por tonos amarillentos a la luz de la lámpara, como si se viera

nublada por algún vapor, denso pero invisible.

Al entrar los dos nobles, una de las mujeres del harén de Yildiz llegó apresuradamente desde el fondo de la estancia, para advertir respetuosamente de Yezdigerd. Guardando pudorosamente sus encantos carnales bajo un ropaje suelto de seda, se arrodilló junto al estanque y acercó el lecho flotante hasta el borde. Tras un tiempo de agitarlo, murmurar y frotar con un pañuelo empapado en vino, el emperador llegó a una lucidez lenta y aturdida.

—¿Qué es lo que pasa? —murmuró, soñoliento—. ¿Mi hijo me visita? ¿Qué problema hay entonces? ¿Se ha producido una guerra o una gran crisis de estado? ¡Habla muchacho!

Antela muda pero evidente irritación de Yezdigerd, Nepheth Ali se atrevió a adelantarse.

—Su Resplendor, se ha producido una fuga de la Guarnición Naval. En algún momento de la noche, el pirata Amra y sus compinches han reducido a los guardias y forzado las puertas de la prisión. La noticia me ha llegado hace unos momentos, y su banda ha atacado uno de los muelles de los astilleros... sin duda para robar un buque y reunirse con sus secuaces del puerto. Según parece, también, la flota pirata se ha puesto en movimiento.

—Es una obvia burla a nuestra autoridad imperial —añadió el príncipe Yezdigerd—. Si esta fuga sale bien, o si produce más daños a nuestra flota o a nuestra reputación, la pérdida de reputación será inmensa. En un día como este, con la mitad de la población de Aghrapur reunida y presente... —dejó la frase en suspenso, agitando la cabeza exasperado.

—Será un espectáculo notable y memorable el que van a tener mis súbditos, eso es cierto —El emperador Yildiz no parecía para nada sorprendido o inquieto por las noticias. Entonces, con la ayuda de su hurí, se alzó de su arrugado colchón y acercó sus caderas al borde curvo de mármol del estanque—. ¡No podrán decir, desde luego, que su emperador no es capaz de provocar expectación antes de las pruebas marítimas!

—Puede ser un espectáculo muy costoso —insistió Yezdigerd—, si hacen que nuestras leyes se conviertan en vanas y ridículas. No hay duda, padre, de que esos piratas y todos sus compinches han de ser aplastados inmediata y totalmente. Este asunto requiere de vuestra pronta y decisiva atención.

—Y tiene mi atención —replicó el viejo y quejumbroso emperador, mientras trataba de ceñirse una túnica púrpura de seda festoneada de armiño sobre sus pálidas y mojadas espaldas—. Esos bellacos deben ser aniquilados lo más rápidamente posible —se volvió hacia su hijo—, y has de ser tú quien lo haga Yezdigerd, con la ayuda de los concursantes reunidos para el Premio Naval, como habíamos hablado. Yo, en tu lugar, me pondría manos a la obra al punto.

—¡Pero padre, las cosas han cambiado mucho! No es hora de medias tintas y, desde luego, todo esto no es un simple espectáculo para la diversión de las vulgares

masas. Esto requiere fuerza tangible e irresistible.

—Su Resplandor —apuntó Nepheth Ali, con timidez—, algo tan público puede volverse en contra nuestra. Si privamos a la masa de las ejecuciones prometidas, pueden acabar mostrando su desagrado por otras partes.

—¡Tranquilízate, Nepheth Ali! —el emperador Yildiz agitó resignadamente la cabeza—. Si la masa queda insatisfecha, ya encontraremos a alguien a quien ejecutar. No te quepa duda. Pero no estoy pensando en pequeñas medidas. De hecho, lo que vamos a hacer es enviar a esos malandrines contra el borde afilado de nuestra habilidad naval: los cerebros mejores y el armamento más brillante que Turán puede ofrecer... como tú mismo has apuntado, Yezdigerd. ¡Después de todo, si esa pandilla de videntes y faquires valen quinientos talentos de oro en nuestra prueba naval, deberán probarlo destruyendo a esa caterva de piratas!

—Pero padre —protestó Yezdigerd, de nuevo—, estos proyectos y experimentos no deben ponerse a prueba aplicándolos de forma prematura... —el príncipe, de repente, dejó de argüir en contra. Según observaba el semblante de su imperial padre, su propio rostro reflejó una repentina frialdad—. ¿No hay otra opción entonces?

—La verdad es que no —Yildiz replicó con un cabeceo obstinado—. Tengo el poder de la flota imperial aquí, a mi disposición —alzó, ante el rostro de su hijo un puño medio cerrado, que, aunque pálido y lleno de manchas, parecía sorprendentemente firme—. Puedo desatar ese poder donde y como desee. Pero, hasta entonces, te dejaré que ejecutes el papel que se te ha asignado previamente. Así probaremos tu capacidad de mando.

Sin una palabra de respuesta, el príncipe giró sobre sus talones y se marchó. Nepheth Alí, barbotando su fidelidad y disculpas, se apartó humildemente de la presencia de Yildiz. Luego se giró y corrió tras el príncipe, esperando poder participar del resultado. El emperador, impaciente por ser ataviado para el festival público, batió palmas y pidió vino.

Alaph, en su galpón, escuchó pronto la alarma, mucho antes de que el buque imperial *El Implacable* hubiera caído en manos de los piratas. Resulta difícil, la verdad, no escuchar la lucha y el estruendo desatado en los muelles, casi directamente en frente de las posiciones de los concursantes navales. Los fugitivos habían irrumpido en el amarradero y entonces, mientras resonaba el entrecuchar de armas, un oficial del almirantazgo a caballo pasó al galope, dando la alerta a los recintos, acerca de una posible incursión contra el puerto. Minutos después, cuando el alquimista había alertado a su tripulación y dispuesto su nave, llegó un enviado procedente desde el propio palacio imperial. Llevaba el sello del príncipe Yezdigerd y ordenó, sin aliento, que se hicieran al punto a la mar, sin esperar a la infantería de la marina imperial.

El resto de los concursantes debieron recibir similares instrucciones. Durante días habían vivido al filo del combate, aprestando sus naves y a sí mismos para la prueba. Ahora que el momento llegaba, casi resultaba un alivio. Mientras el robado y

escasamente tripulado coloso que era *El Implacable* daba bandazos en el canal, cuatro buques más pequeños se lanzaron en persecución suya.

Afortunadamente, la galera de Alaph era una de las más veloces ya que su posición era una de las más alejadas de la boca del puerto. Los “espíritus del agua” le servían mejor de lo que había esperado, soplando y siseando dócilmente de proa a popa desde sus humeantes trampillas en la borda del buque. Su furioso deseo de escapar de la caldera en forma de ataúd y de sus dos cajas de vapor de bronce hacía retumbar las tablazones revestidas de metal, adelante y atrás en medio de una sacudida, fuerte y repetida. Mientras tanto, las filas de remos, cuyas vastagos estaban unidos al eje mediante brazos articulados de bronce, se hundían uniformemente en las aguas y surcaban hacia popa; luego se lanzaban y volvían adelante para un nuevo impulso, repitiendo infatigables el movimiento y empujando el buque de amuras bajas y sin mástiles a través de las aguas.

Por descontado, el efecto era algo terrorífico, con llamaradas rojas envolviendo la panza del ataúd situado en mitad del buque y un denso humo surgiendo del depósito de aceite situado debajo, con una ristra de explosiones que acentuaban los fantasmales estallidos de vapor blanco por ambas bandas. También el rugido bronco y explosivo de los demonios que escapaban, combinado en el pesado batir y entrechocar de las partes de madera y metal intimidaba... lo bastante para, quizás, resultar una baza en la batalla.

La reacción de la multitud congregada en tierra fue tremenda; se evidenciaba por el griterío, el apuntar de los dedos e, incluso, el pánico y los desmayos, aunque todo quedaba reducida a una frenética pantomima por el estruendo de la caldera demoníaca y los crujientes remos. Algunos de los soldados del muelle, pesadamente armados, que había abandonado *El Implacable* retrocedieron aterrados mientras el buque ataúd pasaba a su lado, virando a estribor para enfilarse el canal. Con solo cuatro hombres a bordo, incluidos dos timoneles y él mismo, ocupado en atender la caldera y las llaves de paso entre el humo que se arremolinaba a popa, Alaph no podía dejar de sentir un escalofrío de poder ante su éxito inicial.

Por el contrario, Tambur Pachá, su vecino y competidor, parecía tener poca suerte con su buque remodelado. Las grandes y torpes ruedas situadas a los costados, ridículas en cualquier forma de transporte acuático, habían sido ahora equipadas con esponjas entre las palas, en vez de los radios habituales. El astrólogo había explicado que se podía usar una esponja seca en la parte delantera, de forma que el peso extra, adquirido al mojarse, en la parte descendente de la rueda, perpetuaría el movimiento del buque. Con tal propósito, había colocado seis robustos esclavos provistos con mazos para expulsar a golpes el agua de las esponjas, según salían del mar a popa, drenándolas de forma que pasaran secas al llegar a lo alto de las ruedas.

Las paletas, no obstante, no giraban con el vigor de unos remos bien manejados. El pequeño buque daba bordadas lamentables a la estela de Alaph, saliendo a duras penas del muelle, con el chorrear del agua y el golpeteo amortiguado de los mazos

como único resultado. Se le vino a la cabeza a Alaph la duda, con toda franqueza, de que la diferencia de peso de las esponjas al empaparse de agua pudiera mover el barco. Lo más seguro es que el movimiento resultante se debiera a los rotundos mazazos asestados a las ruedas.

Lo único que empañaba el sentido de triunfo de Alaph sobre Tambur Pacha era la comprensión de que mientras el elegante astrólogo se quedaba atascado en la orilla, los demonios de Alaph, demasiado eficaces, lo llevaban adelante hacia un peligro mortal. ¿Y que ocurriría si todos los concursantes, menos uno, morían luchando contra los piratas? Se preguntaba si el superviviente sería el que recibiría la recompensa. El arma poderosa y secreta que había colocado en su buque marcaría la diferencia, o eso esperaba.

La nave de Alaph maniobró para realizar un viraje ajustado en torno al extremo del muelle. Ahí había otra prueba para su proyecto, ya que los timoneles podían hacerlo tan sólo con un ligero ajuste del rumbo del buque mediante las barras. Ahora, liberando una barra de seguridad de madera que trababa el tope de la empuñadura de roble de estribor, limitó el giro de noventa grados de los brazos articulados que lo guiaban. Los remos continuaron bogando a lo largo del eje móvil, pero no llegaban en ese momento a entrar en las aguas. Entretanto el buque, movido solo por los remos de babor, ejecutó un giro cerrado hacia estribor. Cuando el ángulo fue más o menos el correcto, Alaph libró el control e indicó a sus timoneles que retomaran el gobierno del buque. De haber soltado, aunque fuera un momento, la barra, librándola al peso de la remada y permitido que los brazos articulados pasasen al otro extremo del arco, las bancadas de remos hubieran comenzado a ciar, poniendo al buque aún más rápido en su sitio.

Cuando hubo salido a mar abierto, el alquimista observó pronto que el suyo no era el único éxito notable que se había conseguido ese día. Por el costado de tierra, se encontraba cerca —peligrosamente cerca— de la galera de dos cubiertas de Zubuvulus, que había zarpado, evidentemente, un poco antes que él. Alaph se sobresaltó al ver cómo el gran buque se le acercaba, con su ariete de bronce hendiendo las aguas. Recordando el demoníaco historial de aquella tripulación, en cuanto a colisiones y desgracias, se le pasó por la cabeza dar una bordada de emergencia o incluso hacer una ciada.

Pero, de hecho, fue el corinthio quien dio la bordada. Con suavidad y precisión, sus hombres respondieron a las órdenes tan impecablemente como la tripulación mejor entrenada del almirantazgo. Cuando el buque, al virar, quedó momentáneamente enfilado, Alaph vio, de una ojeada, al resplandeciente filósofo sobre el castillo de su buque. Entonces, a través del humo y niebla que producía su nave, vio la bancada superior de remeros.

Esa visión le provocó un frío retortijón de miedo en las tripas. Lo que resultaba estremecedor era el aspecto de algunos de los remeros, algo sutil pero innegable. Esta vez los desdichados remeros no parecían hechizados o temerosos; no había nada

insólito en el batir del tambor, ninguna visión de traviesos demonios molestando o acosando a los hombres. Bogaban inexpresivos pero con tremenda precisión. De hecho, sus rostros rígidos y grises como la pizarra no mostraban el menor atisbo de una emoción humana, ni tampoco bestial, y ni siquiera lanzaron una mirada al costado, hacia el navío del alquimista, que traqueteaba y resoplaba.

Alaph, en ese fugaz momento, tuvo repentinamente la certeza de que estaban muertos, eran difuntos, seres sin vida. Supo que su patrón corinthio los había asesinado a todos, seguramente preso de una súbita rabia, provocada por el último fiasco naval. Cómo conseguía Zalbuulus que trabajasen, como obtenía obediencia más allá de la muerte... eso era un misterio arcano que era propiedad del oscuro filósofo extranjero. Convertidos en sus esclavos, liberados de todo sentimiento o de las mortales distracciones, parecían responder por fin a las altas aspiraciones de su señor.

Por fortuna, demorada por su viraje, la nave de los muertos quedó a popa. Entonces, oteando a través de los vapores, Alaph vislumbró un enigma mayor más allá del puerto. Por la parte de las marismas, en la dirección del galpón de Crotalus, llegaba un buque alargado, bajo y de una sola bancada de remos. Sin duda, el vidente de Zembawe se las había arreglado para perfeccionar sus desconocidas habilidades mágicas a tiempo. Al final, había logrado entrenar a sus ignorantes remeros extranjeros por medios menos drásticos de los usados por Zalbuulus; o al menos eso esperaba Alaph. Este buque bogaba suavemente, sus remos moviéndose casi al unísono, a buena velocidad. Nada podía verse de su capitán y remeros debido a un largo y bajo tinglado que habían levantado en torno a cubiertas y bancadas.

La euforia de Alaph se enfrió. La competición parecía que iba a ser a tres bandas: demonios contra hombres muertos contra... los dioses sabían qué. Lo que viniera después iba a depender de la cantidad de buques piratas que cada participante pudiera abordar y hundir, manteniendo su propia nave a flote, hasta que la flota imperial zarpase para liquidar a los supervivientes.

Delante, a través del humo y las agitadas llamas de las calderas del barco Alaph, la flota pirata maniobraba a remo y vela en la ensenada. Justo delante suyo se encontraba el gigantesco *Irredento*, aún bogando por el estuario para reunirse con sus compinches, movido por los esfuerzos de su fugitiva tripulación. Un objetivo fácil y codiciable; lo que aún no podía calcular Alaph era si podría dar alcance a ese gran barco antes de que se reuniera con sus aliados piratas.

De todas formas, disponía de una ventaja oculta respecto a sus competidores. A lo largo de la pesada quilla, bajo los artefactos que escupían fuego y propulsaban sus remos, el buque tenía un segundo mecanismo movido por los espíritus del agua, un ariete movido por vapor demoníaco. Sirviéndose de estos espíritus, que trabajaban enloquecidos en sus calderas y que sólo podían liberarse mediante la simple apertura de una válvula situada a popa, podía lanzar un ariete metálico, de doce pasos de longitud, con una fuerza capaz de hender un casco de buque. Y capaz también de

volver a su posición apenas se enfriase la furia de los demonios.

En los últimos días, Alaph había comprobado repetidas veces su eficacia, quebrando barriles y golpeando viejos pilotes del puerto. Confiaba en que eso le daría una ventaja crucial en la batalla: podría golpear a sus enemigos de forma rápida e inesperada, parado en medio de la mar o simplemente ganando en velocidad, por la popa, a un buque que huyese. Allí donde las galeras podían bogar cómodas y ganar velocidad para acercarse, y golpear a los buques elegidos en las amuras o los costados, sería capaz de quebrar cascos cualesquiera que fueran las velocidades o los ángulos de ataque, incluso de forma que pudiera evitar el abordaje de una partida en busca de desesperada venganza.

Un extraño destino para un humilde aprendiz de panadero, se dijo a sí mismo Alaph, con una sonrisa sombría. Aunque se sentía más que liberado con todo eso mientras se afanaba sobre los controles, su pequeña figura se veía cubierta de hollín y demoníaca a través del humo y los fuegos. Mientras maquinaba, ajustaba palancas de combustible y vapor para obtener la máxima velocidad de sus demonios; las embarcaciones de Zalbuulus y Crotalus se habían aproximado, uno a cada costado, y esperaba ser el primero en alcanzar a *El Implacable*.

—¡Bogad, perros! ¡Tarim os maldiga! ¡Doblad los espinazos y rompeos la espalda a la boga! ¡Si pensabais que la guarnición naval era húmeda y miserable, esperad a cumplir condena en la prisión naval del dios marino Dagon! ¡Pensad en eso y remad por vuestras vidas!

Sin descanso, Conan recorría la pasarela. Mientras exhortaba a los convictos, mantenía un ojo atento en la disposición de los imperiales en el puerto naval y el estuario, su ojo derecho estaba medio cerrado y tumefacto, morado y lesionado como la mitad de su cuerpo, debido a su vuelo a través del puerto. Pero aún conservaba intacta su fuerza, ya que de vez en cuando empuñaba uno de los largos remos de la cubierta superior y bogaba con una sola mano, tratando en vano de aumentar la velocidad del buque de guerra, para luego dejarlo caer lleno de contrariedad.

Después de todo, habían sido afortunados de que toda la fuerza de la flota de Turan no hubiera caído aún sobre ellos por los flancos o que les hubiera embotellado en la ensenada. Algunos buques de guerra de buen tamaño aún permanecían en el puerto, mientras que otros parecían haber abandonado aquel área... por qué motivo, era algo que Conan no acertaba a suponer. Él, personalmente, creía que los buques de la Hermandad Roja los podrían esquivar y escaparse de la flota imperial, incluso en ese lugar tan angosto, pero no todos sus capitanes eran de la misma opinión. Si Yildiz ahorra fuerzas era porque juzgaba que aquellos tres buques embrujados que había enviado se las bastaban para la faena... una idea sobre la que Conan nada podía especular, ya que no tenía idea de qué poder podrían desarrollar aquellos misteriosos barcos.

Tenían un aspecto temible, desde luego; sobre todo el que iba en el centro y más adelantado, envuelto en llamaradas infernales y escupiendo humaredas. Un buque en

llamas que no se consumía y que avanzaba con remos pero sin remeros, dejando una estela gris sobre las aguas. Era mala suerte el que aquel buque diabólico estuviera pegado a su popa; ya que si los remeros de Conan hubieran podido avistarlo desde sus bancos, hubieran aumentado considerablemente sus esfuerzos.

Los dos buques que le seguían de cerca, a cada banda, eran menos ultraterrenos, pero igualmente siniestros en su aspecto. La birreme navegaba con apenas un redoble de tambores, sus remeros bogando al unísono con una velocidad sobrenatural y un compás que era demasiado perfecto. La galera larga y cubierta, al otro costado, se desplazaba igual de rápido, con sus remos bogando en una forma que resultaba fantasmalmente familiar, pero imposible de ubicar. Si aquellos tres buques podían mantener aquellas velocidades, sería imposible dejarlos atrás, incluso aunque hubiera contado con una tripulación completa y robusta, y no con los rufianes de Conan. Su única alternativa, tanto solos como contando con flota, sería virar en redondo y plantar combate.

—Escuchad, Capitán, podemos engañarlos y tratar de abordarlos —Ivanos, plantado a popa, en el remo del timón, le expuso su plan—. Una docena de nosotros puede saltar a bordo y pasar a cuchillo a esa tripulación tan reducida, antes de que puedan echarnos cualquier hechizo. Si los liquidamos antes de que lleguen los otros dos, podremos aún evitar que nos embistan con el espolón.

—¿Y ser pasto del fuego también?... ¿O ser atacados por demonios colmilludos en medio del humo? No Ivanos, mejor será que no perdamos un instante. ¡Remeros, bogad con todas vuestras fuerzas! —gritó a los convictos—. ¡Con brío, perros. No os esforzáis ni la mitad de lo que debierais!

Los remeros, perfectamente conscientes de la espeluznante muerte que el almirantazgo había dispuesto para ellos, hacía todo lo posible por obedecer. Y, tan rápido como los buques perseguidores convergían sobre *El Implacable*, la flota pirata convergía a su encuentro. Sin duda, los capitanes y las tripulaciones de aquellos buques, más pequeños, inspirados por la visión del gigantesco buque navegando bajo el estandarte de la calavera de la Hermandad Roja, se hacían ilusiones sobre la seguridad que pudiera aportarles. Conan sabía que eso era una tontería; un buque más grande constituía una presa más fácil que uno pequeño, si su armamento estaba sin artilleros y si las cubiertas de combates no albergaban honderos y arqueros. Aún así, Conan se sentía complacido por esa muestra de unidad y de la impresión que tal cosa podía dar a los turamos que observaban. Después de todo, sus aliados podían haber optado por lanzarse a mar abierto.

Un buque en particular, la galera *Veneno*, al mando de Hrandulf, bogaba a la cabeza en dirección a la decirreme. Cuando estuvo a su altura, usando habilidosamente los remos para igualar velocidades y evitar el ariete del buque más grande, algunos hombres fueron transbordados a *El Implacable* mediante un bote.

La primera en llegar a la aleta de popa fue Philiope, ataviada con una de sus túnicas ligeras y con un sable pirata colgando de la muñeca. Se lanzó a los brazos de

Conan y le dio un largo y apasionado beso en la boca.

—¡Oh, Amra! —gritó con consternación al reparar en su figura, llena de golpes y rasguños, y en los pocos harapos rasgados que le habían quedado sobre el cuerpo tras su vuelo sobre la ensenada—. Gracias a los dioses que estás libre, en todos los aspectos —dejó reposar su cabeza sobre su pecho—. Sea para toda la vida o por sólo unos momentos, es bueno estar contigo.

Con ella habían llegado algunos capitanes, incluido el jefe Hrandulf.

—¡Es un buen barco el que has capturado, Amra! —El etolio miró a su alrededor, impresionado—. Demasiado grande para el negocio de la piratería... pero, si así lo deseas, puedes arriesgarte a devolverlo a los turamos como si hubieras capturado reliquias religiosas o principescas.

—Creo que puedo encontrarle alguna utilidad —le aseguró Conan, pasando un brazo en torno a los hombros de Philiope—. Lo que ahora necesitamos son más brazos. Remeros avezados, a ser posible —cabeceó para indicar un banco vacío cercano—. ¿Me puedes proporcionar una extra tripulación de aquel falucho y de los barcos pequeños que pueden navegar a vela? Su principal misión, me parece, es mantenerse apartados de la batalla.

—Buena idea —dijo Hrandulf—. Si el tiempo lo permite, mandaré una galera a recogerlos a todos —miró al humeante buque de fuego que tenían a popa—. ¡El enemigo te viene pisando los talones, y es digno de espanto! ¿Qué engendro maligno es ese? Se parece a una pira funeraria flotante, con ese gran ataúd de bronce envuelto en humo y llamas.

—Peor aún que la traición —manifestó Philiope—, es la nigromancia. Tiene pensado lanzar sobre nosotros los hechizos más desafortados.

—¿Han proseguido las negociaciones? —le preguntó Conan—. Temí que mi captura pudiera poner en peligro a la flota.

—Los turamos no han mostrado prisa en ningún momento —repuso Santhindrissa—. No nos ofrecieron ningún precio razonable por nuestras gemas e insistían en verlas, como si lo que quisieran era ver qué contenían. Nuestros espías oyeron rumores en tierra de que Yildiz pensaba destruimos de todas maneras. Que estaba aguardando solamente la llegada de este día festivo, para poderlo hacer delante del público.

—Eso cuadraría muy bien con su carácter —Conan mantenía fija la vista en tierra, donde multitudes vistosamente engalanadas se agolpaban para contemplar la caza marítima—. Si sus brujos no lo consiguen, utilizará la flota regular y las baterías de tierra, o eso creo —se volvió hacia Hrandulf— avisa a la flota de que se mantenga delante de nosotros, a todo trapo. Debemos prolongar esta caza todo lo que podamos y dirigimos a la boca de la ensenada. Allí viraremos para plantar cara y lo haremos con nuestros mejores buques: *La Tormentosa*, *La Victoriosa*, tu *Veneno* y este mismo. Juntos, podremos proteger la huida de la flota.

Durante los siguientes minutos, los piratas ejecutaron con celeridad el plan de

Conan. El falucho navegó con Hrandulf para reunir a tripulación prescindible. Se izaron señales al mástil y toda la flota apiñada se lanzó a todo trapo, delante del *Implacable*, en la débil corriente y el soplo del terral. Poco después, les abordaron los remeros de recambio, aportando más velocidad contra sus perseguidores. Los últimos en llegar fueron un grupo de mujeres pirata de Santhindrissa; empuñaron seis remos a popa para delicia de los remeros convictos. Conan supuso que el ejemplo que darían, sentadas y bogando medio desnudas al extremo de los largos remos, serviría mejor para inspirar a su tripulación y que apretasen el ritmo que una docena de retumbantes y resonantes celeustes.

Avanzando ahora con la tripulación remera completa y las velas dobles izadas por los recién llegados, el enorme buque incrementó su velocidad, despegándose de la caza. Aún así, *El Implacable* y el resto de la flota estaban aún en el amplio anfiteatro de la ensenada de Aghrapur cuando se hizo perentorio virar y encararse con lo inevitable. En esos momentos, los tres siniestros perseguidores habían adoptado una formación que era casi una falange, con sus velocidades casi igualadas, siendo el furioso buque ataúd quien ocupaba la posición central y destacada. Corría ya apenas a un cable de distancia del pesado y lento buque insignia, que, como se había decidido previamente, estaba flanqueado por *La Tormentosa*, *La Victoriosa*, el *Veneno* y la pentera robada, cuyo actual capitán, un jefe isleño, había decidido luchar.

A la señal convenida, estas últimas cinco naves comenzaron a girar hacia popa. Esta maniobra los alejó de las naves más pequeñas cuyas tripulaciones continuaron navegando a todo trapo y bogando con todos sus remos. Durante unos breves instantes, los defensores de los flancos más vulnerables estuvieron expuestos al enemigo; entonces completaron el giro para encontrarse con sus perseguidores.

El Implacable, más lento y menos maniobrable, describió una media vuelta más amplia y se unió a línea de batalla ligeramente rezagado y fuera de posición. Aunque habían encarado a sus perseguidores, las jadeantes tripulaciones no se permitieron el lujo de un descanso. Arriaron velozmente las velas, un impedimento para las maniobras, mientras se arengaba a los remeros para que mantuvieran la velocidad para embestir con su espolón o eludir de los ajenos.

—Aguantad —dijo Conan con voz crispada desde su puesto en popa—, persistid con fuerza. ¡Os queda mucho trabajo por delante! No penséis en aflojar ahora, miserables perros... —lanzando una fugaz mirada a las piratas, quiso ser imparcial y finalizó galantemente— y perras.

Desde su posición en la caña del timón contempló cómo convergían las escuadras; tres naves contra cinco, pese a que una de ellas era una galeota más grande de lo normal y casi sin la eslora suficiente para manejar un espolón. La posición de *El Implacable*, más retrasada y centrada, podía ser una ventaja, así se lo parecía a Conan, si le permitía ver el cariz que tomaba la lucha y actuar con determinación, por ejemplo, permitir que una de las naves virase para embestir a una de sus naves con su ariete y atacar entonces con su propio espolón.

Pero el giro efectuado a babor había ocasionado que las filas estuviesen mal emparejadas. La nave de Conan cabeceaba entre dos enemigas, una a cada costado: la galera de fuego y la misteriosa nave de guerra cubierta por un tejadillo. Tres naves, su *Implacable*, con Santhindrissa cerrando su flanco derecho y algo más lejos la pentera, se hallaban en buena disposición para atacar la galera cubierta. Pero eso dejaría al *Veneno* avanzando a babor, enfrentándose en solitario a la nave de fuego y *La Victoriosa*, la anterior nave insignia de Knulf, contra la embarcación de doble cubierta. Una situación peligrosa. Conan no se sorprendió cuando *La Tormentosa*, avanzando con facilidad pese a haber compartido su tripulación, se deslizó para reforzar el centro de la línea.

Después de todo, la capitana disponía del barco más rápido y mejor equipado. Manteniéndose a la expectativa, se ubicaba mejor para cambiar de posición y quedarse con un mayor provecho y la gloria de la batalla. Ahora, sin duda, se dirigía a por la nave de fuego. Conan observó cómo lo remos se hundían con brío, las bogadas de los remeros de la bancada inferior se entremezclaban con los de la superior. El espolón hendía las relucientes aguas, verdes y azules, formando volutas de rocío diamantino a la brillante luz del sol. Se podía ver a la propia Santhindrissa en la cubierta de popa, esbelta y bien armada. Gobernaba con una sola mano, permanecía en pie a una altura inferior a la del curvo y sobresaliente branque^[58] de la quilla; su brazo libre blandía un acero que relucía cuando exigía a su tripulación valor y esfuerzo. A través del oleaje llegaba la cadencia de una flauta que marcaba los tiempos de cada bogada. Ágilmente, como uno de los peces de la zona que entraba y salía del mar, su nave surcó el mar azul.

Sin embargo, en frente se situaba un oscuro enigma. El humo de la galera de fuego, afectado por la refrescante brisa procedente de tierra, se ciñó y cubrió la nave como una siniestra mancha nocturna que oscurecía la mañana. Dentro de la oscuridad, a intervalos, podían verse llamaradas de fuego rojo aunque, a menudo, Conan no podía distinguir la línea de las amuras cuando la nave resoplaba y surgía a través del agua oscurecida, ni podía vislumbrar el destello siniestro del ataúd de metal que era su corazón. Entonces, intrépidamente, *La Tormentosa* se zambulló directamente en aquella imponente cortina de humo.

Cuando ambas naves desaparecieron de vista, Conan observó y esperó. Aguzó el oído por encima de los bufidos y ásperos ruidos de la nave ataúd para escuchar el ruido de un espolón astillando madera, de gritos estridentes, del entrechocar de las armas, el aullido de demonios o cualquier otro indicio del resultado. Con gesto sombrío y dando por seguro que la nave de la pirata había sido absorbida por un oscuro pozo de la mayor magia que nunca antes se hubiera conjurado, observó.

En ese momento, cuando volvió a mirar, observó una proa curva surgir por el extremo más alejado de la oscuridad. Se trataba de *La Tormentosa* que navegaba indemne, a velocidad constante y con el humo arremolinándose libremente cuando apareció a la luz del sol. A popa de la birreme, el humo continuó resoplando y

avanzando.

Espontáneamente, Conan lanzó una carcajada. Después de todo, el remolino de humo había sido demasiado espeso. Santhindrissa había perdido su presa en él; sin duda, había pasado a popa de la galera sin sufrir o causar daño alguno en el proceso. Ahora andaba suelta en el centro del enemigo, libre para arrostrar nuevamente el humo o marchar en pos de la nave embrujada más lejana, la birreme. Ella pareció escoger el último curso.

En seguida, un débil y desgarrador golpe sonó lejos, a estribor. La alegría de Conan se marchó tan deprisa como había venido. Mientras seguía a *La Tormentosa*, la pentera, que navegaba adelantada en su flaco derecho, se había aproximado demasiado al enemigo. La misteriosa nave cerrada había hecho blanco con su espolón, su proa había impactado en la popa del navío más pequeño en lo que debía haber sido una demostración de velocidad y maniobrabilidad. En principio, más manejable y ligera, la pentera debería tener cierta ventaja para retirarse; pero la galera había vencido, aunque fuese merced a una brujería no intuida. Ahora, ciaba rápidamente a fuerza de remos y extraía su espolón del casco hendido, dejando sus víctimas desvalidas en las aguas.

Desde donde estaba en la oscilante cubierta, Conan vio y escuchó maderas astillándose, fuertes golpes de remos esparciendo agua y hombres cayendo por los suelos y gimiendo a bordo de la nave herida. Buscó signos de un combate a bordo o algún proyectil de fuego, pero no vio nada. Los tablones que cubrían la nave permanecían desnudos e irrompibles, nada que permitiese a la tripulación derrotada subir a bordo. La pentera no se hundiría, supuso Conan, sino que se mantendría allí, flotando a flor de agua. Aquellos hombres eran isleños; si no los mataban con lanzas o flechas, sobrevivirían fácilmente en el apacible puerto. Cualquiera que no hubiese sido aplastado por el espolón podría aguantar hasta ser recogido, fuese como prisioneros fuese por sus hermanos piratas, si el tiempo y la suerte lo permitían.

Contemplando la nave que había embestido jalar libremente y avanzar, comprendió súbitamente algo que debía haber notado antes. El movimiento de los remos de la nave cubierta, aunque ágil y eficiente, era inusual. Las ondas que sus movimientos ocasionaban bajo las bancadas de remo eran tales que parecía como si en lugar del golpeteo de un solo celeuste cada remero estuviese siguiendo el golpe del hombre frente a él. Esto no suponía ninguna dificultad para la nave: los remos nunca chocaban ni se enredaban; más bien al contrario, la bogada, fluida y prolongada, impulsaba a la nave de forma más rápida y eficaz. Pero resultaba difícil imaginar qué clase de disciplina habría bajo aquella techumbre para generar un esfuerzo tan perfecto y sostenido.

A la vista de la lentitud de su propia embarcación, Conan consideró más razonable marchar contra su enemigo más próximo: la nave de fuego, en lugar de avanzar a estribor y enfrentarse a la galera victoriosa y rescatar a los isleños. De todos modos, probablemente la galera cubierta lo encontraría pronto gracias a su potencia.

Firme e inexorablemente, se aproximó hacia la nave del fuego infernal, manteniendo su proa alineada con el resonante torbellino de la nube de humo. Se situaron ante la amenaza que exigía la vigilancia más precisa e inminente.

Incluso así, hubo tiempo para una nueva desgracia. Conan observó cómo la birreme enemiga eludía a *La Tormentosa* y al *Veneno* corriendo, merced a una notoria aceleración, lejos de esta última nave. La astuta y experimentada Santhindrissa había intentado atrapar y embestir a su nuevo enemigo atacando en ángulo recto y en asociación con Hrandulf. Falló.

Para evitar embestir a su aliado, tuvo que desviarse notablemente de su rumbo; entre tanto, el *Veneno*, obligado a efectuar un lento viraje, también quedó fuera de la acción. En el ala izquierda, la birreme se enfrentaba a la galera *La Victoriosa* en solitario. Su comandante, Jalaf Shah, habiendo presenciado la velocidad sobrenatural y la destreza de su enemigo no albergaba esperanzas de poder volverse y escapar. No tenía otra opción de eludirla así que avanzar y responder con el espolón.

Conforme ambos convergían en su desigual justa, Conan examinó a la birreme cuidadosamente. Cualquiera que fuese la brujería que lo gobernase había demostrado hasta ahora solo un ejemplar velocidad y precisión. Los remeros de la cubierta superior lucían rostros muy pálidos o tez muy oscura, con asombrosa predisposición y fuerza al bogar. Tras ellos, sobre la popa, y con un gesto impasible similar al de los remeros, una figura envuelta en ropajes blancos permanecía en pie, agitando su puño alzado. Cuando los remos contactaban con la salmuera había algo en sus puntas... Poniendo una mano para sombrear sus ojos, comprendió que se trataba de hojas metálicas, con afiladas uñas^[59] de acero reluciente que, probablemente, podrían cortar los cordajes del enemigo... o la carne. Una extraña y cruel invención de los turanios que, por el momento, no implicaba brujería.

Las naves, dos siluetas a la carrera recortándose contra el desorden del puerto y los edificios de Aghrapur, iniciaron su duelo finalmente. *La Victoriosa*, sin duda, se llevaría la peor parte en una colisión frontal. Jalaf Shah, en un intento por esquivar los remos de la birreme, dirigía su nave ligeramente a babor al tiempo que ordenaba arrastrar rápidamente los remos de estribor dentro del caso, una maniobra diestra y bien ejecutada.

Aún con todo, la nave más alargada, respondiendo a un violento gesto de su comandante vestido de blanco, brincó de nuevo, súbitamente, con su velocidad sobrenatural. Su espolón impactó en la popa del barco antes de que Jalaf Shah hubiera podido completar el giro hundiéndolo arrojando remos astillados y los cuerpos de los remeros en un progresivo y estruendoso caos. La pesada quilla hizo añicos la amurada de la pequeña nave, aplastando y rajando los ensamblajes de las cuadernas mientras el casco más pesado se echaba sobre la popa de la nave más pequeña ocasionando una brecha que se retorció y rasgaba de arriba a abajo a lo largo de toda la galera.

Pero esto sólo supuso el comienzo del horror; la birreme, sepultada hondamente en las cuadernas resquebrajadas, no ció y se retiró. En cambio, continuó su impetuoso

avance, volteando sus remos y pasando por encima de los restos que había ocasionado. Bajo el bamboleante y macizo casco los hombres chillaban de dolor y miedo, pero el espolón se abrió camino y rasgó, la gran quilla aplastó y astilló y las hojas de acero de los remos tajaron madera y hombres por igual; avanzando y batiendo de forma mecánica, removiendo la ensangrentada espuma de mar que se había producido al pasar el casco de la galeota.

A Conan le costaba comprender qué fuerza podía impulsar aquellos remos para bogar a través de la madera y carne como si fuera agua. Era sencillo: los remeros de rostros grises carecían de corazón. No retrocedieron ni se regocijaron, ni tan siquiera miraron a un costado mientras obedecían los enérgicos gestos del capitán de túnica blanca. En verdad, allí había brujería, y una de las más atroces.

La birreme pasó a lo largo de la galeota que se hundía, empujándola hacia el fondo; sacó su espolón por el otro lado. De los supervivientes que se arrastraban sueltos, la mayoría fueron acuchillados y despedazados por los remos cuando intentaban alejarse a nado. Conan se estremeció ante la atroz visión. Apenas pudo liberar su pensamiento hacia el peligro más inminente que amenazaba su vida.

Más bien peligros... pues la misteriosa galera cubierta se había emparejado con la nave de fuego y en ese momento se percató de su amenazadora velocidad. Ambos atacantes se acercaban desde ángulos próximos, convergiendo rápidamente. Conan albergaba escasas esperanzas de alcanzar a la más próxima de los dos, la galera de fuego, a tiempo para disponer de ella antes de que tener encima al segundo enemigo.

En cualquier caso, no tenía deseo alguno de adentrarse en aquel maldito sudario de humo. Contra un único enemigo, quizá podía haberse arriesgado —como había hecho Santhindrissa— con una oportunidad, al menos, de localizar y embestir con su espolón al adversario antes de que su propia nave resultase hundida. Pero navegar a tientas a través del mediodía oscurecido con dos naves tras su pista... Particularmente, si uno de los dos, según se rumoreaba, pertenecía a Crotalus, el brujo clarividente, aquel con el que una vez Conan había jugado al gato y al ratón en las opresivas nieblas del Vilayet Oriental. No, cortejaría a la muerte a la saludable luz del día. De acuerdo con esto, se apoyó sobre su gobernalle, invitando a Ivanos a imitarlo. El curso de la birreme cambió en dirección a estribor, hacia el extremo de la humareda que daba al mar, y la nave que convergía a toda velocidad.

Entonces, envió a Ivanos hacia delante para llevar un mensaje apresurado a los capitanes de cada bancada en su navío pues si se iba a enfrentar con dos hechiceros sería mejor tuviese preparados un par de trucos propios. Contempló la galera cubierta navegando cerca de la nave humeante, entonces desvió el rumbo ligeramente. La nave permaneció a plena vista a lo largo del mismo borde del negro sudario, quizá para mantener la opción de virar fuera de vista sin previo aviso.

Conan columbró la diabólica nave algo alejada a babor, el hirviente remolino de humo, la intensa e inflamada luz del fuego rojo e interminable, el rostro de un demonio —un tripulante tiznado de negro— y el brillo del ataúd metálico de forma

rectangular como corazón de la nave. Los remos giraron rápidamente; por vez primera, notó que parecían empujados por una viga por encima del bao que tiraba, hacia dentro y hacia fuera, de dos cajones en un incansable movimiento copulativo.

Gradualmente, la furia jadeante y silbante del buque de fuego se convirtió en tumulto; lo que hizo que los remeros de Conan echasen una mirada por encima del hombro, llenos de temor. La galera cubierta de *Crotalus* llegaba en silencio, aunque Conan creyó distinguir el siseo de su prolongado y sinuoso remar mientras se aproximaba cada vez más y a toda velocidad.

Ivanos volvió a su lugar en la banda de estribor, agitando las manos para indicar que sus órdenes habían sido transmitidas. Conan exigió más velocidad, y escuchó el tamborileo de Yorkin que se aceleraba, obedientemente, para marcar el nuevo ritmo. Los primeros retazos de humo pendían ya sobre las proas y en unos pocos momentos el buque se había sumido en un sol apagado y gríseo.

—¡Remeros de estribor, remos arriba! ¡Ahora, a la vez! ¡Bogad rápido, perros, u os romperé los dientes con ellos! ¡Remos de babor, seguid la boga! ¡Timón, todo a estribor!

Conan continuaba impartiendo órdenes y lanzó todo su peso contra el timón, confiando en que Ivanos hiciera lo mismo. Entre el resonar y entrechocar de vástagos de los remos, sintió que el buque daba una guiñada y viraba en redondo. Los remos de babor continuaban remando, haciendo que la quilla pivotase más rápido. Entonces, por estribor, el casco de la galera cubierta se les echó encima, en una colisión estruendosa y rechinante.

El cataclismo no cesó, sino que fue en aumento. El buque de *Crotalus*, en vez de abordar al otro en mitad de la banda, como hubiera sucedido de haber seguido la birreme su curso prefijado, rozó al buque de guerra que viraba en un arco, haciendo pedazos sus voladizos, sin que nada pudiera detener su impulso. El casco de *el Implacable* fue destrozando toda la hilera de remos de estribor de su adversario, destrozando y astillando las pesadas varas de madera en medio de un estruendo sostenido y calamitoso. Los remos de la birreme, habiendo sido embarcados hacía unos momentos, no sufrieron daño alguno... a excepción de un remo que se retrasó y que saltó en pedazos y botó en su escámo, golpeando a los remeros situados en ambas cubiertas. Las palas de los destrozados remos del buque turanio saltaban y golpeaban contra la proa de la birreme. Algunas cayeron resonando a bordo, sin causar ningún daño de importancia.

Cuando el sonido de destrucción cesó, al rebasarles el casco enemigo, la tripulación de Conan echó un vistazo al otro buque, así como al suyo propio, que seguía intacto. Aquellos que no estaban ocupados, afanándose sobre los remos de babor, estallaron en un clamor fiero y triunfante.

Alaph el Alquimista, cegado y medio inconsciente por culpa de las efusiones de sus demonios ígneos, maldijo el viento sostenido que le devolvía su propio hedor. Se maldijo a sí mismo por no haber diseñado —después de media vida oficiando de

fogonero y panadero— alguna clase de chimenea para el ataúd de fuego. Podría haber cambiado de curso para escapar del humo, si no fuera por la meta que se encontraba tan irresistiblemente cerca; la decurreme robada e infectada de piratas, cuyos remeros de refresco y renovada velocidad no habían sido capaces de dejar atrás a sus espíritus del agua.

Ahora la flota enemiga llegaba para plantarle cara. Los primeros espolones estaban ya en posición y uno de los buques piratas se dejaba ya entrever, cabeceando peligrosamente cerca, en el humo. Quedaban sólo unos instantes antes del gran duelo que tanto temía y deseaba... si tan sólo pudiera tener al gran buque a la vista.

Crotalus estaba a su lado hacia el norte, Alaph había llegado a verlo; y Zabulvulus al sur. Cada uno de sus rivales habían ya despachado buques más pequeños, hasta donde él había podido captar. La mejor forma de que el alquimista pudiera señalarse estaba en vencer al buque gigante, y posiblemente a otros después. Pero Crotalus amenazaba con quitarle el premio. Y, hasta donde él sabía, el buque de Zabulvulus tenía que estar muy cerca suyo, entre el humo. Él simplemente tenía que tratar de hacerlo mejor, tanto para sobrepasarles en victorias como para escapar a cualquier traición que pudieran tener en mente, tales como embestir y echar a pique su buque, pesadamente cargado, al amparo de su propia humareda.

Allí, a través de una brecha momentánea en el humo, distinguió a *El Implacable*, con espuma blanca en tomo a sus remos que bogaban desaparejos. La decurreme se hallaba ahora a la izquierda de Alaph, sin duda para hacer frente a la amenaza de Crotalus. El alquimista aceleró sus remos de babor y dio órdenes a los timoneles para que ajustasen el rumbo; enfilando hacia el punto teórico en el que ambos buques habrían de encontrarse, dada la velocidad. No era necesario, se recordó a sí mismo, golpear con gran fuerza. Incluso llegar muy cerca o el abordaje podía bastarle para usar su ariete de vapor. Lo único que tenía que hacer era usar su propio impulso.

El humo volvió a oscurecer su visión, empujada a su alrededor por las tornadizas brisas matutinas. Pero podía aún escuchar sin problemas los sonidos del gran buque, por encima del traqueteo de su propia propulsión; el resonar del timbal, las resonantes obscenidades que gritaba su capitán, el batir y entrechocar de los remos. El gigante se encontraba muy cerca, a proa; el mar marcaba sonoramente su agitado avance.

Entonces, casi a proa, es oyó el lento y devastador crujido de una colisión. Se trataba de un estrépito infernal, agudo y sostenido, como si un hacha gigantesca abatiera todo un bosque de árboles de un solo tajo. Atemorizado, Alaph se agazapó junto a sus artefactos de bronce, mirando adelante, más allá de su propio buque con ojos ansiosos y acuosos. Sin embargo, no disminuyó la boga ni se desvió, ya que temía perder su única oportunidad de ganar. El entrechocar y rozar de cascos parecía estar casi delante suyo, en la neblina. Luego llegó un exultante rugido procedente de los piratas. Alaph comprendió que habían embestido y abordado al buque de Crotalus con su propio y poderoso espolón.

Así pues, ahí estaba su mejor oportunidad de golpear, mientras el enemigo se encontraba casi inmóvil. Justo a proa, a través de movedizas cortinas de humo, se materializó el curvo muro de un casco repleto de remos, virando sobre las aguas mientras él observaba. Enfiló hacia el mismo, ignorando los gritos espantados de su tripulación. Mientras el buque estaba a proa, soltó los seguros metálicos que le permitirían enviar la fuerza diabólica al ariete, añadiendo su poder al de la velocidad de su buque en la embestida.

Arremolinados, agua y vapor saltaron a proa, con trozos de rota tablazón volando por los aires. Alaph sintió una sorda sacudida bajo los pies, acompañada de un atronador estruendo, similar al de un árbol abatido por el rayo de Tarim. Incluso el buque ataúd se salió de su rumbo por un momento, aún cuando Alaph dio un tirón a las barras de control he hizo que se detuvieran los remos. La curvada proa de la galera, según miraba, incapaz de hacer nada, se lanzó derecha a un abismo de planchas combadas y quebradas hasta que finalmente se detuvo de golpe.

Su ariete, propulsado por fuerzas demoníacas, comprendió, debía haber impactado contra la quilla del buque enemigo y debía haberlo perforado. Ahora el casco quebrado y parcialmente hundido delante de él, entre el humo que se arremolinaba, estaba peligrosamente encajado en la roda y el agua brotaba de las planchas rotas. Su propio buque estaba intacto, según la apresurada inspección visual que realizó al ajustar los controles para la ciada. Tenía que liberarse del barco roto y salir, antes de que las dos naves se hundiesen juntas y los salvajes piratas saltasen a bordo de la suya, procedentes del pecio.

Entonces, en el buque que tenía delante, se alzó un nuevo y espantoso tumulto. Más tablas saltaron y volaron, provocando una verdadera lluvia de fragmentos. Delante, entre el humo, contra la luz diurna grisácea que se filtraba, se levantaba una forma diabólica. Cornuda, con muchos brazos, retorciéndose y contorsionándose, se curvaba por toda la eslora del buque ataúd para capturar a Alaph con su boca que se agitaba, cubierta de colmillos.

Aunque exultante tras haber roto los remos de la nave enemiga, Conan silenció con ferocidad los gritos de júbilo de su tripulación. Permitió que los remos de babor continuasen bogando mientras aguardaba a que el enemigo, inutilizado, garrase. Los chillidos de la galera de fuego continuaron sonando cercanos en medio de una asfixiante humareda; pestañeó para intentar espiarlo. Se asombró cuando descubrió que la renqueante nave seguía rotando en los costados y los extremos rotos de los remos todavía se doblaban y giraban remando firmemente a su ritmo, desparejado y fluido, aunque sus extremos ya no tocaban el agua.

Momentos después, se desató el caos. Por debajo, un surtidor de agua salpicaba por encima de la popa; comenzó una nueva cacofonía de chirridos: el de la madera que se resquebrajaba. La quilla dio una sacudida ante el impacto del agua salada. La nave cubierta se detuvo lentamente y las ruedas adyacentes entrechocaron.

A Conan le llevó unos momentos, breves y llenos de confusión, comprobar que su

propio navío no había sido agujereado. En vez de ello, se asomó sobre la barandilla de popa para ver con más detenimiento el pico de la diabólica nave en llamas, ubicado en el casco de la misma galera que él acababa de neutralizar. Cuando miró, el infernal navío de fuego se había detenido y la tripulación había caído a causa del impacto; sus remos, por encima del nivel del agua, rozaban el agua de forma mecánica.

De súbito, comprendió lo que había pasado. Al pasar entre las dos naves en medio de la cegadora humareda, virar inesperadamente y hacerse a un lado, no sólo había evitado que ambas embarcaciones intentasen utilizar sus espolones sino que había puesto, inconscientemente, a una nave en el curso de la otra. En ese momento, la nave con techumbre estaba cegada y la desconocida brujería de su mago visionario estaba destruida, con total y absoluta certeza.

Sólo tenía un enemigo más pequeño y terrible al que combatir. Era una lástima que la nave de fuego hubiese quedado a popa. No disponía de tiempo suficiente para cazar y embestirla con el espolón antes de que pudiese desembarazarse de ese choque y volver a su curso.

Listo para ordenar a los tripulantes de estribor que pusiesen los remos en el agua para alejarse de tan siniestro choque, contuvo la respiración. Pero cuando se volvió, se había levantado un clamor de gritos de pánico; y otro, todavía mayor, de la madera tensándose y rasgándose. Junto a su bancada, a menos de un remo de distancia, el tejado de madera de la misteriosa madera se pandeó y se astilló hacia arriba. Se abrió un boquete en la claveteada carpintería que saltó hecha pedazos a causa de la presión; del interior salió el monstruo que estaba oculto: un insecto que se contorsionaba y retorció, con numerosas patas, que habían remado en la nave en ausencia de cualquier tripulación humana. Junto a sus coléricas sacudidas llegó un hedor que a Conan le resultaba demasiado familiar, el mismo hedor del gigantesco ciempiés que su tripulación había matado en la isla de huesos de la lejana Hyrkania.

Como si fuese un sueño, mientras se quedaba helado en una asombrada repulsión, llegó la respuesta. La causa por la que Crotalus había viajado a una orilla tan distante eran los ciempiés, sólo por ellos. Eran criaturas escarbadoras y ágiles que, gracias su habilidad mágica, podían criarse y convertirse en gigantescos monstruos capaces de remar en un barco imperial. Sus pies con forma de garra, contorsionándose con sus ritmos sinuosos, podían empujar en las hileras de remos con mayor fuerza y facilidad de lo que podría hacerlo una tripulación de mortales. Y, obviamente, estaban dotados de alguna clase de mente o, por lo menos, de una voluntad doblegable por artes mágicas, adecuada para hacer frente a las dificultades de un navío de guerra en la mar.

Tal era el propósito del nigromante; y las gemas, el medio. Así, aquellas gemas... sus cristales ambarinos con formas oscuras moviéndose en su interior eran, de hecho, semillas vivas, huevos de monstruosos ciempiés. Arracimados juntos en el árbol sagrado, habían sido adorados y protegidos al mismo tiempo por los hyrkanios y los guardianes. Después de todo, ¿qué mejor guardián que un padre velando por su descendencia? Pero los espantosos huevos, vendidos al Oeste por el difunto Knulf, se

habían convertido en monstruos aún mayores a causa de la brujería. Aquella abominación que se retorció y tropezaba en la sentina de la galera, frente a él, era el fruto de la única gema que Crotalus había podido obtener. Más huevos podrían servir para impulsar una flota entera.

Cuando la gigantesca criatura sobresalió y se retorció entre rabia y dolor, golpeando y balanceando ambos barcos con su estremecedor peso, Conan vio que tenía el mismo cuerpo segmentado, idénticas placas protectoras y garras curvas, como sus parientes más pequeños. No tenía el menor deseo de comprobar si compartía la diabólica voluntad o instintos de predador de los Guardianes o el ingenio más sutil de Crotalus. No se veía señal alguna del hechicero de tez oscura en la nave; probablemente, la voluntad del hombre de Zembabwan se manifestaba de algún modo en el bicho. En cualquier caso, el insecto era el más peligroso de los dos.

Después de una primera comprensión, pensamiento y acción fueron uno. Conan bramó a sus remeros para que se desatracasen del pecio y él mismo brincó a los timones de popa, junto a Ivanos, con idéntico propósito: dirigir las palas contra el casco bamboleante que se hundía. La parte trasera de la galera enemiga estaba rota, podía verla en ese momento, y el monstruo estaba igualmente cortado por la mitad o, al menos, plisado en dos por el espolón invasor. Una parte, —la cabeza, presumiblemente— se había liberado de su confinamiento en medio de un dolor frenético y violento. En esos momentos, se agitaba sobre la humeante galera de fuego provocando con su enorme peso que la pequeña nave se bambolease y hundiese. De la tripulación cubierta de hollín de la nave se podía ver a un nadador calvo de amplios pectorales que, lleno de miedo, chapoteaba en el agua. No se veía a ningún otro superviviente.

Con el sonido de los nuevos destrozos y los súbitos y desgarrados gritos, Conan renovó sus esfuerzos en el timón. La cola del inmenso ciempiés, atravesando la amura de su propia nave, había astillado las barandillas del centro de la nave del cimmerico, aplastando a uno de los piratas. Los restantes bergantes levantaban sobre sus cabezas los pesados remos lo mejor que podían y se esforzaban por esquivar el cercano tronco, cuyas largas patas y curvos ganchos caían brutalmente sobre ellos. Sosteniendo el remo quebrado, Conan se lanzó hacia delante y alzó la punta astillada para hostigar y zaherir a la monstruosidad que se revolcaba. La afilada punta encontró un punto débil entre los segmentos y el dolor agregado bastó para que aquella cosa se retorciese en dirección a la birreme y cayese sobre las cuadernas de su propio casco.

Pero ahora el peligro se intensificaba con las ráfagas de calor y las explosiones a popa. Manoteando para apartar de su lado jirones de humo nauseabundo, Conan llegó hasta la barandilla y vio cómo saltaban ávidas llamas del pecio que estaba abajo. El peso del ciempiés había roto los toneles de aceite inflamable de la nave de fuego, escupiendo fuego a lo largo y ancho de la gigantesca pira de la caldera de bronce donde había sido contenido. El espolón picudo que colgaba de las amuras también ardía extendiendo y envolviendo en llamas la galera cubierta. Los remos de la nave de

fuego ya no se movían sobre el agua y la viga en movimiento se había desprendido por efecto de los golpes del ciempiés.

Obviamente, el gigantesco insecto ya estaba sintiendo el calor. Cuando Conan miró, sus garras se aferraban y arañaban la madera y los ajustes de metal más próximos, donde las llamas empezaban a brillar débilmente. Sin previo aviso, se arqueó hacia delante; su espantosa cabeza quedó cerca de la barandilla donde resistía Conan. Las mandíbulas, afiladas y pilosas, chasquearon y tabletearon junto a él; la cosa gritó con una voz horrenda que comprendía a partes iguales siseos y gorjeos.

Conan levantó el remo quebrado y atacó. El peso del monstruo podía hundir la popa de su nave, eso seguro o, aún peor, aquellas mandíbulas podían devorar o destrozar a un hombre completo. Y si el cimmerico no se equivocaba, las garras arrojaban a uno y otro lado fragmentos llenos de veneno letal.

El horror bamboleante se apoyó cerca, sus garras rasparon la barandilla; Conan dirigió su lanza directamente a la junta entre dos segmentos del cuello. Arqueándose hacia atrás desde la popa, la cosa emitió un nuevo chillido.

Pero ahora la tripulación, empujando y afanándose con los remos, finalmente tuvo éxito en distanciar *El Implacable* del fétido pecio. El ondulante ciempiés retrocedió dentro de la humareda, su cuerpo, castigado y quebrado, desató una devastación indiscriminada en medio de las llamas abrasadoras. Los remeros de Conan reanudaron su bogada regular, alejándose briosamente del fuego sin necesidad de que les gritasen órdenes. Durante algunos momentos, bogaron a través de una humareda grisácea que flotaba sin forma.

Entonces, desde popa, llegó una estridente detonación. El humo y una ráfaga de aire abrasadora se les echaron encima y una lluvia de fragmentos humeantes de madera, metal y lo que parecía un ciempiés achicharrado cayó sobre el mar más cercano. La explosión también levantó un oleaje vertiginoso que alcanzó a los piratas salpicando agua por encima de la barandilla de popa cuando salieron de la diabólica oscuridad a la luz del sol.

Epílogo

—Te digo que fue un doble ariete perfecto —alardeó Santhindrissa ante los presentes, en el alcázar de *El Implacable*—, un almirante de Yildiz no lo hubiese hecho mejor. Mi barco por babor; tu *Veneno* por estribor —alzó su copa hacia el jefe Hrandulf, que asintió con la cabeza y bebió de la suya—. ¡Y ese mugriento hechicero estuvo acabado, hundido, acabado! Incluso si su tripulación de zombis hubiese querido pelear, nuestro dos barcos habrían sido demasiado para ellos.

—Sí, lo más probable —replicó el jefe isleño, con mirada solemne—. Pero fue extraño, y no lo fue... la manera en que esos hombres de rostros grises remaban y remaban mientras el casco de la nave se iba llenando de agua. Nunca vi una nave que se fuese a pique de esa manera, con tanta suavidad, a menos que transportase una carga pesada —adusto, alzó su jarra con tapa—. Un buque de guerra no debería hundirse, se mantiene a flor de agua para combatir.

Desde su puesto junto a Conan, Philiope comenzó a hablar:

—Según me dijeron en el puerto, esa nave perteneció al hechicero corinthio Zalbuulus. Su tripulación estaba compuesta por hombres muertos, cruelmente asesinados en su loco deseo de obtener una obediencia absoluta. Tal vez, intentaron irse al fondo y arrastrarlo con ellos.

—Pero el mago de vestiduras blancas no murió —se lamentó Santhindrissa, disgustada—. Se marchó a nado del buque con toda claridad y, con la Armada Imperial en los talones, no podíamos preocuparnos en ir a por él y matarlo.

—Fueron los remeros bajo el agua quienes lo hicieron —comentó Hrandulf, ligeramente ebrio y agitando la cabeza con lánguida melancolía—. La tripulación de muertos dirigió su nave en línea recta al enmalezado reino de Dagon.

—La nigromancia siempre es un mal negocio —confesó, encogiéndose de hombros de tal forma que más parecía un temblor supersticioso—. El corinthio no podía salir vivo, no después de los que les hizo a los de nuestra galera —bebió a sorbos su copa—. Pero, por lo menos, pudimos rescatar a la tripulación de la pentera.

—El otro hechicero aún sigue vivo... Crotalus, ¿no es así? —Santhindrissa lo desafió de forma altiva—. El que tú decías que gobernaba al gran gusano.

—Sí, probablemente —Conan ignoró el tono sarcástico de su comentario—. Debo arrojar esas maléficas gemas-huevo en medio del Vilayet, antes de permitir que críe otro ciempiés que nos cause problemas —alzó su mano sobre el amplio mar azul donde la flota pirata navegaba unida, empujada por la fuerte brisa del oeste—. Esa

cosa era como una horrorosa larva cuando quise matarla.

—Debería haberte advertido —dijo Philiope, rodeando la espalda morena y amplia de Conan—. Lo había oído, pero no lo creí. Mientras estabas preso, nuestros piratas recogieron a un nadador que se había escapado del galpón que Crotalus tenía en los pantanos. Era un zaporosko y podía hacerse comprender por algunos de nuestros remeros. Clamaba diciendo que el hechicero estaba criando una criatura en una gran cuba. Y la alimentaba con los trabajadores, uno por uno.

—¡Bueno! —dijo Conan, acariciándole la nuca para reconfortar a la joven—. ¡Todo eso pasó! Hemos recuperado a nuestros hermanos piratas y este barco muy velero, junto con una flota aceptable y gran cantidad de nuevas y ásperas manos que todavía pueden aprender a disfrutar de la piratería. Hemos puesto en su sitio a Yildiz y sus lanzadores de conjuros andan con la cabeza gacha, al menos por un tiempo.

Desde su posición en la caña del timón, Conan se volvió a los otros y alzó su copa saludándolos.

—¡Por el futuro! Veo que han llegar grandes cosas: riqueza y gloria para nuestra Hermandad Roja, más confusión para nuestros enemigos y para Amra, el legendario pirata, podría suponer el nacimiento de un reino marítimo.

En tierra, durante mucho tiempo, la batalla naval de Aghrapur fue la comidilla del imperio. Para ser cierto, hubo muchas críticas. En su mayor parte, éstas consistían en quejas porque el resultado no reflejaba la realidad del poderío y liderazgo marítimo de Turán. Pero, en todo caso, se había impedido que los invasores hiciesen una incursión y prendiesen fuego a la capital, como algunos temieron que podía suceder. Y el espectáculo naval había sido soberbio, realmente entretenido.

En los círculos de la corte se rumoreaba incluso que la fuga de los piratas representaba un triunfo para el reinante emperador Yildiz, que, secretamente, los había ayudado. Eso suponía dos cosas: que ponía en su lugar a Yezdigerd, su ambicioso hijo y que le impedía conseguir las riendas del poder naval con la argucia del concurso náutico. Por consiguiente, no se otorgó ningún premio. Y los movimientos sufridos sugerían que el joven príncipe había sufrido un ridículo mucho mayor que el de su padre.

A estas alturas de los acontecimientos, el único peligro real de agitación popular y descontento se centraba en la pérdida de los piratas cautivos, Amra y sus secuaces, y la creencia que los ciudadanos se iban a ver privados de la promesa de unos juicios públicos y sus correspondientes ejecuciones. Esta queja se remedió en gran parte proveyendo de convictos de los calabozos de otras ciudades menores y, sobre todo, por el redoble de una corte marcial que, ese mismo día, se preparó para acusar y condenar a dos conspiradores navales que habían sido capturados.

Uno de ellos era un farsante flagrante porque se había mofado abiertamente del concurso naval construyendo, entre otras invenciones absurdas, una nave con ruedas. El acusado, el otrora respetado astrólogo Tambur Pachá, también fue acusado de eludir descaradamente la batalla, ingeniándose para permanecer cerca de tierra

mientras sus compañeros en el concurso se enfrentaban a la derrota a manos de los piratas. Como era obligado, se le condenó a morir.

De acuerdo con las evidencias encontradas por los altos oficiales de la corte imperial, había otro conspirador culpable de sabotaje naval y de la muerte del ingeniero Mustafar, con el propósito de ganar la recompensa económica del premio. Zalbuulus, un pestilente filósofo extranjero, fue el otro desafortunado concursante y fue capturado tras la batalla. Inmediatamente se le condujo al juicio y, junto con su compañero, justamente condenado. Las ejecuciones se llevaron a cabo de forma inmediata y a la manera tradicional: usando ocho equipos de forzudos voluntarios. Por todos estos acontecimientos, fue una tarde larga y entretenida.

Notas

[1] Buque de remos. Usualmente, tenía una eslora de ocho veces la manga. <<

[2] Buque grande, con dos palos cruzados y uno o dos a popa latinos, popa redonda y castillos a proa y popa. <<

[3] Encargado de marcar el ritmo de la boga por medio del tambor, flauta o cantor. Habitualmente, se le suele confundir con el cómitre, el encargado de aplicar los castigos a remeros y forzados. <<

[4] Mudar: cambiar de costado la antena para que quede por sotavento del palo. <<

[5] Parte del costado del buque que comienza a estrecharse. <<

[6] Pieza curva que se fija por el centro, de manera que los extremos queden libres y hacia fuera. Sirve para amarrar los cabos. <<

[7] Cuchillo corvo y de hoja ancha que utilizaban los marinos para cortar la cabuyería.

<<

[8] Baile antiguo en compás de seis por ocho. <<

[9] Flautín de tonos muy agudos. <<

[10] Marmitas de gran tamaño especialmente preparadas para cocer pescado. <<

[11] Pequeño caracol marino de carne comestible. <<

[12] En el paso de Shamla se produjo la batalla definitiva entre Nathok el Velado y las tropas de Khoraja, lideradas por Conan. Estos hechos se narran en *El coloso negro*, publicado por vez primera en la mítica revista *Weird Tales* (junio de 1933). <<

[13] Especie de mariposa, cuyas orugas suelen ir en fila unas tras otras. Crecen en los pinos, formando grandes bolsas. De no atajarlas a tiempo, a finales del invierno, ocasionan grandes daños a los árboles. <<

[14] Cada una de las piezas de la armazón de un buque que atraviesan de un costado a otro y sostienen la cubierta. <<

[15] El proís alude a una formación de piedra u otro material en que se amarraban los buques. También se usa otro término: noray. <<

[16] Río hyrkanio mencionado en las aventuras *Nacerá una bruja y Conan el aventurero*. <<

[17] Nombre común a varias perchas —palo cilíndrico de madera— en la arboladura de una nave. <<

[18] Keshan era uno de los Reinos Negros. Keshia, su capital. Hay referencias directas a él en historias como *Las joyas de Gwahalur* o *La luna roja de Zembabwei*. <<

[19] Capital de Estigia. <<

[20] En las fortificaciones, puerta no principal que da al foso o al extremo de una rampa. <<

[21] Tras la caída del Imperio Romano de Occidente, las flotas de guerra prácticamente desaparecieron del Mediterráneo. Los pocos bajeles de guerra que siguieron la técnica del trirreme romano fueron sustituidos, a mediados del siglo IX, por el formidable dromón. El dromón bizantino llevaba tres mástiles con velas latinas y griegas, con dos filas de remos manejados por 150 o 200 hombres. Portaba armamento pesado: balistas (especie de ballestas de gran tamaño), catapultas y un artefacto de bronce, activado por fuelles, para expulsar el temible fuego griego sobre los navíos enemigos. Su diseño fue copiado por los musulmanes durante las Cruzadas. <<

[22] Cobertizos de gran tamaño utilizados para conservar naves. <<

[23] Trencilla que se pone al extremo del látigo para que restalle. <<

[24] Vasija alta y redonda con tapa engoznada en el remate del asa. <<

[25] Las penteras eran barcos con dos órdenes de remos. Los inferiores movidos por dos remeros y los superiores por tres. La tripulación era de unos trescientos hombres, incluidos los soldados. Tenía también una vela cuadrada en un mástil central que ayudaba en la navegación. <<

[26] Estaca pequeña y redonda, fijada en el borde de la embarcación, que sirve para apoyar y sujetar el remo. <<

[27] Dios shemita de los ladrones. Aparece mencionado en relatos de Robert Howard tan emblemáticos como *La torre del elefante*, *El coloso negro* y *La reina de la Costa Negra*. <<

[28] Se está aludiendo a los hechos acaecidos en el capítulo segundo de *Sombras de hierro en la Luna*, en dicha historia se cuenta cómo Conan mató en duelo a Sergius de Khrosha. <<

[29] Al final de dicha historia, los cuarenta y cuatro supervivientes del ataque de las estatuas que cobraban vida en un ominoso templo en una isla perdida le juraron lealtad como capitán. <<

[30] Parte interior de los costados de un buque. <<

[31] Unidad de medida equivalente a treinta y dos pulgadas. Cada pulgada equivale a algo más de veintitrés milímetros. <<

[32] Maniobra con que se hace dar la vuelta a una embarcación bogando avante los remos de una banda y para atrás de los de la otra. <<

[33] Deidad de Zembabwei, uno de los Reinos Negros. <<

[34] Extremo de las cuadernas que sale fuera de los bordes del buque. <<

[35] Remar hacia atrás. <<

[36] Meseta formada con tablas apoyadas sobrebarrotes en lo alto de los palos machos. En la Edad Media eran de planta redonda, a partir del siglo XVII su forma era de “D” con la parte arqueada hacia la proa. A este puesto ocupado por el vigía se le conoció, durante un tiempo, como nido de cuervo. <<

[37] Dhow es una expresión occidental empleada para definir a varias clases de bajeles árabes que comparten características comunes. Lo singular es que ese término no existe en árabe. La expresión dhow es usada para referirse a los navíos árabes con dos o tres mástiles, como los baghla y los sambuk, que, en sus formas, recuerdan a los primitivos navíos de carga romanos y griegos. En suma, estaríamos hablando de un barco árabe provisto de velas latinas, popa elevada y proa alargada. <<

[38] Gorro de fieltro rojo y forma de cono truncado. <<

[39] Agujeros en los trancañiles de la embarcación para dar salida a las aguas. <<

[40] Pequeño buque de cubierta, con un solo palo con vela cangreja y foques. La cangreja es una vela de figura trapezoidal cuya relinga alta se une al pico; la de proa se une al esnón —percha delgada colocada verticalmente— o al palo y la baja de botavara (palo redondo que, asegurado por popa al mesana, sirve para cazar la cangreja). <<

[41] Máquina de guerra similar a la ballesta que se utilizaba para arrojar piedras. <<

[42] Orzar: inclinar la proa hacia la parte de donde viene el viento. <<

[43] Diferencia de altura que forma escalón en una parte de la cubierta. <<

[44] Profundidad a que llega la quilla, contada desde la línea de flotación. <<

[45] Instrumento compuesto de un vástago de acero con punta y un mango de madera que usan los zapateros y otros artesanos para taladrar. <<

[46] Olivia recibió un trato brutal por parte de este personaje. Al principio del relato *Sombras a la luz de la Luna*, Shah Amurah, reciente vencedor de los “Compañeros Libres”, proscritos que assolaban las fronteras turanias, alcanza a Olivia, por aquel entonces su esclava, que se había fugado de Akif aprovechando los festejos. <<

[47] Vela trapezoidal, envergada a un entena, suspendida por el tercio de su longitud, desde proa. <<

[48] Instrumento de hierro, a modo de punzón, para abrir los cordones de los cabos.

<<

[49] Limar con escofina, una herramienta a modo de lima, provista de dientes gruesos y triangulares, muy usada para desbastar. <<

[50] Figura mitológica con figura de hombre desde la cabeza hasta la cintura, y de pez el resto. <<

[51] Seno de cabo que se arrastra por el fondo del mar para buscar algún objeto sumergido. <<

[52] Parte del costado del buque. <<

[53] Cada una de las piezas que, a modo de radios de círculo, unen el cubo a la llanta de una rueda. <<

[54] Pieza central de las ruedas de los carruajes, en la que encajan los rayos y a través de la cual pasa el eje. <<

[55] Cobertizo de gran tamaño. <<

[56] Prisión destinada a esclavos. <<

[57] Armazón sobre el que se monta la balista o catapulta. <<

[58] También se conoce como roda. Se trata del madero o pieza metálica que forma la proa, uniéndose a la quilla por el pie de roda. <<

[59] Gancho o punta corva de algunos instrumentos de metal. En el ámbito marino suele referirse, por lo general, a la punta triangular en que rematan los brazos del ancla. <<